

LAS SENDAS DE LA PROFECÍA, VOL. III

EL MÁS ALTO HUMANO



SERIE ÉPICA

CAROLINA LOZANO

se

Mientras los compañeros de la Dama de Siarta se internan cada vez más en territorio enemigo y en un destino incierto, el resto del Continente está cayendo en las garras de la guerra.

La propia Eyrien es ahora una amenaza. Los secretos revelados por el vampiro Ashzar los han sumido en la duda. Y River trata de mantener sus poderes bajo control mientras todo parece desmoronarse a su alrededor.

Como anunciara la Profecía en las gélidas tierras de Siarta, las sendas de todos ya están trazadas y los llevan hacia un final que no pueden prever. Para bien o para mal, el fin de la guerra se acerca y sus protagonistas tendrán que enfrentarse a los enemigos declarados y a los que aún deben descubrir. Ahora, al final de incontables siglos de batallas, todos serán puestos a prueba.

Y es que hubo un tiempo en el que los Sabios advertían de que era peligroso leer en las estrellas... porque nunca se sabe lo que vas a ver en ellas.



Carolina Lozano

El más Alto humano

Las Sendas de la Profecía III

ePUB r1.2

Banshee 02.06.13

Título original: *El más Alto humano*
Carolina Lozano Ruiz, febrero de 2011
Ilustraciones: Miguel Regodón Harkness

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0



Para mi abuela, pues a ella
le debo mi primer recuerdo:
cómo me leía algún cuento
mientras yo me sentaba a sus
pies en la alfombra que cubría
el suelo de casa en invierno.

Hielos Perpetuos



Siarta

Centro Umbanda
Alto Udrian
C.U.
Bajo Udrian

Nórdica

Hermas

Grandes Selvas

Lago Plata

Quersis

C.U. Arsifon
Arsifon

Dreisar

Enadar

Quersia

Greisan
Riskaben

Gevinen

Fernost

Centria

Selbast

Stribist

Vulcania

Coralia

Hidria

Isla Roja

Isla Bruma

Niaranden

Maelvania
Reinos
Cáusticos

Colonia Gul

Antigua Suria

Boreanas

Llanura Áurea

G
r
a
n
d
e
s
A
b
i
s
m
o

A
m
a
o
n
i
a

Introducción

En Udiran, la más norteña de las regiones humanas, la nieve cubría el suelo tapizado de musgo y agujas de pino. Era un paisaje hermoso, plácido, plateado y sombrío debido a que la luna apenas mostraba un hilo de luz que poco a poco, día tras día, se iba extinguendo. En aquella solemne oscuridad los árboles tenían las copas blancas y los troncos negros, y se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Pero en esas horas tardías en que el aullido de los lobos se unía al susurro del viento, el bosque no estaba solo. Un grupo numeroso lo atravesaba cauteloso, y de ese grupo emanaba miedo.

La compañía se movía tan silenciosa como podía, pues era vulnerable, compuesta en su mayor parte por mortales jóvenes e inocentes. Eran todos los niños de Alto Udrian que habían quedado con vida tras la matanza perpetrada en el Centro Umbanda de Bajo Udrian. Se dirigían hacia Arsilon, el centro de la Alianza, donde se esperaba que estuvieran todo lo seguros que podían estarlo en aquellos tiempos. Ya hacía tres días que marchaban, dejando atrás sus casas, sus familias y todo lo que conocían. Incluso a sus padres, que permanecían en las ciudades de Udrian, tratando de aparentar normalidad, esperando que ningún enemigo se diera cuenta demasiado pronto de que el Centro Umbanda de Alto Udrian había sido evacuado. Los niños estaban atemorizados, y eso que la mayoría no tenía edad suficiente para comprender lo peor: que ellos eran poco menos de la mitad de todos los niños Altos humanos libres que quedaban en el mundo. Tan sólo los más mayores, los alumnos de los últimos cursos, sabían lo que arriesgaban en aquel viaje si eran atacados: no sólo su vida, sino la supervivencia de la raza.

Por eso y en una coalición inaudita en aquellos tiempos, los Elfos de los Bosques Leñosos se habían avenido tras la petición de Subinion de Siarta a abandonar las fronteras de las Grandes Selvas para escoltarlos y asegurarse de que llegaran a salvo a Arsilon. Y si bien la mayoría de aquellos elfos jamás había visto a un humano y los niños ni siquiera habían soñado con ver a algún feérico alguna vez, allí estaban. Unidos en un viaje incierto hacia el seno de la Alianza.

A lo largo de la fila, un sollozo rasgó el silencio.

—Tranquila, pequeña mortal —se oyó el quedo susurro reverberante de un elfo.

Al inicio de la columna, Arla de Udrian apretó los labios. Ella había sobrevivido a dos masacres, y no deseaba verse inmersa en una tercera. No soportaría saber de la muerte de más amigos, más familiares, más niños; antes prefería que la mataran a ella la primera. Y por eso y a pesar de las objeciones de su padre el gobernador Jarn, había insistido en liderar aquella marcha. Quería dar ejemplo, como Killian y River de Arsilon lo habían hecho en Selbast contra los guls el pasado verano. Y si moría, moriría sabiendo que había hecho lo posible por defender a los que debería haber gobernado en un futuro menos funesto. Pero seguía estando asustada.

Miró al elfo que caminaba a su lado, Betadur, el heredero de la Casa de los Elfos Leñosos. Era alto, más que los elfos cálidos que vivían en Nórdica, y sus ropas marrones, del mismo color que sus cabellos, sus ojos y sus labios, lo mimetizaban con los troncos de los árboles que se estremecían al sentirle pasar a su lado. La piel pálida del elfo, con un ligero brillo marrón, parecía de nieve cubierta por polvo del serrín más suave.

—¿Crees que llegaremos? —le preguntó mentalmente para no asustar a los que caminaban a su espalda.

El elfo la miró con aquellos ojos profundos, jóvenes y antiguos a un tiempo. Arla, pese a que conocía ya a muchos elfos, no podía dejar de asombrarse al observarlo y comprender que para los inmortales, pese a todo, ellos no eran nada más que un suspiro en el tiempo.

—Creo que llegaremos —contestó Betadur—. No te preocupes, Arla de Udrian. Estamos aquí para defenderos, con nuestras vidas si hace falta. El aire me trae mensajes de tranquilidad, los lobos aúllan en paz y la tierra no se resiente bajo pies malignos. Vuestros enemigos, fueran quienes fueran, ya están lejos. Aquí no hay peligro.

Arla lo miró con más atención.

—¿Qué significa eso de que «aquí» no hay peligro?

Betadur alzó una mano indolente y una hoja del árbol más cercano vino a posarse en ella. La maga udriana adivinó que el elfo buscaba la forma de responder a esa pregunta sin revelar demasiado, ni poco.

—Los bosques hablan —dijo finalmente—. Y se explican cosas extrañas. Dicen que lejos, entre las arboledas de Amazonia, ha surgido un peligro para los enemigos de la naturaleza. No sé qué significa.

El inmortal le sonrió, pero Arla no fue capaz de devolverle el gesto.

—No creo que debamos preocuparnos por eso ahora —insistió Betadur—. Nuestro camino, al menos dentro de los límites de Nórdica, está despejado. Aquí, como he dicho, estamos a salvo.

De hecho no podían haber escoigdo un momento mejor para viajar a Arsilon, antes de que ésta se viera definitivamente sitiada. En Nórdica todavía reinaba la calma, pero en el resto del mundo conocido la pena, la traición y la duda se extendían con entera libertad cada vez más cerca de los territorios libres.

Pero los bosques tenían razón. En el extremo oeste del Continente, algo estaba despertando a la naturaleza oprimida por la mano del hombre. Para aquellos que se atrevían a abusar de los recursos de su alcance, Amazonia se había convertido en una amenaza peor que los agentes Cáusticos. Allí por donde aquella elfa vestida de negro pasaba, los feéricos recobraban el valor, dispuestos a defender lo que tanto tiempo había sido suyo. Bajo los pies delicados de la inmortal, la hierba reverdecía; a su alrededor se alzaban susurros en cientos de lenguas incomprensibles para otros. Y toda la ira contenida se enfocaba hacia un mismo lugar. La fuente de todas las injusticias, el hogar que Amazonia, generosa, había cedido al hombre.

Las Minas de Fuego, antaño amigas de los feéricos, iban a pagar ahora por todo el daño que habían causado. En los alrededores de la colonia las hojas de los árboles se agitaron. El zumbido de las voces de las dríades se unió al de los grillos. Y muchos ojos se posaron en la empalizada, vigilantes.

—Ha llegado el momento de que la lucha se iguale —dijo la elfa con los fulgurantes ojos felinos fijos en las columnas de humo—. Los feéricos no atacamos, pero defendemos a los más

débiles. Es hora de recordarlo.

Poco después un grito se elevó desde algún lugar cercano a la empalizada de las Minas, un grito de espanto que pronto se silenció bruscamente. Había sido un grito humano.

La elfa no lo lamentó, no dudaba que aquel mortal merecía lo que le hubiera pasado. Y pese a que un velo ocultaba la mayor parte de su memoria, una cosa sí recordaba: que otros todavía debían ser exterminados. Pronto. Un vampiro, un Bajo humano, un Alto humano extraño.

Así que Eyrien se alejó, una sombra poderosa entre las demás sombras, sin recordar que tan sólo unos días atrás sentía comprensión por los habitantes de las Minas, y que aquellos a los que iba a dar caza se habían convertido en sus amigos.

I

La venganza del bosque



El grupo, menguado por la repentina y dolorosa ausencia de Eyrien, siguió alejándose de las Fortalezas de Piedra. El lugar en que todo se había estropeado. El gólem había atrapado a River y Eyrien se había cambiado por él tras la llegada del Nigromante encapuchado, y entonces éste había conjurado a Eyrien y ella lo había olvidado todo salvo que debía matarlos. Los había abandonado, y se había alejado entre gólems y femorianos hasta el interior de las Fortalezas. Y se había desatado el caos. Los femorianos y los gólems habían reanudado el ataque contra el grupo y habían tenido que huir. River se había descontrolado por la rabia, y Eriesh había tenido que arrastrarlo lejos de las Fortalezas para evitar que acabaran matándolo. Aunque había acabado con muchos enemigos antes de que el elfo consiguiera llevárselo.

Ahora River y Killian, Eriesh, Alana, Freyn y los amedrentados selbastianos del capitán Aston caminaban y caminaban desde la tarde anterior. Y ya había anochecido otra vez. Eriesh, el único que conservaba su élfica entereza, les había asegurado que Eyrien no los atacaría si les había prometido un mes más de vida, pero debían alejarse de los Nigromantes. Además, y aunque esto Eriesh no lo comentó, caminar hasta la extenuación impedía que la angustia se adueñase de sus apasionados corazones mortales.

Aunque había un corazón que, ajeno al cansancio y la belleza del paisaje, permanecía inmerso en la más honda desesperación desde que el Elfo de las Rocas tuviera que alejarlo a la fuerza de las Fortalezas. River de la Casa de los Tres Elfos no era capaz de dejar de lado la impotencia, la ira y el dolor de saber que la Dama se había sacrificado por él, que la habían perdido por su culpa. Se odiaba por ello.

De pronto Eriesh se detuvo bruscamente y River hizo lo mismo antes de chocar con él. Toda la caravana se paralizó, mirando a Eriesh con cautela. El Elfo de Greisan alzó el rostro al cielo, ladeándolo a un lado y al otro, escuchando los mensajes del viento. Frunció el ceño, pero no sacó sus armas.

—Nos detendremos ahora —dijo el elfo con calma—. El bosque está furioso; ha ido despertando a lo largo del último día de su prolongado letargo, y ahora ha recordado que él también es peligroso. No os hará daño mientras estéis conmigo, pero es mejor no llamar su atención sobre vosotros.

Los demás, pese a que no entendían sus palabras, le hicieron caso. Estaban demasiado cansados, confundidos y desazonados como para preocuparse por la peregrina posibilidad de que el bosque los vigilara. Aunque Alana sí prestó atención a la fronda, preocupada. Su pueblo, tan ligado a Amazonia, no había olvidado que los feéricos daban vida al bosque, y ahora tenía una sensación de peligro que no la abandonaba. Eso la hizo pensar. No había muchos seres en el mundo capaces de percibir la pena del bosque y hablarle y defenderlo. Sólo los feéricos. Alana

recordó la profunda tristeza que había reflejado el rostro de Eyrien los últimos días mientras atravesaban la antaño vívida y mágica Amazonia. La elfa sentía en su propia piel el miedo, el pesimismo y la vejez del que antaño fuera un lugar apacible y lleno de vida. Y Eyrien no era de las que se olvidaba de las injusticias.

—Ha sido ella, ¿verdad? —le preguntó a Eriesh—. Ella se ha puesto del lado del bosque.

El elfo la miró a los ojos, después de lanzarle una mirada fugaz a River; la furia y el ansia de venganza del bosque no eran nada comparadas con las que bullían en el alma del mago.

—Sí, creo que sí —dijo Eriesh al fin—. Pero no es nada personal contra los humanos.

Alana no dijo nada. Se sentía poco humana y más parte de Amazonia, por lo que se alegraba de que alguien al fin estuviera cambiando las cosas. Pero preferiría tener a Eyrien a su lado. Se sentía perdida sin ella, entre tantos hombres.

—Por todos los elfos, ¿qué demonios ha pasado? —preguntó Freyn al cabo de un rato.

Se habían sentado alrededor de una bola de luz que Eriesh había conjurado porque no les dejaba encender un fuego; algo más allá los soldados selbastianos del capitán Aston se habían reunido en un grupo compacto. Estaban nerviosos, pero eran leales y cubrían las espaldas de su capitán y del príncipe con las armas al alcance de la mano.

—¿Qué sucedió en las Fortalezas? —insistió el enano—. Eriesh, deja de hacernos caminar hasta la extenuación y habla de una vez. ¿Qué le han hecho a Eyrien?

El greisiano permaneció en silencio unos segundos, demorando su respuesta sin hacer caso a la impaciencia de su interlocutor como era costumbre entre los elfos.

—Creo que el Nigromante le ha ocultado su memoria —respondió al fin.

—¿Es eso posible? —preguntó Alana, horrorizada.

—Lo es —murmuró River hablando por primera vez desde la noche anterior. Los ojos le brillaban más que nunca y tenía los puños crispados; era aterrador—. Leí en la mente del Nigromante lo que quería hacerle a Eyrien. Albergaba tanto odio contra ella, contra todos los elfos en su mente... Lo que no consigo averiguar es qué conjuro utilizó. No lo entiendo, Eriesh. —Se giró desesperado hacia el elfo—. Se supone que conozco todas las lenguas feéricas, y no puedo adivinar qué palabra ni qué dialecto utilizó para hacerle eso.

—Bueno, tú no conoces la magia Vodun —dijo Freyn.

River no estaba tan seguro de ello. Al fin y al cabo, la magia Vodun no dejaba de ser magia feérica y estaba seguro de que estaba al alcance de su mano. Sólo había que saber qué ordenarle a la magia, y tener el valor para hacerlo. Por ejemplo, días atrás supo que el conjuro que había utilizado el Nigromante para torturar a Eyrien en Selbast, según lo que les había explicado Ashzar, era un simple conjuro congelante de los Elfos del Agua, sólo que aplicado a los humores del cuerpo. El Nigromante había obligado a la sangre de Eyrien a congelarse, provocándole un dolor horrible siendo ella de esencia cálida. No le extrañaba que los elfos no hablaran jamás de la magia Vodun, que la despreciaran como lo hacían y que no quisieran que los humanos la usasen. Porque en realidad cualquier magia se podía aplicar a cualquier cosa, incluidos los seres vivos. Las más terribles torturas estaban al alcance de quien conociera la magia Vodun y tuviera el poder y la sangre fría para utilizarla.

—Pero podemos recuperarla —dijo Killian rompiendo el silencio—, ¿verdad?

—Sus recuerdos siguen ahí, no pueden destruirlos —dijo Eriesh, aunque no estaba tranquilo—.

Pero el Nigromante se los ha ocultado: los suyos, y la memoria de su pueblo.

—¿Qué? —inquirió Killian cuando Freyn blasfemó tras esas últimas palabras.

—Que si entiendo bien lo que está diciendo Eriesh, no somos los únicos que tenemos que preocuparnos por lo que decida hacer ahora Eyrien —le respondió Freyn—. Eyrien sigue siendo una elfa, justa y buena, pero una elfa justa y buena es peligrosa. Eyrien será justa y buena, pero con aquellos a los que cree más desfavorecidos: con los que han sido víctimas sin culpa de esta guerra.

—Es decir los bosques y sus habitantes —murmuró Alana confirmando sus sospechas.

Freyn se alzó de hombros.

—En realidad, todos los elfos deberían ser así —dijo—. Si el Continente Norte sufre es porque los elfos les permiten a los humanos destruirlo, porque los creen frágiles e incompetentes y les dan pena. Pero ni siquiera su paciencia es infinita, y os estáis pasando de la raya.

—Yo no soy como éstos —le recordó Alana, desdeñosa, refiriéndose a los hombres.

—Lo sé, lo sé —suspiró Freyn—. Pero ya lo dijo el maldito vampiro, todos tenemos que estar agradecidos de que los elfos sean tan magnánimos con los que somos inferiores a ellos. Excepto durante las guerras, los enanos y los elfos siempre hemos sido grandes amigos, pero también hemos temido que los feéricos perdieran la paciencia, que llegara el día en que se vieran obligados a recordaros que no sois más importantes que el resto de los seres vivos y que no tenéis derechos sobre ellos. Eyrien siempre quiso devolver el equilibrio al mundo. —Suspiró con tristeza—. Pero no así. Ella no habría querido hacerlo así.

—Un momento —dijo Killian, incrédulo—. Si Eyrien está acicateando al bosque a defenderse de sus enemigos, no va a ir solo en contra de los Cáusticos, ¿verdad? Entonces... ¿Eyrien está incitando al bosque a atacar a los humanos?

—Irá también contra las Minas de Fuego —dijo Alana con la voz cargada de resentimiento—. Se merecen lo que les pase. Los odio.

—Si la ira del bosque cae sobre ellas —dijo el enano—, tendremos problemas.

—Perdonad, mis señores —intervino el capitán Aston; los cabellos oscuros parecían de color ceniza al resplandor del fuego azulado de Eriesh—. No acabo de entenderlo. Por lo que nosotros mismos hemos visto, y lo que le ha sucedido a Alana, los habitantes de las Minas han perdido su honor. Quizás un escarmiento les sentaría bien.

—Un escarmiento les sentaría bien de veras —dijo Freyn—, pero éste nos va a salir muy caro.

—Voy a explicaros lo que podría ocurrir —dijo Eriesh, animando a todos los selbastianos a acercarse más a ellos—, para que comprendáis a qué nos enfrentamos. Podría ocurrir...

—Y ocurrirá —sentenció Freyn.

—Nadie sabe lo que pasará en el futuro, salvo a veces los Elfos de la Noche —le recordó Eriesh. Podría ocurrir que la ira del bosque se abata sobre las Minas. Es muy probable, pues ellos siempre habían sabido que no debían dañar al bosque. Pero entonces las nuevas de lo acontecido allí se diseminarán por el Continente y en todas las regiones mortales se sabrá que los feéricos han

empezado a defenderse de los humanos.

—Si llega a Arsilon la noticia de que ha sido una elfa la que ha promovido este levantamiento de los feéricos menores, los Altos humanos montarán en cólera —concluyó Killian cada vez más nervioso—. ¡Si el Maestro Obiun se entera de que Eyrien está detrás de esto, hará lo posible por poner fin a toda su raza en contra de ella!

—Y la Triple Alianza se desmoronará en el momento en que más necesita la unión de sus fuerzas —dijo Freyn en tono funesto—. Esigion habrá conseguido lo que siempre ha buscado, separarnos y enfrentarnos para facilitarle el trabajo.

—¡Los dioses no lo quieran! —murmuró el capitán Aston, que no deseaba ver caer a la Alianza justo cuando se había cumplido su esperanza y entrado en ella.

—No me lo puedo creer —dijo Alana de repente, irguiéndose y echando su rubia melena despeinada hacia atrás; las líneas azules de su rostro parecían más agresivas ahora que estaba iracunda—. Todo esto es culpa vuestra. ¿Qué clase de seres débiles sois vosotros, que estáis tan ciegos como para dejaros manipular así por el enemigo? Por vuestra ambición de los magos —dijo mirando a River—, el temperamento de los enanos, y vuestra estupidez —añadió fijando su enojada mirada en Killian—, vuestra querida e idílica Alianza se tambalea. ¡Y somos las Amazonas quienes lo estamos sufriendo! Si no estuviésemos recelando constantemente unos de otros, los maelvanienses jamás habrían cruzado el Estrecho y los elfos no se habrían alejado jamás de todos nosotros. Y ahora lo vais a empeorar. —Miró a todos los hombres presentes con furia—. Ojalá todos los elfos no os hubiesen acogido jamás en el Continente Norte. Ojalá os hubieseis seguido matando unos a otros allá en el Sur, donde ya no podíais destrozarnos nada más que a vosotros mismos. Y no me vengas con que podéis arreglarlo, príncipe —se adelantó furibunda al ver que Killian abría la boca—. Jamás podrás devolverme a Lavinia ni a Amalia, ni a tantas otras. Ni la alegría del bosque y la confianza de los feéricos. Ni a los unicornios y los dragones. Ni una vejez en paz y tranquilidad para mi abuela Calista.

—Y nadie le devolverá a Killian a su madre ni a su padre, ni a River los suyos —dijo Freyn—. Ni a sus padres los niños de Quersia y Bajo Udrian que han sido asesinados. Alégrate de que tú todavía tienes una familia y un lugar donde habitar, Alana. No sólo vosotras habéis perdido gente en esta guerra. Los humanos son los que más han perdido y siguen tratando de enmendar sus errores.

Alana guardó silencio, apretando los labios rosados y mirando al fuego.

—Alegrémonos de que nosotros, miembros de las cinco razas libres, estemos unidos ahora. Pero si no queremos que nuestra situación empeore, tendré que alejarme unos días —dijo Eriesh—. Iré a las Minas, a advertirles del peligro en que se encuentran. O a tratar de impedir que la noticia se disemine si ya es demasiado tarde. Vosotros estaréis a salvo aquí hasta que yo vuelva, si recordáis que no debéis enfurecer al bosque.

A los demás no les hizo gracia que el elfo los dejara, pero nadie se quejó.

—River —lo llamó Eriesh, sacándolo del negro ostracismo en que se había vuelto a hundir—. Confío en ti para que cuides del grupo y te comuniques con los feéricos si hay problemas. Nos reuniremos...

—No —lo interrumpió River, volviendo a dirigir su mirada intensamente verde hacia el grupo—. Yo iré a las Minas. Los demás estarán más seguros contigo, y yo quiero asegurarme de que mi familia está bien. Además yo soy humano, a mí se avendrán a escucharme más que a ti.

—Pero tú tardarás más en llegar allí —dijo Freyn mesándose la barba.

—No si permite que Debris me acompañe —dijo River—. Estoy seguro de que el caballo élfico puede llevarme allí tan rápido como tú llegarías corriendo, Eriesh.

Eriesh le miró unos segundos, y ni a River ni a ninguno de los presentes les fue posible adivinar lo que pasaba por su mente.

—Está bien, tu irás a las Minas —aceptó el Elfo de las Rocas—. Debris.

Mientras el caballo moteado se acercaba, River se limitó a coger su odre de agua, unas galletas de viaje, algo de ropa y la espada de Killian. Éste le pidió que tuviera cuidado pero desde que River había cambiado no sentía ningún miedo por él. Después el príncipe se giró hacia Alana, dubitativo, mientras River se reunía con Debris. Sabía que se arriesgaba a una pulla pero no podía permanecer callado.

—Por lo que tengo entendido, las Amazonas vivís aquí... cerca de Équida —dijo.

Alana lo fulminó con la mirada.

—A ti no te importa dónde vivamos.

—No tengo interés en saberlo —contestó Killian, paciente—. ¿Pero no deberíamos avisar también a tu pueblo de lo que sucede? Quizás estén en peligro, si no saben que el bosque... bueno, que el bosque acecha.

Aguantó como pudo la mirada azul-dorada de la Amazona, que ladeó un poco el rostro.

—No corren peligro —dijo al fin con voz neutra, pero alzando el mentón—. Las Amazonas no dañamos al bosque, y él lo sabe. Además todavía tenemos la capacidad de escuchar sus mensajes, aunque no los entendamos. Las mías se darán cuenta de que algo sucede, y serán cautas. No te preocupes por ellas, siempre nos hemos arreglado solas, príncipe de Arsilon.

Si le costó o no ser tan diplomática con Killian, nadie más que ella, y quizás Eriesh, lo supo. River también podría haberlo adivinado, pero estaba cargando sus cosas en las alforjas de Debris. Apretó entre las manos la cincha de cuero que sujetaba mientras Eriesh lo miraba en silencio.

—No se lo perdonaré nunca —susurró River consumido por la rabia—. Jamás.

—Se lo perdonarás, estoy casi seguro de eso. No es culpa suya, se sintió obligada a hacerlo y lo habría hecho por cualquiera. Y yo también, y cualquier elfo. Sabes que no podemos evitarlo.

—Pues deberías —dijo River furioso—. Yo soy prescindible, pero Eyrien no. Yo soy una presa fácil, pero a ella jamás la hubiesen atrapado si no se hubiese entregado. Ahora la Alianza se tambalea y todo por salvarme a mí, que soy un peligro para todo el mundo.

Al darse cuenta de que la cincha empezaba a humear entre sus manos, River la soltó antes de que Debris se pusiera nervioso.

—Ojalá Subinion estuviera aquí —murmuró.

—Cuando se constituyó la Alianza, Subinion tuvo que acceder a la petición de los Sabios, los enanos y los humanos de no acudir nunca a la guerra —le explicó Eriesh—. Precisamente se buscaba evitar que algo así pudiera pasar: que hicieran un prisionero del que no pudiéramos

prescindir. ¿Te imaginas lo que podría pasar si a Subinion le hicieran lo mismo que le han hecho a su hija? —River se estremeció—. Pero Eyrien, aunque lo intentaron, jamás quiso hacer la misma promesa. Subinion la apoyó, porque ambos sabían que algún día sería necesario el poder de la Casa de Siarta para acabar con esta guerra. Y siempre quedaría Subinion, que es más poderoso que ella, si algo pasara. Crees que los elfos no te gustamos en muchos aspectos —dijo el elfo observando con calma su expresión crispada—, pero a ti Eyrien no te gusta sólo por su hermosura y su poder. Y es una elfa, con todo lo que ello conlleva. Si no fuera como es, no la querrías como la quieres. No la culpes, River, por sentirse obligada a salvarte. Porque está en su naturaleza, como está en la tuya acusarte por ello. Pero tampoco fue culpa tuya.

River negó con la cabeza. Prefería sentirse culpable y estar enfadado con Eyrien, porque así no podría devorarlo la tristeza. El beso que ella le diera aún le quemaba en los labios y si se dejaba llevar, el temor a no volver a tenerla a su lado lo volvería loco.

—¡No puedo quedarme sentado sin hacer nada! Estoy seguro de que si nosotros no estuviésemos aquí, los débiles humanos, Freyn y tú jamás os habríais alejado de las Fortalezas y estaríais intentando salvarla.

El elfo lo miró con el bello rostro grisáceo muy serio.

—Te he visto utilizar la magia sin separar los labios, y te he visto dejarte llevar por la ira y mostrar tu verdadero poder. Yo no te considero débil, sino todo lo contrario. Pero debemos ser prudentes. Sé por qué quieres ir tú a las Minas: sabes que Eyrien podría estar cerca de allí, y deseas verla. Pero sé listo entonces si te topas con ella. Sé siartano y razona con lógica y frialdad. No abatas la ira de Eyrien sobre nosotros antes de tiempo, porque no todos podrían defenderse de ella como tú.

River miró preocupado por detrás de Eriesh, a Killian, Alana, Freyn, y los soldados de Selbast. Todos les miraban, sine escuchar lo que decían. Parecían muy frágiles allí perdidos, en medio del bosque.

—Ten cuidado, River —añadió Eriesh ahora que le había hecho reflexionar—. Nos encontraremos en el claro donde ralentizaste a Eyrien aquel día, Debris sabrá encontrar el lugar. En dos semanas habrá luna nueva, espero que para entonces hayas regresado con nosotros. Si no me preocuparé por ti y tendré que abandonar a los demás para buscarte. A pesar de lo que puedas creer, tú no eres prescindible para nadie, y mucho menos para Eyrien.

River sintió un nudo en la garganta mientras montaba. En aquella misma luna nueva los habitantes de Selbast decidirían si deseaban ser libres y que la Alianza los salvara. Pero ahora sus esperanzas eran vanas, pues no habría una Dama de Siarta que los liberara. Ni un príncipe de Arsilon, si Eyrien cumplía su amenaza.

—Estaré allí —dijo evitando aquellos pensamientos—. ¿Y entonces qué haremos?

—Para recuperar a Eyrien tenemos que deshacer el conjuro, y para eso necesitamos conocerlo. O matar al Nigromante que lo sostiene. Pero de eso nos preocuparemos en su momento —dijo Eriesh—. Y sé prudente.

El elfo palmeó el cuello esbelto de Debris y se alejó dos pasos. Tras despedirse con un gesto de la mano de los demás, River azuzó al caballo élfico y se internó en la espesura.

Los que quedaban atrás se sintieron acongojados cuando desapareció.

—Creo que River quiere encontrarse con Eyrien —le murmuró Killian a Freyn—. Creo que va a buscarla a ella más que a advertir a los habitantes de las Minas.

—Eso creo yo también —dijo el enano—. Pero espero que no la encuentre. Por su bien.

Killian suspiró. Se sentía inmerso de nuevo en la misma pesadilla que los había perseguido al salir de Gevinen el año anterior. Pero esta vez parecía improbable que todo fuese a solucionarse en el transcurso de una tarde tranquila y dorada, entre los muros de una granja acogedora.



River atravesó veloz el bosque gracias al trote constante y seguro de Debris, sintiéndose tolerado pero vigilado todo el tiempo por la naturaleza que lo rodeaba. Tardó menos de cuatro días en regresar al territorio de las Minas. La compañía de Debris, que parecía entender lo que estaba pasando, lo consolaba en los breves momentos de descanso. Poco a poco la fronda fue haciéndose menos densa a medida que se acercaban a la población, y la lujosidad creció cuando alcanzaron zonas más despejadas de árboles. Rozaba el mediodía cuando la empalizada de las Minas se hizo visible desde lejos. Y parecía que algo andaba mal.

—No —murmuró River cuando Debris se detuvo en la linde del bosque—. No, por los dioses.

Las puertas de entrada a la colonia minera estaban arrancadas de sus goznes y yacían inmovilizadas por lianas de hiedra contra el suelo. No se veía un alma en las calles embarradas, ni se alzaba el humo de las chimeneas de las casas. Las Minas parecían saqueadas, abandonadas. River quiso creer que habían sido los chupasangres quienes habían vuelto para cobrarse su botín, pero su instinto le decía que aquellas gentes habían encontrado otro enemigo. Llegaba tarde.

Dejó a Debris en el bosque, a salvo, y corrió hacia la ciudad temiendo lo que pudiera encontrarse. Abandonando toda cautela, no se detuvo cuando cruzó la abertura desprotegida que habían dejado las puertas. Siguió corriendo, mirando a su alrededor. Las casas estaban cerradas y los talleres desiertos. Aquí y allá había arados, picos y palas apoyados en las paredes, olvidados por los que se ganaban la vida con ellos; las vacas mugían en sus cercados, indiferentes, mientras gallinas, ocas y cabras se paseaban por las calles trasegando la hierba húmeda que crecía al borde de las calzadas sin que nadie lo evitara.

River se detuvo cuando llegó a la plaza donde hacía poco más de una semana se habían batido contra los chupasangres. Pero no había rastro de ellos ahora, ni de los aldeanos. Sólo persistían las marcas de arañazos y conjuros en algunas paredes y tejados.

—¡Hola! ¿Hay alguien? ¡Soy un amigo! —River titubeó y añadió—: ¡De la Alianza!

Esperó, pero ni amigos ni enemigos acudieron a su encuentro. Estaba a punto de correr hacia la zona alta de la ciudad, donde vivía su primo, cuando oyó el sonido seco de una puerta al cerrarse. Se giró hacia el Ayuntamiento y entrecerró los ojos. Un chico envuelto en una capa salía y bajaba las escaleras. Cuando se dio cuenta por su estatura y el peculiar color rubio azulado de sus cabellos de que era un Alto humano, River se preparó para defenderse por si se trataba de un Nigromante. Pero el joven alzó las manos para demostrar que no deseaba pelea, y se detuvo

cuando estuvo a unos cinco metros. River lo reconoció entonces. Era el joven Mago de la Alianza que había acudido en su ayuda en su primera visita a la ciudad.

—¿Lance?

—Sí, mi señor —dijo el Mago bajando las manos—. Rezaba a los dioses porque alguno de vosotros volviera y nos explicara a qué ha venido todo esto.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —le preguntó River—. ¿Dónde está la gente?

Lance parpadeó, era evidente que esperaba respuestas, no preguntas.

—La gente que queda está escondida en sus casas o en el Ayuntamiento, tratando de portarse bien. Y opinan que *demonios* es precisamente lo que ha pasado. Yo no lo he visto, estaba de exploración cuando sucedió, pero los que se atrevieron a asomarse a las ventanas hablan de una sombra iracunda que vino con la noche. La llaman la Venganza del Bosque.

River desvió la vista al suelo, abatido, sabiendo que sus temores se convertían en certezas.

En las Minas de Fuego, un lugar en el que casi todo giraba en torno a la actividad minera por el día y las rondas de cerveza en las tabernas por la noche, habían tardado en recuperarse del ataque de los chupasangres. Nadie había presenciado la batalla pero la habían oído, y al salir a la mañana siguiente de sus casas, cuando la dulce voz que había entrado en su mente les había dicho que estaban ya a salvo, se habían encontrado con la multitud de cuerpos de los crueles antropófagos tirados en la plaza. Había un sobre abandonado en la escalinata del Ayuntamiento, y en su interior una nota rezaba: «Como veis, Esigion no va a premiaros, sino a usaros de carnada para sus aliados. Cuidad de vosotros mismos, porque otro día no podremos protegeros».

Pero la gente no había aprendido aquella lección, habían seguido talando árboles y cazando animales para los Cáusticos, cuyos nuevos representantes habían llegado al cabo de dos días, asegurándoles que los necesitaban para que los protegiesen. Aquella misma noche las cosas fueron a peor. Los soldados Cáusticos habían empezado a desaparecer en el bosque, mientras los que quedaban se vengaban talando más árboles. Hacía dos noches, de nuevo aquella voz dulce los conminó en sus mentes a permanecer en sus hogares. «Aquellos cuyo corazón sea bueno y puro nada tienen que temer. Sed sabios». Y de nuevo había llegado a ellos el sonido de la batalla en las Minas, aunque esta vez no fueron los gruñidos roncós de los chupasangres los que se alzaron en la oscuridad, sino los gritos de los hombres. Pocos se atrevieron a asomarse a las ventanas o las puertas para saber qué sucedía, pero los que lo hicieron aseguraban haber visto un demonio negro, la sombra de algún elemental del bosque acompañado de muchos feéricos.

Al amanecer eran los cuerpos del resto de los maelvanienses los que habían encontrado tirados en la plaza. Sobre el pecho de cada uno de ellos había un sobre en el que se explicaban las muchas maldades que había proferido cada uno de ellos. Asesinatos, torturas, robos, extorsión... la lista era larga y sombría. De la gente del pueblo sólo hubo que lamentar la muerte de unos cazadores de feéricos borrachos, los que según Lance habían capturado a Alana, y nadie iba a echarlos de menos. Y otro sobre apareció al pie de las escaleras del Ayuntamiento: «Si seguís amparando a los asesinos, os consideraremos asesinos también. Amazonia no va a seguir perdonando vuestra permisividad. Pero si recapacitáis, nada tendréis que temer del bosque y os protegerá de los verdaderos enemigos de todos».

—Y la nota no nos mentía; no han vuelto a molestarnos —dijo Lance, mientras permanecían sentados en un banco de la plaza vacía—. Tampoco han llegado nuevos Cáusticos. La gente cree que el bosque nos ha perdonado ahora que ya nos portamos bien. Puede ser, yo estaba fuera con otro Mago Aliado y el bosque no nos hizo nada. Creo que sabía que éramos amigos. Ahora la gente se siente más segura que antes. La Venganza, la misma sombra que muchos dicen haber visto, entró ayer en la población pero se mantuvo acechando en las calles y los que la vieron no sintieron miedo y aseguran que parecía buscar a alguien y no molestó a nadie.

—Muy propio de un elfo irascible pero justo —murmuró River—. Os ha perdonado.

Lance le miró como si adivinara de quién estaba hablando. El Mago de la Alianza tenía que saber perfectamente que la sombra se trataba de un Elfo de Siarta ensombrecido, y por allí no había muchos. Confiando en que hacía bien, River le explicó a Lance todo cuanto había pasado.

—Por eso es muy importante que la noticia no se extienda —señaló River—. Si la noticia de que un elfo, y siartano por añadidura, se ha vuelto contra los humanos, la Alianza no durará mucho.

—En lo que respecta a los Bajos humanos de las Minas no tienes por qué preocuparte —dijo Lance, aunque parecía no haber asimilado todavía todo lo que le había explicado—. Por suerte aún recuerdan al «ente de los bosques» que los trajo aquí y les proporcionó un hogar, y siguen siendo supersticiosos. Hay incluso quien cree que la Venganza del Bosque es el mismo ser de antaño, que ha vuelto para reprenderlos. Ven, te lo mostraré. Y te daré algo de comer; llevamos horas aquí sentados.

Ya atardecía cuando River siguió a Lance hasta el Ayuntamiento, donde la gente de las Minas se había reunido para discutir lo que iban a hacer. Después de darle uno de los bocadillos que preparaban algunas matronas, Lance lo llevó hasta la parte de atrás del edificio donde habían habilitado un hospital de campaña. Parecía que Eyrien sólo había atacado a los maelvanienses, pero el bosque, vengativo, no había sido tan magnánimo. Había allí un leñador con una pierna desgarrada, un hombre que mostraba quemaduras en las manos y otro que tenía los ojos vendados. Lance lo llevó hasta éste último.

—Julius —le dijo el Mago poniéndole una mano en el hombro al aldeano, haciéndole dar un respingo—, ¿cómo estás, amigo?

—Recuperándome, señor.

—Me alegro —le dijo Lance—. Cuéntale a mi amigo qué te ha pasado. Es otro Mago.

—Pues verá, señor —dijo el hombre mirando en la dirección opuesta a la que estaba River— A mí y mis compañeros nos contrataron hace un par de días para clarear el bosque en los alrededores. Al principio nos negamos, porque no gustaría a los espíritus, pero los soldados insistían en que sería la forma de mantener a raya a los chupasangres y nos dieron oro. Éramos cinco, señor. Nos internamos en el bosque para empezar a talar los árboles y arrancar los arbustos, cuando uno de mis compañeros, Angus, nos gritó que nos acercáramos porque había encontrado en el riachuelo una ninfa del agua. No le creímos, pero nos acercamos igual. Cuando llegamos Angus estaba muerto, tirado en la orilla con el torso sumergido en el agua y el hacha a su lado cubierta por la hierba. Eso nos tendría que haber avisado, señor. A Ben lo encontramos al pie de la cantera,

lo había aplastado una roca. Le había caído justo encima. A mis amigos aquí presentes les pasaron cosas bien extrañas también. Lus juraba y perjuraba que una raíz se había levantado a su paso, haciéndolo caer sobre una piedra afilada que le desgarró la pierna, y Mik asegura que una luciérnaga a la que había atrapado le quemó las manos. Los envié aquí y me quedé a seguir con el trabajo, aunque tenía mucho miedo y no me animaba a empezar. Me senté al pie de un árbol para pensar un rato. No recuerdo cuándo me dormí, pero soñé que había algo caminando por mi pecho. Me desperté cuando sentí el dolor, señor, tan sólo pude ver un momento al pequeño duende marrón antes de que me arrancara el otro ojo también.

—Un Uldra —le susurró Lance a River—. Aquí son bastante comunes aunque esta gente no lo sepa.

River asintió, fascinado. Recordaba haber pensado, cuando Eyrien se detuvo de camino a Gevinen para hablar con uno de aquellos feéricos menores, que el Uldra podría llegar a ser peligroso con aquellos dedos puntiagudos y las garras de los pies.

—El bosque se venga, señor —dijo Julius—. La Venganza vino después, para que aprendiéramos la lección. Los entes del bosque nos ayudaron a sobrevivir hace tiempo, y nosotros se lo pagamos arrasando sus hogares. Pero queremos volver a las antiguas costumbres.

Lance palmeó el brazo del leñador y le indicó a River que se retiraran a un lado. De fondo se oía cómo el alcalde de las Minas conminaba a su gente, en la junta del Ayuntamiento, a respetar el bosque: coger tan sólo la leña ya caída, arrancar únicamente los frutos maduros, no cazar hembras ni crías y, sobre todo, no volver a perderle el respeto a Amazonia. Desde luego Eyrien les había enseñado una lección.

—Creo a Julius —dijo Lance—. Las ondinas debieron ahogar al primer leñador, las sílfides de las rocas aplastaron a Ben, y un silfo del fuego quemó las manos de Mik. Una dríade podría haber ordenado al árbol que levantara la raíz para hacer caer a Lus. Si Lus, Mik y Julius no murieron fue porque no llegaron a talar ningún árbol. Aun así ese Uldra, sacándole los ojos a Julius...

—El bosque no ha sufrido menos —le dijo River sin pensar, luego sacudió la cabeza—. Tengo que ver a mi primo, y al marido de mi tía Liana. Quiero comprobar que están bien.

Si Eyrien dañaba en algún modo a su familia, el odio de su tía aumentaría sin remedio. Pero Lance le miró sorprendido.

—Están bien, no temas por ellos. A tu tío le estás oyendo ahora, es el alcalde. Pensaba que os conocíais.

—No sé mucho de mis parientes Bajos humanos —reconoció River.

Prestó atención. Aquella voz grave que convencía a las gentes de que volvieran a sus casas ahora que llegaba el anochecer parecía ser la de su tío. Aunque se había casado con un Bajo humano, su tía lo había hecho con uno decente. Iba a dirigirse hacia él cuando se detuvo a mirar por la ventana y vio que ya caía la noche. Y quizás con ella Eyrien volvería.

—¿Y dices que Ey... que la Venganza buscaba algo?

—Eso dicen —dijo Lance—. Que rondaba por las calles, especialmente por la zona alta.

River recordó entonces que Eyrien ya había buscado algo allí antes. O a alguien, más bien.

—¿Está aquí Brandon, el escultor? ¿El hombre de las estatuillas?

—No —respondió Lance—. Abandonó el pueblo discretamente poco antes de que esto pasara. La gente teme que tuviera algo que ver...

River echó a correr sin seguir escuchándolo. Las calles estaban oscuras. Tan sólo el susurro del viento, los grillos y las dríades rompían el silencio. Ahora vigilaban en calma. Corrió hacia el barrio artesanal de la ciudad sin estar seguro de lo que podía encontrarse, y se detuvo al inicio de la calle donde se encontraba el taller de Brandon; el que había sido el sirviente y amante de la hermana de Ashzar. El lugar parecía abandonado, sin ninguna de las estatuillas de Lilith decorando el aparador. La puerta de la casa adyacente estaba abierta, pero ésta también estaba vacía. Cuando volvió a salir, sin embargo, River tuvo la sensación de que no estaba solo.

No tuvo tiempo de ponerse en guardia cuando un conjuro lo golpeó en las costillas, quitándole el resuello. Se giró respirando pesadamente.

—¿Eyrien?

No oyó el murmullo de Eyrien, pero sintió que se le partía el labio con una dolorosa punzada. El sabor metálico de su propia sangre bañó su paladar. Recibió un nuevo ataque, desde el otro lado de la calle, que lo envió contra la puerta del taller. Trató de moverse, pero su oponente lo había dejado imantado a la madera de la puerta, de forma que era incapaz de mover brazos ni piernas. Se sentía como un insecto atrapado en la tela de una araña hermosa y peligrosa que se convirtió en Eyrien cuando se acercó a la luz de las antorchas.

La Dama de Siarta todavía ocultaba las cicatrices de los colmillos de Ashzar con la melena ondulada de un profundo color oscuro, pero ése era todo el parecido que guardaba con la Eyrien que él conocía. Ahora vestía de negro, con un vestido largo y ceñido que dejaba sus hombros al descubierto. Su cuerpo estaba tenso, como el de una fiera al acecho, y su mirada insondable e intensa era estremecedora, el reflejo de una mente poderosa. A River le pareció que ahora más que nunca era aplicable aquella premisa de que su peligro era parejo a su hermosura.

La elfa se acercó, observándolo, como si no lo estudiara por primera vez.

—Estás siendo muy insensato —le dijo con su suave voz, reverberante—. Te di un poco de tiempo para que te despidieras de la vida, y tú lo desperdicias siguiéndome. No es prudente, aunque tu comportamiento es imposible de predecir tal como eres ahora. Eres un peligro, Mago —le susurró casi con compasión—. Te has convertido en algo que puede ser muy dañino. Los humanos no debéis conocer los secretos de la magia, porque los usáis con maldad y sin reparos. Es mejor que mueras ahora antes de que te conviertas en un Cáustico más y causes al mundo más males de los que ya sufre. —River pudo ver la amargura que invadía a Eyrien en el rictus de su delicado rostro; no estaba pasándolo bien—. Y tu amigo el Bajo humano tendrá que morir contigo, porque no querrá otra cosa. Lo vi en sus ojos apenas lo miré. A los demás los dejaré marchar si recapacitan y no se entrometen; aunque el elfo deberá explicar por qué te defiende. Ya es hora de que los humanos vuelvan a ser responsables de sus actos otra vez. Pronto llegará el momento de que sean juzgados, si no recapacitan. Pero para ti no hay redención posible y tu tiempo se acaba. Sí —dijo con la mirada perdida en el cielo—. Muy pronto. Mientras tanto, aprovecha tu tiempo.

Alzó el rostro al cielo, fijando los ojos felinos en el grueso hilo que formaba la luna decreciente. River, inmovilizado todavía, siguió su mirada hacia la luna decreciente. Era una

rendija, pero brillaba mucho. Y entonces comprendió; aprender astronomía de Eyrien no había sido en vano. Adivinó con un escalofrío cuál sería el día exacto de su propia muerte. La suya y quizás la de muchos otros, si no encontraba la forma de detenerla antes de la próxima luna llena.

—Sé lo que estabas buscando —murmuró cuando la vio dar un paso atrás, dispuesta a abandonarlo allí—. Sé a quién buscas, y puedo traértelo. Puedo traerte al vampiro que buscas.

Eyrien se detuvo y entrecerró los ojos feéricos.

—¿Me traerás al que me ha hecho esto? —dijo con el rostro crispado, apartándose los cabellos del lugar donde tenía las marcas de los colmillos de Ashzar.

—Sí, puedo traértelo. Lo haré a cambio de que te replantees la muerte de Killian.

Eyrien lo miró largos segundos, mientras él seguía inmovilizado contra la puerta.

—Qué generoso por tu parte —dijo pensativa, como si lo evaluara desde un nuevo punto de vista—. Te vi destruir unos cuantos gólems; me gustó. Los Nigromantes no te aprecian, te quieren muerto. Porque no tienes un corazón tan insensible como el suyo, y te preocupas por los demás. Quizás después de todo deba pensar un poco más en este asunto. Está bien. Tráeme al vampiro, que es más peligroso que tú, y quizás viváis. Pero traicióname —dijo acercando tanto su rostro que casi le rozó la mejilla—, y no esperaré a matarte. ¿Me has comprendido bien?

—Te he comprendido —dijo River—. Nos veremos en dos semanas en el gran claro que hay a una jornada de las Fortalezas. Las dríades te mostrarán dónde estoy.

—Allí nos veremos —dijo la elfa sonriendo—. Y piensa bien lo que haces, no me defraudes.

Le acarició la mejilla de una forma que hizo estremecer a River. Entonces retrocedió y se alejó por la calle desierta y húmeda, ensombreciéndose. Por un momento a River le pareció que había otra sombra junto a ella. No cayó al suelo hasta un rato después, y entonces se quedó de rodillas, respirando hondo, dejando que los nervios que había estado manteniendo a raya lo embotaran y se disiparan luego junto con la adrenalina. Trató de no evocar la mirada de Eyrien y sus afiladas palabras. Se preguntaba si había hecho lo correcto, o si se había abocado a una muerte segura; a él y a los que aceptaran su plan temerario. Pero ya estaba hecho.

—Ojalá Subinion estuviera aquí —murmuró—. O incluso Ashzar, o ese Phyros de Vulcania.

Lo que River no sabía era que Ashzar ya los había ayudado. En Udrian, Asier de Siarta, el hermano de Eyrien, recibía un extraño mensaje telepático del vampiro que lo conminaba a apresurarse a Amazonia a buscar a su hermana.

II

Confrontación



El tiempo pasaba despacio en el campamento que habían montado en el claro del bosque. Demasiado despacio, Freyn, Killian, Alana y los selbastianos habían estudiado los alrededores del gran prado, habían recogido leña caída para varias semanas, recolectado frutos y setas, discutido medios de defensa por si eran atacados, y hasta habían dibujado en el suelo un mapa de las Fortalezas gracias a los conocimientos de Freyn. Se pasaban el día planeando estrategias de ataque y mirando de reojo a las lindes del bosque, esperando a que River volviera o los maelvanienses los descubrieran. Pero nada de esto sucedió en aquellas dos semanas y empezaron a despertar.

Dos días antes de la luna nueva, sin embargo, un acontecimiento inesperado vino a dar un respiro a su angustia. Lance, el Mago de las Minas, llegó inesperadamente al campamento con otro Alto humano para ayudarlos en sus futuras empresas. Les narró cuanto había sucedido en la población y los tranquilizó por el retraso de River, asegurándoles que cuando ellos se marcharon seguía en las Minas ayudando a su tío. Pero el único que permanecía verdaderamente tranquilo era Eriesh, que entrenaba a Alana y le enseñaba a potenciar sus habilidades. También Killian se entrenaba con ella a veces, sorprendiéndose porque le parecía que la Amazona era cada día más hermosa, y le parecía que los tatuajes que adornaban su piel cambiaban.

—Oye, Eriesh... —le dijo Killian cuando los demás se sentaron a comer. El elfo se había alejado hacia la linde del claro para prestar un poco de atención a los caballos, pero al ver que el príncipe parecía turbado fijó en él sus ojos grises y le dedicó toda su atención—. A ti... a ti no te parece que Alana parece cada día más... no sé, ¿más extraña?

Eriesh sonrió, y acarició el morro del caballo del capitán Aston.

—Alana parece ahora más Amazona —le dijo—. La intención de Eyrien cuando la entrenaba era forzar su instinto, hacerla más fuerte para la guerra que se avecina. Las Amazonas han olvidado que son similares a los Altos humanos, pues tienen en su linaje sangre feérica también al descender de una unión mixta con los Elfos del Agua. Y aunque no poseen la habilidad de utilizar la magia como los Magos, la magia vive en ellas como no lo hace en éstos. ¿Por qué crees que los Nigromantes las raptan o las compran? Necesitan sangre mágica nueva para fortalecer su raza. A las elfas, aunque pudieran capturarlas, no pueden obligarlas a tener hijos, pues la concepción es un acto voluntario para nosotros. Pero a las Amazonas sí pueden obligarlas. Y las prefieren a las Altas humanas porque su magia es más limpia, más fuerte y más pura. Además sólo suelen tener hijas, de forma que se aseguran que siempre habrá nuevas mujeres con las que concebir nuevos niños. —Frunció el ceño, apesumbrado. Luego volvió a mirar a Killian—. Las Amazonas fueron antaño como empezas a ver a Alana ahora: su apariencia era más salvaje, más seductora, y su voz más persuasiva, como la de los Elfos del Agua. Y sí, como te lo parece, sus tatuajes daban

sensación de movimiento. Como si fuera el agua con la que se mimetizan los elfos de los que descienden. Despertar su instinto la ayudará en la lucha, así que sigo con lo que Eyrien empezó.

Killian se giró a mirar a la Amazona. Sus cabellos trigueños parecían más brillantes que nunca, sus tatuajes armonizaban exquisitamente con su piel. Y quizás ella no se daba cuenta pero su porte era más soberbio, y también más sensual. Cubierta con sus ropas de colores otoñales, era la viva imagen de lo que él pensaba que tenía que ser una mujer guerrera: fuerte y dulce a la vez.

Dándose cuenta de que se estaba poniendo en evidencia, volvió a mirar al elfo.

—La luna nueva es hoy —susurró poniéndose serio.

—River estará bien —dijo Eriesh mientras volvían con los demás—. Si no, Debris habría vuelto a buscar ayuda. Conociéndole, creo que el Mago apurará al máximo y considerará que hasta esta medianoche no se estará retrasando.

—Espero que tengas razón. River siempre ha ido a la suya. Pero no es lo único que me intranquiliza; en Selbast decidirán hoy si desean que les ayudemos a liberar su ciudad.

Los selbastianos levantaron la cabeza, y Eriesh leyó la preocupación en sus rostros.

—No temáis —dijo—. Si los vuestros esperan nuestra ayuda, se la proporcionaremos...

A los que le conocían bien no les costó darse cuenta de que Eriesh había añadido una muletilla mental a la expresión, para ser fiel a su incapacidad de decir mentiras. Y sin duda era algo así como que les proporcionarían ayuda a los selbastianos, si sobrevivían el tiempo suficiente para hacerlo.

Killian levantó la vista al cielo y suspiró, preguntándose si en verdad moriría pronto a manos de Eyrien, y a cuántos arrastraría a la muerte con él. Al estudiar a sus acompañantes se dio cuenta de que Alana tenía cara de preocupación mientras le observaba desde el otro lado del fuego, y se sintió halagado al pensar que se inquietaba por él. Le sonrió, y la joven apartó entonces la vista suspirando también. Por qué lo hizo, Killian no supo adivinarlo.

A partir de aquel momento no hicieron otra cosa que impacientarse más y más, y la tarde se les hizo más larga que nunca. Con la intención de distraerlos, Eriesh programó un entrenamiento en grupo, animando a los selbastianos a acorralar al príncipe y a los hechiceros de las Minas. Pero Killian estaba demasiado disperso y aunque los selbastianos tenían cuidado de no dañar al que habían aceptado como su futuro monarca, recibió varios golpes planos del sable de Alana, que no toleraba los despistes. Cuando se acercó el anochecer, Killian ya no podía disimular su angustia. Había empezado a ponerse tan nervioso que Freyn tuvo que retenerlo para que no se marchara a ciegas por el bosque buscando a River.

Pero Eriesh tenía razón, porque bastante antes de la medianoche anunció que oía el trote rápido y liviano de Debris, y el bosque trajo mensajes de un mortal que olía a magia siartana. Esperaron expectantes, deseando conocer las nuevas que el Mago traía de la civilización. Mucho rato después, pues el oído de Eriesh era fino y llegaba lejos, Debris y River aparecían en el claro.

—¡River! —exclamó Killian yendo a abrazarlo y palmeándole la espalda con fuerza—. He estado preocupado.

—¿Con quién te has peleado? —le preguntó Freyn al ver su labio todavía herido.

River suspiró, mientras se hacía un silencio tenso.

—Un obsequio de Eyrien —dijo y miró a Alana—. Los tramperos que te atacaron están muertos. Otro obsequio de Eyrien.

Alana no dijo nada, pero asintió con la cabeza y los ojos azul-dorados le brillaron con fuerza.

Aunque estaba cansado, River no perdió tiempo y los hizo sentarse alrededor de la hoguera para explicarles su encuentro con la Venganza del Bosque. Y lo que pasaría muy pronto. Aun así supo que los selbastianos le prestarían atención tan sólo a medias, pues ésa era la noche en que su ciudad iba a decidir si quería al fin la libertad.

Como su añorado capitán Aston con su séquito de valientes, casi toda la Ciudad Neutral de Selbast permanecía despierta, latente. A la espera.

Fuera de las murallas, encaramado en la colina donde Eyrien y sus compañeros se enfrentaron a los Nigromantes acompañados de Ashzar, había un hombre. Era Kelton, un Mago que había salido con la excusa de dar un paseo y no había regresado antes del cierre de las puertas. Ahora observaba la ciudad. Oía susurros furtivos a su alrededor y se sentía atemorizado sabiendo que los chupasangres eran numerosos en la zona. Pero él no iba a ser menos valiente que la Ondina que se había atrevido a cruzar todo el arroyo de Selbast para llegar al estanque de su casa para llevarle el mensaje de la elfa, y el riesgo valía la pena. La huida del capitán Aston y su regimiento, y su encuentro con el príncipe de Arsilon y la Cazadora de Siarta tenía que ser un regalo de los dioses, que todavía protegían a Selbast. Y ahora podía ser salvada. Si los selbastianos querían otra oportunidad para redimirse y liberarse del yugo de Maelvania, tenían que decidirlo ahora. Los que quisieran la ayuda de Arsilon y la Alianza, sólo tenían que encender sus chimeneas a medianoche. Sin la posibilidad de guiarse por la posición de la luna, Kelton había perdido la capacidad de controlar el paso del tiempo. Quizás no había llegado todavía, o ya había pasado y él permanecía aferrado a una esperanza vana que lo mantendría tenso hasta la madrugada.

—Un momento —murmuró para sí mismo.

De pronto, una a una, las espirales de humo empezaron a alzarse tras las murallas de Selbast. Fueron pocas al principio, muy pocas, pero lentamente las chimeneas fueron encendiéndose tanto en la zona rica como en la pobre, en las almenas, las posadas e incluso, por la ubicación del más potente de los fuegos, en casa del Gobernador. El humo fue formando una cortina tan densa que parecía que la niebla de todos los kares de Amazonia se hubiera arremolinado sobre Selbast. Y sin embargo los maelvanienses, dentro de la ciudad, no sabrían lo que estaba pasando sobre sus cabezas. Casi toda la ciudad había encendido las chimeneas. Nadie tendría leña por la mañana, pero poco importaba. Si aquello salía bien, los estrictos racionamientos serían pronto cosa del pasado.

Mientras reía con júbilo, olvidado de los chupasangres, Kelton sintió que algo le tocaba el tobillo. A sus pies, una pequeña dríade macho de largos cabellos y cuerpo verdoso lo miraba con gesto interrogante.

—Puedes verlo tú mismo, amigo feérico —le dijo Kelton señalando la ciudad—. Selbast clama por la ayuda de la Alianza. Por favor, salvadnos.

El pequeño ser miró hacia la ciudad y Kelton creyó que contaba, si el feérico menor tenía la capacidad para hacer tal cosa. Después asintió con la cabeza, le puso la mano en el tobillo a modo

de despedida y segundos después ya había desaparecido entre la hierba. Kelton suspiró aliviado, y se preparó para pasar el resto de la noche a la intemperie. Ahora sólo tenían que esperar a que el príncipe de Arsilon recibiera el mensaje y acudiera a la ciudad con la ayuda de los elfos. Confiado, el Mago estaba seguro de que pronto serían liberados.



Cuando River acabó de explicarles su encuentro con Eyrien, los demás estaban espeluznados. Los selbastianos admiraban el valor del Mago, pues ninguno de ellos estaría ahora tan tranquilo después de haber sido atacado por la Dama élfica. Tampoco deseaban estar en la piel del vampiro al que buscaba, por mucho que mereciera la muerte. Pero River no había acabado.

—Entonces le dije que yo le traería al vampiro, que viniera a buscarlo aquí dentro de... ahora dos días.

De la garganta de Freyn escapó un gruñido de sorpresa, mientras los humanos se ponían pálidos como nieve de Siarta. Eriesh se limitó a seguir mirando al Mago, esperando.

—Tenía que hacerlo —aseveró River—. Sé por qué decidió esperar un mes para matarnos.

—Ya lo sabemos; estaba cansada —dijo Freyn—. Después de lo que le hizo el Nigromante, estaba demasiado extenuada para enfrentarse a todos nosotros. Además los elfos prefieren posponer un enfrentamiento si creen que más adelante podrán ganar la batalla con más facilidad.

—Precisamente —dijo River—. Está esperando al Perigeo.

—Eso tiene sentido —dijo Eriesh después de que tanto él como Freyn se pusieran muy serios—. Si espera al Perigeo para darnos caza, podrá acabar con nosotros con mucha más facilidad, sin que tengamos apenas tiempo de sufrir.

—¿Qué es eso del Perigeo? —preguntó Killian poniendo voz a la confusión de los demás.

—¿No os disteis cuenta de que la luna brillaba mucho pese a ser apenas un hilo durante los últimos días? —dijo River—. La próxima luna llena será la más grande del año; más cercana y brillante que nunca.

—¿Estás seguro? —le preguntó Freyn.

—Créele —dijo Eriesh—. Eyrien le ha enseñado mucho sobre astrología estos meses. Y no olvides que ahora es en parte siartano, lo siente.

Killian miró a River; se había acostumbrado tanto al brillo anormal de sus ojos que muchas veces olvidaba lo raro que se había vuelto.

—Es verdad —dijo el Mago—. A mí no me afecta, pues mi cuerpo responde al fuego, pero lo siento en mi interior. Y el Perigeo hará a Eyrien tan fuerte como débil la dejó el eclipse. Por eso tenemos que capturarla antes de que eso ocurra, porque si no, estaremos perdidos sin remedio. Si tengo que morir, prefiero hacerlo tratando de devolverla a la Alianza.

—Estoy de acuerdo —dijo Killian, pese a que estaba lívido.

River asintió; tal como había dicho Eyrien, su amigo nunca lo abandonaría.

—Eyrien me dijo que los demás estaríais a salvo si permanecíais lejos —dijo girándose hacia Alana y los selbastianos, sabiendo que Freyn y Eriesh se quedarían sin dudarlo—. A vosotros,

Lance, no os pediré que os vayáis, pues otros dos Altos humanos quizás marquen la diferencia.

—Yo tampoco me voy —dijo Alana—. ¡Ni se te ocurra decirme que me vaya porque soy mujer! —exclamó al ver que el enano, que pertenecía a una raza algo sexista, abría la boca.

—Alana, tú dijiste que te alegrabas de no tener a Eyrien como enemiga, no quieras tenerla ahora —le dijo River—. Y aún puedes salvarte.

—Yo creo... —dijo Killian, ganándose una mirada amenazante y dolida de Alana—, yo creo que debería quedarse, si es lo que quiere. Lo mismo vamos a hacer nosotros. Es lo bastante mayor como para decidir lo que quiere hacer, y es una gran luchadora. Su ayuda será tan buena como la de los Magos de las Minas.

Alana lo miró fijamente y por largo tiempo, en un silencio hermético, mientras River explicaba sus opciones a los soldados selbastianos.

—No nos iremos —dijo el capitán Aston—. Seguiremos a nuestro príncipe a la muerte, si hace falta. La Dama puede resultarnos extraña, pero fue buena con nosotros y es sabia y justa. Ella estuvo dispuesta a ayudarnos a nosotros, aunque vengamos de una Ciudad Neutral. Y si podemos hacer algo para ayudarla lo haremos, aunque sea tan sólo morir. Haremos lo que el Señor Eriesh nos diga y el príncipe apruebe.

Para ratificar sus palabras sus soldados llevaron las manos a los pomos de sus espadas, pero Eriesh negó con la cabeza.

—Estas decisiones son demasiado importantes para que las tome yo y hay demasiadas vidas en juego —dijo el elfo—. Hemos perdido al único miembro con capacidad de decisión de la Alianza que nos acompañaba.

—Claro —dijo River en tono mordaz—. Tú sólo eres un Elfo Antiguo que de no haber guerra, sería el esposo de Islandis y Señor de Greisan. —Ignoró el asombro y las miradas que los demás le dirigían a Eriesh—. Y Freyn sólo es el sobrino segundo o lo que sea del rey Trenzro. Y Killian sólo es el príncipe heredero de Arsilon y yo sólo soy el más poderoso de todos los Altos humanos. Incluso Alana es sólo la nieta de la reina de las Amazonas. Yo digo que tenemos poder de decisión, y tú eres nuestro líder. Sabemos que no vas a dejar a Eyrien donde está y nosotros no vamos a irnos. Tendrías que obligarnos a hacerlo y eres un elfo, esas cosas no van contigo.

Eriesh lo miró fijamente. Se abstuvo de mencionarle lo mucho que se parecía a su padre, quien también tenía aquella tendencia temeraria a dejarse guiar por sus pasiones; sabía que al Mago le desagradaría. Y en el fondo aprobaba el arrojo de aquellos mortales; si todos fuesen así, Maelvania nunca habría conseguido dominarlos.

—Así sea —dijo—, y que nuestros amigos no tengan que lamentar nuestra ausencia. Ahora, River, explícanos tu plan. Porque supongo que tienes uno.

River asintió con la cabeza y se acercó a las alforjas de Debris, de donde sacó dos flechas que había mandado tallar durante su estancia en las Minas. Las alzó ante el grupo, para que vieran que las puntas eran bolas romas de madera. Después se las entregó a Alana.

—Tú eres una buena arquera —dijo, y volvió a sentarse dispuesto a explicar su plan para atrapar a Eyrien sin que nadie muriera en el intento.



Los dos días pasaron tan rápidos como lentas habían pasado las dos semanas anteriores. Y el grupo se enfrentaba ahora al que podía ser el último día de su vida. En pie desde el amanecer, se decían una y otra vez que aquél era su deber aunque los llevara a la muerte. Eriesh se acercaba a unos y a otros, dándoles ánimos. El plan de River había sido mejorado gracias a él y a Freyn, que conocían bien a la Dama. Eran veintiuno contra una, y entre ellos había un elfo, un enano, dos Magos y River. Pero aun así Eyrien era muy poderosa, y peligrosa. Y los mortales estaban nerviosos.

Llegado el mediodía y mientras seguían esperando, Eriesh sintió con su empatía habitual que a Killian le preocupaba algo más aparte del hecho de que aquel mismo día se enfrentara a la muerte.

—¿Qué te inquieta, príncipe? —le preguntó.

—Muchísimas cosas —suspiró Killian—. Pero en estos últimos días me he dado cuenta de lo mucho que necesitamos a los Magos para luchar contra Maelvania. Contra los Nigromantes, los gólems, los kapres... y ahora contra Eyrien, los Bajos humanos poco podemos hacer. Esigion ha masacrado y nos ha robado a casi la mitad de los Altos humanos más jóvenes. Y de los adultos, muchos no quieren luchar junto a los elfos.

—El primer paso para perder la guerra es pensar que no se puede ganar —le dijo Eriesh—. Y yo todavía tengo fe en la cordura del ser humano.

—Pero me siento culpable —reconoció Killian—. Aunque sé que está mal, a veces pienso que River debería revelar lo que sabe de la magia a algunos otros Magos, para aumentar nuestro poder. Eso me hace pensar en la Profecía que nos tachó de traidores a River y a mí.

Eriesh le puso una mano fría en el brazo.

—No es malo soñar con lo que se podría tener —dijo—. Y no me preocupa, porque creo que tú jamás te dejarías vencer por esa ansia traicionando tus propios ideales.

—Pero no sé lo que pensaré en el futuro, cuando vea desmoronarse el mundo libre. Me da miedo lo que pueda pensar entonces.

—Y eso es lo que te hará ser un gran rey. Los peligrosos son los que no se temen a sí mismos. Pese a las palabras del elfo, a Killian le costó serenarse. Miró a su alrededor.

Algo más allá los selbastianos permanecían ya en sus posiciones, dispuestos a lanzarse contra Eyrien en caso de que fuera necesario distraerla y Freyn y Killian no pudieran solos. Eran hombres valientes. Alana mantenía el arco apoyado contra su pierna y giraba en las manos las flechas de punta roma con que debía tratar de inutilizar el brazo de la espada y una pierna de Eyrien. Killian sabía que a la Amazona le espeluznaba la idea de atacar a la Dama, pero seguro que le preocupaba mucho más no cumplir su misión y condenar a todos los demás. Se acercó a ella y sabiendo que cualquier palabra de ánimo podía ser tomada como una ofensa, se limitó a permanecer callado, a su lado. La Amazona le miró y a sus labios rosados asomó una sonrisa nerviosa. Freyn, algo más allá, acariciaba el cuello de Deimos, su falabella.

—Si me pasa algo —le dijo el enano—, tú vuelve a Arsilon. Pero no te preocupes, creo que el

plan del Mago funcionará; al fin y al cabo ha pensado como un siartano.

Miró a River, que hablaba con Lance y el otro Mago al frente del grupo. River había madurado mucho de un tiempo a esta parte, y el enano intuía que no era sólo por lo que le habían hecho a su cuerpo. Estaba seguro de que el amor que sentía por Eyrien tenía mucho que ver. Observarle ahora, tan frío y sereno, tan responsable y desprendiendo tanto poder, le hacía pensar en los humanos de los que se hablaba antaño. Altos humanos de gran valor y una majestad que rayaba la de los elfos, sabios y generosos. Y Bajos humanos que eran grandes caballeros, guiados siempre por el sentido del honor y la justicia. Como Killian.

—Sí —murmuró Freyn apoyándose en la grupa de su falabella—. Sería una pena que estos dos murieran. Pero si ocurre, y le pase lo que le pase al resto del mundo, espero que Eyrien despierte para darse cuenta de lo que ha hecho.

Sólo Eriesh sabía que si todo iba mal la tarea última del enano, más resistente a la magia que los demás, sería tratar de matar a Eyrien para que no tuviera que saber nunca lo que había hecho. Dejó sus pensamientos de lado y llevó la mano al mango del hacha cuando vio que Eriesh se quedaba muy quieto y alzaba un poco el rostro, señal de que había sentido algo. Algo que no le gustaba, a tenor de que el hermoso rostro del elfo se estaba ensombreciendo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No estoy seguro —contestó Eriesh, y se giró hacia los demás—. Pero ha llegado el momento. Aunque haya vivido tantas batallas que sería largo enumerarlas y aunque he combatido junto a héroes valerosos de todas las razas, para mí será un honor luchar a vuestro lado.

Eriesh no dijo más, pues no podía decir que todo iría bien, que vencerían, o que nadie moriría en aquel ataque temerario. Pero sus palabras habían llenado de ánimo a los mortales que lo acompañaban. El hecho de saber que un Elfo Antiguo como Eriesh sentía orgullo por luchar con ellos era ya el mejor de los recuerdos que se podía retener antes de morir. Y estaban seguros de que no lo decía por decir, porque el elfo no podía mentir.

—Lance, es vuestro turno —dijo el feérico mirando fijamente hacia el norte.

Todos se giraron hacia allí y retrocedieron hasta el otro extremo del claro para dejar una amplia milla de césped y musgo entre ellos y quien se acercaba. Los Magos de las Minas corrieron a esconderse entre los árboles para que Eyrien no los viera, y crearon escudos protectores alrededor de sus compañeros mientras se escondían. Llevaban dos días concentrándose para eso.

La tarde caía, y el bosque parecía tenso. De pronto River miró con temor a Eriesh, pues él también sintió algo que le produjo un escalofrío. Eyrien acudía al desafío, pero no estaba sola cuando poco después apareció al otro extremo del claro. Otros dos Elfos de Siarta la acompañaban.

—Dioses misericordiosos —murmuró Killian.

—Soneryn y Konogan —dijo Freyn apretando las mandíbulas.

No habían contado en su plan con que los Elfos de Siarta a los que habían ido a buscar podían encontrarse realmente en las Fortalezas, y que igual que a Eyrien podían haberlos puesto en su contra. River reconoció a Soneryn: era el elfo más alto, de cabellos oscuros casi grisáceos. Se parecía tanto a su hermano Nasgor, el elfo que lo había desafiado en Siarta, como Eyrien se

parecía a Asier. Era un guerrero, así que quizás podría vencerlo en poder mágico. Pero no a Konogan. El otro Cazador de Siarta era un poco más alto que Eyrien pero mucho menos que Soneryn, lo que indicaba que era un hechicero que había dedicado largos años de estudio y esfuerzo a la magia. Parecía joven, aunque no tanto como la Dama, y sus caballos aparecían de un tono azul añil. Konogan no vestía de negro, sino de gris oscuro, aunque como Eyrien llevaba ropas de viaje y no la túnica de los hechiceros. River lo había visto en el recuerdo de la muerte de Lilith, la hermana de Ashzar. En aquella ocasión parecía haber sido compasivo con Lilith y Brandon, pero la mirada que le devolvió a River ahora era inexpresiva, insondable.

—Estamos muertos —musitó Freyn.

Eyrien miró a su alrededor mientras los elfos que la acompañaban permanecían un poco por detrás de ella. Sonrió, y dirigió su hermosa mirada de depredador hacia River.

—Así que me has mentido —dijo, y no parecía sorprendida pero sí decepcionada.

—Esto es lo que tú hubieras esperado de mí, Eyrien. Te lo aseguro —contestó River tratando de mantener a raya sus nervios.

Ella no contestó. Parecía tranquila, igual que sus acompañantes. Pero River no se engañaba por aquella actitud serena, pues sabía muy bien que aquélla era la actitud de los elfos previa a la batalla: calma y frialdad. La Dama dirigió una rápida mirada a los demás.

—No vais a huir pese a que eso salvaría vuestras vidas —adivinó—. Lo lamento.

Y por su expresión parecía que lo lamentaba de veras. Aun así avanzó un poco, hincó una rodilla en el suelo y puso las manos entre la hierba en un gesto que River recordaba demasiado bien.

—¡Corred! —gritó Eriesh—. ¡Corred!

Eyrien lanzó su terremoto, potente y destructivo. Alana gritó, y estuvo a punto de soltar el arco y las flechas de punta roma. Aun sabiendo que el esfuerzo lo consumiría, River lanzó un contraconjuro y puso en él todas sus fuerzas para evitar que la tierra resquebrajada los enguliese. Consiguió que la tierra temblara apenas cuando la onda llegó hasta ellos, pero el duelo lo hizo caer de rodillas.

—¡Huid! —gritó Freyn.

—¡No! —respondió River jadeando.

—¿Pero qué dices? No podemos hacer nada contra todos ellos.

—Tampoco podréis huir lo suficientemente rápido —dijo Eriesh—. Son más rápidos que vosotros. River, ¿podrás lanzar el conjuro de afonía sobre Eyrien? —le preguntó ayudándolo a ponerse en pie.

—El tiempo suficiente para atraerla hacia aquí y que intente matarme —respondió, aunque ni siquiera él lo creía.

—¡Lance! ¡Tratad de mantener los escudos! —dijo Eriesh mentalmente a los Magos ocultos en el bosque—. Yo me ocuparé de Konogan y Soneryn. Pero no sé cuánto aguantaré.

River supo que se refería a que no tardarían en matarlo. Apretando los labios, asintió en su dirección deseando decirle algo, lo mucho que lo apreciaba. Pero el elfo ya corría encendiéndose de furia con un tono azul intenso, al encuentro de Soneryn. River apartó la mirada y tras

concentrarse, le lanzó su confuro de afonía a Eyrien. Dio gracias a Jano y a Debris, que seguidos por los caballos de los selbastianos habían irrumpido en el claro y se mantenían entre los atacantes y sus víctimas. Los Elfos de Siarta, con su rígida moral, no atacarían si podían lastimar con ello a los caballos inocentes. Así que Eyrien, preocupada por no hacer daño a los animales, se había desconcentrado y había recibido de lleno el conjuro. Pero entre la confusión de crines y cascos, River la vio entrecerrar los ojos y avanzar furiosa hacia él mientras poco a poco iba haciendo añicos su conjuro y a él.

—¡Alana! —gritó Freyn—. ¡Ahora!

La Amazona tensó el arco y respiró hondo, rogando a la diosa que le permitiera apuntar bien. En el momento en que los caballos dejaron de interponerse en su trayectoria, soltó una flecha de punta roma y la vio volar antes de estrellarse contra el brazo derecho de Eyrien. La espada feérica saltó por los aires y un gemido inaudible brotó de los labios azules de la elfa. Aun así siguió concentrada en River, cuya vida pendía de un hilo. En el momento en que iba a avanzar, otra flecha se estrelló contra su pierna izquierda y Eyrien apenas pudo mantenerse en pie. Herida pero todavía impaisble, sacó con la mano izquierda la daga que llevaba al cinto para enfrentarse a Killian y a Freyn, que se le echaba encima. Y siguió oponiéndose al conjuro de River desde donde estaba. Era formidable, invencible. Alana se colgó a la espalda el arco y alzó su sable, dispuesta a ayudar a sus compañeros en aquella batalla desesperada.

—¡Señor River! —gritó Aston de pronto, mientras avanzaba espada en mano—. ¡Detrás!

Con el alboroto y el caos que habían formado los caballos corriendo por el claro, todos se habían olvidado de Konogan. Si el hechicero elfo hubiese querido podría haber derribado los escudos de los Magos de las Minas sin esfuerzo, pues era poderoso, pero de momento no había participado en la batalla. Había avanzado sigiloso y ahora permanecía a poco más de dos metros del Mago, inmóvil, observando cómo la sangre goteaba por su barbilla. River había estado apretando tanto las mandíbulas en su esfuerzo, que se le había vuelto a abrir la herida del labio.

River miró a su alrededor al escuchar el grito de Aston y se quedó paralizado al ver al Cazador de Siarta a su lado. Y sin embargo la mirada de Konogan no transmitía la misma peligrosidad que las de Soneryn o Eyrien. Destilaba más bien pena y melancolía.

—Eyrien sigue siendo demasiado poderosa para ti —dijo el elfo, que atrapó en el aire una flecha que le había lanzado Alana, sin fijarse apenas en ella—. Yo lo haré, River —añadió Konogan—. Yo mantendré afónica a Eyrien mientras la capturáis.

River se lo quedó mirando, sin comprender. Cayó al suelo cuando la confusión le hizo bajar las defensas y Eyrien arremetió mentalmente contra él. Jadeando, alzó la vista para mirar al elfo.

—¿Qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Le prometí a Subinion que averiguaría qué estaba pasando y que cuidaría de Eyrien, y eso he hecho —dijo Konogan mientras se acercaba más a River y le sujetaba de un brazo para ayudarle a ponerse en pie—. Gracias por protegerla de Ashzar, y tolerarle después. Ahora ella ya sabe por qué la ha atacado. Sabe todo lo que necesitáis saber. Y por eso es importante que la recuperéis, además del hecho de que si sigue así destruirá la paz de la Alianza. Yo mantendré el conjuro de afonía, River. Tú asegúrate de que la atrapáis.

River se giró para mirar a Eriesh, que seguía luchando contra Soneryn.

—Confía en él, River —le llegó su voz mental—. Y demos gracias porque siga de nuestro lado.

River asintió, aliviado. Por lo que River sabía, Konogan había sido el mejor amigo de Eyrien en Siarta y nunca había acabado de creerse que pudiera haberla traicionado. Como si las fuerzas superiores quisieran despojarlo de sus últimos recelos, Konogan gimió y se agarró la muñeca izquierda, donde de pronto había aparecido la espiral de la traición de los elfos. La misma que marcaba a Eyrien. River miró al elfo a los ojos.

—Eyrien no creía que la hubieras abandonado —dijo—. Me alegro de que no lo hayas hecho.

El elfo asintió, sonriendo con cordialidad, pero volvió a ponerse serio cuando se giró hacia Eyrien y le lanzó su propio conjuro de afonía. El elfo trastabilló cuando Eyrien dejó de oponerse al conjuro de River y centró toda su rabia en él. En ese mismo momento sintió cómo caían los escudos de los Magos de las Minas. Esperaba que no estuvieran muertos. Eriesh siguió batiéndose en un duelo feroz y glorioso con Soneryn mientras Eyrien, con el brazo derecho colgado y sin poder apoyarse totalmente en la pierna izquierda, mantenía a raya a Freyn, Killian, Alana y los selbastianos que la acosaban. River la vio intercambiar una brevísima mirada con Soneryn, que fijó sus estremecedores ojos azules en Konogan.

Mientras River trataba todavía de recuperar las fuerzas, Soneryn esquivó a Eriesh, le lanzó un conjuro de inmovilidad y corrió hacia Konogan. Sabiendo que tenía poco tiempo, River se decidió a correr hacia Eyrien, pues estando Eriesh paralizado, tendrían que ser ellos los que la atraparan antes de que el hechizo de Konogan cayera.

—¡No, River, detrás de ti! —gritó Freyn.

Cuando se giró para ver qué sucedía, River se detuvo horrorizado. Soneryn estaba inclinado sobre Konogan, que yacía en el suelo y sujetaba con las manos la espada que Soneryn trataba de hundirle en la garganta. Pero Konogan no miraba la afilada hoja, ni siquiera parecía ser consciente de que la sangre de sus manos laceradas le goteaba sobre la cara. Su atención estaba puesta en Eyrien, y River adivinó que simplemente estaba aguantando hasta que pudieran inmovilizarla antes de que el conjuro de afonía muriera con él. Fue a dar otro paso hacia la Dama pero Freyn volvió a gritarle.

—¡No! No llegarás a tiempo hasta ella. ¡Ayuda a Konogan! Si muere y su conjuro sobre Eyrien cae, estaremos todos muertos.

River supo que el enano tenía razón. Él no era veloz como un elfo y no conseguiría atrapar a Eyrien y amordazarla antes de que Soneryn consiguiera matar a Konogan. En aquellos breves segundos en que el tiempo parecía haberse detenido miró al guerrero de los Sabios, furioso. No se explicaba qué podía llevar a Soneryn a matar a alguien de su misma estirpe; esperaba que fuese porque le habían borrado la memoria, aunque lo dudaba. Konogan no podía morir así. No podía permitir que aquello ocurriese, y extendió las manos hacia Soneryn.

—¡Congela su sangre! —le ordenó a la magia en el dialecto de los Elfos del Agua, siendo sólo consciente en parte de que estaba utilizando la magia Vodun.

Pero el conjuro se cobró su precio. River sintió un dolor lacerante y brutal en sus manos de

esencia cálida. Aun así mantuvo la presión, sabiendo que posiblemente las vidas de todos dependían del daño que consiguiera hacerle a Soneryn. Y mientras él sufría una tortura similar a la que estaba provocando, todo sucedió muy rápido.

Soneryn tuvo que abandonar el conjuro con que mantenía paralizado a Eriesh para defenderse de River, y el Elfo de Greisan se lanzó sobre Eyrien. Viéndolo convertirse en un proyectil borroso y confiando en él, River dejó caer el conjuro Vodun que lo estaba matando y corrió tambaleándose para ayudar a Konogan, aunque lo único que pudiese hacer fuese lanzarse de forma suicida sobre Soneryn.

Pero aun mientras corría, supo que iba a llegar tarde. El Cazador lo miró.

—No permitiré que mueras por mí —dijo—. Dile a Eyrien que la quiero, y que no se culpe. Y que los acólitos actuaron con voluntad de hacer un bien, pero Soneryn no. Eso no lo sabe.

—¡No, espera! —gritó River, pero no sirvió de nada.

Konogan cerró los ojos y dejó de resistirse. La espada de Soneryn se hundió en su garganta, hasta clavarse en el suelo. La sangre roja se extendió sobre el musgo mientras las volutas de magia dorada se disipaban como si fuesen vapor.

Liberada Eyrien, river esperó su propia muerte, pero ésta no llegó. Jadeando, se giró. Eriesh había inmovilizado a Eyrien en el suelo y se había petrificado sobre ella, que estaba desvanecida. Killian la estaba amordazando con un pañuelo, aunque le temblaban las manos. Alana ayudaba a Freyn a ponerse en pie; Eyrien debía haberlo alcanzado en el último momento.

Entonces la ira volvió a dominar a River. Le daba igual que apenas pudiera mover las manos, mucho menos desenvainar la espada de Killian. Se giró para lanzarse sobre Soneryn y morir, o matarlo. Pero el elfo había desaparecido entre las sombras del atardecer.

—River, las esposas —le dijo de pronto Eriesh mentalmente, sobresaltándolo.

—Konogan está muerto, y Soneryn ha huido —murmuró el Mago.

—Ya lo sé. Las esposas, vamos.

River sacó las esposas que llevaba prendidas del cinto y corrió hacia donde Killian y Alana velaban a la forma ensombrecida, amordazada e inconsciente de Eyrien. Pero mientras trataba de unir las manos de Eyrien para esposarla, el dolor de sus manos en carne viva lo hacía temblar.

—Yo lo haré —dijo Killian.

River asintió mientras las lágrimas le resbalaban por la cara. Pero el dolor del cuerpo no era nada comparado con el de la mente. No se sentía victorioso. Konogan estaba muerto, y por lo que le pareció al ver llegar a Lance solo y con los ojos enrojecidos, también lo estaba el otro Mago de las Minas. Tres soldados de Selbast estaban heridos. Eriesh tenía un corte en el brazo que rezumaba sangre con un brillo grisáceo, y Freyn todavía bizqueaba. Los únicos que estaban en perfectas condiciones eran los caballos. Era surrealista, pero en medio de aquel caos todos los elfos se habían preocupado de no hacerles daño. Incluso Soneryn.

River sabía que era un milagro que hubiesen sobrevivido. De no haber contado con la inesperada ayuda de Konogan, estarían todos muertos. Eyrien los habría matado. Y aunque la elfa estaba ahora desmayada a sus pies, seguía siendo una enemiga para ellos.

III

Vientos de guerra y muerte



—éjame ver esas manos.

—**D** River miró a Alana, que se había agachado frente a él. La Amazona estaba pálida y tenía un moratón en el pómulo allí donde un golpe de Eyrien había logrado alcanzarla, pero por lo demás parecía estar bien. Más que bien, se la veía más segura, más poderosa y más hermosa. River se preguntaba por qué no se había dado cuenta antes de aquellos cambios. Seguramente porque había estado demasiado desesperado. También en el fondo de los ojos azul-dorados de la Amazona se adivinaba la angustia. De hecho todos estaban inquietos, aunque Eyrien seguía desvanecida y encadenada a un árbol a un lado del campamento. Eriesh había creado una fulgurante bola de luz azul y la había dejado a su lado, para que su cuerpo de elfa siartana considerase que tenía que estar en su forma diurna y no ensombrecido y pudieran verla. Y ahora nadie podía apartar más de dos minutos la mirada de ella. Era un peligro, y sabían que se habían salvado por los pelos. Ni siquiera habían sobrevivido todos.

El compañero de Lance había muerto, aunque éste aseguraba que había sido Soneryn el que forzara a su compañero a dejarse vencer por la magia. El guerrero de Siarta, sabiendo que ellos mantenían los escudos sobre sus compañeros, se había opuesto a ellos con insistencia. Y había sido demasiado para los Magos. Lance había sobrevivido porque era más joven y más fuerte, pero estaba extenuado. Y estaba seguro de que habría muerto si River no hubiera atacado a Soneryn obligándole a dejar lo demás de lado. El Mago de las Minas estaba ahora sentado a un lado, observando en silencio cómo los selbastianos que no estaban heridos enterraban a su amigo entonando una hermosa canción fúnebre de las tierras de Selbast. El propio capitán Aston se sentaba junto a Lance, acompañándolo en su duelo por el amigo perdido.

Pero la muerte que más había afectado al grupo era la de Konogan. Los había salvado cuando ni siquiera habían confiado en que estuviera de su lado. Todavía no comprendían qué había pasado, y ni siquiera habían podido enterrarlo. Su hermoso cuerpo se había desintegrado, uniéndose a la tierra y al aire y volviendo al lugar de donde venían los elfos, a la naturaleza. Eriesh había dicho que eso era lo que hacían los elfos y así pervivían, porque nutrían al mundo y lo regeneraban, y allí donde había caído el elfo, la hierba sería más verde, la brisa más pura y los feéricos se sentirían más a gusto que nunca. Pero seguía siendo una dura pérdida para aquellos que quedaban atrás. Eyrien le echaría de menos cuando recuperara la memoria, y también lo harían todos aquellos que hubiesen deseado escuchar lo que podría haberles revelado.

—Mago —insistió Alana, trayéndolo de vuelta a la realidad.

River volvió a mirarla, y le mostró las palmas de las manos. Se le escapó un gemido. El dolor, al que había desterrado de su conciencia hasta aquel momento, volvió aún más intenso ante la visión de la abrasión que había sufrido. Sus palmas y sus dedos estaban casi en carne viva,

quemados por el frío. Killian y Eriesh se acercaron, preocupados, mientras Freyn seguía ocupándose de los selbastianos heridos. Nada como un enano para tratar las heridas de guerra.

—Eyrien es una de las pocas de magia cálida que puede usar los conjuros de los elfos fríos —dijo Eriesh examinando las manos de River con cuidado—. Ella se protege antes de pronunciarlos; tenlo en cuenta la próxima vez porque tú también tienes esencia cálida. Aunque deberíamos darte las gracias, con esto nos has salvado.

—Pero no te gusta cómo lo he hecho —aventuró River, tratando de soportar el dolor.

—Ya sabes cómo somos los feéricos, River —dijo el elfo después de permanecer unos segundos en silencio—. No puedo aprobar que hayas utilizado la magia Vodun.

River lo entendía, aunque no estuviese de acuerdo. Tal como él decía, los había salvado. De todas formas no pudo pensar mucho en ello, porque el dolor lo estaba torturando. Sentía que el frío que le había abrasado las manos se extendía por su organismo, y se dio cuenta de que su temperatura nunca había sido tan baja desde que la esencia ígnea había tomado posesión de su cuerpo al despertar en Quersis. Parpadeó para contener las lágrimas mientras Eriesh le pedía a Alana que hiciera lo que pudiera para calmarlo mientras él iba a patrullar por la zona para asegurarse de que estaban a salvo.

—Además no puedo estar cerca de River ahora —dijo el elfo—. El frío que emana de mí lo perjudicaría aún más. Abridadlo bien.

Freyn se fue con él, y Killian quedó a cargo del campamento. Pero no dejaba de mirar a River con compasión.

—Necesito ir a buscar milenrama y margarita; no tardaré —murmuró Alana.

—No creo... —empezó a decir el príncipe.

—No voy a alejarme, Killian —dijo la Amazona; era la primera vez que llamaba al príncipe por su nombre y que le hablaba sin demostrar cuánto le desagradaba tener que hacerlo—. Tu amigo necesita un ungüento de plantas calmantes. La savia curativa sería un mal mayor.

—Deja que se vaya —dijo River con un hilo de voz, torturado por el dolor.

Killian vio alejarse a la Amazona, y después miró a su alrededor. La espada y la daga de Konogan, lo único que quedaba de él, habían sido dejadas con reverencia al lado del fuego. Eran armas hermosas, de acero muy claro y con marcas grabadas a lo largo de las hojas. Armas feéricas, de acero muy claro y con marcas grabadas a lo largo de las hojas. Armas feéricas, no de tan Alta Estirpe como la espada de Eyrien, pero poseedoras de su propia magia. Poco más lejos se elevaba la reciente tumba del compañero de Lance. Los selbastianos seguían entonando su canto de pérdida, que era a la vez una oda a los caídos y una esperanza por lo que habían conseguido, pues consideraban que si había una victoria, aunque fuese pequeña, nadie había muerto en vano. Algo cubierto por sus sedosos cabellos. Era turbadora. Tan delicada, tan extraña con sus rasgos azulados, tan exquisita y tan joven, tan hermosa y mágica, despertaba un sentimiento de calidez y protección en todos los corazones. Una trampa mortal para los incautos.

—Parece de nuevo tan vulnerable... ¿verdad? —dijo Killian observándola.

River no respondió. Eriesh y Freyn habían reaparecido en el borde del claro y estaba mirando la flor que sostenía el enano. Era una Flor del Sueño.

—¿Qué vas a hacer con eso? —dijo al ver que el enano se acercaba a Eyrien—. ¿No es venenoso para ella?

—Lo es, pero si no lo toca directamente no va a matarla, y no necesitamos que nos altere más de lo que ya lo estamos. Con los elfos, y más los de Siarta, toda precaución es poca —dijo Freyn—. Es capaz de intentar convencernos de que la liberemos, y no la dejaré intentarlo. No te ofendas, príncipe Killian, pero te veo capaz de soltarla si te pone ojos tristes.

Killian no se ofendió porque tenía razón. Mientras Eriesh vendaba la pierna y el brazo de Eyrien, Freyn cortó un trozo de cuero de su capa y tras hacer un saquito, puso el polen de la flor en su interior. Se lo colgó a la Dama del cuello. Y entonces se dedicó a apartar toda rama y piedrecita que se encontrara al alcance de Eyrien.

—Estad tranquilos —dijo Eriesh al ver que algunos de los selbastianos lo miraban con aprensión—. Es lo que ella desearía. Si hubiese podido nos habría pedido que la matáramos, para no ponernos en peligro. Así que bloquear su mente con Flor del Sueño y evitar que escape son un mal menor. Si por algo estará enfadada cuando vuelva a ser ella misma, será porque nos hayamos arriesgado tanto.

Alana volvió. Se acuclilló de nuevo delante de River y dio órdenes a Killian para que calentara agua y buscara vendas limpias. El príncipe no rechistó.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó River a Eriesh, que estaba cerca del fuego encendido con la leña seca que habían ido acumulando en los últimos días; el bosque no parecía ya tan vigilante con ellos, pero sabían que arrancar una rama viva sería tentar a la suerte—. Nuestra única opción es encontrar a ese Nigromante y matarlo.

—Para eso deberíamos abordar las Fortalezas de Piedra —dijo Killian sentándose a su lado.

Se miraron unos a otros, la idea ya había pasado por la mente de casi todos. Debían atacar las Fortalezas aprovechando que su mayor rival, Eyrien misma, ya no estaba en ellas. Incluso los selbastianos, que ya habían hecho suya aquella guerra, estaban dispuestos a hacer lo que fuese por ayudar a la Dama a recuperar su memoria.

—Pues hagámoslo —dijo River—. Ni siquiera tenemos que atrapar al Nigromante. Es magia; si lo acorralamos lo suficiente y le obligamos a centrar su atención en su propia seguridad, quizás el conjuro caiga igual que ha pasado con Soneryn. Estoy seguro de que tiene que estar constándole un verdadero esfuerzo mantener a Eyrien bajo control. ¿No es así, Eriesh? ¿Verdad que tenemos posibilidades?

—Sí —dijo Eriesh, mirándole fijamente—. Y no me hagas preguntas directas, soy más tolerante que Eyrien pero siguen sin gustarme.

—Lo siento —dijo River sin sentirlo.

—Por mí de acuerdo, vamos a por ellos —dijo Freyn tajante.

Eriesh permaneció en silencio, pensativo, los almendrados ojos grises fijos en el fuego.

—Te preocupa que los Sabios puedan estar de verdad ahí dentro —le dijo River mentalmente, mientras Alana calmaba poco a poco el dolor de sus manos cubriéndolas con la tibia pasta vegetal que había preparado.

—Es posible que Nathaniel no nos mintiera, y los Sabios estén realmente en las Fortalezas —

le respondió Eriesh—. Eso explicaría la presencia de Soneryn y Konogan aquí. Puede ser que los Nigromantes los hayan atrapado allí, y les hayan modificado la memoria también.

—Pues vaya un Nigromante más poderoso debería ser —bufó River mentalmente—. ¿Y cómo te explicas entonces que Konogan recordara perfectamente quién era?

—No me lo explico, y no voy a tratar de explicármelo. Los Elfos de la Noche siempre han sido difíciles de comprender, incluso para el resto de los elfos. Nuestra misión es recuperar a Eyrien de forma que ella, como heredera de su pueblo, descubra qué sucede con los miembros de su raza. No podemos involucrarnos en los asuntos de Siarta.

—Eso nos lleva de nuevo al asunto de atacar las Fortalezas.

—Está bien, si estáis dispuestos atacaremos —decidió Eriesh ya en voz alta, y los demás lo miraron—. Pero tú, River, te quedarás aquí.

Antes de que River pudiera contestar, Eriesh le hizo ver que con las manos como las tenía poco podría hacer al día siguiente. Así que esta vez sería él el que se quedaría atrás manteniendo escudos protectores sobre todos ellos.

—Eres el más poderoso en magia de los que estamos aquí, y es contra la magia con lo que tenemos que enfrentarnos principalmente mañana —dijo Eriesh—. Tu protección será posiblemente lo que nos pueda hacer vencer. De los demás sólo Killian tiene un arma capaz de dañar seriamente a los gólems y desviar los conjuros, y es la espada del vampiro.

River todavía dudaba. Quedarse atrás jamás había entrado en sus planes.

—Además eres el único que puede vigilar a Eyrien —le dijo el elfo mentalmente—. A Freyn le necesitamos, es el que más experiencia tiene en la lucha contra Maelvania además de mí, y Killian es demasiado bueno; Eyrien lo manipularía. El resto no se atrevería a quedarse a solas con ella. Tú, además, ya tienes experiencia en vigilarla como prisionera.

River miró a la elfa, tan engañosamente vulnerable como había dicho Killian. Su cuerpo esbelto era una hermosa máquina de matar. No, no se atrevía a dejar a nadie más que él, o Eriesh o Freyn allí con ella. Se miró las manos, que Alana vendaba con cuidado. Apenas podía mover los dedos.

—Está bien —dijo a su pesar.

Eriesh asintió.

—Ahora dormid —repitió una vez más—, marcharemos con el amanecer.

Cuando llegó la medianoche, el campamento había encontrado un poco de calma de nuevo. Saber que por la mañana tendrían algo que hacer, aunque fuera peligroso, había ayudado a serenarse a los soldados. Pero a River no. Agradecía los cuidados de Alana, pues ya no sentía hervir sus manos, pero el conjuro gélido lo había dejado agotado y se sentía consumido. El viento aún era frío, y él mismo se sentía helado.

—Tú también deberías descansar, River —le dijo Eriesh, que seguía sin acercarse mucho a él.

—No puedo —dijo River al cabo de un rato.

Aun así se tendió entre sus mantas con desgana, mirando las estrellas que brillaban sobre el claro del bosque. Las estrellas en las que Eyrien, con aquella extraña capacidad de los más poderosos entre los Elfos de Siarta, había visto su propio final. Su nada.

—Cuando me la encontré, Eyrien me dijo que debía morir. No por la Profecía, creo que ni siquiera la recordaba. Sino por lo que soy ahora. Y parecía muy convencida.

—También te permitió volver hasta aquí y por lo que me dijiste, te dio la oportunidad de vivir si le demostrabas tu honestidad —le contestó Eriesh con los cabellos brillando casi plateados en la noche—. Aunque no lo hicieras y la engañaras y la atrajeras a una trampa.

River sonrió a su pesar.

—Aun sin acordarse de ti y considerándote un peligro, Mago —insistió el elfo—, Eyrien ve en ti bondad y redención. Que eso te sirva de consuelo en los momentos de duda. Ella te aprecia. Ni siendo tu enemigo desea tu muerte.

Sin apartar la vista del cielo para no revelar sus sentimientos al perspicaz elfo, River se preguntó si Eyrien además de apreciarlo, le quería. Seguro que Eriesh lo sabía. Obligándose a no pensar en el beso que había compartido con la Dama en la quietud de una noche como aquella, reflexionó en lo que podía haber significado el hecho de que Konogan hubiera estado allí para ayudarlos. Pero no podía comprenderlo y el cansancio fue vencéndolo, y finalmente se durmió. Poco después una sombra se separó de las demás y se alejó entre los árboles. Sólo Eriesh la vio.



Cuando el amanecer empezó a espolvorear de tintes rosados los cielos del Continente Norte, en el Sur el enemigo ya se preparaba para asestar el primero de sus grandes golpes. Esigion de Maelvania, recién llegado por obra y arte de la magia siartana a su hogar, observaba el paisaje dorado de la Llanura Áurea desde una de las ventanas de su despacho. Ese gran desierto que se comía su imperio, arrinconándolo contra el mar. Llamaron a la puerta y el joven Marzac entró en la sala. Esigion lo había enviado de vuelta a Maelvania después de que atraparan a la elfa de Siarta en Selbast, para preparar el siguiente paso de su empresa. Después la feérica se había escapado, pero sacrificada como era había vuelto a caer en sus garras. Era una lástima que la hubiera perdido otra vez, con la huida precipitada.

Esigion no necesitó ver el rostro asombrado de Marzac para saber de la profunda sorpresa que lo embargaba al haberlo encontrado allí. En el fondo, Marzac no había llegado a creer que los siartanos fueran capaces de traerlo a casa con la sola fuerza de su pensamiento. Les pasaba a la mayoría de sus súbditos; tanto oír hablar mal de los elfos, y acababan subestimándolos. Así morían muchos de los suyos, obligándole a forzar la procreación de su raza más y más.

—¿Acaso dudabas del gran poder de los Sabios de Siarta? —le preguntó Esigion.

El joven no respondió, pues no se atrevía a mentir a su Maestro.

—¿Por qué son los Elfos de la Noche los más poderosos?

—Porque su esencia es la energía pura —se apresuró a responder el joven Nigromante—. Y la controlan igual que los Elfos Ígneos controlan el fuego o los del Mar el agua, Esigion.

—Exacto. Y todo está hecho de energía, incluso nosotros. Tienen poder sobre todas las cosas del mundo, otro asunto es que no quieran utilizarlo.

—Lo que no entiendo, Esigion —dijo el joven acercándose a su Maestro, cuya capa cubría

todo su cuerpo —es cómo habéis convencido a los Lunáticos Videntes para que os transportaran mágicamente hasta aquí, y luego accedieran a venir ellos mismos.

—Los Sabios de Siarta y yo tenemos algunas cuentas pendientes. Y ahora me deben un favor por haberle borrado la memoria a su Dama. Pretendían que así olvidara que aprecia a River de la Casa de los Tres Elfos y quisiera matarlo otra vez por aquello en lo que se ha convertido —se rió agriamente—. Pero los Sabios no son nuestros amigos, y nunca lo serán. Desean verme muerto, pero no pueden hacer nada al respecto. Nunca me tocarán. —Percibió la confusión de su aprendiz y la saboreó—. Algún día te lo explicaré. Cuando seas adoctrinado para servir al próximo Esigion de Maelvania, como Elazar me ha servido a mí.

Se rió por lo bajo. Fijó sus ojos extraños, cambiantes, en la expresión extrañada del joven.

—El Norte ya está listo para destruirse a sí mismo. Se den cuenta o no de que la elfa vuelve a tener su memoria, será como si estos días no hubiesen existido para ella. Despertará sin saber qué ha pasado. Y con un poco de suerte tratará de matarlos a todos si la mantienen prisionera. Ahora ya es sólo cuestión de tiempo que la rabia y la desconfianza hagan mella en ellos. Al menos el tiempo suficiente para que ya no puedan hacer nada para detenernos. Supongo que has venido para decirme que todo está listo.

—Sí, Esigion. Lo está.

—Bien, entonces marchemos. Niaranden y Boreanas son frutos maduros para ser recogidos. Y el primero de los pueblos feéricos caerá al fin. Los Elfos del Aire serán los primeros en caer, pero no los últimos.

—Sí, Esigion —dijo el aprendiz, temblando de excitación.

—Pero recuerda —le advirtió Esigion—: nada de fuegos, ni explosiones, ni fugitivos. No queremos alertar demasiado pronto a los Elfos del Agua de que también sobre ellos caerá el final.

Por fin, después de tantos años, la venganza sería suya. Los elfos desaparecerían, él dominaría ambos continentes y los humanos le seguirían. Como debía ser. Pero quizás no acabara con todos los elfos, se dijo mientras abandonaba el despacho seguido por su fiel Marzac, leal como lo era Elazar a su edad. Quizás ordenaría que mantuviesen viva a la elfa de Siarta. Era un juguete hermoso con el que apetecía jugar un rato más.

Dos habitaciones más allá, sumidos en la penumbra de una sala iluminada tan sólo por la luz crepuscular de las antorchas, los Sabios esperaban y no perdían la esperanza. Esigion confiaba en su poder, en lo que sabía sobre los elfos. Quizás confiaba demasiado. Porque Esigion seguramente no imaginaba que ellos podían haber tenido más motivos para seguirle a Maelvania que la culpa y el remordimiento. Los Sabios se habían ocupado de mover los hilos de forma que los caminos de todos se encontraran allí, en Maelvania. Ashzar, que querría vengar la muerte de su hermana; Eyrien, que sin recordar nada de lo que había averiguado seguiría buscándolos; el maldito Mago de la Casa de los Tres Elfos y su fiel compañero el príncipe de Arsilon... todos acabarían acudiendo a Maelvania.

Y así, de una forma u otra, acabaría tanta penuria.



Ajeno a que no encontrarían más enemigos que los femorianos y los gólems en las Fortalezas de Piedra, y a que aquella era una marcha innecesaria puesto que Eyrien había recuperado la memoria pese a que seguía desvanecida, Eriesh esperaba a que el grupo estuviese listo para partir. Eran las primeras y límpidas horas de la mañana temprana, aquellos momentos del día en que todo estaba demasiado aletargado para que sucedieran cosas malas.

El Elfo de las Rocas miró a River, que daba consejos paternales a Killian. A los dos amigos siempre les provocaba la misma angustia el momento de separarse. Era comprensible, ninguna de sus últimas separaciones había sido tranquila.

—¿Podrás ocuparte de ella? —le preguntó Eriesh cuando Killian consiguió deshacerse de él.

River miró a Eyrien y luego asintió al Elfo de las Rocas. La elfa seguía desmayada y sus cabellos lucían un tono de azul pálido y neblinoso. No entendía por qué seguía durmiendo, pero lo prefería. Alzó las manos aún vendadas. Le dolían, pero ya podía mover los dedos.

—No hay problema. Gracias a Alana, ya casi puedo usar los dedos con normalidad.

Ella le miró unos segundos, pero luego volvió a desviar los ojos al frente. Aun así River podía leer secretamente en su mente, y veía un afecto cada vez mayor por ellos, especialmente por Killian. Pero si ella no quería demostrarlo, le guardaría el secreto. De momento.

—Bien —dijo Eriesh, y le puso una mano en el brazo—. Porque ayer vi a un Elfo Siartano alejarse de aquí después de que habláramos. Soneryn, supongo. Y es posible que en las Fortalezas estén esperando nuestra llegada. No dejes que Eyrien te embauque, River, te necesitamos lúcido. Recuerda que si escapa morirás tú, morirá Killian y seguramente moriremos todos los que os acompañamos.

River asintió. Tras murmurar el conjuro, creó escudos protectores alrededor de todos y se juró a sí mismo que los mantendría activos pasara lo que pasara. Después vio cómo sus amigos se iban, y se sintió impotente y nervioso por no poder acompañarlos. Cuando el último de los soldados selbastianos y Freyn, que ocupaba la retaguardia, se perdieron entre el follaje, River se volvió a mirar a Eyrien. Seguía inconsciente, pero sabía que cuando despertara tendría que ser fuerte. Más fuerte que nunca.



Eyrien despertó con el nacimiento del siguiente amanecer. Sentía escozor en la mejilla, sordas punzadas de dolor en un brazo y una pierna, y tenía la mente embotada de una forma que le resultaba familiar. Estaba confusa y entumecida. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba amordazada y encadenada a un árbol, frente a un campamento vacío. Se miró el pecho, donde llevaba colgado un saquito de cuero atado con un cordel. No necesitó ver su interior para saber que estaba lleno de polen de Flor del Sueño, que era lo que hacía que su mente estuviera espesa y que no pudiera extenderse más allá de un metro.

Empezó a angustiarse. No recordaba nada, no sabía cómo había llegado hasta allí. Temía que sus amigos estuvieran muertos, o en una situación peor que la suya. Pensó en Eriesh, en Freyn, en Alana, Killian y River. Fue entonces cuando se dio cuenta de que eran las esposas del Mago las que la mantenían inmovilizada; conocía su tacto demasiado bien. No entendía cómo podía ser, su

último recuerdo era haber besado a River bajo la luna en un paraje parecido a aquél... Parpadeó para contener las lágrimas, temiendo que quien fuera que la había secuestrado hubiera asesinado a River. Pero no sabía qué había sucedido, ni desde cuándo estaba allí.

Sintió que alguien se acercaba por el bosque, a sus espaldas, y se puso tensa. El susurro de un cuerpo contra las hojass y el golpeteo pesado de los pies le indicaron que era un mortal. Aquello era lo que importaba ahora, escapar y averiguar qué había sido de sus amigos y los selbastianos. Y hacer justicia, si hacía falta, y llorarlos. Pero antes tenía que escapar.

Miró a su alrededor. Estiró la mano derecha para tratar de alcanzar una rama que había cerca. De pronto una mano agarró la suya mientras otra cogía la rama y la lanzaba lejos.

—Veo que ya te has despertado, no me obligues a dejarte inconsciente de nuevo.

Eyrien se quedó helada cuando lo oyó. Y se sintió mareada de nuevo, esta vez por el horror.

Miró a River con los ojos muy abiertos cuando él apareció en su campo de visión. Se agachó frente a ella, poniendo las rodillas sobre sus piernas como si pensara que iba a tratar de darle una patada. El dolor de su pierna contusionada se intensificó. River la miró fijamente, los ojos verdes y brillantes taladrando los suyos mientras un mechón rubio le resbalaba por la frente sin que pareciera importarle. Era su River, el mismo de siempre, pero la miraba como si no la reconociera. Como si fuera su enemiga. Otra vez.

—Puedes ahorrarte las lágrimas de cocodrilo, Eyrien —dijo poniéndose en pie—. No vas a engañarme. Pero no te preocupes, pronto todo esto acabará. Killian y los demás deben estar ya cerca de las Fortalezas. Y si no he sentido golpes en los escudos, es que todo va bien.

Eyrien recibió aquellas palabras como si le hubieran lanzado un conjuro de congelación. Ahora recordaba, habían llegado a las Fortalezas. Y luego se había desatado el caos. ¿Qué tenían que ver las Fortalezas, donde habían encontrado Nigromantes, con todo aquello? ¿Dónde estaba Eriesh? La mirada fría de River no le revelaba nada, tan sólo dureza. No podía creer que finalmente, después de todo, la Profecía se hubiese cumplido y el Mago la hubiera traicionado. Se preguntó si tanto esfuerzo, si tantas decisiones arriesgadas habían sido equivocadas. Si tanto sacrificio había sido en vano. Si realmente, como decían los Sabios, lo mejor que podía hacer con los humanos era devolverlos a su Continente y abandonarlos a su suerte. Quizás al fin y al cabo había estado defendiendo y protegiendo a unos traidores. Incluso los había estado ayudando. Incluso amaba a uno de ellos. Y era posible que fuesen sus enemigos, que les hubiesen hecho algo a Eriesh y a Freyn. Pero era incapaz de entenderlo. Se ensombreció pese a que aún no había suficiente oscuridad para mimetizarse con ella, tan sólo para que River no la viera llorar. Ni siquiera entendía qué era lo que la apenaba tanto, si el sentirse traicionada o saber que si él le daba la más mínima oportunidad, tendría que matarlo. Su corazón, ya maltrecho, le decía que hiciera lo que tenía que hacer y no sufriera más por el humano.

Se acercaba el mediodía cuando Eriesh, Freyn, Killian, Alana y los selbastianos del capitán Aston llegaron a las Fortalezas. Habían cabalgado todo el día anterior y habían descansado en un campamento resguardado a pocas millas de las Minas, y ahora ya estaban prestos para el enfrentamiento. Los escudos de River les proporcionaban seguridad, ya que el Mago era poderoso y muchos conjuros tendrían que caer sobre ellos antes de que los escudos no lo soportaran más.

Además, notar a su alrededor las protecciones de River les permitía asegurarse de que él estaba bien, que Eyrien estaba bajo control. Y pronto la recuperarían.

Eriesh avanzó sigiloso entre los últimos árboles que los separaban de la gran explanada que se expandía frente a las Fortalezas. Allí los esperarían sus primeros enemigos, los femorianos y los gólems. Después de eso simplemente tratarían de entrar; no había más plan que ése.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba Killian a Alana en un susurro a sus espaldas.

La Amazona asintió. No tenía buenos recuerdos de los Nigromantes, pero era valiente.

Haciéndoles una seña, Eriesh les ordenó avanzar. Mientras se acercaban, desenvainaron espadas, hachas, dagas y lanzas. Y entonces, cuando llegaron al borde del claro y se encararon a su destino con las armas preparadas, se quedaron paralizados.

—¡Otra vez no, los dioses nos asistan! —murmuró el capitán Aston.

Allí, en el centro del gran prado, se erguían un elfo y una elfa de cabellos azules como el cielo de aquel mediodía. Ambos vestían de oscuro, a la usanza siartana. A su alrededor los femorianos se movían con desgana, pues no los conocían y no los consideraban sus enemigos. Pero Eriesh sintió que su corazón se aceleraba, conocía perfectamente a aquellos elfos.

—¡Asier! —exclamó Freyn a su lado—. ¡Y Fereya!

Los dos elfos alzaron sus hermosos rostros y fijaron en ellos sus miradas penetrantes y afiladas. Los selbastianos dieron unos pasos atrás. Y unos cuantos más cuando vieron a los dos feéricos dirigirse raudos hacia ellos, corriendo con aquella gracia natural. Un minuto después, estaban a su lado. Él era alto, esbelto, y se parecía mucho a Eyrien. Ella poseía una extraña combinación de rasgos. Sus cabellos eran azules, pero sus ojos y sus labios eran del color del fuego. Y se movía de una forma más familiar, más humana si eso era posible. Pero ambos resultaban aterradores para quien ya había tenido que enfrentarse a otros como ellos antes.

—Saludos —dijo Asier mirándolos a todos extrañado—. No temáis, mortales.

—Mi Señor —dijo Eriesh haciendo una reverncia.

Chasqueando la lengua, Asier se acercó y lo abrazó. Fereya hizo lo mismo después, y se inclinó frente a Freyn para besarle las mejillas. Mientras tanto los selbastianos los miraban confusos. Se sobresaltaron cuando Asier posó su mirada sobre todos ellos, hasta que se desvió hacia el príncipe y compuso una expresión amable.

—Tú eres Killian de Arsilon. Me alegro de conocerte; mi hermana me habló muy bien de ti.

—Te pareces a Ian —añadió Fereya.

Killian no supo qué decir. Habían ido allí a luchar, y se encontraban con el poderoso hermano de Eyrien, otro Señor de los Elfos, el mejor guerrero entre los ya magníficos feéricos. Y la famosa Fereya, antigua Cazadora y amiga de Eyrien también.

—Muchas gracias —consiguió decir, inclinándose—, para mí es un honor conoceros. Ella —añadió señalando a la Amazona, que estaba a su lado y le dirigió una mirada asombrada— es Alana, nieta de la reina Calista, y una gran guerrera.

Asier le sonrió de aquella forma turbadora, mezcla de diversión y comprensión, tan parecida a la de su hermana, como si adivinara muchas cosas. Y se giró a saludar a la Amazona. Alana estuvo encantada de conocerle, pero eran para las Amazonas casi como diosas. Después de saludar a los

selbastianos, Asier se puso serio al fin. Siendo un Elfo de la Noche, seguro que había averiguado mucho sobre ellos y lo que hacían allí tanteando sus emociones. Seguramente, si hubiese percibido más nerviosismo, no se hubiera detenido en las presentaciones formales.

—¿Dónde está mi hermana? —le preguntó a Eriesh al fin—. Recibí un extraño mensaje del vampiro Ashzar advirtiéndome que viniera a buscarla aquí, a las Fortalezas.

—¡Será posible! Ese vampiro maldito nos ha ayudado —murmuró Freyn, incrédulo.

—Un vampiro no ayuda si no gana algo a cambio —dijo Fereya, hablando por primera vez.

Asier frunció el ceño.

—Hemos destruido muchos gólems y nos disponíamos a entrar en las Fortalezas, pero estamos casi seguros de que están vacías. No sentimos nada en su interior. Creo que había Rastreadores que sintieron nuestra llegada y se han ido. Pero me parece de lo más curioso que un grupo tan variopinto viniera a luchar contra ellos —dijo mirando con interés a los selbastianos.

Pero no indagó más. Ya se enteraría después de todo, ahora quería saber dónde estaba su hermana.

—Eyrien está en el campamento, con River —dijo Eriesh—. En el gran claro que hay a una jornada de aquí. Ve rápido y asegúrate de que tu hermana es ella misma antes de soltarla. Ellos te lo explicarán todo.

—Procyon —dijo Asier muy serio.

El Pegaso del color del oro viejo salió de pronto del bosque y se posó en el suelo junto a ellos, ignorando a los selbastianos, que lo miraban asombrados. Asier asintió, mientras Fereya montaba ágilmente detrás de él.

—Seguidnos a vuestro ritmo, pero no tardéis en ponerlos en camino —dijo Asier—. Por aquí no quedan Cáusticos, pero no deben estar muy lejos. Tiene que hacer muy poco que han abandonado las Fortalezas. Cuando nos reunamos todos, hablaremos más largamente.

Poco después los dos elfos y el Pegaso se perdían en la espesura del bosque. Eriesh, sintiéndose tranquilo por primera vez en muchos días, se giró para mirar hacia las Fortalezas. Donde antes estuvieran enterrados los gólems, ahora había grandes trozos de barro y roca desperdigados por el suelo. Asier y Fereya habían sido implacables.

—Pero si no queda nadie ahí dentro —dijo Alana, esperanzada—, quiere decir que los Nigromantes ya se han alejado. Si el Mago tenía razón el conjuro tiene que haber caído, ¡y Eyrien habrá recuperado la memoria!

—Eso es lo que yo creo —dijo Eriesh.

—¿Pero no deberíamos habérselo explicado todo a Asier? —preguntó Killian—. ¿No le hará daño a River si ve que la tiene encadenada?

—Asier es un Elfo de la Noche, he adivinado muchas cosas. Pero River todavía no debe saber que Eyrien ya no es enemiga suya, y a ella no le gustará nada despertar amordazada. Me preocupa más lo que pueda hacerle ella que Asier.

—Por una vez me alegraré de oír sus reproches —dijo Freyn contento, y los demás rieron más aliviados de lo que creían que podían llegar a sentirse nunca.

Incluso Eriesh se permitió sonreír, pero sabía que Eyrien estaría triste cuando lo recordara

todo. Especialmente cuando recordara la muerte de Konogan.

La sonrisa, sin embargo, se borró pronto de su rostro. Sintió cómo de repente los escudos que los rodeaban a todos se desvanecían. River, por alguna razón, ya no estaba protegiéndolos. O Asier ya había llegado hasta allí y le había dicho que estaban a salvo, o le había pasado algo a él.



Muchos kilómetros al sur, donde el sol quemaba incluso en invierno y el suelo era dorado en vez de musgoso, también a Carsen de Niaranden lo embotaban emociones agrídulces. Aquélla era la segunda vez que recibía a Beleren de Boreanas en poco más de un mes, pero lamentaba no sentir la despreocupada alegría que habría sentido de ser otras las condiciones de su visita. Se sintió inquieto cuando vio a Beleren acudir a su encuentro en el claustro de los patios a la luz intensa del sol sureño. El Elfo del Aire, de claros y brillantes cabellos azules, estaba cubierto de polvo y sangre, y su hermoso rostro inocente mostraba una expresión dolida. Carsen se acercó corriendo, y comprobó con alivio que la mancha de sangre oscura que cubría la sobrevesta azul del feérico no podía ser suya. Era rojo mate, y no mostrabas ningún viso azulado como habría sido de pertenecer al Elfo de Boreanas.

—¿Qué os ha pasado? —le preguntó Carsen mientras enviaba a un criado a buscar agua, demasiado preocupado para darse cuenta de que le había hecho una pregunta directa al elfo.

—En Boreanas hemos sufrido algunos ataques en los últimos días; los roces han empezado a planear sobre la ciudad —dijo Beleren sacudiendo las alas para librarse del polvo, creando un viento ligero que removi6 los cabellos negros de Carsen—. Venía a advertiros del peligro y a saber cuál es vuestra situación cuando un roc me atacó por el camino allí donde el desierto se une al mar. Perdí a Zefir, un gran caballo y un amigo fiel. Tuve que venir volando el resto del camino, y el roc me ha seguido prácticamente hasta las puertas de Niaranden. He visto que las mantenéis cerradas.

De pronto una sombra oscureció el sol por un momento, llenando de tinieblas el patio. Carsen se acercó corriendo a uno de los arcos que daban al mar, se asomó y miró al cielo. Pudo ver una gran forma de ave, muy robusta y de inmensas proporciones, cuyas plumas tenían el áspero y rígido aspecto de las rocas. El roc, perdida su presa, sobrevolaba la ciudad esperando a que saliera. Los gritos de miedo y de asombro empezaron a elevarse desde todos los puntos de la ciudad.

—Aire Bendito —musitó Carsen.

O lo había sido hasta ahora, pues parecía que el aire se había sumado a sus enemigos, como la tierra y el agua. Le explicó a Beleren que se habían visto obligados a encerrarse dentro de las murallas hacía ya unas semanas. Del mar ya no recibían noticias y habían perdido muchos barcos, que no habían regresado jamás. Los guls de la península atacaban a aquellos que salían de la ciudad por tierra y los nómadas ya no se atrevían a tratar de alcanzarla. Los pocos exploradores que habían regresado de sus misiones hablaban de cambios en la orografía del terreno que se extendía en el camino a Maelvania, como si alguien hubiese abierto la tierra y la hubiese vuelto a tapar.

Beleren sacudió suavemente las alas, pensativo. Él había estado en el Norte cuando los primeros gólems habían atacado a la Alianza, y el comentario de Carsen le había hecho recordarlos. Si era un buen estratega, Esigion no caería sobre el Norte antes de haber eliminado toda amenaza del Sur. Era una idea funesta, pero al menos habían conseguido sacar de Boreanas a sus huéspedes siartanas y a su hermana Maialen, que trataría de traer ayuda del Norte.

Beleren miró al cielo, donde podría regresar con los suyos para enfrentarse a la prueba final. Quizás no podría regresar con los suyos para enfrentarse a la prueba final. Miró entonces a Carsen. Era humano, pero su corazón era grande y su ánimo valiente; tenía la sangre salvaje y orgullosa de los guerreros del desierto. Sería un buen compañero en la batalla. Pero no le dijo en aquel momento qué era lo que creía que se escondía bajo el suelo quebrado de la Llanura Áurea, ni le hizo partícipe de que el instinto le decía que aunque Maialen sobreviviera y llegara al Norte, no encontraría ayuda para el Sur antes de que los enemigos hubieran caído sobre todos ellos. No quería destruir las últimas esperanzas del mortal.

Y tampoco hubiese tenido tiempo de haber querido. El viento cálido y arenoso que entraba en los claustros le trajo mensajes de una tensa espera que ya estaba por terminar. Antes de poder advertir a Carsen de la inminencia del peligro, a sus finos oídos llegó el ronco rumor que producía la tierra al quebrarse, dejando emerger el horror que muy probablemente convertiría Niaranden en ruinas por siempre jamás.

IV

Obligaciones



Se acercaba el atardecer, momento que hacía que Eyrien se sintiera más fuerte. Especialmente en aquellos días, tan cercanos al Perigeo: pese a ser una fina línea creciente, la luna brillaba con fuerza. Y aunque sintiese el peso de su conciencia y su dolor como una losa, su cuerpo se revigorizaba ante aquel aporte de energía. Había pasado todo el día observando a River, manteniéndose ensombrecida, mientras él se limitaba a esperar, a jugar con las vendas que cubrían sus manos y vigilarla de vez en cuando. No le hablaba, ni siquiera parecía avergonzado. Eyrien incluso diría que se sentía esperanzado, impaciente por la llegada de algún acontecimiento agradable. Y eso, dada la situación, la asustaba. Lo añoraba y se sentía deleznable, porque era incapaz de odiarlo. La verdad era que no podía creer que la hubiera traicionado, otra vez.

Pero tenía que actuar, liberarse y buscar a Eriesh, y a Freyn, y hacer justicia. Aunque no sabía cómo, pues habían sido concienzudos a la hora de inmovilizarla. No le extrañaba, los herederos de Arsilon ya tenían prácticas. Observó fijamente a River, tensa, al ver que se movía. El Mago se irguió en toda su estatura y cogió su cantimplora. Los ojos le brillaban más que nunca.

—Voy a buscar agua —dijo.

Y con una última mirada, a sabiendas de que ella no podría escaparse, se fue.

Eyrien miró a su alrededor, desesperada. Era la tercera vez en su corta pero intensa vida de guerras y batallas que la capturaban, y dos de ellas había estado a merced de la misma persona. Su cariño por River la había hecho débil, tal como habían augurado los Sabios. Suspiró. Esta vez Ashzar no iba a estar allí para ayudarla. Eyrien casi sonrió con amargura contra la mordaza. Ser salvada por su depredador de su antiguo amigo tampoco debería ser su mejor opción.

Pero quizás no haría falta, pensó. Cerca de ella, entre los árboles, se acercaba una pequeña luz cálida: el brillo de un silfo ígneo. Y entonces recordó que posiblemente le esperaban en otro sitio, a ella, a River, a Killian. Aquel feérico debía ser el último relevo del mensaje que venía desde Selbast. Pero aunque los selbastianos hubiesen decidido que deseaban liberarse del yugo Cáustico. Eyrien ya no sabía si podría ayudarlos. Pero la llegada del feérico, que la buscaba tal como ella misma había ordenado en días no tranquilos, pero sí menos caóticos, era una bendición en aquel momento.

El pequeño silfo la miró, con los ojos almendrados muy abiertos y una expresión de horror en el hermoso rostro dorado. Eyrien se movió, tratando de demostrarle que necesitaba liberarse. El feérico asintió con vehemencia, se acercó al árbol y observó las esposas feéricas. Acarició las cadenas, susurrándoles como si fueran una fiera a la que había que domesticar. Su lenguaje, aunque parecido al de los elfos, era mucho más antiguo y más instintivo; sólo hablaba de cariño y necesidad. Eyrien esperó impaciente, agradecida de no haberle explicado jamás a River que aunque sus esposas no obedecerían a nadie más que a él, se dejarían malear por cualquier Feérico

Menor. Pues aunque jamás habían revelado cómo, los enanos habían usado la esencia de éstos, que les habían ayudado, para crear aquellas armas para los Feéricos Mayores. Y las armas feéricas reconocían a los Feéricos Menores como parte de su esencia.

Eyrien prestó atención a los susurros del bosque. Oyó cómo los pasos de River empezaban a acercarse desde algún arroyo cercano. Disponía de tres minutos o quizás cuatro, antes de que irrumpiera en el claro. 'Rápido', pensó sin poder transmitir su urgencia al silfo que detrás del árbol, seguía convenciendo a las esposas para que se abrieran. Se preparó, tensando los músculos y tratando de ignorar el dolor sordo de la pierna y el brazo. Sabía que apenas disondría de tiempo para reaccionar si conseguía liberarse, y no podía fallar. Tendría que lanzar un hechizo letal, si se le presentaba la ocasión de usarlo.



River sintió que el bosque estaba más atento de lo que había sido habitual en los últimos días, pero no parecía que tuviese nada contra él. Así que no le dio importancia, y siguió caminando de vuelta al campamento. Hasta que penetró en el claro cada vez más oscuro y se topó con aquella mirada fija. Un escalofrío lo avisó de que algo iba a suceder. Lo leía en la tensión del cuerpo esbelto de la elfa, lo veía en su mirada profunda. Lo atenazó el terror. Y de pronto, sin que pudiera entender cómo, vio que Eyrien se ponía velozmente en pie. Las esposas cayeron al suelo, liberándole las manos.

—¡No! —gritó soltando la cantimplora, sabiendo que le quedaban apenas unos segundos de vida.

Eyrien se tambaleó cuando trató de apoyar su leve peso sobre su pierna herida. Eso le salvó la vida a River. Sin apenas pensar lo que hacía, dejó caer los escudos que protegían a sus amigos y le lanzó una potente onda expansiva que la lanzó contra el árbol. Eyrien calló de rodillas, aturdida a causa del golpe y del polen de la Flor del Sueño que le colgaba del cuello y que le nublabla el entendimiento. River fue más rápido de reflejos que ella por una vez. Le ordenó a las esposas que volvieran a cerrarse estrechamente alrededor de las muñecas de la elfa, y las cadenas le arrastraron los brazos a la espalda. Entonces River la observó, mientras trataba de calmar su corazón desbocado. Las lágrimas brotaron de los ojos azules y profundos de la Dama de Siarta. Su expresión denotaba angustia, y una profunda desolación. Reflejaba un dolor hondo y un sentimiento de decepción que a River le pareció demasiado real para ser simulado.

—¿Eyrien? —preguntó con la voz tomada todavía por el esfuerzo.

Ella se limitó a seguir vigilándole, sin poder hacer nada más. Pero su mirada, oscurecida más de lo que lo estaba el cielo, brillaba húmeda y repleta de reproches mudos. Ya no había aquel brillo calculador, frío y desapasionado en el fondo de sus ojos. Parecía la misma elfa de siempre. River se acercó. Cuando Eyrien trató de retroceder y alejarse de él, River se decidió esperando que no lo estuviera engañando de nuevo. Decidido, alargó la mano y tirando del saquito que colgaba de su cuello, lo arrancó y lo lanzó lejos.

—¿Eyrien? —volvió a preguntar—. ¿Eres tú?

—¿Por qué me haces esto, River? —dijo ella, e incluso su voz mental sonaba temblorosa.

Era ella, River ya no tenía ninguna duda. La profunda decepción de su voz y su miedo fueron suficiente certeza, pues veía en los ojos de Eyrien la pregunta que jamás le iba a hacer: que si ya no la quería. Lo invadió la pena por la forma en que la había asustado, por cómo la había atacado cuando ella apenas podía defenderse. Y el alivio y la alegría colmaron su corazón. Sujetándola por los hombros la alzó del suelo y la estrechó entre sus brazos.

—Eres tú —susurró apoyando el rostro de la elfa contra su pecho—, eres tú.

—No te entiendo, claro que soy yo —le dijo Eyrien mentalmente, confundida pero aliviada—. Creía que esta vez iba a tener que matarte.

—Casi lo habías conseguido. Dioses, siento haberte hecho daño —murmuró River, abrazándola más fuerte y besándole la frente—. Lo lamento mucho, Eyrien, de veras.

—Te creo —le transmitió Eyrien—. Estás frío, River.

Él sonrió sin decir nada, muy feliz en aquel momento para preocuparse de ninguna otra cosa. Cómo la quería, y cómo daría cualquier cosa por ella, por no ver temor en sus ojos nunca más. Jamás volvería a hacerle daño, y mataría a quien tratara de dañarla. Aunque fueran los Sabios, aunque tuviera que enfrentarse a toda Maelvania. Aunque tuviera que usar toda la magia Vodun del mundo.

Pasaron unos minutos, sin que River se decidiera a soltarla. Hasta que Eyrien alzó un poco el rostro, se removió entre sus brazos y exclamó mentalmente con alegría:

—¡Asier!

Casi al momento el elfo apareció al borde del claro. Aunque River lo apreciaba mucho, en aquel momento le provocó pánico. Soltó a Eyrien como si quemara, consciente de lo que debía haber visto Asier: a él, un indigno humano que ya no lo era del todo, poniendo las manos sobre el tesoro élfico que era su hermana. Le miró, pero el guerrero de Siarta, acompañado de Fereya y seguidos ambos de Procyon, le observaba impasible.

—Lo que me gustaría saber —dijo el elfo quitándole importancia a lo demás con un gesto de la mano— es por qué mi hermana está amordazada y maniatada con tus esposas feéricas. Otra vez. En la mente de Eriesh he visto cosas muy extrañas.

Eyrien alzó la vista para mirar a River, apoyándose en su pierna sana.

—A mí también me gustaría saberlo —dijo telepáticamente.

River se apresuró a quitarle la mordaza con cuidado mientras ordenaba a las esposas que la soltaran. Cayeron al suelo con un suave tintineo mientras Eyrien trataba de mover con naturalidad el brazo derecho. Entonces River la miró fijamente, olvidándose de lo extraño que era que Asier y Fereya hubiesen aparecido allí de repente.

—¿Qué es lo que te gustaría saber?

Eyrien lo miró como si fuera tonto.

—Por qué estaba amordazada y maniatada con tus esposas feéricas —repitió punto por punto las palabras de su hermano—. Y por qué creía que tenía que matarte, otra vez.

—¿No te acuerdas de nada? —le preguntó, sintiéndose helado de nuevo.

—No, sólo que nos acercábamos a las Fortalezas... —dijo la Dama, y era evidente que estaba

haciendo un verdadero esfuerzo por recordar—. El gólem te atrapó, y una figura oscura salió de entre la niebla. Un Nigromante, pero no era el mismo que me torturó en Selbast. Me insinuó que me cambiara por ti... ya no recuerdo nada más.

Se giró hacia su hermano, que se acercaba para abrazarla. Mientras Asier palpaba su brazo con ojo crítico, Eyrien le dio a Fereya la mano sana.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí?

—El vampiro que te atacó se puso en contacto telepático con nosotros. Nos dijo que viniéramos a ayudarte si no queríamos perderte a ti y a toda la Alianza —dijo Asier—. Envié a Procyon a buscarnos, por eso no creímos que fuera una trampa; Procyon no le habría obedecido si no confiara en él. Fue extraño.

Eyrien frunció el ceño y volvió a mirar a River. Él negó con la cabeza, sorprendido porque su deseo de recibir ayuda, aunque fuese del vampiro, se hubiese hecho realidad. Pero tampoco podía pensar en ello ahora. El vampiro siempre decía que estaban en la inopia, y parecía que iban a seguir estándolo. La esperanza de saber lo que estaba pasando, de entender el porqué de aquella búsqueda inútil y el recrudecimiento de la guerra, se diluía entre sus manos como los recuerdos de la mente de Eyrien. Los esfuerzos de Konogan habían sido inútiles.

—Konogan dijo que lo sabías todo —musitó.

—¿Konogan? —dijo Eyrien, y el deje de temor de su voz hizo darse cuenta a River de que había hablado en voz alta.

Antes de poder mantener sus emociones bajo control, Eyrien las sondeó.

—No —dijo la elfa con la voz entrecortada.

A su lado, Fereya se llevó las manos a la boca. Estaba mirando el lugar donde habían dejado las armas de Konogan, rodeadas todavía por el lazo blanco de luto con que las habían velado los selbastianos. Asier se limitó a mirar a River, y a asentir con la cabeza adivinando quién sabía tantas cosas. Después bajó la mirada al suelo, transido por el dolor. Quizás él había sabido, igual que su padre Subinion, que en realidad Konogan nunca los había abandonado.

Eyrien se alejó unos pasos, y se acercó al árbol en que había estado encadenada. Lo primero era lo primero. Llamó por lo bajo y el silfo ígneo, que temblaba de nervioso, salió de su escondite y se acercó volando hasta su mano.

—¿Los selbastianos esperan nuestra ayuda? —le preguntó Eyrien suavemente, y el silfo asintió solemne con la cabeza—. Bien. Vete a casa, pequeño. Este bosque es seguro ahora, y está más vivo que la última vez que pasé por él.

River se removió, inquieto. Eyrien ni siquiera era consciente de que había sido ella quien despertara al bosque. La observó mientras besaba dulcemente la dorada cabeza del silfo y alzaba la mano para que saliera volando. Luego la elfa se acuclilló junto a las armas de Konogan. Las acarició con dulzura mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

River la consideró fuerte. Eyrien, pese a que a su alrededor parecían alzarse torbellinos de energía oscura, negra como su pena, se irguió y se acercó componiendo una expresión de calma, tratando de controlar sus emociones para no traspasárselas.

—¿Lo maté yo? —susurró.

—No, Eyrien —se alegró de poder responderle, aunque el nudo de la garganta hacía que le costara hablar—. Me pidió que te dijera que te quería, y que no te culparas. Y que los acólitos habían tratado de hacer un bien. Todo lo hizo por ti, jamás te abandonó. Fue Soneryn quien lo mató.

—¿Soneryn? —dijo Eyrien.

Asier y Fereya se miraron, pero River no podía apartar la mirada de Eyrien. Sintió un escalofrío. Por un momento sus ojos se convirtieron en finas rendijas de luz amarilla. Parecía destilar furia, y aunque River sabía que aquella ira asesina no iba dirigida a él, igualmente lo estremecía; no le gustaría estar en la piel de Soneryn. Luego la vio respirar hondo y parpadear repetidas veces, hasta que sus ojos adquirieron de nuevo su oscuro color azul normal.

—Explícanos qué ha pasado —dijo, y los tres elfos se sentaron en el suelo.

River, tras sentarse frente a ellos, empezó a relatar cuanto había sucedido desde que Eyrien, generosa y valiente, se había intercambiado por él cuando lo había atrapado el gólem.

—¿Y dices que mi hermana gritó con miedo cuando miró al Nigromante?

River se sentía extenuado. Había explicado cuanto había sucedido, sin omitir ningún detalle. Entre los tres elfos le habían hecho muchas preguntas sobre detalles concretos que parecían no tener importancia y para las que no tenía respuesta, pero que le hacían reflexionar ahora.

—Sí —respondió temblando por aquel frío innatural que todavía no lo había abandonado.

—Los elfos no acostumbramos a gritar, es una tonta pérdida de energía —murmuró Fereya, que como Cazadora había acompañado a Eyrien en muchas ocasiones arriesgadas—. Y a Eyrien no la he oído gritar jamás.

—Lo sé —dijo River—. Pero parecía aterrada, como si lo que veía bajo la capa del Nigromante fuera algo horrible. Quizás vio a Esigion de Maelvania —murmuró.

—Eso no explicaría que gritara; sigue siendo un humano —dijo Fereya.

Eyrien frunció los labios, porque no recordaba nada. El relato de cuanto había sucedido, de cómo había muerto Konogan y cómo los había atacado Soneryn, sin poder acordarse de nada, la había sumido en el mutismo. River agradecía muchísimo que Asier y Fereya estuvieran allí, pues podrían consolarla mucho mejor que él. Porque estaba muy extraña.

—Eyrien, puedes estar segura de que no hiciste nada de lo que debas arrepentirte. Fuiste justa y compasiva, como siempre. Incluso en las Minas. Y también Konogan. Nos salvó la vida —dijo—. Fue muy valiente, y muy fuerte. Si no hubiese sido por él, estaríamos muertos.

—Por lo que nos has explicado, sin ti tampoco hubieseis sobrevivido —dijo Asier.

Eyrien le miró las manos vendadas, y sus ojos se oscurecieron un poco más; River había percibido al explicar qué conjuro había usado para atacar a Soneryn que los tres elfos se horrorizaban aunque guardaron silencio. Igual que ahora, estaba claro que por el momento se había acabado la conversación. River se estremeció de nuevo, con el frío de la noche.

—Estás demasiado frío —volvió a repetir la elfa.

Se levantó y se sentó junto a él. Entonces se encendió, y sus cabellos y sus ojos brillaron con una luz dorada que reflejaba la de las estrellas. Cuando se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era traspasarle su calor de la elfa cálida, River se relajó y se acercó un poco más, sin que

le importara ya tanto si Asier los miraba o no. No lo hacía, conversaba con Fereya mentalmente. Los cabellos de ambos se mimetizaban con las sombras que los rodeaban, pero el naranja de los ojos de Fereya danzaba con el movimiento del fuego de la hoguera. River se quedó observándolos distraído, hasta que se alejaron hasta el borde del claro. A su lado, la Dama también parecía pensativa. Poco después se giró hacia él, con la misma mirada severa que componía cuando quería reprenderle.

—No me gusta que uses la magia Vodun. Tampoco me gusta que os arriesgarais tanto al mantenerme aquí. Pude haberos matado a todos.

—Eriesh dijo que dirías eso —respondió River, pero Eyrien no se rió—. Tenía que hacerlo, Eyrien.

—Lo sé, sé que lo piensas —dijo Eyrien. De pronto le cogió la mano y se la estrechó—. Dime que no vas a usar la magia Vodun nunca más. Prométemelo, River.

River giró la mano de forma que la muñeca de Eyrien quedara hacia arriba, y miró su marca de traición. La cicatriz espiral aparecía claramente bajo la rojez provocada por sus esposas feéricas.

—Una vez me dijiste que los juramentos de los humanos no tenían valor.

—Te considero ahora mucho más sabio que antes. Y confiaría en tu palabra.

River se mordió el labio. Le gustaba que le dijera eso, pero no quería mentirle.

—Ojalá pudiera jurártelo, Eyrien. Pero no estoy seguro de poder cumplirlo.

Ella desvió la mirada, y no dijo nada más. River sabía que estaba preocupada, que volvería a considerarlo peligroso, y que eso la ponía triste. Tampoco a él le gustaba que desconfiara de él. Sintió ganas de prometerle cualquier cosa, pero lo que hizo fue tumbarse entre sus mantas. No se podía creer que por querer defenderla en el futuro, ella tuviese que recelar de él ahora. Pero así estaban las cosas. Y temió que acabara alejándose de él.

—River —lo llamó Eyrien al cabo de un rato—. Descansa tranquilo, me alegro de estar de nuevo a tu lado —le dijo como si hubiera leído su mente.

—Yo también me alegro de que estés otra vez aquí con nosotros. Conmigo.

Los labios de Eyrien se curvaron un poco y River volvió a entrelazar los dedos con los suyos. Cerró los ojos, desterrando cualquier otro pensamiento que enturbiara aquel breve momento de paz y consuelo.



River despertó confuso, y le costó un poco ubicarse. Eran los rayos débiles de un sol nublado los que lo habían despabilado. Por la posición del velado disco solar, juraría que el mediodía ya había pasado. Se apartó el montón de mantas que no recordaba haberse echado encima, y se dio cuenta de que ya no sentía frío. Una rápida mirada a su alrededor le permitió darse cuenta de que Eyrien ya no estaba a su lado. Se irguió, descubriendo que Procyon pastaba tranquilo a un lado del claro. Una inspección más atenta, mientras se quitaba las vendas de las manos casi curadas, le permitió descubrir que Fereya, inmóvil a la usanza de los inmortales, estaba sentada junto a las armas de Konogan. Al percibir que lo miraba le devolvió una sonrisa triste.

—Lo siento mucho —dijo River, sabiendo que también Fereya había querido mucho al Cazador.

—No fue culpa tuya —dijo la elfa mestiza—. Era lo que él tenía que hacer. Estoy segura de que murió feliz sabiendo que había ayudado a Eyrien.

River asintió. El rostro de Konogan reflejaba paz cuando había dejado que la espada de Soneryn cayera. Pobre Cazador, que había muerto creyendo que Eyrien conocía todos los secretos que le permitirían estar a salvo. Pero había muerto aliviado, y River se alegraba de eso.

—Aquí, cerca de donde ha muerto Konogan... oigo cosas extrañas —dijo—. Voces extrañas y diferentes a las otras del bosque.

Fereya lo miró, sus ojos de un naranja apagado como el sol oculto por las nubes.

—Estás escuchando a los elfos que dejaron de ser corpóreos mucho tiempo atrás —le dijo—. Los feéricos somos inmortales, pero podemos convertirnos en nuestras esencias, fuego y energía, árbol y roca, aire y agua, cuando el peso de los años nos cansa. Nunca más volvemos a tener cuerpo, pero nos fundimos con el mundo que nos rodea. Como ecos de lo que fuimos. Los que se fueron por propia voluntad siguen ahí, y velan por nosotros. Las voces de la tierra, los llaman algunas sectas de Altos humanos; los elementales de la naturaleza, o fantasmas, dicen otros. Pero fueron elfos una vez, y han venido a velar la muerte de Konogan. Amazonia no va a olvidarlo.

River se preguntó si Fereya sentiría su repentina angustia. El solo hecho de pensar que Eyrien alguna vez pudiera convertirse en una simple voz en el viento le encogía el corazón. Pero por supuesto la elfa pareció entender lo que pensaba, y sonrió con tristeza.

—Al menos nosotros permaneceremos aquí, de alguna forma. Nunca nos abandonamos del todo, si decidimos irnos por voluntad propia. Incluso si morimos, permanecemos en la tierra y en el aire, como hará la esencia de Konogan. Vosotros, en cambio, morís sin más —susurró con tristeza—. Os vais y no volvéis, River. Nos dejáis atrás sin más, y nada queda de lo que fuisteis. Y nosotros sufrimos esa pérdida. Muchas de las voces que oyes pertenecieron a elfos que amaron demasiado a los mortales, y no supieron soportar su pérdida. —Hizo una pausa—. Sería una decisión difícil la de cualquier elfo que tuviera que plantearse hasta qué punto quiere arriesgarse a amar algo que sabe que va a perder del todo. Sería un elfo muy valiente, pero que necesitaría tiempo para pensar. Para aceptar que aunque vayas a vivir muchos más años, llegará un momento en que te perderá para siempre. Sin que dejes atrás ni siquiera el eco de una voz que ella pueda escuchar.

River se quedó mirando a Fereya sin poder apartar los ojos de su rostro por maleducado que fuera. Aquella había sido un mensaje muy claro respecto a su relación con Eyrien. ¿Pero le decía que no hiciera sufrir a Eyrien porque la acabaría abandonando? ¿O le estaba diciendo que tuviera paciencia y esperara nada más? No lo tenía nada claro.

Pasaron unos minutos en silencio. entonces el lenguaje corporal de Fereya cambió bruscamente cuando se puso alerta. River la miró cuando ella levantó el rostro y lo ladeó, como un depredador a la escucha. Esperó. Eran cosas como aquélla las que le hacían darse cuenta, con pesar, de hasta qué punto eran diferentes sus razas.

—Oigo el trote suave de Debris y Deimos —dijo la elfa—. Y el galope nervioso de los

caballos selbastianos. Vienen con prisa, están asustados.

River se puso en pie de un salto, recordando que había dejado caer los escudos que los protegían. Temiendo que los hubiesen herido por su estupidez, se dispuso a salir a buscarlos. Fereya lo retuvo.

—Tranquilo —le dijo—. Sólo están asustados por lo que Eyrien pueda haberte hecho.

Mientras River se recriminaba el haber dejado de proteger a los suyos y haberlo olvidado después, Asier y Eyrien aparecieron en el borde del claro, atraídos por la pronta llegada del grupo. Habían estado paseando. Eran tan parecidos y tan hermosos que parecían irreales allí, azul y dorado entre verde. Pero en aquel momento reflejaban tristeza, y River se preguntó irreflexivamente qué pensarían los humanos si los vieran así, desazonados, cuando de los elfos esperaban ver sólo alegría o soberbia, nunca un sentimiento que los mortales creían tan suyo como era la pena. Asier besó a su hermana en la sien y le acarició los largos cabellos. Le dirigió a River una sonrisa afable.

Asier era muy permisivo, gracias a los dioses. River le devolvió el gesto con gratitud antes de fijarse en Eyrien. Emanaba de ella una especie de aura turbulenta. El vestido negro que llevaba, el mismo con el que había salido de las Fortalezas, no ayudaba. Pero mirándola a los ojos River se daba cuenta de que era la misma Dama de siempre. Aunque más triste. Se culpaba de todo lo que había ocurrido, seguramente se sentía despreciable. River quiso asegurarle que nada había sido culpa suya, que incluso había hecho un bien. Y hubiese querido abrazarla, pero se limitó a esperar.



La claridad disminuía con la caída de la tarde bajo aquel cielo encapotado. Pronto aparecieron en el claro Debris y Eriesh, que rápidamente miró a su alrededor y se relajó. Desmontó, avanzó hasta Eyrien y la besó fugazmente en los labios como acostumbraba a hacer, sin que eso molestara ya a River.

—Creíamos que habías matado a River. Por un momento creí haber hecho mal al dejarte aquí con él.

—No debiste hacerlo —le susurró Eyrien.

Eriesh sonrió acariciándole la nariz pálida y un tanto dorada, como si fuese una niña. Freyn apareció en el borde del claro con su rápido falabella. El enano desmontó, corrió hacia Eyrien y se abrazó a su cintura, con los ojos arrasados en lágrimas. Era una falacia la creencia humana de que los enanos se jactaban de ser duros e insensibles.

—Eres una enemiga odiosa —le dijo el enano entre sollozos.

Eyrien sollozó y se inclinó para abrazarlo. Mientras tanto y tratando de mantenerse unidos, los selbastianos empezaron a llegar al claro con Killian y Alana a la cabeza de la partida. Pero se acercaron con cautela. River lo entendía, después de haber descubierto lo que se sentía siendo un enemigo de Eyrien todavía les ponía nerviosos acercarse a ella. La elfa, por supuesto, también se dio cuenta. Se irguió, cogió las armas de Konogan del suelo y caminó lentamente hacia ellos; a los selbastianos les costó un gran esfuerzo no retroceder. Eyrien se detuvo ante Killian y Alana.

—Killian —dijo Eyrien sonriendo con calidez—. Una vez más te alegras de verme, pese a que podría haberte matado. Eres un verdadero amigo, como a pocos he considerado entre los humanos. Me alegro de tenerte a mi lado. Y sí, puedes abrazarme.

El príncipe abandonó toda cautela y toda elegancia y la abrazó. Eyrien se rió mientras se separaba de Killian, cuando consideró que ya se habían abrazado lo suficiente. Entonces acarició la mejilla de Alana, que tenía los ojos húmedos y la mirada puesta en el brazo herido de Eyrien.

—Estoy orgullosa de lo que hiciste —le aseguró la elfa—. Actuaste como debías, defendiste a tu grupo aunque estuviera por completo compuesto de hombres y participaste en un plan ideado por uno de ellos contra una elfa. Era tu deber, fuiste muy responsable. —La miró de arriba abajo—. Y pareces más poderosa que antes.

Por el rostro juvenil adornado de finos trazos azules de la joven resbalaron las lágrimas, pero Eyrien tenía razón. Alana parecía más adulta, sus tatuajes más bellos.

—Gracias por vengar a Amalia y Lavinia —dijo Alana con voz entrecortada.

—De nada —dijo Eyrien con suavidad, aunque no parecía contenta por lo que había hecho.

Alzó las armas de Konogan y mirándolas una última vez con tristeza, las tendió hacia los dos mortales. En las manos de Killian puso la espada y en las de Alana la daga larga, mientras ambos la miraban asombrados.

—Habéis demostrado ser dignos de ser nombrados grandes guerreros de la Alianza, y estas armas no podrían estar en mejores manos que las vuestras. Si ellas perviven, la magia de Konogan que está en ellas también lo hará. Honradlas, y usadlas bien. Y aunque las separe cuando siempre estuvieron juntas, espero que sigan luchando por los mismos ideales.

Esto último lo dijo mirando a Alana, y la Amazona debió entender algún mensaje oculto, porque pareció turbada y se quedó pensativa mientras acariciaba la daga. Eyrien se acercó entonces a los selbastianos y a Lance, a quien los soldados habían acogido entre ellos.

—Capitán Aston, Lance —dijo Eyrien—, sabed que desde ahora os considero miembros importantes de la Alianza, guerreros de gran valor y mortales a los que admirar. Veo en vosotros, igual que en el príncipe al que seguís, ecos de la grandeza de la Antigua Suria. Contáis con mi amistad y mi respeto, dignos caballeros de Selbast y Mago de las Minas.

—No hay mayor regalo en la vida que ése, mi Dama —dijo Aston con la voz tomada.

Todos a una, los selbastianos se inclinaron hacia Eyrien, que los observó en silencio con su profunda mirada inmortal. Lance lloraba abiertamente; pocos Altos humanos conseguían ganarse la amistad de un elfo en aquellos tiempos, y menos de una como aquélla.

—Ahora descansad. Sentíos a salvo y seguros durante lo que queda del día.

—Mañana decidiremos qué vamos a hacer a partir de ahora —dijo Asier—. Selbast os espera y la guerra continúa más allá de Amazonia. Habéis estado mucho tiempo fuera.

Liberándose poco a poco de la tensión, empezaron a desprenderse de sus avíos, a desensillar a los caballos y a tratar las heridas que no estaban curadas del todo. Asier y Fereya, tratando de acostumbrarlos a su presencia, pasearon entre los selbastianos susurrándoles palabras de ánimo y ayudándolos a cuidar de sus caballos. Fereya se desenvolvía muy bien entre ellos, como era habitual en los Cazadores; Asier, pese a ser amable y abierto, seguía siendo más impresionante,

más majestuoso. Despertaba un profundo respeto en los mortales. Killian, sin embargo y ante la actitud abierta del elfo, le cogió confianza con facilidad. El príncipe sabía que aquellos seres podrían matarlo sin esforzarse siquiera, pero mientras pudiera gozaría de su amistad.

Después de cenar y acomodarse en sus mantas, poco a poco los mortales se fueron durmiendo, hasta que sólo los elfos y River permanecieron despiertos. River no dejó de notar que Alana se había quedado junto a Killian, sin ocultarse en su tienda como hacía siempre. La Amazona no sería jamás una mujer fácil de tratar, pero Killian estaba ganándose al menos su respeto, y quién sabía si algo más. River no quiso tantear la mente de Alana para saberlo, cada vez le caía mejor y no le parecía correcto.

—No podéis hacer esperar a Selbast —dijo Asier de pronto, y River se dio cuenta, sorprendido, de que lo había incluido en la conversación telepática con Eyrien y Fereya—; es posible que sus ciudadanos estén en peligro después de haber decidido que ya no quieren seguir soportando el asedio Cáustico. Killian no debería demorar mucho su marcha hacia la ciudad.

—Lo sé —dijo Eyrien—. Pero yo necesito visitar las Fortalezas antes de alejarme de este lugar. Quizás haya algo que me ayude a recordar. Y desearía encontrar a Soneryn.

Sus ojos se estrecharon de aquella forma tan temible. Asier la miró largamente, y River deseó que le dijera que era muy peligroso, que otros se ocuparían de arreglar el mundo mientras ella se dedicaba a ser feliz por fin. Pero aunque veía angustia en el hermoso rostro del heredero de Siarta, supo que eso no iba a ocurrir. Ningún elfo se interponía en el camino del otro, aunque fuera su hermana y se embarcara en un viaje peligroso.

—Yo acompañaré a Killian a Selbast en tu lugar —dijo finalmente Asier.

—¿Tú? —se le escapó a River, asombrado.

Asier asintió.

—Ya que estoy aquí, no voy a regresar a Nórdica todavía. Mi padre teme que los Altos humanos desconfíen aún más de los elfos después de lo sucedido en los Centros Umbanda. Y si se difunde la noticia de lo sucedido en las Minas, puede ser peor. Me quedaré a ver qué sucede.

—A Alana la enviaré a casa con Procyon. Eriesh la acompañará para protegerla —dijo Eyrien.

—No querrá irse —dijo River—. Es muy tozuda.

—Se irá —dijo Eyrien—. Tiene que explicarle a Calista lo que ha sucedido. Y luego si quiere, volverá con nosotros. Quizás entonces venga con más ayuda de la que la propia Arsilon espera.

—Yo iré con Eyrien —decidió Fereya.

Asier asintió, estrechándole la mano con cariño.

—Yo también voy con Eyrien, por una vez no temeré separarme de Killian. Si Asier va con él estará bien —dijo River, convencido—. Prefiero ver con mis propios ojos lo que haya que ver en las Fortalezas. No te pueden acusar de mentir, Eyrien, pero estoy seguro de que Magos como Obiun tratarán de poner en entredicho tus palabras. Yo soy de Arsilon, tendrán que creerme.

—Vendrás conmigo —aceptó Eyrien después de mirarlo un rato.

River suspiró aliviado. Pero luego recordó algo que lo hizo preocuparse de nuevo.

—¿Y qué pasa con Ashzar?

—¿Qué pasa con él? —dijo Eyrien—. No vendrá hasta que yo lo llame a mi lado; lo dijo.

—¿Pero por qué envié a Asier y a Fereya en tu ayuda? ¿Cómo se enteró de lo que había pasado si no está cerca?

Eyrien no respondió, y Asier se limitó a mirar a su hermana mientras Fereya observaba el fuego con aquellos ojos que también parecían llamas. Estaban preocupados.

—Lo sabes. Lo sabéis y no vais a decírmelo —murmuró River, hastiado pero sin ganas de discutir.

—Descansa —le dijo Eyrien—. Partiremos mañana.

Aliviado porque al menos seguiría a su lado, River se tumbó en sus mantas. Cuando cerró los ojos los elfos seguían sentados, inmóviles, apenas visibles en la oscuridad de la noche.

Por la mañana, el grupo escuchó las deliberaciones de los elfos con aquiescencia. A los selbastianos no les importó que Eyrien no los acompañara si lo hacía su hermano. Killian no cabía en sí de gozo; adoraba a Eyrien pero como guerrero podía aprender más cosas de Asier. Aston ordenó a sus selbastianos que se prepararan para la marcha, cosa que hicieron prestos; deseaban regresar a su ciudad cuanto antes y liberar a sus gentes. Y servir a la Alianza. Killian se acercó a Alana, que estaba moviendo sus cosas de las alforjas del caballo selbastiano a las alforjas de Procyon; ella marcharía con Eriesh hacia Refugio Amazonia.

—No te despidas —le dijo Alana cuando él se aproximó, dejándolo parado—. Volveremos a vernos. He hecho mía esta lucha, y seguiré a Eyrien allí donde vaya. Cuando haya vuelto a casa y mi abuela sepa lo que ha ocurrido, mis pasos también se dirigirán a Arsilon.

—No... no lo entiendo —dijo Killian—. No tienes por qué ayudarnos, y menos si nos odias.

—No os ayudo a vosotros, nos ayudo a nosotras. Si no ganáis esta guerra, nuestros territorios no volverán a ser nunca seguros. —Lo miró con sus extraños ojos azul-dorados—. Odio a los hombres porque son viles, déspotas y destructivos, pero no todos sois así. Tú has perdido a tu familia. River también, como dijo Freyn. Y aun así seguís siendo honorables. Sigo sin creer que representéis a la mayoría, pero te respeto —confesó a regañadientes—. Eyrien dice que no estoy siendo menos Amazona por ello, sino más sabia. Así que no voy a daros la espalda cuando vosotros me ayudasteis a mí. No seré yo la que mantenga separadas las armas de Konogan.

Killian dudó, y Alana se dio cuenta. Entrecerró los ojos con recelo.

—¿Preferirías que no me dirigiera a Arsilon? ¿No quieres que nos encontremos allí?

Killian miró a la hermosa Amazona, sin llegar a entender cuáles eran todos los significados de aquellas palabras.

—Por supuesto que quiero volver a verte. Lo deseo. Pero preferiría que estuvieras en algún lugar a salvo, lejos del peligro. Y no porque seas mujer, sino porque me asusta que pudiera pasarte algo malo.

Alana lo miró fijamente, para luego chasquear la lengua con algo parecido a diversión

—No te despidas, espérame en Arsilon —dijo. Al ver que Killian no estaba convencido, añadió —: Te lo aseguro, iré... yo también quiero verte otra vez.

Killian supo que era el momento de dejarla respirar. Pero cuando se acercó a Jano y vio la espada de Ashzar colgada de la alforja, la cogió y volvió junto a la Amazona.

—Quiero que la tengas tú —dijo mientras ella lo miraba interrogante y algunos miembros del

grupo los observaban con disimulo—. Es una buena espada, y es casi tan liviana como tu sable. Me quedaré mucho más tranquilo si sé que tienes algo para defenderte de los ataques mágicos.

Alana titubeó, pero acabó cogiendo la espada curva de manos de Killian. Un poco más lejos Eyrien y Fereya se miraron; las Amazonas nunca solían aceptar regalos de los hombres.

—Acercaos —dijo Eyrien entonces, y todos dejaron lo que estaban haciendo para reunirse a su alrededor—. Marchad con cuidado, y dirigíos a Arsilon cuando hayáis hecho lo que tengáis que hacer. Allí nos encontraremos, si todo va bien, y tendremos que decidir muchas cosas. Que las estrellas guíen vuestro camino por una senda venturosa.

Entonces montaron y se prepararon para marchar. Procyon se llevó a Alana y a Eriesh hacia el Norte, y Killian guió a su pequeño ejército hacia el sureste con Asier cabalgando a su lado. Eyrien, Fereya, Freyn y River los vieron marchar antes de dirigirse hacia el noroeste, a las Fortalezas de Piedra.

Eyrien se mantuvo en silencio el resto del día y hasta que acamparon, cuando se sentó a mirar el cielo estrellado. A River le producía estremecimientos que hiciera eso, no estaba seguro de querer que leyera algún otro oscuro mensaje de las estrellas. Pero comprendía que tuviera cosas en que pensar, y se alegró de que Fereya estuviera allí. La elfa mestiza se sentó con ella y le habló mentalmente, y River pudo tumbarse a dormir sabiendo que entre ambas buscarían solución a sus problemas. Por encima de ellos la luna, cada vez más llena, irradiaba un fulgor que hacía brillar más la piel de ambas elfas; el Perigeo estaba cerca.



Las Fortalezas estaban desiertas cuando durante la mañana siguiente, de nuevo plomiza, llegaron a ellas. De los gólems no quedaban más que pedazos de roca y los femorianos parecían haber regresado al Estrecho del Abismo.

—La pregunta es por qué vinieron —dijo Freyn, pero nadie tenía la respuesta.

Lentamente, con cautela, se acercaron a las grandes puertas. Pasaron por encima de los restos de las batallas sin que ningún enemigo se lanzara sobre ellos.

Tampoco dentro de las vastas fortificaciones encontraron a nadie. Las amplias estancias estaban desiertas, y Freyn miraba con indiferencia el que había sido el antiguo hogar de su pueblo. Pero aquí y allá había restos del paso de los Nigromantes: aunque eran limpios y ordenados, como correspondía a unos sujetos calculadores y fríos como lo eran ellos, habían abandonado el lugar con premura.

—Parece que han huido hacia el sur —dijo Fereya cuando llegaron a la puerta que se abría hacia el Estrecho.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Freyn.

—Siento energía en el ambiente... me recuerda a Siarta —dijo Fereya—. ¿Eyrien?

—Sí, así es —dijo la Dama hablando por primera vez; seguía vistiendo de negro y su humor parecía del mismo color—. Alguien ha sido trasladado en forma de energía desde aquí.

—¿Como te hicieron a ti cuando apareciste en el bosque de Dreisar? —le preguntó River.

Eyrien no le contestó. De pronto ambas elfas se miraron y se dirigieron raudas por un pasillo cercano hasta una estancia vacía en la que el ambiente parecía mucho más mágico, como si algo feérico flotara en el aire. A river le recordó irracionalmente al sitio en que había muerto Konogan, un lugar de pérdida pero alegre a un tiempo. Cuando vio que Eyrien se llevaba una mano a la boca y que Fereya retrocedía dos pasos, pensó lo peor.

—Aquí han muerto elfos —dijo Eyrien con voz temblorosa—. Suponíamos que estaban con ellos.

River llegó a una conclusión que no le gustó nada. Porque tampoco creía que los Nigromantes hubiesen podido matar a los acólitos de Siarta. Entonces sólo podían haber sido los propios Sabios. Miró a Eyrien, que se paseaba por la sala alzando la mano, como si acariciara el aire; los últimos restos de lo que habían sido sus amigos, sus parientes.

—No recuerdo nada —musitó con los ojos brillantes y oscuros—. Quizás he visto lo que ha pasado aquí y no recuerdo nada.

Luego volvieron a la puerta del sur, y estudiaron las huellas. Eyrien miró a lo lejos largo rato.

—Fereya —dijo—. Seguid vosotros hacia Arsilon.

Fereya asintió con la cabeza.

—¿Dónde vas tú? —le preguntó River.

—Yo voy a seguir el rastro de los que han huido a pie.

River se interpuso en su camino.

—Voy cont...

—No —lo atajó Eyrien—. Esta vez no, River. Eres lento, y no los alcanzaremos. No tardaré, sólo quiero echarles un vistazo. Nos veremos en Arsilon, ¿entendido?

La elfa se quedó mirando, y River supo que era uno de aquellos momentos en que debía demostrarle que la respetaba y que había madurado.

—Ten cuidado —dijo tratando de no reflejar su angustia.

Eyrien asintió y salió de la sala. Lo último que vieron fueron sus largos cabellos azules revoloteando a su alrededor.

—Vamos, seguiremos explorando el lugar y luego nos dirigiremos a Arsilon —dijo Fereya—. Quién sabe lo que nos encontraremos allí.

River sintió de pronto muy pocas ganas de volver a Arsilon; estaba seguro de que lo que los esperaba en casa no sería una paz idílica.



Mucho más al sur, en Sentríst, la ciudad de la Alianza que se abría al Mar, a aquella misma hora el gobernador Suinen daba cabezadas en la silla de su despacho. Llevaba dos noches sin dormir, y el cansancio hacía mella en él cuando alguien llamó con insistencia a la puerta. Suinen parpadeó, se apartó los cabellos de la frente aceitunada y dio la orden de entrada. Recogió el pergamino y lo dejó sobre la mesa mientras le pedía a su nervioso secretario que repitiera lo que acababa de decir.

—¡Barcos, señor! —repitió el hombre—. Una miríada de barcos se acerca por el sur.

—¿Qué bardos? —preguntó Suinen poniéndose en pie, despejado ya de los rastros del sueño.

—Aún están lejos, señor —dijo el secretario ayudándole a sujetarse la capa de color tostado con un broche—. Pero podrían ser los barcos de Niaranden que vienen a ayudarnos.

—Ve a buscar al Cazador Iskander.

Iskander, el antiguo Cazador mestizo del Agua y los Bosques Leñosos, llevaba en la ciudad desde principios de año. Suinen lo agradecía, pues le había ayudado a mantenerse tranquilos a los Magos después de la llegada de las funestas noticias de Udrian. Suinen se apresuró por los pasillos iluminados por el sol. El olor de la primavera incipiente penetraba por los ventanales. Salió al patio para subir a la tronera principal, donde tenían instalado el catalejo de largo alcance. Iskander ya estaba allí. Los cabellos marrones del alto elfo brillaban como la caoba, pero sus grandes ojos azules tenían el mismo tono límpido del cielo. Y no necesitaba utilizar el catalejo para ver con claridad lo que para los demás sólo era un borrón de velas en el horizonte.

—¿Guls? —preguntó Suinen cuando llegó a su lado.

—Sí, amigo Suinen —dijo Iskander—. Unos diez barcos, por lo menos quinientos guls. Pero tu ciudad podrá defenderse; esta vez está preparada y aunque no soy poderoso como mi Dama Eyrien, estoy aquí para ayudaros.

Suinen se quedó mirando los hermosos rasgos del elfo, preguntándose por qué tenía aquella expresión funesta si creía que estaban a salvo.

—Lo que me preocupa —dijo Iskander, sabiendo que le observaba— es que Niaranden ni los Elfos del Agua los hayan detenido. Y que Boreanas, la patria de mi padre, no nos haya avisado.

—¿Crees que...? Que los dioses nos protejan —dijo Suinen—. Seremos los siguientes.

V

Lealtad y traiciones



En aquellos días, mientras Eyrien, River, Killian, Alana y Eriesh se separaban y enfilaban sus propios caminos sin saber qué sucedía en el resto del mundo, la lucha se estaba extendiendo como una infección por el Continente Norte. En Nórdica los guerreros de Asier, comandados ahora por su primo Frirel, exterminaban a cuanto chupasangre y kapre tratara de traspasar las fronteras del más norteño de los territorios libres. Se defendían a sí mismos y a los udrianos, cuyos hijos seguían su secreto camino hacia Arsilon. Y en Siarta de nuevo ignoraban dónde estaban los Sabios. Los enanos del valle de Enadar y los fernostianos seguían su defensa encarnizada contra los kapres y los volgas, pero los primeros se acercaban cada vez más a sus murallas y los segundos habían empezado a quemar algunas secciones del bosque. En Vulcania seguían llorando la ausencia de Phyros, su heredero. Tampoco en Quersia y Greisan estaban a salvo de las amenazas, pues los chupasangres se extendían en sus territorios como una plaga, haciendo cada vez más difícil la comunicación con Arsilon. Y en ésta, en el centro neurálgico de la Triple Alianza, el rey Ian se peleaba con sus propios Magos.

Liana, la tía de River, seguía sin defender a los elfos si podía evitarlo y algunos decían que era porque ella conocía a los elfos y no los estimaba. Entonces otros añadían que por algo sería. Incluso en el mismo Centro Umbanda de Arsilon se estaban creando dos facciones cada vez más enfrentadas. Por un lado, aquellos que por conocer a algún elfo aunque fuera indirectamente, los que se habían impregnado de la opinión de River o simplemente aquellos que mantenían la cordura aun en aquellos momentos difíciles, seguían deseando la ayuda y la amistad de los elfos. Lyra, la prima de River, defendía con vehemencia a los feéricos como no lo hacía su madre y muchos la admiraban. Pero otra parte de los alumnos, influenciados por sus familias y algunos profesores, estaban creciendo en la misma desconfianza y el mismo desdén que había llevado a Altos humanos y elfos a enfrentarse en las Guerras de Magia hacía 1300 años. En el Sur las cosas iban aún peor, sólo que de éste en el Norte poco sabían de sus aliados más lejanos.



Eyrien, cada vez más cerca del lugar de unión de ambos continentes, llevaba unos días caminando a través de los prados de Karstia cuando de pronto algo en las huellas que seguía la hizo detenerse. Se agachó sobre un charco de barro cada vez más seco, en el que habían quedado grabadas varias pisadas. Hasta ahora sólo había encontrado huellas de gólems, lo que le había hecho adivinar que los maelvanienses iban montados en éstos. Por eso avanzaban tan rápido y todavía no les había dado alcance. Pero ahora veía algo nuevo, algo que sólo sus ojos de elfa podían ver: la sutil y liviana pisada de un elfo. Se inclinó hasta que sus cabellos se esparcieron por el suelo, estudiando aquella marca con el corazón acelerado. No había duda, era la huella de un elfo.

—Soneryn... —murmuró Eyrien.

Y se dirigía hacia Maelvania, con los gólems. No lo entendía.

—No más —dijo con desesperación—. No más secretos ni más enigmas.

Poco a poco el lenguaje de su cuerpo cambió, y la tristeza dio paso a una ira comedida y turbulenta que fue encendiendo sus cabellos y haciéndolos revolotear a su alrededor.

—Juro que no descansaré hasta que encuentre a Soneryn y sea juzgado.

Se irguió y siguió avanzando, con una nueva determinación. Si lo había afirmado tenía que cumplirlo. Para los elfos era tan peligroso hacer promesas como para los vampiros, pues lo que habían afirmado no tenían más remedio que cumplirlo. No dormiría, no comería, no descansaría hasta que hubiera encontrado a Soneryn. Era el deseo de encontrar respuestas lo que la había llevado a hacer esa promesa, pero también el deseo de vengar a Konogan.

Pocas horas más tarde se encontró con los primeros femorianos. Desenvainó la espada feérica, que se activó con un brillo dorado similar al que emanaban sus ojos y sus cabellos.

—Manteneos lejos de mí, o moriréis todos —dijo en voz alta.

Los femorianos, después de vacilar un momento, se apartaron de su camino. Tal era el aura de muerte que emanaba de la Dama de Siarta.



—Vaya —dijo Freyn asombrado—. Parece que han aprendido la lección.

—Esperemos que por mucho tiempo —dijo Fereya—. Los humanos son rápidos para olvidar.

River se giró hacia la elfa y asintió. Fereya se había ilusionado para parecer una Alta humana de cabellos negros y ojos castaños. Sus labios habían abandonado su hermoso color melocotón para estar coloreados con un tono rosado. Seguía siendo demasiado hermosa para ser humana, pero pocos de éstos habían visto un elfo antes para poder compararla. Devolvió su atención a la población, incapaz de creer todo lo que había conseguido su tío en pocos días. La empalizada tenía el doble de altura y el triple de grosor, y estaba coronada de zarzas afiladas. Las grandes puertas, sin embargo, estaban abiertas de par en par. Y por la cantidad de florecillas que crecían alrededor de los batientes, juraría que no se habían cerrado en muchos días. Por lo que podían ver de la ciudad a través de la entrada, las casas estaban cuidadas, y los tejados arreglados. Los animales de granja volvían a estar en sus rediles.

—Entremos a ver cómo marchan las cosas —dijo Fereya, ocultando el timbre reverberante de su voz—. River, apaga tus ojos.

River la obedeció y la siguió hacia las puertas llevando al caballo selbastiano de la brida. La vida parecía haber vuelto a la normalidad en la ciudad, aunque no era exactamente como si no hubiese sucedido nada. El ambiente era diferente, como si flotara una esperanza nueva en el aire. La gente con la que se cruzaban parecía más feliz aunque se ocupara de las mismas tareas arduas de antes. Labraban los campos o alimentaban a las pjaras con un ánimo más positivo. River se extrañó pero Fereya, a su lado, sonreía.

—Es como volver al pasado —dijo risueña.

River la creyó. Estaba seguro de que la elfa veía en aquella imagen lugareña, casi idílica, los tiempos en que los humanos, recién llegados del Sur, todavía respetaban y amaban la tierra que el mundo feérico les había prestado. Aunque no lo hubiese vivido, pues tenía poco más de 300 años, Fereya atesoraba aquellos recuerdos que formaban parte de su pueblo como si fuesen suyos.

—¡River! —exclamó alguien, y River se giró para ver cómo el esposo de su tía Liana entraba en la ciudad montado a caballo y acompañado de otros tres hombres. Parecía contento—. ¡River, qué bien verte de nuevo! Venimos de patrullar por los alrededores.

River esperó a que desmontara a su lado y le estrechó la mano. Su tío tenía una constitución recia, con miembros fuertes y la espesa barba propia de los fernostianos. Era totalmente diferente de los Altos humanos pero era un hombre bueno, capaz de mostrarse tan severo como cordial se mostraba habitualmente, y River podía entender por qué su tía había llegado a quererlo. Le presentó a Freyn y a Fereya, diciéndole en voz baja quiénes eran. Su tío asintió en silencio, dispuesto a guardar el secreto.

—Parece que todo va bien por aquí —dijo Freyn.

—Los primeros días fueron tensos. No fue fácil superar el miedo y los celos. Pero River tenía razón, Amazonia no volvió a molestarnos. Ordené dejar las puertas de la ciudad tiradas en el suelo tal como estaban para demostrar al bosque que confiábamos en él y que no teníamos nada que esconder. Quemamos las pieles de los animales feéricos que todavía quedaban en la ciudad y liberamos a los animales silvestres. No volvimos a talar los árboles alrededor de la empalizada. Y no cazamos, nos limitamos a vivir de nuestros animales de granja. Si tengo que decirlo la verdad, parece que el bosque nos protege. Ahora incluso dejamos las puertas nuevas abiertas por la noche, sabiendo que nada va a atacarnos y que incluso nos protegen. A veces al amanecer encontramos el cadáver de algún chupasangre, o frutos silvestres maduros o leña para los fuegos junto a la empalizada.

—Amazonia os ha perdonado —dijo Fereya—. Y será generosa mientras vosotros sigáis respetándola. a los feéricos los humanos les hacéis gracia, les parecéis un soplo de frescura en su vida inmortal. Os cuidarán mientras seáis buenos con ellos, así era en la antigüedad.

—Se seguirá respetando al bosque mientras yo viva, mi dama —dijo el hombre llevándose un puño al corazón.

—En ese caso me iré tranquila —dijo Fereya con afabilidad—. Aquí al menos ya ha acabado la guerra, y no volverá si no descuidamos las fronteras. Pero nosotros debemos volver a Arsilon.

Rvier titubeó.

—No podemos esperar a Eyrien —dijo la elfa—. Es mi mejor amiga y una hermana para mí, y es lo que Asier más quiere. Pero no podemos demorarnos cuando toda la Alianza corre peligro.

—Siempre se las ha arreglado bien sola —dijo Freyn—. Irá a Arsilon por sus propios medios.

River asintió. Le había prometido a Eyrien que no daría la espalda a la lucha por la libertad por ella, y sabía que debía cumplir su promesa. Pero le iba a costar mucho. La vida iba a ser un tormento hasta que la viera sana y salva en el castillo de Arsilon de nuevo. A ella y a Killian, que se enfrentaba a su primera batalla como caudillo. River estaba seguro de que el príncipe no estaba pensando en ello, pero ésa iba a ser la primera cruzada que él mismo había emprendido. Tendría

que demostrar que sería un gran líder. River estaba seguro de que iba a conseguirlo.



River tenía razón, Killian ni siquiera estaba pensando en el hecho de que muchos hombres esperaban sus órdenes, siguiéndolo con respeto y lealtad, mientras él permanecía allí mirando hacia abajo. Habían pasado diez días desde que dejaran el campamento cercano a las Fortalezas, y habían avanzado sin descanso a través de los bosques de Amazonia hasta Selbast. No habían encontrado enemigos por el camino, salvo algunas Flores del Sueño que habían destruido. Killian creía que la presencia de Asier ahuyentaba a cualquier depredador que quizás de otro modo los hubiese atacado. Y ahora, mientras mediaba la mañana de aquel día de mitad de marzo si Killian no calculaba mal, se sentía extraño ante las muchas cosas que habían sucedido desde que visitaran por primera vez aquella ciudad. Selbast, la más recelosa de las Ciudades Neutrales, no parecía diferente desde la última vez que la observara desde lo alto de aquella colina. Sólo estaba más nublado. Pero él tenía que encontrar la manera de asaltarla sin que sufriera ninguno de sus ciudadanos.

Se volvió hacia Asier, que estaba a su lado. A saber qué pasaba por la mente de aquel ser inmortal que siempre había vivido en los hermosos y mágicos parajes de Nórdica. Cuando estaba a punto de preguntarle qué iban a hacer, el heredero de Siarta negó con la cabeza.

—Estoy aquí para ayudarte, no para guiarte —le dijo mentalmente el elfo, sonriendo—. Selbast será algún día tu responsabilidad, Killian. Tu territorio, si Maelvania no os vence. Ésta es una lucha de humanos, y un humano será el que la dirima. Sé demasiado poco de los mortales como para comprender del todo su naturaleza, quizás yo mismo aprenda algo de ti. Considérame un guerrero más con el que tienes la suerte de contar, porque no voy a actuar como tu caudillo.

Killian se quedó boquiabierto. Por mucho que Asier nunca hubiera tratado con humanos antes, pertenecía a la raza más poderosa de los elfos, y se sabía que su sabiduría no tenía límites. Pero no perdió el tiempo tratando de discutir con el elfo, y asintió con la cabeza. Debía aprender a manejar sus responsabilidades, y Selbast era una de ellas desde que se había decidido a ayudar a Aston. Tenía que demostrar que merecía la lealtad que éste le había profesado.

—Pero podré pedirte consejo, ¿verdad? —le susurró Asier.

—Tantos como gustes.

Killian asintió, sin apartar la mirada de las puertas abiertas de la ciudad por las que entraban y salían los aldeanos.

—Aston —llamó al capitán—. ¿Sabes dónde está esa poterna de la muralla por la que Eyrien escapó dos veces de la ciudad?

—Sí, señor —dijo el selbastiano—. Desde hace tiempo sé que existe ese agujero en la muralla. Pensé hacer una redada y clausurarlo, pero luego me enteré de que a veces también lo usaban los Aliados. Así que oculté su existencia a los maelvanienses y... lo dejé donde estaba.

—De aquí en adelante espero que no eludas tus deberes, pero me alegro de que lo hicieras esa vez —bromeó Killian—. Lance, tendré que pedirte que seas tú el que entres para alertar a los

ciudadanos de nuestra llegada. Eres el único al que no reconocerán.

El Mago de las Minas se adelantó con la mano en el pomo de su daga.

—Para mí será un honor llevarle a los selbastianos la noticia de que estamos aquí para ayudarlos —dijo apartándose del rostro los cabellos de aquel extraño color casi plateado—. Lo que no sabré es cómo hacer que me crean, soy un Mago y desconocido por añadidura. Con el perdón de nuestros camaradas, los selbastianos no se caracterizan por su fe y su confianza precisamente.

El capitán Aston saludó con la cabeza demostrando que no estaba ofendido por tal obviedad.

—El problema no será ése —dijo Asier alejándose un poco.

Mientras los demás lo miraban boquiabiertos y algo incómodos, como siempre que los feéricos demostraban el poder que tenían sobre todas las cosas, el elfo se acercó a un sauce cercano y extendió la mano. El árbol acercó una rama a sus dedos y desprendió una hoja. Asier volvió junto a ellos, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Se puso en la palma de una mano la hoja y la cubrió con la otra. Sus ojos empezaron a dorarse, mientras los demás se separaban, y de repente hubo un fogonazo de energía que encendió de amarillo los cabellos del feérico. Cuando la vista de los mortales volvió a adecuarse a la luz natural, vieron que Asier separaba las manos y levantaba la hoja. Ésta había dejado de ser verde para brillar dorada como una luciérnaga vegetal. Se la tendió a Lance, que la observó maravillado.

—¿Habéis introducido la luz de las estrellas en su interior? —preguntó el Mago, demasiado fascinado como para darse cuenta de que le había hecho una pregunta directa a un elfo.

—Eso he hecho, pero no voy a decirte cómo —dijo Asier con suavidad—. Escóndela bien y cuando entres en la ciudad, busca a un Alto humano llamado Kelton. Explícale quiénes somos y muéstrasela. Él confiará en ti, y hará lo que le digas.

—¿Hay muchos Magos aliados en la ciudad? —preguntó Killian.

—Hay algunos Magos que simpatizan con la Alianza —dijo el capitán Aston apartando la vista de aquel portento de la magia que Lance guardaba entre sus ropas—. Pero no guerreros hechiceros. A los pocos que había en nuestro ejército los Nigromantes los encerraron. El resto son Magos con conocimientos básicos. Kelton sí es un guerrero, y creo que no es el único de la ciudad.

—Kelton y los demás Magos serán de ayuda —dijo Killian—. A los demás ciudadanos hay que convencerlos de que pase lo que pase, no salgan de sus casas. No quiero heridos. Y averigua si hay Rastreadores de Feéricos en la ciudad. Si todo va bien, antes del amanecer Asier entrará con algunos hombres y nos abrirán las puertas a los demás. Entonces, que se cuiden los maelvanienses.

Lance asintió mientras los soldados selbastianos repicaban las armas contra los escudos sucios y mellados, algunos con las garras de los chupasangres todavía marcadas. Diez minutos más tarde el Mago, guiado por dos selbastianos, se disponía a dar un rodeo para llegar a la zona apropiada de la muralla sin ser visto. A Killian, nuevamente, no le quedaba otra opción que esperar con el corazón en un puño en la cima de aquella colina.

—¿Es un buen plan? —le susurró a Asier, que seguía a su lado mientras los selbastianos afilaban sus armas y remendaban sus protecciones, deseosos de volver a su ciudad.

—Es el plan de un buen caudillo —le respondió Asier—. Creo que irá bien, y creo que tú serás

un gran rey. Quizás de más súbditos de los que esperabas.

Killian asintió, sin entenderlo del todo. No pudo evitar tener un pensamiento para River y Eyrien, sin saber que ya no estaban juntos y que la elfa estaba enfrentándose sola a la mayor de sus empresas. Y para Alana, que ya en Refugio Amazona estaría tratando de convencer a la reina Calista de que se aliara con Arsilon. Tuvo que reconocer que deseaba volver a verla con todas sus fuerzas.

Miró a Asier. Se preguntó cómo podía el elfo preocuparse por los humanos, que tantos problemas les daban, sabiendo que tanto su hermana como su amada estaban lejos de él sin que pudiera protegerlas. Pero el bello rostro del feérico no revelaba nada. Killian tomó ejemplo de él. Trató de olvidarlo todo excepto la ciudad que se erigía a sus pies.



Eyrien, casi a la misma latitud que ellos pero en el extremo oeste del mundo, separada de su hermano por toda la bahía de Hidria, también trataba de no pensar en nada. Debía concentrarse en seguir caminando, pues el Perigeo había pasado y aquel poder intenso que la había ayudado a continuar adelante la estaba abandonando. Volvía a sentir el dolor sordo de su pierna y su brazo fracturados, y los días de marchar sin descanso hacían mella en su cuerpo. Pero no en su ánimo. No hasta que hubiera alcanzado a su presa, y estaba segura de que muy pronto lo conseguiría. Levantó el rostro al cielo y dejó que la lluvia que volvía a arreciar la refrescara y aliviara su sed. El vestido largo y ajustado se pegó a su cuerpo, y sus cabellos gotearon.

Miró hacia el suelo mientras seguía avanzando por aquellas llanuras extensas del extremo sur de Karstia, el fin occidental del mundo. Estaba inmersa en el Estrecho del Abismo, demasiado cerca ya de los dominios del enemigo. De vez en cuando se había encontrado con algunos femorianos, pero los gigantes no habían tenido valor para atacarla. Pero si mostraba debilidad, caerían sobre ella y la matarían. Eyrien lo sabía muy bien.

Sonrió cuando aquel suelo duro y casi yermo empezó a revelarles, no muchas millas más tarde, las huellas claras de los enemigos a los que perseguía. Las pisadas profundas de los gólems quedaban marcadas en el barro que empezaba a formarse en el suelo. Se detuvo y se inclinó sobre el suelo cuando descubrió lo que buscaba. Allí, entre los grandes surcos de los pies de barro de los gólems, descubrió unas pisadas sutiles que hasta aquel momento habían permanecido ocultas. Las huellas de un elfo otra vez. Eyrien pasó la mano por encima, antes de ponerse en pie de nuevo. Miró al frente, entrecerrando los ojos. Su presa tan sólo le llevaba unas horas de ventaja. Si dependía de ella, el siguiente sería el último amanecer que Soneryn vería como un elfo libre.

Siguió avanzando, olvidando el cansancio y el dolor mientras la furia avivaba su ánimo. Cuando llegó la noche seguía caminando y sus ojos dorados, colmados de energía, iluminaban el sendero ante ella. Cuando se acercó el amanecer apareció ante ella, a lo lejos, el ejército del enemigo. Entre la cortina de agua que caía del cielo todavía oscuro vislumbró a los gólems, un centenar al menos, que avanzaban a buen paso con el rígido movimiento de sus cuerpos pesados. Alrededor de dos docenas cargaban a sus espaldas a los Nigromantes; la mayoría aprendices por el

gris de sus túnicas. A Soneryn no lo vio, pues los últimos restos de la noche todavía los amparaban a ambos. Pero Eyrien sabía que estaba allí, entre sus enemigos.

Desenvainó su espada y echó a correr decidida a vencer o a morir en el intento. Eran muchos enemigos para una sola elfa herida, pero a ella la movía el deseo de venganza. Y si en algo tenían razón los Altos humanos era en eso: no había enemigo peor que un elfo furioso con un objetivo. Dejando cualquier otro pensamiento de lado, concentrándose sólo en sus oponentes y en la forma de vencerlos pese a su desventaja, corrió hasta que alcanzó a los últimos gólems de la retaguardia. Aprovechándose del factor sorpresa, se ensombreció y saltó sobre el que tenía más cerca, golpeando la palabra Vodun de su frente con el pomo de su espada todavía desactivada.

Antes de que el insensible ser de barro estallara en pedazos bajo la lluvia, ella ya se había dado impulso apoyando el pie sano en el hombro del gólem para saltar sobre el que estaba a su derecha. Diez minutos después y dándose cuenta de que estaban siendo atacados por algo que no podían ver, los seres Vodun empezaron a aminorar el paso divididos entre la orden de regresar a Maelvania y la de detener a cualquier enemigo que los acechara. Sabiendo que pronto la noticia del ataque llegaría a las primeras filas del ejército, y que los Nigromantes y Soneryn sabrían de su presencia, Eyrien siguió saltando de un gólem a otro, ágil y esquiva como se lo permitía su cuerpo herido. Era consciente de que sus posibilidades de éxito residían en destruir ahora a tantos enemigos como pudiera, antes de enfrentarse al verdadero peligro. Y mientras tanto la lluvia seguía cayendo, ahogando junto con las atronadoras pisadas de los gólems su pequeña batalla en los confines del mundo.



Eyrien estaba agotada, pero sabía que su victoria estaba más cerca. Se negó a pensar en el tiempo que llevaba luchando, ni en las heridas que la cubrían, ni en los cuerpos que había dejado atrás, tendidos en el suelo mojado de Karstia. Pero la luz plomiza ya menguaba de nuevo.

—Huid ahora que podéis —repitió mentalmente—. No sois vosotros a quienes busco en este momento, y todavía podéis sobrevivir si os marcháis ahora.

Pero los Nigromantes no le hicieron caso. La mayoría eran aprendices, prescindibles para sus amos, y temían desobedecer las órdenes. Siguieron atacándola, y cayendo muertos a sus pies. Era una matanza; los dos filos de la espada feérica de Eyrien goteaban sangre humana. Su ropa estaba manchada por el polvo de los cascotes en que se convertían los gólems al quebrarse.

—Apartaos, esto es algo entre la elfa y yo —escuchó la lejana voz mental de Soneryn.

—Sabes de sobra que no podemos —dijo con el rostro crispado uno de los pocos Maestros, que había sido obligado a quedarse atrás—. Vete de aquí, elfo.

Sí, se dio cuenta Eyrien; parecía que los Nigromantes de Esigion los conocían bien. Sabían que no podían dejar que venciese a Soneryn, porque quizás entonces él hablaría más de la cuenta. Los Nigromantes no iban a huir, pero Eyrien sabía que Soneryn tampoco iba a hacerlo. Y cuanto antes pudiera dedicar sus menguantes fuerzas contra él, mejor. Se echó hacia atrás los cabellos que se habían desprendido de la cola de caballo, y alzó las manos. Las mangas negras, empapadas de

lluvia, sangre y barro, colgaron pesadas de sus brazos.

—¡Bárrelos! —le ordenó Eyrien al viento en el dialecto de Boreanas a la vez que golpeaba con una de las puntas de su arco la palabra Vodun de la frente del gólem que se le echaba encima.

Los dos Nigromantes que quedaban con vida cerca de ella cayeron desmadejados al suelo, con los huesos quebrados, mientras los trozos del gólem saltaban por los aires. Eyrien se aseguró de que los humanos no sufrían antes de volverse y lanzar un terremoto a los gólems que trataban de reunirse a su espalda. Cayeron rotos al suelo y Eyrien acabó acucillada entre un montón de trozos de barro, tratando de recuperar el aliento. La sangre rojo-dorada fluía por su mejilla, emergiendo de los cortes que tenía en la cara. La pierna y el brazo fracturados le dolían más que nunca, y empezaba a sentir la debilidad resultante de haber pasado días sin comer ni descansar apenas. Pero en aquel momento se sentía eufórica. Vio titubear a los tres Nigromantes que quedaban entre ella y Soneryn.

—Huid —les dijo—. Decidle a Esigion que tengo un mensaje para él, así tendréis una excusa para volver con vida a Maelvania. Decidle que si no se detiene ahora y retira a sus gentes del Norte, acabaremos por no perdonarle.

Los Nigromantes, entre ellos el Maestro, se miraron y echaron a correr hacia el sur. Titubearon cuando se encontraron de frente con Soneryn, pero él también se apartó y los dejó pasar. Quizás alguno de aquellos hombres fríos y despiadaos dedicaría algún pensamiento a la bondad y la compasión que habían mostrado los elfos con ellos, o quizás no. Pero a Eyrien eso no le preocupaba ahora. Ya no la separaba ningún enemigo de Soneryn.

Potenció el escudo a su alrededor cuando sintió que un ataque mágico se le acercaba. Hasta ahora varios conjuros la habían alcanzado de refilón, y tenía heridas y contusiones por todo el cuerpo, pero ninguno había sido de Soneryn. Los elfos no se enfrentaban entre ellos cuando había otros seres de por medio. Pero ahora sólo estaban ellos dos. Eyrien se irguió para encarar al guerrero de los Sabios de Siarta. Soneryn se acercaba a ella con su fina y hermosa espada en la mano. También él vestía todavía de negro, y mostraba aquel tono azul eléctrico en los cabellos que lo caracterizaba pese a que la tarde seguía plomiza y encapotada. Eyrien veía seguridad en la expresión de su rostro.

Ella era más poderosa, pero estaba en desventaja; herida y cansada, había gastado mucha energía mágica. No estaba segura de vencer, pero no iba a rendirse ante aquel que desde que llegara a la madurez había tratado de seducirla, y que ahora quería matarla. No podía dejarse eliminar por ser una traidora a su pueblo, no ahora por mucho que hubiera desobedecido a los Sabios. Por Konogan, por los acólitos, por ella misma y por la Alianza, por los miles de seres inocentes que estaban implicados en una guerra de la que no sabían casi nada. Por todos, necesitaba ganar aquella batalla.

—Sabes por qué estoy aquí —anunció en voz alta.

—Lo sé —dijo Soneryn—. Pero no me arrepiento de mis actos, Eyrien. Sigo pensando que sois tú, y todos aquellos igual de débiles y caprichosos, los que conseguiréis que los elfos nos extingamos.

—Al menos yo no me he unido al enemigo para evitarlo.

—Yo cumplo órdenes, lo mismo que deberías haber hecho tú. Konogan se comportó como un traidor, y merecía morir. Tú también lo mereces.

—Entonces no tenemos nada más que hablar —decidió Eyrien, y levantó la espada.

Soneryn hizo lo mismo y corrieron el uno hacia el otro. El choque de los metales resonó en el campo cubierto de cadáveres humanos y restos de los gólems.



Y mientras Eyrien se enfrentaba a Soneryn en una batalla gloriosa de la que muy pocos sabrían algo alguna vez, la ciudad de Selbast soportaba su propia guerra y un cambio definitivo en su historia. Ya no volvería a ser una Ciudad Neutral nunca más, pero sí sería Aliada o destruida por los Cáusticos todavía no estaba decidido.

Lance había retornado al atardecer con buenas noticias. Había encontrado a Kelton y éste se había puesto a su disposición prestamente después de ver la hoja de luz de Asier. Con la ayuda de algunos amigos fieles, habían hecho correr la noticia del ataque que se produciría al amanecer, y la gente se había encerrado expectante en sus casas. Los miembros de la guardia de la ciudad, sin embargo, se habían negado a quedarse a un lado. Deseaban ayudar a su capitán Aston y al príncipe al que éste seguía. Los Cáusticos, demasiado seguros de su poder sobre los ciudadanos, no se dieron cuenta de que estaba sucediendo algo extraño, de que era raro que todos se hubieran retirado tan temprano.

Ahora, casi al mediodía siguiente, los Aliados de Killian habían tomado la ciudad. Sólo en el palacio del gobernador y algunas de las almenaras, allí donde se habían atrincherado los Nigromantes, la defensa maelvaniense seguía siendo enconada. Eran demasiados Magos Vodun para los escasos Altos humanos de Selbast, de los que además muy pocos eran guerreros. Y los Bajos humanos no podían hacer mucho contra ellos. Killian, al frente del grupo que luchaba con los Nigromantes que ocupaban el palacio, seguía animando a los selbastianos a no rendirse pese a que él mismo estaba exhausto después de horas de lucha.

—¡Mantened los escudos! —le gritó a los Magos que habían acudido con Kelton para protegerlos de los ataques mágicos—. ¡Asier!

El elfo apareció a su lado. Luchaba, pero seguía ilusionado para parecer un Alto humano y estaba tranquilo, lo que significaba que la contienda iba por el buen camino; o eso esperaba Killian. Si Asier demostrase todo su poder podría solucionarles el problema, pero estaba claro que no pensaba hacerlo, y Killian podía entenderlo. Los humanos tenían que aprender a ganar sus batallas solos porque rara sería la vez que tuvieran un elfo a su lado para ayudarlos. Pero eso no quería decir que Asier no estuviera dispuesto a colaborar, y el príncipe le expuso sus temores.

—Estoy preocupado por el gobernador —dijo—. Si creen que vamos a vencerlos, lo matarán si lo tienen prisionero.

—¿Y eso te supone un problema? —le preguntó Asier.

Killian supo que Asier lo estaba analizando; Eyrien también solía hacerlo en los momentos más inoportunos. Se giró hacia él; el elfo no dejaría que los atacaran mientras hablaban.

—Me supone un problema —reconoció Killian—. Eyrien me dijo una vez que había que comprender a los gobernadores de las Ciudades Neutrales porque estaban en una posición difícil. Que los dominaba el miedo. Y yo preferiría darle a este gobernador el beneficio de la duda, y ver cómo actuaría si ya no tuviese tanto que temer. Aston no habla mal de él, sólo cree que es cobarde. Además —dijo alzando la voz para que Asier lo oyera por encima del estruendo de la batalla, olvidando lo fino que era el oído del elfo—, esta gente no confiará en nosotros, creerán que queremos gobernarlos como han hecho los Nigromantes. Prefiero que sigan teniendo un líder al que ya conocen y en el que confían, si es posible. Nos ahorrará problemas en el futuro.

Asier asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho por sus explicaciones.

—Sois complicados los humanos. Pero estoy de acuerdo contigo, buscaré al gobernador.

Antes de que Killian pudiera responderle, Asier se había alejado corriendo a una velocidad sobrehumana y después de lanzar un conjuro a un Nigromante que atacaba desde una ventana de la primera planta, saltó y se coló por ésta con agilidad. Killian oyó un grito agónico a su espalda que lo sacó de su ensimismamiento. Cuando se giró, vio que uno de los Magos que mantenían los escudos había caído con una flecha atravesándole el pecho. No se podían permitir perder a los Magos.

—Protegeos vosotros también —les gritó—. ¡Lance! ¡Protege a los tuyos!

El Mago de las Minas asintió mentalmente en su cabeza, haciéndole dar un respingo. Killian estaba cansado, seguían sin avanzar hacia el palacio y las horas del bloqueo empezaban a mermar los ánimos. Los Nigromantes atrincherados estaban dispuestos a dejarse la piel en su intento de permanecer vivos. No les permitían acercarse. Pero Killian sabía por River que los Magos eran vulnerables a esa lucha cuerpo a cuerpo, y los Nigromantes tenían que serlo también. Incluso más, porque eran muy arrogantes y dudaba que utilizaran demasiado las armas, confiando tanto en su magia. O eso esperaba, porque había decidido que ya era hora de tomar decisiones drásticas.

—¡Kelton! —gritó—. ¡Que los demás se ocupen de los otros escudos; protégeme!

Killian corrió hacia las escaleras del palacio mientras el Mago entrado en años lo miraba espantado y se apresuraba a concentrarse en él. Killian sintió que los conjuros empezaban a golpearlo, y que algunos conseguían rozarlo pese a los escudos que varios Magos, al ver lo que hacía, habían fortalecido en torno a él. Cuando alcanzó el primer escalón del palacio, alzó la espada de Konogan y se sintió orgulloso al ver que centelleaba en sus manos con un brillo plateado. Y vio el miedo de los Nigromantes, que no esperaban que llegara tan cerca de ellos. Antes de darles tiempo a reaccionar, Killian giró sobre sí mismo y lanzó una estocada al pecho de uno de los Magos Vodun, que cayó al suelo sangrando con profusión. Se tambaleó y resbaló sobre el suelo ensangrentado al recibir una nueva descarga de conjuros sobre los escudos, pero se mantuvo en pie y se agachó para esquivar el filo de una daga mal esgrimida. Estaba claro que los Nigromantes eran malos guerreros sin su magia. Clavó la espada en la garganta de otro enemigo. Al ver a los siete restantes flaquear, supo que ése era su momento. Se irguió, tratando de parecer impotente y seguro, y alzó la voz poniendo la punta de la espada en el suelo.

—Rendíos ahora, y conservaréis la vida —dijo, ocultando el hecho de que le dolía todo el cuerpo por culpa de los conjuros que le habían lanzado y que los escudos apenas habían podido

bloquear—. Os juro por mi honor que si os rendís, viviréis. Si no lo hacéis, no veréis un nuevo día. Y lo sabéis.

Los Nigromantes le miraron largos segundos, pero ni siquiera se consultaron entre ellos. Relajaron las posturas aunque sus miradas seguían siendo frías, insensibles.

—Me rindo —escupió uno de ojos azules y duros como el hielo—. Pero cumple tu palabra. Que todas las desgracias caigan sobre ti y ni siquiera conserves tu honor si mientes.

Los demás hicieron lo mismo, rindiéndose con palabras de chantaje y amenaza. Pero a Killian ya le servía. 'Gracias, Eyrien', pensó con vehemencia recordando que había sido ella quien le había explicado la naturaleza egoísta y egocéntrica de los Nigromantes. Antes que morir luchando, preferían rendirse y sobrevivir. Secándose el sudor y la sangre de la cara con la manga sucia, ordenó a uno de ellos que le dijera mentalmente al resto de los Cáusticos de la ciudad que se rindieran, a cambio de conservar la vida.

Y mientras el mensaje telepático era difundido a través de la ciudad, los vítores y los gritos de alegría empezaron a crecer desde los rincones más lejanos hasta el patio mismo de la plaza del palacio, donde el capitán Aston y sus hombres ensalzaban al que llaman su príncipe. Sin ser capaz todavía de relajarse, Killian ordenó que amordazaran a los maelvanienses y los inmovilizaran, pero sin hacerles ningún daño, y designó a diez heraldos que debían proclamar la victoria por las calles de la ciudad y convocar a los ciudadanos en la plaza en una hora. Sólo entonces, mientras Aston se acercaba a él y le ofrecía un odre de agua, se sentó en el escalón a descansar, apartándose un poco de los charcos de sangre.

—Os habéis arriesgado a morir, señor —le dijo Aston muy serio, con los cabellos oscuros tiznados de polvo y sangre seca.

—Lo sé —suspiró Killian—. Pero no estábamos avanzando nada.

—La próxima vez os ruego que me dejéis hacerlo a mí —dijo el selbastiano, y antes de que Killian pudiera protestar añadió—: Vos sois necesario para la Alianza, yo no.

—Eres necesario para mí —dijo Killian, aunque sabía que tenía razón—. Siéntate y descansa, enfrentarnos a tus conciudadanos no va a ser más fácil que pelear con los Nigromantes.

No se equivocaba. Cuando una hora después una gran multitud se apretaba en la plaza, no tardaron en alzarse quejas recelosas contra los elfos y Arsilon. Killian trataba de aplacarlos, pero las gentes de a pie no atendían a razones lógicas ni palabras de paz. No podía reprochárselo, Selbast siempre había sido una ciudad suspicaz. Y ahora que sus ciudadanos veían un nuevo futuro, querían vivir en paz.

—Gentes de Selbast —repitió Killian levantando las manos para acallar a la multitud—. Conocéis poco a la Alianza si creéis que deseamos ser vuestros tiranos como antes lo han sido los maelvanienses. No queremos nada de vosotros, salvo que no volváis a permitir que los agentes Cáusticos se adueñen de vuestra ciudad. A cambio, tan sólo os devolveremos protección y ayuda cuando os sea necesaria. Soy príncipe de Arsilon, pero no deseo gobernaros. Ni os empujaré a la guerra, si no deseáis luchar. Tan sólo quiero que viváis en paz, y que el resto del Continente no tenga que temer a los moradores de Selbast nunca más.

Se alzó un zumbido de murmullos sorprendidos mientras la gente miraba por detrás de él.

Killian se giró, y vio aparecer por las puertas del palacio a Asier, todavía con aspecto humano, acompañado de un hombre moreno entrado en carnes que no podía ser otro que el gobernador de Selbast. Tenía un cardenal en el cuello y le sangraba un corte en la frente, pero parecía lúcido. La gente lo aplaudió, contenta de ver una cara conocida, pero guardó silencio en cuanto el hombre se lo exigió alzando las manos.

—Dad gracias, selbastianos —dijo—. Hemos estado bajo el yugo del mal creyéndonos libres sin serlo durante demasiado tiempo. Ahora se nos ofrece la libertad, y la amistad con la Alianza. Y no la vamos a rechazar. Hemos desconfiado de los vecinos equivocados. Ha llegado el momento de aprender a confiar de nuevo, incluso en los elfos. Os puedo asegurar que son amigos nuestros, aunque no lo merezcamos. —Miró de reojo a Asier, que seguía ilusionado y se había apartado a un lado—. Yo no dudaré de los elfos nunca más, ni de ningún feérico. Ni daré la espalda al príncipe de Arsilon, que aun con las preocupaciones de la propia Alianza ha venido hasta aquí a ayudarnos. Nathaniel el Ideólogo, nuestro más fiel consejero, dio su vida para tratar de recuperar nuestra libertad. No vamos a pagárselo dando la espalda a todo lo que hizo por nosotros. Él encomendó a su hija a este hombre aquí presente, y a una elfa nada menos, y yo le encomiendo también nuestra seguridad.

Para estupefacción de los selbastianos y del propio Killian, el gobernador se arrodilló ante él y le ofreció su espada. Killian la tomó, pero se la devolvió por el pomo indicándole que se levantara.

—No acepto el vasallaje de Selbast —dijo alzando la voz para que le oyeran todos los congregados, hastiado ya de repetir lo mismo una y otra vez—. Acepto su amistad, nada más. Y agradeced el arrojó de vuestros soldados, empezando por el capitán Aston, pues ellos son los que os han salvado y os han devuelto la libertad aun a costa del exilio y de sus propias vidas. No quiero nada más de vosotros que eso. Pero no volváis a aliaros con el enemigo, nunca más. Y ahora festejad vuestra libertad sin preocuparos por nada más.

Mientras el gobernador iniciaba una salva por el capitán Aston, por el príncipe de Arsilon, y por los caídos, Killian volvió junto a Asier. El elfo lo observaba todo con una curiosidad que rayaba lo infantil. Pero Killian no se engañaba, no le hizo falta más que un vistazo al interior del palacio para ver unos cuantos cadáveres. Y el Elfo de la Noche ni siquiera se había despeinado.

—Has sido muy generoso, príncipe de Arsilon —dijo Asier—. A estas gentes todavía les va a costar muchos días creer que no vas a pedirles nada a cambio de haberlos liberado.

—He actuado como me ha parecido correcto. Pero no te creas que no lo he pensado —dijo Killian sonriendo, cansado—. Aquí hay buenos guerreros, con algunos más como éstos y unos cuantos elfos, seríamos suficientes para enfrentarnos a la misma Maelvania.

—Enfrentarse a Maelvania es algo que ningún humano se ha atrevido a hacer jamás. Sería osado —meditó el elfo y tras una pausa añadió—: Nuestra misión ahora no es reunir un ejército y no podremos demorarnos mucho. Debemos volver a Arsilon.

Killian asintió.

—Y Killian —dijo Asier antes de girarse—. Quizás te convendría llevarte a algunos prisioneros a Arsilon, para escuchar lo que tengan que decirnos sobre su vida en Maelvania. También harías bien en enviar algún mensaje, preferentemente mediante telépatas ahora que están

destruyendo las Flores del Sueño en las zonas cercanas a los territorios de la Alianza, a otras ciudades neutrales para que expliquen a la lumbre de los fuegos lo que ha sucedido aquí. Piénsalo. Quizás no esté tan lejos el día en que te enfrentes a Maelvania. Y no deseas obligar a los selbastianos a seguirte a la guerra, pero aquellos que se decidan a seguirte ahora, y los hay que lo harán, serán corazones leales que jamás te fallarán. Estás cambiando el mundo, Killian de Arsilon.

Killian estaba demasiado cansado y satisfecho en ese momento para meditar sobre su papel en el destino del mundo, pero iba a seguir prestamente sus consejos. Habría que ser un necio para no seguir las directrices que le daba un elfo siartano. Así que dejaría el descanso para más tarde; reunió a Aston y a Lance. Debían decidir a quién enviarían a Gevinen y Hermas, y a quién dejarían en Selbast para asegurarse de que ésta seguía siendo libre y mansa de una vez por todas.



La noche caía cuando Eyrien le lanzó una nueva estocada a Soneryn. No había ni un alma en aquellos parajes, incluso los animales habían huido asustados. El poder que emanaba de ambos era abrumador, incontenible. Pero Eyrien estaba exhausta y era apenas consciente de que tanto sus ojos como sus cabellos brillaban, con un fuerte fulgor dorado que destacaba contra la palidez manchada de sangre de su piel y el vestido negro cubierto de sangre y polvo. Soneryn, ante ella, no estaba mucho mejor. Eyrien le lanzó un conjuro demoledor que Soneryn rechazó apenas, trastabillando. El guerrero le lanzó una daga energética que, a pesar del escudo, le hizo un nuevo corte en la mejilla. La sangre le salpicó en los ojos y en una fracción de segundo, Soneryn estaba a su lado con la daga larga en alto. Eyrien sabía que lo tenía demasiado cerca, y estaba muy débil. Arriesgándose a ganarlo o perderlo todo, dejó que le hiriera el brazo. Apretó los labios al sentir el lacerante dolor de la hoja de la daga resbalar sobre su piel, pero no permitió que su mente se nublara. Aprovechó que Soneryn desviaba los ojos para analizar la gravedad de la herida para lanzarle una patada a la costilla que le había roto en un ataque anterior.

—¡Congélalo! —le ordenó a la humedad del aire cuando Soneryn se dobló sobre sí mismo.

La piel del guerrero quedó cubierta de una fina capa de hielo que debía estar atromentándolo. Allí donde tenía heridas, la sangre rojo-dorada se secó cristalizada. Lo vio resollar y caer de rodillas, abrasado por el frío que envolvía su cuerpo cálido. Eyrien se apoyó en su espada para permanecer en pie, mirando desde arriba a su contrincante. Tenía que parecer fuerte.

—Te he vencido, Soneryn —dijo manteniendo el conjuro sobre él.

Pasaron largos segundos en los que Soneryn intentó ponerse en pie, luchando contra su hechizo. Finalmente dejó de intentarlo.

—Siempre se te ha dado muy bien la magia fría —dijo Soneryn con la voz entrecortada, dejando caer su espada—. Me has vencido.

Eyrien se sintió satisfecha ante la rendición de Soneryn, pero se negó a dejar que el alivio la hiciera caer también a ella de rodillas, vencida por el cansancio.

—Mátame —dijo Soneryn premaneciendo en el suelo mientras alzaba la mirada azul oscurecida—, porque sigo sin estar arrepentido de mis actos.

—Entonces serás juzgado. Los elfos no nos matamos sin más entre nosotros desde que acabaron las Guerras de Sangre —frunció los labios, reteniendo la ira—, o no lo hacíamos hasta que tú asesinaste a Konogan.

—No soy yo el que está equivocado y abocando a nuestra raza a su perdición, mi Dama —respondió Soneryn.

Eyrien lo vio sacar una daga de la bota. No podía detenerlo si prefería morir a ser juzgado.

—Sabes que me he ganado tus respuestas —le recordó.

Apretó los labios con tanta pena como ira cuando lo vio abrirse las muñecas, de las que empezó a emerger la sangre con la que se le escapaba la vida.

—No te explicaré nada —dijo Soneryn—. Pero contestaré las preguntas que me hagas mientras me quede aliento.

—¿Mataron los Sabios a sus acólitos? —preguntó Eyrien con rapidez.

—Sí, los acólitos les traicionaron. Hicieron algo imperdonable, innatural.

Eyrien pensó con rapidez.

—¿Fueron los acólitos lo que experimentaron con River? —aventuró, recordando las palabras que Konogan había querido transmitirle: 'los acólitos actuaron con voluntad de hacer un bien'.

—Sí, pero no sé por qué —reconoció Soneryn, que estaba perdiendo el brillo de su piel.

—¿Fueron los maelvanienses los que atacaron a los niños humanos de los Centros Umbanda?

El rostro de Soneryn se sumió en una tristeza que nada tenía que ver con su propia muerte.

—Sí, fueron ellos los que ordenaron el ataque —dijo—. No lo supimos hasta que hubo sucedido. Y el segundo Centro lo destruyeron después de lo que hicieron los acólitos con River. No pudimos hacer nada para evitarlo.

—¿Pero cómo lo hicieron? —dijo Eyrien—. No había huellas, ni rastros.

—¿Qué enemigo es aquel al que no podemos sentir de ninguna forma, Eyrien?

Tras sus últimas vivencias, a Eyrien no le costó adivinar la respuesta.

—¿Íncubos? —dijo horrorizada.

Soneryn asintió, mientras respiraba cada vez con más dificultad. Eyrien se preguntó si habría sido Ashzar. Ningún vampiro en su sano juicio destruiría su futura fuente de alimento. Pero no podía pensar en ello ahora, Soneryn se moría y todavía tenía dudas que resolver.

—¿Por qué están los Sabios con Esigion de Maelvania? —dijo en un susurro, pues era la pregunta de la que más temía la respuesta.

—No lo sé —dijo Soneryn con voz débil—. Quieren que muera, como todos, pero no pueden matarlo. Sólo sé que creen que cuanto más cerca estén de él antes morirá.

Todo aquello no le aclaraba nada, e incluso veía en los ojos de Soneryn que éste compadecía su desconcierto.

—¿Quién es Esigion de Maelvania? —preguntó Eyrien desesperada.

—No lo sé, nunca lo he visto sin... sin su capucha. La única además de los Sabios que lo ha visto... fuiste tú.

La luz se apagaba en los ojos de Soneryn. Y aunque la ira la consumía, Eyrien sintió una honda tristeza. Se arrodilló a su lado y le puso una mano en la frente cuando Soneryn perdió las fuerzas y

quedó estirado sobre el suelo manchado de la sangre de ambos.

—Tú al menos me tienes a tu lado ahora, al final de tu existencia —dijo Eyrien—. Konogan no tuvo ni siquiera eso.

Soneryn le apretó la mano que ella había puesto sobre su frente.

—Pobre Eyrien —dijo Soneryn—. Deberías haberme hecho caso, y quedarte en Arsilon. Mereces vencer en algo, cuando estás perdiendo tantas cosas. Busca a los elfos perdidos, Eyrien. Konogan me dijo que ellos tienen todas las respuestas, y le debo al menos eso. Pero me alegro de no vivir para ver nuestra raza destruida. Te quiero, y espero sinceramente que tú tampoco tengas que verlo.

—¿Quiénes son los elfos perdidos? —preguntó desesperada.

—No... lo sé.

Y con eso murió. La magia de su cuerpo emergió en una nube dorada que se disipó cuando la vida lo abandonó. Eyrien se quedó mirándolo, velando su cuerpo mientras la noche se extendía a su alrededor. Estaba demasiado triste, demasiado cansada para moverse. Pasaron las horas mientras Eyrien seguía arrodillada en el lugar donde lo único que quedaba de Soneryn eran sus armas, y la revitalización de la tierra que había recibido su cuerpo. Pero sabía que no podía quedarse allí, no podía permitirse que el enemigo diera con ella.

Dejó para más tarde las dudas que confundían su mente, y haciendo un esfuerzo se levantó. Cogió las armas de Soneryn y empezó a caminar hacia el norte, con cautela, pues debía eludir a los femorianos para salir del Estrecho. Pero al amanecer, cuando las estrellas dejaron de alimentarla, la dobló el cansancio. La pierna le dolía tanto que apenas podía caminar, y el brazo derecho le pesaba. Sabía que había perdido mucha sangre, y mucha magia. Las heridas le dolían y no tenía savia curativa para tratarlas. Quizás Soneryn viera cumplido su deseo y ella no sobreviviera para ver el fin de la guerra, fuera cual fuera.

La figura de un jinete a lo lejos la hizo detenerse. Con la visión borrosa, Eyrien distinguió unos cabellos oscuros y unos ojos claros. Y no vestía la túnica de los Nigromantes. Fuese quien fuese, Eyrien no podía huir tal como estaba. Si era un enemigo, quizás podría luchar. Se trataba de una mujer, si no se equivocaba. Esperaba que fuera una Alta humana cualquiera. Se detuvo, esperando a que se acercara. Pero destilaba poder. El caballo parecía élfico, aunque eso no la tranquilizó. Porque la mujer que lo montaba no parecía una feérica. De hecho, de ella no emanaba nada.

—No —susurró Eyrien.

Cayó de rodillas, sabiéndose perdida. No tenía fuerzas para huir. Sólo pudo quedarse mirando a la súcubo que se le acercaba. El miedo la dominó y no consiguió mantener la consciencia. Lo último que vio fue que la hermosa súcubo se apeaba del caballo con una sonrisa que le dedicaba sólo a ella.



Mientras tanto, en las tranquilas tierras de Centria, la primavera empezaba a llegar con timidez a

los campos. Las fragancias del bosque, de la tierra e incluso del aire, parecían haber revivido tras el largo invierno. El mundo, como el día, empezaba a despertar. Y allí, en aquella granja apartada y solitaria, la guerra parecía muy lejana. Por eso cuando alguien llamó quedamente a la puerta de la granja, Tristan se sorprendió un poco.

No podía ser Shane, que volvía a estar en Udrian porque deseaba ayudar a calmar a los niños después de la noticia de lo que había sucedido en el Centro Umbanda de Quersia. Tampoco podían ser los vecinos de las granjas relativamente cercanas, ya que la mayoría habían huido a alguna de las grandes ciudades, asustados por los ataques cada vez más frecuentes de los trasgos y los kapres. Él era de los pocos que no se había marchado, pues siendo un Mago guerrero no temía a los enemigos. Además, alguien debía cuidar de las granjas para evitar que la amenaza de la guerra les arruinase la vida a todos.

—Ya voy —dijo en voz alta, limpiándose las manos y saliendo del pequeño invernadero donde cultivaba las plantas con poder mágico.

Quizás fuese River, que volvía a visitarlo. Tristan sonrió para sus adentros. Esperaba que esta vez no le trajera a una poderosa elfa moribunda en brazos, aunque reconocía que no le importaría ver a la hermosa Dama de Siarta otra vez.

Tras coger un cuchillo largo de la cocina y concentrándose en algún conjuro que pudiera detener al visitante si no era bienvenido, se acercó a la entrada principal de la granja. Frunció el ceño cuando le llegó un vago aroma a quemado, mezclado con una fragancia dulzona. Preocupado, abrió la puerta. Se quedó paralizado viendo la muerte frente a él.

En el porche de su casa había un hombre alto, de cabellos ondulados y negros como el carbón, piel pálida y cuerpo esbelto. Pero lo que más le fasciaban eran sus ojos, grises, profundos y dotados sin duda de un gran poder mágico. El vampiro sonreía, pero Tristan sabía que aquélla era la misma sonrisa que un gato le podía dedicar a un ratón. Se le pasó por la mente la idea de atacar, pero un movimiento del brazo del vampiro lo distrajo. Estaba señalando sus campos delanteros, repletos de las Flores del Edén cuya misión era ahuyentar a los vampiros. Ahora estaban en llamas, convirtiéndose en ceniza.

—Bonito jardín —dijo el vampiro, sonriendo todavía más—. Inútil también, por qué no decirlo.

Sí, Tristan se daba cuenta de ello. Sin poder salir de su parálisis, vio que el vampiro lo miraba de nuevo y se ponía serio. Ahora sí daba miedo.

—He venido porque una paciente tuya precisa de tus cuidados de nuevo. Y los necesita ya. Tristan reaccionó como si le hubieran dado un puñetazo, perdiendo parte del miedo.

—Tú eres Ashzar, tú atacaste a la Dama de Siarta.

—Sí, fui yo. Pero esta vez no ha sido mi culpa; Eyrien sabe perfectamente meterse sola en problemas. En los últimos tiempos el hecho de sobrevivir no ha estado entre sus prioridades. Y ahora mismo necesita ayuda, así que vendrás conmigo a Selbast.

Tristan no supo cómo reaccionar. La sorpresa, el miedo y la ira no le permitían desasirse de la puerta; había prevenido de mil maneras un ataque de vampiro, y ahora había uno allí, exigiéndole que hiciera su trabajo.

—No tengas miedo —le dijo Ashzar oliéndose seguramente su angustia—. No voy a hacerte nada; si te llevara obligado conmigo, no harías bien tus deberes. Y soy un ser agradecido, por mucho que puedas creer que los vampiros somos seres irracionales. Si cuidas de la elfa, te aseguro que no sufrirás ningún daño. —Su mirada brilló con picardía—. Y jamás tendrás que temer porque alguno de los míos ataque a tu querida esposa.

—Mi esposa está a salvo en Udrian —dijo Tristan, con un escalofrío de pánico.

Ashzar se rió, con una hermosa risa que flotó en el aire cargado de humo.

—Qué ignorantes sois los humanos. Tu esposa, Shane —dijo el vampiro sonriendo todavía—, está inmersa en los bosques fronterizos de Nórdia y Dreisar. Está cuidando de los niños de Udrian que han sobrevivido al segundo ataque contra los Centros Umbanda y se encaminan hacia Arsilon, donde creen que estarán seguros.

Tristan se puso lívido, y le temblaron tanto las manos que tuvo que dejar caer el cuchillo. No sabía nada de todo aquello, pero dudaba que el vampiro le estuviera mintiendo. Lo vio suspirar.

—Responderé a tus preguntas por el camino pero tenemos un poco de prisa, ¿entiendes? —le dijo Ashzar haciendo gala de aquella extraña impaciencia que parecían tener todos los inmortales—. Si hubiera querido matarte, lo habría hecho ya. Si quisiera a tu mujer, la tendría. Y si te mueves de una vez, te ganarás mi respeto y mi protección. Te lo juro por la sangre de Eyrien. Así que decídetelo ya, Mago.

Tristan se quedó mirándolo todavía unos segundos.

—Espérame un momento —dijo, y entró en la casa.

Se negó a pensar en lo que estaba haciendo. Pero recordó con un escalofrío que en su primer encuentro, la Dama de Siarta había augurado que volverían a verse. Eyrien de Siarta había declamado en aquel momento que no sabía si para bien o para mal. Tristan tampoco lo sabía, pero era consciente de que no tenía otra opción más que obedecer. Cuando un inmortal tan poderoso como Ashzar se inmiscuía en tu vida, ésta ya no te pertenecía porque nunca la podrías defender de él. Así que cuando hubo cogido lo que podría necesitar para tratar a la Dama, salió dispuesto a seguir a aquel ser al que tanto aborrecía.

VI

Esperas



En Gevinen, Ciudad Neutral, los ciudadanos jamás habían sido tan permisivos con los Nigromantes como lo había sido siempre Selbast. Pocos gevinianos toleraban a los Cáusticos que se movían a sus anchas por su hogar, pero su gobernador, Guilfrid, había preferido dar cobijo a los maelvanienses a tener que enfrentarse a ellos. Reconocían a su pesar que quizás si Guilfrid no hubiera pactado con los maelvanienses, ahora muchos estarían muertos. Pero cuando las noticias sobre lo sucedido en Selbast habían llegado a la ciudad mediante los mensajes a los telépatas, la gente había empezado a murmurar

También los Cáusticos de la ciudad habían recibido las noticias por sus propios mensajeros. Ahora vigilaban los mercados y las tabernas, deshacían los corrillos de la gente que se reunía a hablar, y si alguien mostraba su descontento abiertamente era arrestado unas horas en los calabozos por enardecimiento de la inurbanidad. La apariencia de paz en la ciudad era más frágil que nunca, y aunque el peligro acechaba, los que deseaban verse libres de la ocupación Cáustica no podían sino soñar con una libertad que parecía más tangible que nunca.

Por ello habían sido pocos pero valientes, aunque ellos mismos se creyeran cobardes, los que se habían reunido aquella noche en el sótano de la posada de Druon. Por alguna razón que los demás no comprendían bien, parecía saber cuanto sucedía en la ciudad y fuera de ella, y muchos creían que él mismo era un miembro de la Alianza. Aunque nadie se había atrevido a preguntárselo abiertamente, a veces hospedaba a extraños huéspedes que se perdían por los recovecos de su taberna para aparecer luego en otros sitios de la ciudad. Pero ahora había reunido a sus propios vecinos. Junto a él había una treintena de personas que habían ido acudiendo furtivamente al sótano, en representación de sus familias, sus vecinos, o sus gremios. Ellos debían decidir en nombre de todos qué querían para su ciudad, y llevaban horas hablando.

—El ejemplo de Selbast es claro —dijo un Mago, un hombre entrado en años que tenía los cabellos parduscos y unos ojos verdosos que evidenciaban su origen quersiano—. Si queremos ser libres, sólo tenemos que ponernos en contacto con la Alianza. Ellos nos ayudarán.

—Pero dicen que no ha sido Arsilon la que ha rescatado a Selbast —dijo un comerciante de telas a quien los maelvanienses habían robado demasiadas veces—. Parece ser que la idea ha sido el príncipe Killian, que lleva fuera cierto tiempo. No sabemos si Arsilon está de acuerdo con ello. A saber qué hacía el príncipe cerca de Amazonia, si lo que dicen es verdad.

—Arsilon está con el príncipe, y él cumplía una misión de la Alianza. Por eso estaba en el oeste —dijo otro Alto humano más joven, éste con los cabellos ambarinos y el carácter impaciente propios de los Magos cuyo antiguo ancestro feérico había sido un elfo ígneo—. Además el príncipe Killian no estaba solo, lo acompañaban una guerrera feérica y un enano a los que aquí

algunos conocemos. Ya habéis oído lo que han dicho: Kelton de Selbast, que se ha convertido en el consejero hechicero del gobernador selbastiano, tiene todavía en su poder la hoja de luz que demuestra que los Elfos de la Noche apoyaban el levantamiento de la ciudad.

—¡Elfos! —dijo con desdén Haran el carnicero, que había perdido a su hermano a manos de los Cazadores de Profecías hacía menos de un año—. Son raros, son peligrosos y no os equivoquéis, no van a ayudarnos. —Se levantó de la silla en la que estaba sentado—. A mi parecer, Selbast ha perdido la poca cordura que tenía. Se han aliado con los elfos, cuando lo que deberíamos hacer todos es alejarnos de ellos. No son de fiar, y no se van a preocupar por nosotros. Sólo se interesan cuando deciden que deben matarnos.

—No sabes lo que dices, Haran —dijo Druon mientras servía vino caliente a los que no tenían ropas de abrigo suficiente para cubrirse en aquellos días que todavía arrastraban el frío invierno—. No tienes ni idea.

—Tampoco me voy a fiar de lo que dices tú, Druon —le espetó el carnicero—. Todos sabemos que recibes dinero de ellos. Y que hospedaste en tu casa a la Cazadora que mató a mi hermano.

Druon no lo negó, sino que se limitó a suspirar, hastiado, mientras Haran lo miraba con rabia. Corrían muchos rumores sobre él por la ciudad, y la gente creía que tenía mucho oro. No era verdad, todo el dinero que había recibido de la Alianza lo había repartido entre los necesitados. Pero los rumores siempre estaban ahí. Sin embargo no habló, al ver que una joven labriega, Cyntia, se levantaba para pedir la palabra. Parecía asustada, y era normal. No contaba más de veinte años, su familia siempre había pasado penurias y tenía un niño pequeño del que preocuparse. Había sido la única en ir a la reunión en representación de las gentes pobres del campo, que eran los que más sufrían el tormento de los invasores. Callaron para oírla hablar.

—A mí muchos me conocéis —dijo Cyntia, aunque la voz le temblaba—. He nacido y crecido aquí, siempre bajo la amenaza de los maelvanienses. Todos sabéis lo mucho que nos han robado a mí y a mi familia, y a todos los que vivimos cerca de las murallas del sur.

La mujer que tenía al lado le estrechó el brazo para confrontarla. Era la dueña de uno de los locales de alterne de la ciudad. Los locales como el suyo ganaban cierto dinero con los soldados, pero también recibían muchas visitas indeseables; los Nigromantes eran malos clientes y las chicas los temían. Cyntia le agradeció el gesto, se apartó los despeinados cabellos rubios de la cara y siguió hablando.

—Sabéis que yo tengo amigos poderosos, y que tengo tanto miedo como vosotros —dijo—. Pero ahora sé que Druon y los Magos tienen razón. Los elfos no son malos, os lo aseguro.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó alguien.

—Por esto —dijo la chica.

Hurgó entre sus ropas raídas y no tan limpias como ella querría, y sacó algo que había envuelto en un lienzo blanco. Titubeó, pero se armó de valor. Con mucho cuidado desenvolvió el objeto que sostenía en la mano y las exclamaciones de asombro hicieron eco en el sótano. La muchacha miró con la misma adoración de siempre la joya, y recordó a la hermosa elfa que se la había dado cuando se encontraron con problemas atravesando las puertas de la ciudad. La extraña Dama la había asustado, pero la había ayudado. Muchas veces podrían haber empeñado ella y su

familia aquella joya, pero preferían pasar penurias y conservar aquel regalo como lo que significaba: que una elfa poderosa podía haber sido generosa con alguien como ellos.

—¿De dónde has sacado eso, chiquilla? —le preguntó el lechero de su barrio.

—Me lo dio una elfa —dijo acallando a los demás—. Entramos juntas a la ciudad. Les dio oro a los maelvanienses para que no nos dejarán a mí y a mi niño fuera, y luego me regaló esto por no haberla delatado. Insistió para que lo aceptara, y se preocupó por mí hasta que nos fuimos. Además la acompañaban dos humanos, uno Alto y uno Bajo, y parecían quererla mucho.

—¿Puedo verla? —le preguntó un joyero a la muchacha, sujetando una lupa.

La muchacha asintió, entregándosela. El hombre observó y acarició la orquídea azul con cuidado.

—No hay duda —murmuró—. Zafiro puro. Esto tiene el valor del palacete del Conde.

Mientras los murmullos proseguían, la muchacha recuperó su joya y volvió a guardarla, mientras Druon y los Magos le dedicaban una mirada de gratitud por su inesperada ayuda.

—No te preocupes, Cyntia —le dijo Druon—. Por nuestro honor que nunca revelaremos que posees semejante tesoro.

Los demás asintieron.

—Ya lo veis —dijo el Mago de ancestro quersiano—. Y aún más, esos dos humanos que acompañaban a la guerrera élfica eran Killian de Arsilon y River de la Casa de los Tres Elfos.

Cyntia tardó en reaccionar, porque se había llevado una mano a la boca por el asombro.

—¿Aquel chico tan amable era el príncipe de Arsilon? ¡Hasta me abrazó para protegerme!

—Así es, era Killian de Arsilon —contestó el Mago con suavidad—. Y la elfa, ¿cómo era?

—Apenas la vi unos segundos cuando mostró su verdadero aspecto, pero jamás podré olvidarla. Tenía los cabellos, los ojos y los labios azul oscuro —dijo Cyntia, aturdida—. La piel le brillaba con un tinte dorado y era muy hermosa.

—Una Elfa de la Noche —anunció el Mago—. ¿Qué pensáis ahora? Incluso los más grandes se preocupan por los más humildes.

—¿Y por qué no nos ha ayudado hasta ahora? —preguntó alguien.

—Porque nosotros podemos ocuparnos de nuestros propios asuntos —dijo Haran, a quien había impresionado poco el testimonio de Cyntia.

—No nos han ayudado porque nunca lo hemos pedido —dijo el Mago joven.

—Votemos, y decidamos de una vez —dijo el jefe de la guardia de la ciudad, que había sido uno de los primeros en proponer aquella reunión furtiva. Deseaba seguir el ejemplo del capitán Aston de Selbast—. Nos estamos arriesgando mucho, llevamos demasiado tiempo aquí encerrados. Representamos a todos nuestros gremios, a todos los ciudadanos. Va siendo hora de tomar una decisión, y prepararse para las consecuencias.

—Votemos —dijo Druon—. Los que deseen la amistad de la Alianza y recuperar la libertad, aunque sea mediante una batalla, que levanten la mano.

Casi todos alzaron la mano, y sólo unos pocos titubearon. Sólo Haran se quedó con los brazos cruzados, pero al ver que estaba en desventaja no dijo más. También él quería ver libre a su ciudad.

—Me alegro de que nos mostremos unidos —dijo Druon—. Ahora tenemos que ver cómo ponernos en contacto con el príncipe Killian.

—Si se dirigen hacia Arsilon desde Selbast, sólo pueden hacerlo rodeando las mesetas de Greisan y Riskaben —dijo el Mago de ancestro quersiano—. Esto es lo que vamos a hacer...

Los gevinianos reunidos allí se inclinaron hacia delante para escucharle. La esperanza se mezcló con el miedo en aquel sótano de una posada de Gevinen.



Mientras tanto, en Arsilon, ya estaban listos para enfrentarse a lo que estaba por venir. No sólo para la llegada de los niños de Udrian, a quienes esperaban dentro de poco, sino también para dar cobijo a los muchos aldeanos y labriegos, comerciantes y gentes errantes que buscaban la seguridad de la ciudad. Algo semejante ya había sucedido después de la Alianza Negra, cuando los chupasangres y los kapres se unieron para atacar Arsilon. La ciudad perdió a muchos de sus habitantes y los inmigrantes fueron bienvenidos pues la ciudad necesitaba gentes para funcionar. Pero ahora era diferente. Aunque todavía había espacio junto a las murallas, lo que preocupaba a Ian y sus consejeros era que si los campos se quedaban sin gente que los cultivara, pronto no tendrían nada que comer. Aquel día de finales de marzo, cuando ya la primavera los bendecía con frutos, simitenes, pesca y caza, no había nadie para recolectarlas.

Ian reunió a sus consejeros de abastecimiento, tesorería, agricultura y comercio, y a los Magos Hedar, Liana y Willem, y los sentó alrededor de la mesa repleta de mensajes y mapas. Ian prácticamente vivía en aquella sala de baile reconvertida en despacho desde aquella noche nefasta de fin de año. No sabía siquiera el tiempo que hacía que no montaba a caballo, que no paseaba tranquilamente por su ciudad. Añoraba a sus chicos, que estaban perdidos en algún lugar del mundo, y las últimas noticias que tenía de ellos eran las que le trajera Liana: que se dirigían hacia las lejanas y abandonadas Fortalezas de Piedra. Desde entonces, nada. Suspiró antes de reclamar la atención de sus consejeros, que discutían una vez más sobre cómo afrontar el problema de la cada vez más probable hambruna de la ciudad.

—No podemos destruir el bosque del castillo —repitió el hechicero Hedar, ante la ya conocida idea del consejero de agricultura de deforestar el bosquecillo para labrar campos en su lugar—. Los elfos lo necesitan para vivir, y los feéricos menores que tenemos en la ciudad también.

—No, no podemos destruirlo —dijo Ian apartándose de la frente los cabellos cada vez más canos—. Willem, ¿hasta dónde llegan ya las comunicaciones telepáticas?

El joven Mago, que había sido pupilo de Nathaniel el Ideólogo, se levantó para tomar la palabra. Había asumido con aplomo y abnegación su nuevo lugar en la Alianza.

—Las pruebas realizadas con Magos a los que hemos enviado a distintos lugares con protección militar nos han permitido probar que los mensajes telepáticos llegan ya a zonas lejanas del bosque de Dreisar, todo alrededor de Arsilon.

—Es posible que el polvo residual de las Flores del Sueño todavía siga enturbiando el aire, pero tarde o temprano se disipará —dijo Liana—. Yo no vi ninguna de esas flores cuando venía

hacia aquí. ¿Estáis seguros de que no podemos comunicarnos más lejos?

—No lo sabemos —dijo Willem desazonado—. Seguramente los elfos puedan llegar más lejos. Pero no deben estar intentándolo, y no tenemos ninguno ahora en la ciudad.

—Tú eres poderosa, Liana —le dijo Ian con suavidad—. ¿Por qué no pruebas?

Liana fijó sus ojos ambarinos en él, con expresión de reproche. No le gustaba que le recordaran quién era, y lo que eso implicaba. Suspiró, desviando la vista a la mesa.

—Sí, soy poderosa —murmuró, resignada.

El resto de los presentes guardó silencio, mirándola mientras Liana se concentraba en alguna veta de las muchas que se dibujaban en la madera pulida. Excepto Ian, Hedar y Willem, los demás se pusieron un poco nerviosos. Los Magos, especialmente en aquellos días de intensas disputas raciales, despertaban cierto temor en los Bajos humanos. Y Liana gozaba de fama. Viéndola allí sentada, inmóvil como solían hacer los elfos, los cabellos demasiado rubios y los ojos demasiado naranjas, cuando era alabada como una gran guerrera poderosa y arrojada. Se sobresaltaron cuando dio un respingo.

—¡River! —exclamó la Maga—. ¡Por el amor de los dioses!

—¿River? —preguntó Ian poniéndose en pie.

—Sí. No consigo... no oigo nada más. Pero por el amor de los dioses... River viene por fin hacia aquí, con Fereya y con Freyn. Killian está camino de Gevinen, con Asier de Siarta —dijo Liana, asombrada—. Eriesh está... en Amazonia con alguien, creo haber entendido. Tanto River como Fereya van repitiendo el mismo mensaje cada cierto tiempo, esperando que los escuchemos, supongo.

Mientras los demás murmuraban contentos ante el retorno de uno de los herederos de la ciudad, sorprendidos ante la noticia de que Asier de Siarta había abandonado por primera vez las tierras de Nórdica y estaba acompañando al príncipe, Ian suspiró aliviado sólo en parte. Por Killian no temía nada si Asier de Siarta lo acompañaba, pero echaba en falta a alguien.

—¿Y de Eyrien no ha dicho nada? —preguntó.

El hermoso rostro de Liana se cubrió por la misma máscara helada e inexpresiva que solía adoptar desde hacía décadas, cada vez que se nombraba a la Dama de Siarta.

—No, de ella no ha dicho nada.

Ian estaba seguro de que a Liana no le importaba lo más mínimo. Ojalá pudiera hacerle entender que Eyrien no merecía su desprecio de aquella manera. Tampoco le gustaba que Obiun rondara a la Maga continuamente, cuchicheándole al oído quién sabía qué falacias. Lamentablemente era fácil poner a Liana en contra de Eyrien, porque ya la odiaba.

—¿De verdad la aborreces tanto como para no recordar que la querías? —murmuró el rey a su antigua amiga—. ¿Tanto como para poner en peligro a toda la Alianza?

Liana lo fulminó con la mirada. Pero no dijo nada, ni lo haría. Había puentes que cuando se rompían, no se podían volver a construir. Y entre ella y la Dama de Siarta existía un abismo.

—Liana —dijo Ian suspirando, vencido—. Si consigues ponerte en contacto con ellos otra vez, díles que entren por la poterna de la muralla, que no entren por las puertas de la ciudad.

La Maga asintió. En eso estaban de acuerdo: lo último que querían era que River volviera a

casa y se encontrase con que su gente lo trataba como si fuera un trofeo que reclamar. Ian y Liana se miraron, y los dos vieron desazón en el rostro del otro. River no merecía aquello, y era muy listo: iba a darse cuenta de que muchas cosas habían cambiado desde su marcha.



Su familia no se equivocaba, River se sentía extraño. Aquélla era la tercera vez que volvía a casa en menos de un año, y cada una había sido más extraña que la anterior. Ésta, sin embargo, le provocaba una angustia especial. Ahora no lo acompañaban ni Killian ni Eyrien, y lo habían hecho entrar por la puerta secreta como si fuese alguien que tuviese que esconderse. Freyn no parecía muy preocupado, no era su estilo, pero Fereya se mostraba taciturna. Sus labios del color del melocotón estaban apretados y sus ojos de fuego permanecían fijos en el suelo lujosamente alfombrado del pasillo por el que avanzaban hacia el castillo.

—¡River! —exclamó Ian avanzando desde el otro extremo del túnel, demasiado impaciente como para aguardar en el salón.

River se apresuró y dejó que lo abrazara, contento de encontrarse con el único hombre al que podía llamar padre desde que tenía uso de razón. Su alegría resultaba reconfortante.

—Cómo me alegro de que estés aquí, hijo —dijo el rey—. Con todo lo que ha pasado... todavía no me creo que el vampiro se uniera a vosotros. Y Killian, decidido a salvarlos a todos, ¿eh? Ése es mi chico, estoy muy orgulloso de él. Gevinen no volverá a ser un motivo de preocupación, porque él se los va a meter a todos en el bolsillo como hizo con los de Selbast. Los mensajes decían que todo ha sido casi cosa de Druon el posadero y una chiquilla que tenía una orquídea de zafiro.

—La chica de la puerta y su bebé —recordó River sonriendo—. Killian se había preguntado muchas veces qué habría sido de ella, y si los malditos maelvanienses habrían cumplido su amenaza y la habrían dejado fuera de las murallas alguna vez. Yo también he estado preocupado.

—Ahora explícame por qué Eyrien no viene con vosotros y por qué está Asier con Killian —dijo Ian orgulloso—. Y a qué debemos el honor de vuestra presencia, Fereya.

Se acercó a la elfa y le tomó la mano con delicadeza cuando ella se la ofreció.

—Me alegro de verte, Ian —dijo la antigua Cazadora—. Hacía mucho tiempo ya de nuestro último encuentro.

—Mucho tiempo —meditó el rey—. La última vez que tuve el placer de verte contaba quince años menos, y menos arrugas también.

Fereya sonrió, pero River frunció el ceño. Ian parecía más delgado y más canoso que cuando se había despedido de él menos de tres meses atrás. Mucho más viejo, y preocupado.

Diez minutos más tarde estaban sentados en el pequeño salón para las visitas especiales. Era un lugar hermoso, aunque River no había estado nunca allí. Él no era una visita especial, era un miembro de aquella casa. Pero allí estaban, él, Fereya y Freyn sentados en los mullidos sillones tapizados de rojo mientras Ian daba órdenes de que trajeran algo de comer y beber. Cuando el rey se giró a mirarles, River trató de borrar la expresión de confusión de su rostro. Pero Ian le conocía

lo suficiente como para saber que se sentía incómodo.

—River, no me malinterpretes, hijo —dijo—. No te he traído aquí porque te considere un extraño. Pero éste es uno de los lugares más seguros de todo el castillo para hablar de ciertas cosas. Cosas que es mejor que sepas antes de que te encuentres con nadie... —carraspeó—. Después de que partierais, de alguna forma se filtró la noticia de que algo te había sucedido cuando te demoraste tanto en volver a casa. Ha empezado a correr el rumor por la ciudad de que te has vuelto medio elfo y que eres inmortal, y que tu poder es muy grande.

—No soy medio elfo y no soy inmortal —dijo River tan sorprendido como irritado.

Ian le palmeó la rodilla, comprensivo.

—¿No sabéis cómo ha ocurrido? —dijo Freyn con sorna.

—Por desgracia, oficialmente no —dijo Ian con un suspiro.

—Ha sido Obiun —dijo Fereya—. Lo veo en su mente.

—Ya lo suponíamos —dijo Ian—. Pero no podemos hacer nada. Yo sólo soy un Bajo humano y aunque sea rey, ya lo sabes, los Magos están más allá de mi alcance. Y Hedar no puede permitirse una guerra interna entre su gente, mucho menos ahora que están a punto de llegar los niños de Udrian. Tendremos que alojar e impartir clases a los alumnos más mayores de la escuela en el propio castillo, es la única forma que hemos encontrado para no tener que ampliar el Centro a costa del bosque. Pero eso no es lo que importa ahora. Lo importante es que te sientas a gusto en casa, River. A otros podremos engañarlos; si te comportas como si no hubiera sucedido nada, olvidarán los rumores. Pero Obiun no. Él te vio con los ojos fulgurantes el día que regresaste con Eyrien, y ha estado indagando y cuchicheando desde ese día. Te llenará la cabeza de ideas sobre tu deber como Alto humano y lo mucho que te necesitan los tuyos. Querrá que le expliques los secretos del lenguaje de los elfos. Está haciendo creer a muchos Magos que eres algo así como la solución a todos nuestros problemas. Creen que vas a salvarlos de todo y de todos.

—¿Y quiénes son esos todos de los que River tiene que salvarlos? —dijo Freyn, y era evidente que estaba empezando a enfadarse. Los enanos nunca se habían caracterizado por ser pacientes con los humanos—. Porque yo creía que había dos bandos básicamente: los buenos y los malos.

—Ya sabes cómo son —dijo Fereya, que se mostraba más estoica—. Nunca les ha gustado que los elfos seamos superiores, y lo que ha sucedido últimamente les ha hecho acordarse de cuánto nos odian.

—¿Y Liana? —dijo Freyn.

Ian apretó los labios.

—Liana sigue como siempre, prefiere guardarse su opinión. Mucho mejor para nosotros, porque sigue furiosa con Eyrien.

—El silencio de Liana no es bueno —dijo Fereya.

—Tengo que hablar con ella —murmuró River enfadado. Apoyó los codos en las rodillas y se masajeó las sienes—. No me lo puedo creer. Elhania me dijo en Quersia que algunos tratarían de utilizarme, pero no esperaba que fuese mi propia gente. —Hizo una pausa y musitó—: Le prometí a Eyrien que no le revelaría a nadie el lenguaje feérico.

Ian miró a Fereya, que se inclinó hacia el Mago.

—Eyrien estaba en su derecho a pedirte tal cosa. Pero no vamos a influir más en tus actos —dijo la elfa con suavidad—. Ahora escucharás a los tuyos, y tendrás que decidir qué hacer.

—O sea que es cosa mía decidir si decepcionar a los Magos o a los elfos —dijo River más enfadado que antes, harto de estar siempre en medio—. Y haga lo que haga tendré que cargar con las consecuencias.

Fereya le puso una mano en el brazo.

—Ahora comprenderás un poco mejor a Eyrien —dijo—. No es fácil ser poderoso, no resulta sencillo administrar un gran poder cuando tú lo tienes y otros lo quieren. Lamento que te encuentres en esta situación, River, como todos los elfos.

River respiró hondo.

—Lo sé —dijo.

—Valor, hijo —lo animó Ian—. Sé que harás lo correcto, sea lo que sea. Igual que Killian. Es muy bueno que esté consiguiendo que la gente piense, y se mueva. Juramos no entrometernos en la vida de los Neutrales y no lo hemos hecho, pero si nos piden su ayuda no vamos a negársela.

Fereya lo miró muy seria.

—Ya sabes lo que pasará, Ian —dijo—. Esigion de Maelvania no se quedará de brazos cruzados mientras el Norte se une de nuevo. Tendremos guerra abierta antes de que acabe el año.

El rey calló, meditabundo. Recordaba muy bien el mensaje que Subinion había leído en las estrellas: 'Para bien o para mal, la guerra va a acabar antes que este nuevo año que empieza'. Pero al menos no esperarían su final sin oponerse a su enemigo.

—Quizás esta vez estemos preparados para devolver los golpes con más fuerza que con la que los recibimos —dijo el rey—. Hemos hablado muchas veces esto con Eyrien. Nunca ha querido empujar a los humanos a la guerra, porque éramos nosotros quienes debíamos decidir enfrentarla. Pues ahora parece que lo estamos decidiendo, y todo gracias a la Dama y a mis chicos. Quizás esta vez, después de un milenio de lucha, todo sea diferente.

Sí, pensó River, consciente de que Ian lo miraba con orgullo. Y a él ahora le daban a elegir entre traicionar a los suyos o traicionar a los feéricos. Si la Profecía decía que él provocaría la caída de los más poderosos de los elfos, ¿quería decir eso que iba a decantarse por los Altos humanos? ¿Y qué podía pasar para que él dejara de lado a Eyrien? Le parecía imposible.

—Necesito airearme un poco —dijo finalmente—. Quiero ver a mi prima, y a mi tía... Bueno, a mi tía todavía no. La quiero mucho, pero me exaspera —suspiró—. Voy a dar un paseo.

—Bien, hijo. Tu prima está en clase —dijo Ian—. Pero haz eso de apagar tus ojos antes de irte. La gente no va a creerse que sigues siendo el de siempre si llevas dos linternas verdes por ojos.

River sonrió por primera vez desde que había entrado. Al pasar junto al rey le palmeó el hombro.

—Me alegro de verte, Ian. Me alegro de estar en casa, pese a todo —dijo.

Ian le apretó la mano y cuando se separó de ellos, se giró hacia Fereya.

—¿Dónde está Eyrien?



River se apresuró para alejarse cuando oyó que Ian preguntaba por Eyrien. No estaba preparado para volver a hablar de ella, porque eso haría que la angustia volviera a brotar turbulenta; hacía días que no sabían nada de ella. Atravesó varios pasillos hasta que llegó a una sala que reconocía, y entonces se orientó para dirigirse a los claustros, atravesar el patio e ir al Centro Umbanda. De nada le serviría tratar de huir de la gente. Se cruzó con varios sirvientes del castillo, que lo saludaron con cariño y le dieron la bienvenida a casa. Ninguno de ellos lo trató de forma extraña, aunque ninguno de los allegados a Ian lo haría. Al llegar al patio se dirigió hacia el caminito y el puente que cruzaban el bosque y el riachuelo hacia el Centro Umbanda. Nunca había sido un sendero muy transitado pero ahora parecía que lo recorrían muchos pies continuamente, e incluso había marcas del paso de carretillas. La calma había abandonado Arsilon, y River no pudo evitar preguntarse qué harían los elfos ahora que su pequeño reducto de paz, el bosquecillo, había sido invadido por los humanos.

Dejó esos pensamientos de lado cuando empezó a oír un rumor de voces infantiles. Los alumnos de algunos de los cursos inferiores del Centro recibían sus clases en el jardín, aprovechando el buen tiempo que empezaba a hacer acto de presencia en Arsilon. Y ahora le miraban y cuchicheaban, y sonreían como si hubieran visto algo maravilloso. Como si hubiesen visto a un elfo.

River respiró hondo y se obligó a parecer normal, a no ponerse a la defensiva y a recordar que la mayoría de aquellos con los que iba a cruzarse no tenían la culpa de que les hubiesen llenado la cabeza de historias absurdas. Saludó a los profesores que estaban por allí, dijo hola a los niños como lo hubiera hecho un año antes, y se encaminó hacia las grandes puertas del Centro dispuesto a seguir sintiéndose muy humano. Porque todavía lo era.

Pero Fereya había tenido razón, River sabía ahora por qué a Eyrien no le gustaba mostrarse en público o por qué trataba de mantenerse en la sombra. Aunque lo suyo ni siquiera era comparable con lo de la Dama de Siarta, a aulas para verle pasar. Se fijaban en su persona con ojos penetrantes, como si quisieran descubrir unas orejas puntiagudas, unas alas o a saber qué. Llegó un momento en que tuvo que detenerse y sonrió, queriendo parecer extrañado ante tal recibimiento. Los profesores salieron en pos de los niños y sonrieron condescendientes al verle, negando con la cabeza. Era evidente que no creían lo que se decía. Excepto una de las Maestras. Mirena, que había pertenecido al Consejo de Magos antes de que Eyrien le echara junto con Obiun y Craig, le miraba con una intensidad extraña. Sí, la Maestra debía saberlo todo.

—No quiero que se digan barbaridades delante de los niños —le dijo River mentalmente—. No les llenéis la cabeza de esperanzas que no van a cumplirse.

—Estoy de acuerdo contigo. No seré yo quien manipule a estas criaturas inocentes.

River asintió en silencio. Sabía que Mirena, pese a todo, era sensata y quería a los niños.

—Venga, chicos —dijo la Maestra en voz alta—. River de la Casa de los Tres Elfos es el mismo de siempre. ¿No veis que de haberse convertido en un elfo no sería tan feo? Volved a clase.

Los alumnos fueron volviendo a sus aulas riendo, pero eso lamentablemente despejó el camino para alguien a quien River no quería ver en aquel momento. El Maestro y subdirector Obiun, vestido con su túnica de hechicero, se acercaba sonriendo.

—¡River! —dijo, y lo abrazó paleándole la espalda—. Me alegró de verte. Ven conmigo, tenemos que hablar.

—Ahora quiero ver a mi prima —respondió tratando de alejarse sin ser demasiado brusco.

El Maestro lo miró fijamente, consciente de la evasiva, y se borró la sonrisa de su rostro.

—River, te necesitamos. Tenemos que hablar.

River se giró para mirarle, sorprendido por el tono serio de su voz. Obiun no parecía menos preocupado que Ian, y también él tenía más arrugas. Sin poder resistirse, se metió en su cabeza y lo sondeó. Vio preocupación, miedo a que los elfos los estuvieran traicionando, rabia por sentirse impotente, deseos de devolverles a los Altos humanos su antiguo poder y esplendor, y la certeza de que tenía la razón. Sí, el problema era que Obiun se creía todo lo que pensaba y decía. Ésas eran las personas más peligrosas, las que estando equivocadas creían llevar la razón. Porque no tendrían remordimiento alguno a la hora de hacer lo que creyeran necesario.

—Ahora no, ni aquí. Ya hablaremos —dijo River—. Ahora quiero ver a mi familia.

—Bien, hijo —dijo Obiun—. Pero no olvides quién eres. Porque aunque a muchos nos gustaría, no podemos ser elfos. Ni siquiera tú. Y la Dama lo sabe perfectamente.

River se alejó de él. Las palabras de Obiun permanecieron mucho rato en su cabeza, porque temía estar olvidando realmente quién o qué era. Y a quién debía su lealtad.

—Ojalá Eyrien estuviera aquí —musitó para sí mismo mientras se dirigía al último piso.

Pero estaba solo, no tenía ni a Killian ni a Eyrien. Siendo el primero que había regresado a Arsilon, sólo le cabía esperar. Y capear el temporal como pudiera mientras tanto.



Eyrien fue consciente del mundo que la rodeaba antes de que su cuerpo despertara. Su respiración no se alteró, sus músculos no se contrajeron, sus párpados no temblaron. Pero su mente estaba receptiva a todo lo que sucedía a su alrededor, tal era la forma de despertar de los elfos las pocas veces que se sumían en un sueño profundo. Lo primero que sintió fue dolor, tanto del cuerpo como de la mente y el corazón. Y los recuerdos regresaron, amontonándose. Entonces tuvo consciencia de cuál fue su última vivencia y abrió los ojos presa del pánico.

Vio unos ojos grises, acuosos, que brillaban muy cerca de ella. El resto de la hermosa tez pálida y la cascada de cabellos negros ocupaban el resto de su campo de visión. Era un rostro bello e inquietante, joven y antiguo a un tiempo, pero diferente al de un elfo. Eyrien gimió al darse cuenta de que seguía a merced de la súcubo que la había encontrado cuando huía del Estrecho, y pese a que su cuerpo era presa de la extenuación, el instinto de supervivencia la empujó a una nueva lucha. Sonriendo todavía, la súcubo le tapó la boca con una mano. Privada de la magia y con los miembros entumecidos, Eyrien hizo lo único que todavía podía hacer: concentró las fuerzas que le quedaban y se iluminó, obligando a la súcubo a apartar la mirada mientras bañaba sus ojos en sangre para protegerse del resplandor.

La depredadora esperó con paciencia, hasta que poco a poco Eyrien se fue apagando como la llama de una vela a la que se la acaba la cera.

—Has consumido la poca energía que habías recuperado —dijo suavemente con una voz hermosa y sugerente—. Tus hazañas han sido épicas, Eyrien de Siarta. Tus aliados agradecerán lo mucho que has hecho por ellos cuando lo sepan. Has destruido a un ejército entero, pero ahora tienes que descansar. Casi te sacrificas tú misma en esa lucha arrolladora.

Eyrien seguía sin comprender del todo lo que la súcubo le estaba diciendo. Ahora sólo podía preocuparse por huir, por impedir que la depredadora que la inmovilizaba le robara la magia y se hiciera más poderosa. La mujer pareció entenderla, porque volvió a sonreír mostrando unos dientes blanquísimos, perfectos, que en aquellos momentos parecían muy humanos.

—Ay, elfos... No te preocupes, pequeña —dijo—. Estoy aquí para cuidarte, no voy a hacerte ningún daño. Ashzar me envió a buscarte, y te aseguro que nadie contradice sus órdenes. Además, él sabe que puede confiar en mí. No me gusta que estés triste, despiertas más mi compasión que mi hambre. Tengo debilidad por los seres que sufren, supongo que es culpa de la Elfa del Agua que me dio a luz. —Volvió a sonreír—. Ahora voy a apartar la mano de tus labios. No intentes lanzarme un conjuro, porque no tienes fuerzas. Al pobre Mago de Quersia no le iba a gustar, bastante le ha costado conseguir que te recuperaras. Llevas inconsciente muchos días.

Lentamente, la súcubo apartó la mano. Eyrien se limitó a parpadear, estudiando rápidamente el lugar en que se encontraba. Estaba tendida en una cama, arropada por una manta de elaboración humana. La habitación era relativamente acogedora, con vigas de madera y una ventana grande que daba a una ciudad ruidosa. La algarabía emanaba un eco de alegría, de ánimo y esperanza. El olor del lugar le resultaba familiar, y su mente lo asociaba con una situación desagradable. Eso hizo que Eyrien no pudiera seguir conteniendo sus emociones, exhausta como estaba. Los recuerdos de todo lo ocurrido la pusieron enferma. Lo que había hecho sin ser ella misma, la muerte de Konogan, el suicidio de Soneryn, la larga batalla contra los gólems... Las dudas, los miedos, los incomprensibles mensajes de los elfos que habían muerto. Y ahora se sentía completamente impotente, desamparada. Las lágrimas, un poco doradas, se derramaron por su rostro sin que pudiera retenerlas.

—Oh, pequeña —dijo la súcubo, y le acarició la mejilla con dulzura—. No tienes que ser fuerte ahora, desahógate si lo necesitas. Me llamo Salma, y estoy aquí para cuidarte. Por una vez, Eyrien de Siarta, tienes permiso para ser vulnerable. Yo te protegeré.

Hacía mucho que nadie le hablaba así, siempre era ella la que consolaba a los demás. Excepto con River. A veces, incluso ella necesitaba saber que podía sentirse amparada y llorar todas sus penas. Desfogarse, como decía Salma. Eyrien siguió llorando, no supo por cuánto tiempo. Poco a poco las lágrimas empezaron a remitir, y sintió que su mente se despejaba. Se apartó un poco de la súcubo, sin querer ser brusca. Ella había sido amable.

—Estamos en Selbast, en la posada de Damien —dijo la súcubo—. Él dice que ya le conoces. Tu hermano mediano y el príncipe de Arsilon abandonaron este lugar antes de que nosotras llegáramos, y han dejado atrás gentes felices y dispuestas a acoger a la Alianza. Damien guardará el secreto de nuestra estancia aquí. Lo que importa es que te recuperes y descanses.

Eyrien desvió la mirada. No se sentía cómoda siendo objeto de la ternura de su depredadora natural. Miró a Salma, que en aquel momento removía un vaso con una tisana mágica.

—¿Tristan está bien? —preguntó Eyrien, al reconocer aquel conjuro quersiano.

—Tristan está nervioso. Estaba preocupado por ti. —Salma sonrió con cierta malicia—. No se esperaba que un vampiro apareciera en su casa, pero vino con Ashzar por voluntad propia. Tú sabes cómo somos los vampiros, ¿verdad Eyrien? Tristan no debe temer daño alguno.

Eyrien asintió. Y se mordió un labio, indecisa. Al final la curiosidad y el deber de saber la verdad en nombre de su pueblo pudieron más que el miedo. Si no se equivocaba, tenía delante a quien podía desvelarle el misterio sobre los últimos momentos del antiguo Señor de Greisan.

—Erandor... ¿sufrió?

Salma se giró y la miró largo rato.

—Muy perspicaz —respondió—. Sí, has adivinado bien. Yo fui quien liberó a Erandor de Greisan cuando lo atraparon los Nigromantes. —Se acercó y se sentó en la cama otra vez, lo que hizo que Eyrien se pusiera tensa instintivamente. Pero la atención de la súcubo parecía estar puesta muy lejos—. Erandor sufría mucho cuando lo liberé, sí. La pérdida de su amada esposa todavía lo torturaba, y tenía miedo de lo que podía ser de su hija Islandis cuando él desapareciera. No podía dejarlo morir así, me daba pena. Lo llevé a mi casa, curé sus heridas y alivié su pena. Sólo cuando él estuvo preparado para morir en paz, lo maté. Y no sufrió.

—¿Lo amaste? —preguntó Eyrien mirando a la súcubo a los ojos.

Salma vaciló, pero enseguida se repuso y le dedicó otra de aquellas dslumbrantes sonrisas con las que debía atraer a sus víctimas. Sólo que ésta estaba teñida de una tristeza sutil.

—Es fácil amaros, a los elfos —susurró Salma—. Y Erandor fue un gran elfo.

Eyrien sintió la melancolía de la súcubo. A su manera, los vampiros los amaban de verdad. A su manera, se recordó con un escalofrío.

—Quiero ver a Tristan. Lamento mucho que me haya conocido, le he complicado la vida.

—Él no piensa como tú —dijo Salma levantándose—. Lo verás cuando descanses.

—¿Podrías decirle a Ashzar que también quiero verle a él? —inquirió Eyrien.

La súcubo alzó las cejas, con una chispa de diversión.

—Ashzar dijo que no tenías por qué darle las gracias. Te prometió que te vigilaría, pero que no acudiría a ti hasta que tú misma lo llamaras. No desaproveches tu oportunidad de mantenerlo alejado de ti, Eyrien.

La elfa la miró a los ojos, entendiendo perfectamente el consejo y la advertencia. Pero era muy consciente de lo que estaba haciendo.

—Deseo verle ahora —aseguró.

Salma asintió, y le dijo que Ashzar acudiría cuando descansara un poco más. Después la dejó sola, animándola a llamarla si necesitaba cualquier cosa. Aunque Eyrien no pensaba hacerlo. Volvió a tenderse en el lecho preguntándose si esa súcubo, y Ashzar, habrían sido capaces de asesinar a sangre fría a los niños de los Centros Umbanda. Si Soneryn aseguraba que habían sido vampiros, no iba a dudarlos. Pero no le parecía que Ashzar o incluso Salma pudieran hacer algo así, no quería creerlo. No, se dijo confiando en sus instintos. No podían haber sido ellos.

Pero aunque no creyera que Ashzar fuera tna estúpido como para destruir a la fuente de alimento de su especie, ella no estaba a salvo. No había querido decírselo a River, pero sabía muy

bien cómo había sabido Ashzar que ocurría algo malo: igual que los femorianos habían dejado de considerarla una enemiga cuando había perdido la memoria, el juramento de Ashzar de no atacarla había caído al dejar de ser ella misma. El vampiro ya era libre de lanzarse sobre ella si quería, pero no iba a permitirlo. En ese momento no podía permitirse morir. Pensó en River, que como ella había sido un objeto en manos de quien había querido utilizarlo. Y la apenó adivinar que se enfurecería cuando Tristan llegara a Arsilon y le dijera con quién estaba en aquel momento. Si tenía que ser fiel a sí misma, tenía que reconocer que no deseaba decepcionarlo. La aterraba la idea de que dejara de quererla. Suspirando miró a su alrededor, comprobando que sus armas estaban sobre un arcón cercano. Sólo entonces se permitió cerrar los ojos y sumirse en un reparador duermevela.



Cuando Ashzar acudió a su encuentro, Eyrien ya estaba en pie. De los varios vestidos oscuros que Salma le había traído, había escogido otra vez el negro para envolver su resplandeciente cuerpo. Estaba apoyada en la ventana abierta cuando oyó abrirse la puerta a sus espaldas. Eso fue todo lo que sintió, el crujido de la lámina de madera; ni una respiración delatora, ni la sensación de un poder cercano, ni el sonido de unas pisadas. Nada evidenciaba que algo hubiera entrado en la habitación. Pero Eyrien sabía que no estaba sola, y dirigiendo una fugaz mirada a su espada, apoyada como al descuido en la pared al alcance de su mano, se puso tensa y se dispuso a lanzar un conjuro si era necesario. Y esperó.

—Tienes mejor aspecto —oyó la voz suave y profunda de Ashzar a su espalda, con el mismo tono desenfadado y sugerente de siempre.

Respirando hondo se giró a mirarle. Él sí tenía el mismo aspecto magnífico de siempre. Se había apoyado en el marco de la puerta con innata elegancia y la miraba con fijeza, quizás con un leve reproche. La penumbra que los rodeaba y los ondulados cabellos negros hacían que sus ojos grises relucieran en su rostro pálido. Era hermoso; Eyrien no podía negarlo. Y aunque era peligroso, no le pareció que corriera un riesgo inmediato, así que relajó su cuerpo cansado. Aunque sus instintos les dijeran que eran depredador y presa, podían ser civilizados. Ashzar había demostrado serlo, se recordó Eyrien una vez más. Y no olvidaba que él también estaba sufriendo.

—Lo siento —le dijo, y vio cómo su rostro se sumía en una expresión sombría—. Siento lo que le sucedió a tu hermana. Yo... no puedo creer que la dejaran morir. Lo lamento, de verdad.

Ashzar abandonó el umbral, entró en la habitación y cerró la puerta.

—Oh, sí —dijo acercándose a ella—. Estás horrorizada. Tú, que creías que los tuyos eran tan buenos, tan bondadosos. Dejaron morir de hambre a mi hermana. Y si no hubiera sido por Konogan, el espía renegado, habría muerto sola.

Los ojos de Eyrien se humedecieron.

—Lo siento mucho —repitió—. Pero al menos ella supo que era querida antes de irse. Konogan sí estuvo solo cuando murió, ni siquiera tuvo el consuelo de yacer entre unos brazos amigos —dijo—. Ni siquiera yo era su amiga en ese momento. Y todos recelaban de él.

Ashzar apretó los labios y Eyrien supuso que se estaba tragando la respuesta. Se acercó más a ella y tuvo que esforzarse por no retroceder. Permaneció quieta cuando el vampiro alzó la mano y le acarició el rostro con suavidad.

—Debe de ser un problema ser como tú —le dijo Ashzar—. No sólo tienes que afrontar tus propios problemas sino que haces tuyos los de los demás. ¿No te cansas de sufrir tanto?

Eyrien parpadeó para evitar derramar más lágrimas, pero Ashzar sonrió ante su intento vano. La hizo retroceder hasta que se apoyó en el alféizar de la ventana abierta. Eyrien vio cómo le miraba los labios, y por un momento se sintió tentada de permitir que la besara, de dejarse llevar por aquella promesa de placer y olvidarlo todo por un rato bajo las caricias de Ashzar. pero supo que no debía hacerlo; no sólo era peligroso para su integridad física, sino también para la emocional. Desvió la mirada hacia un lado, cosa que hizo sonreír de nuevo a Ashzar.

—Eyrien de Siarta, te estás metiendo en problemas muy graves aunque me rechaces a mí —dijo—. ¿Cómo está nuestro querido Inhumano?

Eyrien se puso tensa ante la alusión de River.

—No lo sé —dijo—. Hace días que no le veo, ni a él ni a nadie. Tengo que dirigirme a Arsilon.

—Antes tienes que descansar —repuso Ashzar con condescendencia—. Eso que hiciste fue muy heroico, pero si no hubiese enviado a Salma a buscarte, a saber en manos de quién hubieses caído. Ya te dije una vez que no te estoy manteniendo viva por amor al arte, princesita. Y la muerte de mi hermana no me hace ser más comprensivo con los Elfos de Siarta precisamente.

Eyrien le miró fijamente.

—¿Acaso entre vampiros estoy más segura?

—Salma no te tocará. Y de mí estás a salvo por ahora, ya lo sabes.

Eyrien se preguntó si realmente la creía tan tonta como para no darse cuenta de que ya no había juramento válido y que podía atacarla cuando quisiese. Pero seguía dispuesta a confiar en él, al menos hasta que hubiese encontrado a sus objetivos comunes. Ashzar la necesitaba. Y aunque había bebido su sangre en dos ocasiones, había sido bueno con ella, a su manera.

—Ya sé por qué no podías dejar morir a River allá en Sentríst, cuando estaba dispuesto a sacrificarse por mí —dijo—. Y por qué me dejaste medio muerta en aquella casa abandonada en Centria. No sólo te pudo el hambre, temías que si me liberaba matara a River. Y tú debías asegurarte de que siguiera vivo para ganar tu recompensa. Los acólitos le necesitaban para hacerle lo que le hicieron. ¿Pero qué conseguías tú a cambio de mantenerlo con vida para que pudieran torturarlo así? Los Sabios ya te dieron por lo que sea que pactaras con ellos un premio por el que cualquier ser mataría. ¿Qué más podías querer además de a mí?

Ashzar entrecerró los ojos.

—Pese a lo que puedas creer, los tratos a los que llegué tanto con los Sabios como con sus acólitos os benefician a todos —dijo con severidad—. Mi hermana se quedó en las Fortalezas como prueba de buena voluntad de los vampiros, no por los Sabios, sino por sus acólitos. Ellos también estaban arriesgando mucho. Lilith murió porque los Videntes se sintieron traicionados por sus aprendices, porque habían descubierto ciertas cosas que muchos querían mantener en secreto. Y ahora tantos esfuerzos no han servido para nada, porque sigues ignorándolo todo y yo

no te lo puedo explicar sin morirme.

—Konogan le dijo a River que los acólitos trataban de hacer un bien —dijo Eyrien confusa—. Y eso es lo que valía la pena según Lilith. Ella misma creía que su sacrificio era un mal menor. Brandon dijo que las últimas palabras de tu hermana fueron para ti, para que no sufrieras porque el trato había merecido la pena. Se refería al trato con los acólitos, no con los Sabios, ¿verdad? No sé qué está pasando con los Sabios pero los acólitos tratan de hacer algo bueno pese a todo, por el bien de la Alianza.

Ashzar asintió con la cabeza.

—Tu River debió sufrir, sin duda —aceptó el vampiro—. Pero la intención de los acólitos no era torturarlo. Aunque te cueste creerlo, pusieron una gran fe en la humanidad cuando le hicieron eso. Entre otras cosas, querían demostrar que ellos aún confiaban en los mortales. Y esperaban que fuera suficiente pista para ti, para que descubrieras la verdad que ellos mismos descubrieron con ello, aunque apenas vivieran el tiempo suficiente para creerlo.

Ashzar apretó los labios, y perjurando por lo bajo se llevó una mano a la sien. Había hablado demasiado, y los juramentos hechos a otras personas se volvían contra él. Eyrien no entendía por qué trataba de hacerla comprender. No quería confiarse y creer que al vampiro le importaba, porque sería cavar su propia tumba. Aún había muchas cosas que se le escapaban.

—Ojalá pudieras explicármelo todo, pero no quiero que sufras —dijo, acariciando el rostro atemperado de Ashzar y calmando su dolor con una mano cálida—. Ojalá recordara todo lo que he olvidado y la muerte de Konogan no hubiera sido en vano. Últimamente todo me sale mal, desde que me encontré con Killian y River en aquel bosque. He destrozado muchas vidas.

Cómo echaría de menos a Konogan, cuando jamás habría esperado su muerte. Se puso tensa cuando el vampiro la refugió entre sus brazos, pero no luchó con él mientras le acariciaba la espalda. Era reconfortante.

—Tú no destrozas la vida de los demás. Son ellos los que se desviven o maquinan por ti. Eres atractiva, princesita, todos darían o quitarían algo por ti. Pero Konogan no murió en vano —dijo Ashzar—. Lo que pasa es que todavía no ves todo lo que hizo por vosotros.

—¿Y llegaré a verlo?

—Eso no puedo decírtelo, la que puede vislumbrar el futuro de los dos eres tú —ironizó Ashzar—. Pero ayudaría que no hicieras cosas como la que hiciste en el Estrecho. Aprovecha para vivir ahora, porque luego quizás ya no tengas oportunidad. Y si quieres salvar a alguien antes del fin, te necesitan con la mente clara. Me estoy cansando un poco de ser paciente con tu temeridad, Eyrien. Me has llamado, y he venido. No volveré a separarme de ti hasta que me lleves hasta los Sabios.

—Lo sé —dijo Eyrien, y suspiró—. Siento lo de tu hermana. Y que tú sufras.

—También lo sé. Pero es estúpido que sufras por mí cuando sabes que quiero matarte.

Eyrien se echó hacia atrás y le observó fijamente.

—Esa mirada ya me gusta más —dijo el vampiro sonriendo ante su acceso de ira.

—Te llevaré hasta los Sabios —aceptó Eyrien—, porque me parece justo que tú también tengas tus respuestas. Pero necesito que antes hagas algo por mí.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó Ashzar alzando una ceja.

—Porque así podría creerme que quieres ayudarme. Y porque eres el único que puede hacerlo, y te lo estoy pidiendo y además eso hará que lleguemos más rápido a nuestro destino. A los vampiros no os afectan las Flores del Sueño.

—No, no nos afectan. Te escucho.

—Quiero que llames a Elhara para que venga a buscar a Tristan y lo lleve a Arsilon —dijo Eyrien—. Merece reunirse con su esposa. Y quiero que le pidas a Salma que trate de comunicarse con los vampiros del Continente Sur, para ver si ellos pueden explicarnos qué está pasando allí. Necesito que me digan si están bien en Niaranden y Boreanas.

—No creo que lo estén —adivinó Ashzar.

Eyrien negó con la cabeza, y vio angustiada en los ojos del vampiro que no se equivocaba.

—¿Y por qué tiene que ser Salma?

—Porque quiero que tú envíes otro mensaje. Necesito que te pongas en contacto con todas las casas élficas y las conmines a enviar a sus herederos a reunirse en Arsilon.

Ashzar se rió.

—Tu hermano Asier siguió mis indicaciones porque es bastante temerario y estaba preocupado por ti. Pero los elfos no van a hacer lo que yo les diga porque sí.

Eyrien apretó los labios.

—Diles que la luz de Deneb —dijo traduciendo el significado de su nombre élfico— los conmina a reunirse en el centro de la Estrella de Verano. Así te harán caso.

—Has sido muy valiente en confiarme algo así —dijo Ashzar con una sonrisa—. O muy tonta.

—Espero que muy valiente —dijo Eyrien—. Pero es la única forma de reunirlos a todos. Y ha llegado el momento de tomar decisiones. Estoy cansada de luchar sin llegar a ninguna parte.

Ashzar la miró largamente, pues incluso él veía el cambio que se apreciaba en la Dama. No sólo su vestido era negro, también lo era ahora el color de su alma exhausta. Y quería venganza.

VII

Lugar de muchos encuentros



En Arsilon pasaban los días, y River empezaba a desesperar. Una semana después la gente todavía lo miraba raro, y eso que todos los que sabían la verdad simulaban que nada había cambiado. El Maestro Obiun, sin embargo, seguía tratando de hacerle ver que se debía a los suyos, que sus padres habían muerto por defender a los Magos y que por mucho que él le fuese leal a Eyrien, ella acabaría por dejarlo de lado. Él no era un elfo, le repetía Obiun una y otra vez, y no era el único que tenía discursos amargos; muchos compartían la desconfianza de Obiun. La ciudad parecía un polvorín a punto de explotar. Los Magos elevaban sus voces de descontento cuando se reunían, y los que no deseaban enemistarse con los elfos callaban por temor a los reproches de sus vecinos. Los Bajos humanos, que solían respetar y temer a los Altos humanos, desesperaban y los increpaban por poner en peligro la paz de la Alianza. Fereya, que se daba cuenta de todo, callaba. Seguía ilusionada para parecer una Alta humana y a los demás se les había dicho que era una hechicera proveniente de una de aquellas extrañas sectas de Udrian que adoraban a los elfos, y como se mostraba distante los demás la dejaban tranquila tachándola de soberbia y remilgada. A Fereya eso la hacía reír pero Freyn, fiel reflejo de la opinión del resto de los enanos, estaba llegando a los límites de su paciencia con los Magos.

Para pasar el tiempo de aquel caos, River solía bajar a los establos para ver a Adrastea, la yegua que lo acompañara en su primer viaje con Eyrien. Allí se encontraba a menudo con Ennia, una de sus antiguas compañeras de clase. Pero al Centro Umbanda no quería volver, pues lo ponía enfermo oír a sus antiguos compañeros hablar cada vez con más desdén de los elfos, mientras a él lo adulaban y trataban de sonsacarle una y otra vez cualquier información sobre lo que había sido de él en sus misteriosos viajes. Que ya no iba a clase era un hecho, pero él callaba. No quería discutir con nadie, nervioso como estaba por la larga ausencia de sus seres queridos. Pero se alegraba de tener a su prima a su lado. Lyra se había ganado el respeto del resto de los Magos, pues aunque menos poderosa también ella pertenecía a la Casa de los Tres Elfos, y además era hermosa y un encanto. Con su tía en cambio, River hablaba lo menos posible.

Cuando al fin se trasladó a los estudiantes mayores del Centro Umbanda al castillo, y por tanto también a sus tutores Obiun y Mirena, River trató de desaparecer de la vista. En espera del regreso de sus amigos y de la llegada de los niños de Udrian se refugió en la Biblioteca, y había sido allí donde se había acordado de los manuscritos de Nathaniel el Ideólogo. Se los pidió a Hedar y empezó a estudiarlos. No había mucho de las memorias de Antigua Suria, pues todo lo que rondaba el milenio de antigüedad, justo cuando surgió el primero de los Esigion de Maelvania, había desaparecido misteriosamente. Pero por lo que se traslucía de las crónicas de sus lejanos antepasados, Suria había sido un lugar rico y fértil, lleno de gente respetuosa y sensible que se dedicaba a las más diversas formas de arte. Los antiguos surianos eran amigos de los elfos,

especialmente de los del Mar, y éstos los instruían y los ayudaban, y los trataban con cordialidad. Habían sido tiempos felices, que nunca volverían aunque volviera la paz.

Aquella tarde, sin embargo, el primero de abril, cuando ya llevaban diez días en Arsilon, River se había olvidado al fin de todo y de todos, y se había sumergido tanto en la lectura de los diarios de Nathaniel que se había olvidado de comer. El fallecido Ideólogo había escrito mucho sobre el estado actual del Continente Sur gracias a lo que había averiguado por los maelvanienses de Selbast. Parecía que Nathaniel estaba convencido de que si se lo arrebataban a los Nigromantes, el Sur podría ser habitable de nuevo con la ayuda de los elfos. Las Llanuras Áureas, que todo lo erosionaban, podían volver a retroceder. Y por lo que Nathaniel escribía, cualquiera que había llegado a la misma conclusión antes que él había desaparecido sin dejar rastro.

—Ian tiene que ver esto —murmuró para sí, pero sabía que el rey estaba muy ocupado.

Se lo enseñaría a Killian cuando volviera, decidió, cuando oyó que se abría la puerta de la Biblioteca. Esperó que no fuera Obiun con otro de sus sermones. Si tenía que hacer caso al Maestro, River debía considerarse a sí mismo un regalo de los dioses para su disminuida y maltratada raza. Torció el gesto, esperando, pero no era Obiun quien acudía a su encuentro.

—¿River? —oyó la voz de su prima Lyra, excitada e impaciente.

—Estoy aquí —gritó a su vez.

Mientras recogía los legajos desparramados por la mesa, Lyra apareció entre las viejas estanterías repletas de volúmenes antiguos. Los cabellos cobrizos le caían en una cascada brillante sobre el corpiño del vestido verde, que realzaba el color de sus ojos. Como decía Ennia, la única de sus compañeras con quien River mantenía todavía la confianza de antaño, Lyra era la versión femenina de sí mismo.

—Corre, ven —le dijo Lyra tirándole de la manga.

—¿Qué pasa? —le preguntó River dejándose arrastrar.

—Fereya ha dicho que se acerca Elhara con un jinete y pronto estará aquí. No es Eyrien —se apresuró a aclarar Lyra—. Pero dice que trae noticias. Todos se están reuniendo en el patio.

River siguió a su prima hacia las escaleras que subían desde el sótano, mientras se preguntaba a quién podía traer Elhara. Ennia le había dicho que poco antes de que ellos llegaran la Pegaso se había marchado hacia el sur, como en respuesta a una llamada. Impaciente, se apresuró detrás de su prima hacia los claustros del patio posterior del castillo donde el aterrizaje de un Pegaso podía pasar casi inadvertido. Pero con la cantidad de gente que pululaba últimamente por el edificio, el secretismo era imposible y había allí todo un comité de bienvenida. Ian estaba con Hedar y Liana. Freyn y Fereya, que seguía ilusionada para parecer una Alta humana, esperaban cerca de ellos. También deambulaban por allí Obiun y Mirena, y los quince ex compañeros de River que habitaban ahora en el castillo.

—¡Eh, River! —lo llamó Ravin—. ¡Alabados sean nuestros ojos que por fin pueden verte!

River se acercó. Ravin era un chico de su misma edad, alto y corpulento en medidas de los Altos humanos, con unos cabellos agranados que delataban que su ancestro fue un Elfo de Greisan con esencia de tanzanita. Había sido un buen amigo, con un carácter impetuoso y guerrero. En ausencia de River, Ravin se había convertido en el líder natural de la clase superior

del Centro. Y era uno de los más críticos con los elfos.

—Hola, chicos —saludó River a sus antiguos compañeros.

Le devolvieron contentos el saludo, y River se sintió mal por evitarles al darse cuenta de que lo apreciaban. Pero ya no era el mismo de antes, y estar entre gente que moriría mucho antes que él le hacía sentirse extraño, como si tuviese una bola de plomo en el estómago. Tampoco le gustaba guardar tantos secretos, ni ver cómo sus amigos se convertían en un problema para la Alianza por culpa de las malas lenguas. Él había sido ignorante como ellos no mucho tiempo atrás.

—¿Quién creéis que viene? —dijo una de las chicas—. ¡Nunca creí que llegaría a ver un Pegaso!

—Quizás es un elfo —dijo otra, esperanzada—. ¿Quién si no montaría un caballo alado?

Ravin torció el gesto.

—Lo dudo mucho —espetó con desdén—. Los elfos no van a molestarse en venir hasta aquí cuando tienen todavía hogares bonitos y seguros en los que retozar sin miedos.

—No sabes cuánto te equivocas, Ravin —le recriminó Lyra.

La Maga miró fugazmente a Fereya, consciente de que su fino oído tenía que haberlo escuchado todo. River si limitó a suspirar sin poder evitarlo y se acercó a Ian, Hedar y Liana. Ellos también se preguntaban quién venía; sin duda Fereya tenía que saberlo pero si no se lo decía por propia voluntad no iban a preguntárselo.

—No es la primera vez que Eyrien envía a alguien en sus Pegasos hasta nosotros —dijo Hedar.

—No son sus Pegasos —corrigió Liana sin pensarlo, los ojos anaranjados fijos en el cielo.

—Si ha sido ella, y no me cabe duda, es que está bien —dijo Ian palmeándole el brazo a River.

Él sí miró ahora a Fereya: en su falso rostro de Alta humana no había alivio ni tranquilidad.

—Ahí vienen —anunció la elfa ocultando el timbre sobrenatural de su voz.

Y había esperado a decirlo a que Elhara estuviera lo suficientemente cerca como para que los ojos humanos pudieran verla. Los murmullos que se alzaron desde el grupo de los compañeros de River estaban llenos de excitación. River mismo se protegió los ojos de los últimos rayos del sol y fijó la mirada en la Pegaso que se acercaba rauda hacia ellos, una mancha plateada en el cielo rosado. Miró al jinete, adivinando unos cabellos rojizos que le resultaban muy familiares.

—Qué... ¡Es Tristan! —dijo asombrado cuando Elhara planeó con lentitud sobre el patio para posarse suavemente en la hierba.

—¿El que se ocupó de... de Eyrien? —preguntó Ian.

River asintió. Tristan parecía tan sobrecogido como emocionado por el vuelo. Mientras se bajaba de un salto del alto lomo de Elhara, el Mago de Quersis miró a su alrededor sorprendido ante la cantidad de gente que le estaba esperando. Cuando vio a River lo embargaron la alegría y el alivio. Tristan lo sujetó de los hombros y después de abrazarlo lo apartó lo suficiente para mirarle de arriba abajo con ojo crítico. River adivinó que, de alguna forma, Tristan se había enterado de todo lo que había pasado desde que abandonaran su granja el año anterior.

—Luego hablamos de eso —le dijo telepáticamente.

Tristan miró a su alrededor con sus brillantes ojos negros y asintió.

—¿Has visto a Erynie? —dijo River en voz alta, llevándolo junto al rey.

A Tristan le costó reaccionar, confuso por el nombre, pero luego asintió otra vez.

—Ahora podemos hablar tranquilos —dijo Fereya de pronto, señalando a Elhara.

La Pegaso se había alejado un poco de ellos y los Magos estudiantes, defraudados porque el recién llegado fuera un simple humano, la seguían para observarla. Seguro que Fereya le había pedido a Elhara que mantuviera a los jóvenes distraídos, y hasta se dejaba acariciar. Aunque a Obiun no era tan fácil engañarlo y se quedó con ellos, tan deseoso como los demás de escuchar las noticias de Tristan.

—¿Entonces la has visto? —insistió River cuando Tristan se hubo presentado ante el rey y Fereya.

—Sí, la he visto —dijo, y les relató cuanto había sucedido desde que Ashzar apareció en su granja quemando su jardín—. Por lo que me explicó esa súcubo, Salma, la Dama debió destruir a todo un ejército, y venció al guerrero Soneryn después. Estaba bastante mal cuando llegué a Selbast, pero los elfos se recuperan rápido.

Miró a Fereya, que asintió.

—¿Y por qué no ha vuelto contigo? —le preguntó River.

Tristan frunció los labios.

—Le pidió a Salma que llamara al vampiro Ashzar. Cuando me envió aquí, ya estaba con ella. Creo que tenía cosas que hablar con él. Le pidió algo. Y además todavía no estaba recuperada, yo mismo le dije al vampiro que la Dama debía convalecer unos cuantos días más.

—¿Se ha quedado con el vampiro que la atacó? —dijo Lyra, asombrada.

Pero los demás callaban. Freyn miraba al suelo, pensativo. Liana torció el gesto, como si la idea le pareciera hoscamente divertida. Ian simplemente estaba pálido. La expresión de Fereya era inescrutable, como siempre.

—Sí, se ha quedado con él —dijo Tristan—. Pero no creo que le hagan daño; esos vampiros parecían bastante... civilizados. Y ella tendrá sus motivos.

Tristan calló unos segundos, como si estuviera manteniendo una discusión consigo mismo. Luego pareció recordar que los demás esperaban sus noticias.

—Me pidió que os diera un mensaje, mi rey —le dijo a Ian—: 'Debes movilizar tus tropas y limpiar de enemigos el bosque de Dreisar. Los niños de Udrian están por llegar, y no van a ser los únicos huéspedes que recibas'. Y añadió que no os preocuparais por los víveres y los recursos, que ella se encargaría de eso cuando llegara.

Ian parpadeó, pero asintió; las órdenes de Eyrien se cumplían y punto.

—¿Qué más huéspedes vamos a recibir? —preguntó Hedar, preocupado por la falta de espacio.

—Elfos —dijo Fereya—. Todos los herederos de las Casas Élficas han recibido un mensaje de Eyrien a través de Ashzar: que se dirijan hacia aquí, a Arsilon, y la esperen.

Los demás empezaron a hablar, excitados por la cercana reunión de feéricos, sus motivos, cómo los alojarían junto con los Magos, y otro sinfín de problemas. Freyn le decía a Fereya que su primo, Phyros de Vulcania, estaba vivo, acudiría también a Arsilon desde donde estuviera. Pero River ya no siguió escuchando la conversación, todo eso le importaba poco ahora.

—Ya te dije que no debías poner tu corazón en manos de Eyrien —le dijo su tía mentalmente.

Al levantar la vista, River se encontró con la mirada de Obiun. Él no tenía expresión feliz, pero parecía estar diciéndole que hablarían luego. River ya no sabía qué pensar, ni qué sentir. Cuando llegara, Eyrien tendría que explicarle muchas cosas. Aunque quizás Obiun tenía razón y él no tenía ningún derecho a exigirle explicaciones; al fin y al cabo era un simple humano, y ella el tesoro de los elfos.

Pero entonces, ¿por qué le había besado? ¿Por qué se había mostrado tan tierna con él? No creía que simplemente hubiera jugado con él. No lo entendía, quizás jamás lo haría. Suspiró. Estaba deseando que llegara Killian, con él podía hablar, y le comprendería. De momento, sólo quería alejarse de todos y estar a salvo de sus bisbiseos.



Pocos días después el príncipe Killian, ignorante de los problemas que encontraría al llegar a casa, sintió un homrigueo de emoción cuando finalmente aparecieron ante él las altas y claras murallas de Arsilon. Fuera ya no quedaban casas habitadas pero los agricultores salían de día de la ciudad, protegidos por un batallón de soldados que vigilaban las lindes del bosque, y volvían a la seguridad de la fortaleza al atardecer. Ahora, siendo de mañana, muchos rostros se alzaron en los campos para ver llegar de nuevo a su príncipe, y soltaron las herramientas para aplaudirle y aclamarle. Por una vez Killian se sintió un poquito merecedor, ya por fin, de aquellos elogios que le prodigaba su pueblo. Sonrió a Asier, que caminaba a su lado. El apuesto Elfo de Siarta seguía ilusionado, como si no le costara nada tratar de parecer humano. Y miraba a su alrededor con la misma curiosidad del primer día.

—Tu pueblo se alegra de verte —dijo Asier—. Aunque siento una tensión mal contenida en la ciudad. Fereya dice que tienen muchas cosas que explicarnos.

Killian suspiró y le miró con cierta ansiedad.

—Me avergüenza decirlo, pero creo que mi gente no te daría la misma bienvenida si supiera que eres un elfo.

—Lo sé, y no es culpa tuya. Es muy loable por tu parte que te responsabilices de los actos de los tuyos, pero no puedes culparte de sus pensamientos. Sobre todo si ha habido otras personas alimentando sus recelos mientras tú estabas fuera. Además son los Altos humanos, no los Bajos humanos, los que desprenden ese recelo hacia nosotros. Siempre han sido los Magos.

—Y aun así eso cambiará si depende de mí —dijo Killian.

—Te creo —le dijo Asier—. Mi padre tiene fe en ti, como la tuvo en tu tío. —El elfo chasqueó la lengua al percibir su brote de angustia—. Olvídate de la Profecía. Yo no pienso en ello.

Siguieron caminando en silencio, acercándose a Arsilon precedidos por la noticia de su llegada. La gente los miraba asombrada, pues su príncipe regresaba victorioso de magníficas hazañas que se explicaban por toda la ciudad, y el supuesto Mago que caminaba a su lado era más apuesto que ningún otro hombre al que hubieran visto hasta aquel momento. Los seguían además muchos soldados, caballeros, Magos y refugiados. Al menos tres centenares de personas con las libreas de Selbast y Gevinen seguían a su nuevo príncipe. Y estaba claro que lo idolatraban. No

menos expectación causaron los prisioneros que custodiaban los soldados del capitán Aston, pues casi ningún arsiloniano había visto a un Mago Vodun antes.

Killian no pudo evitar ponerse un poco colorado ante tan multitudinario recibimiento. Superaba con mucho el del día de su coronación, y le costó unas dos horas llegar hasta los terrenos del castillo, pues se detenía allí donde la gente se reunía para aclamarlo. El príncipe palmeó el brazo del capitán Aston en varias ocasiones, pues las noticias sobre su heroica huida y regreso a Selbast también se habían extendido y los arsilonianos le dedicaban salvas de aplausos. Killian estaba contento de tener al capitán selbastiano a su lado; Aston se había negado a permanecer en su ciudad y abandonarlo.

Cuando llegaron al patio del castillo, Killian aceleró el paso. Sonrió de oreja a oreja cuando vio a Ian y a River al frente de un montón de gente y se acercó a ellos a largas zancadas. No dejó que la decepción por no ver por allí a Alana le ensombreciera el momento.

—¡Tío! ¡River! —exclamó, y los abrazó a ambos.

Saludó después a Fereya, a Freyn, a Lyra, de quien había oído hablar mucho pero a quien veía por primera vez, y al resto de los altos personajes de la Casa de Arsilon. Mientras tanto Asier se acercó a Fereya. Se besaron con discreción, pero se tomaron de la mano y ya no se soltaron. Parecían indiferentes a que tanto hombres como mujeres los observaban con deseo, y Killian tuvo la sensación de que hablaban en silencio de muchas cosas. Esperaba enterarse tarde o temprano de algunas de ellas, pues le sorprendía no ver allí a Eyrien. Asier había estado taciturno gran parte del camino pero no le había explicado por qué.

—Así que ya tienes tu propio ejército, ¿eh, hijo? —le dijo Ian mientras las filas de seguidores del príncipe seguían entrando en el patio, tratando de mantener una formación.

Killian se frotó la nuca, sin saber qué decir. Aquellos días había actuado como mejor creía, pero no había tenido en cuenta la opinión de su señor. El rey le palmeó el brazo.

—Me parece estupendo. Parece ser que has sumado una nueva facción a la Triple Alianza. La Cuarta Alianza, han empezado a llamarla en la ciudad. Y espero que crezca —susurró Ian.

Killian le miró interesado, preguntándose qué tenía pensado su tío para aquella nueva coalición inesperada.

—Estoy seguro de que harás grandes cosas, hijo —dijo Ian—. Entremos, y nos lo explicas todo.

El príncipe tuvo la sensación de que a él también tenían que explicarle muchas cosas. La expresión de River, pese a que estaba seguro de que su amigo se alegraba de verle, era más sombría que nunca. Y Freyn, cuyo rostro era como un libro abierto, era la viva imagen de la preocupación.



Aquella misma noche, después de haber hablado mucho y escuchado otro tanto, Killian se arrellanó en uno de los sillones del salón, contento de estar en casa pero preocupado por las noticias que había recibido. Lo que más le disgustaba era lo que atañía a River. En la sala, sin

embargo, reinaba por un rato la calma. Freyn pulía una figurita de madera a su lado, con movimientos suaves y delicados. Era un Pegaso, y el enano llevaba muchos días haciendo aquellos hermosos juguetes; estaban seguros de que pensaba regalárselos a aquellos hermosos juguetes; estaban seguros de que pensaba regalárselos a los niños udrianos cuando llegaran. Algo más allá River enseñaba a Lyra el conjuro para protegerse de la lluvia bajo la atenta mirada de Liana, que hacía emerger agua de un balde y la dejaba caer sobre ellos en forma de lluvia para comprobar sus avances. Los tres Magos se reían, y por una vez parecían una verdadera familia. Se querían. Pero River seguía ensimismado y decaído, y a Killian no le extrañaba. Saber que Eyrien estaba con Ashzar lo había dejado asombrado, pero para River debía ser aún peor. Aunque Asier y Fereya lo conminaba a mantener la calma.

Los elfos se habían retirado ya, les debía resultar irritante hacerse pasar constantemente por Altos humanos cuando éstos además los vilipendiaban. Además la pareja llevaba tiempo sin verse, era normal que les apeteciera estar solos. Eso le hizo pensar en Alana. Ella le prometió que vendría. Y le angustiaba la idea de no volver a verla nunca más. Miró a Ian, que estaba reclinado en una otomana cercana, observando ensimismado el fuego.

—Tío —lo llamó—. ¿Qué te parecería que la próxima heredera de Arsilon fuese una mujer?

—¿Si tú tuvieses una hija? —repuso el rey.

—Si todo lo que tuviera fueran hijas —apostilló Killian.

—Pues me parecería bien, hijo —dijo Ian, desconcertado—. Las mujeres tienen un sentido común del que lamentablemente los hombres carecemos a veces. Yo siempre bromeaba con tu madre diciéndole que tenía que haber nacido ella antes, porque sin duda sería mejor reina que yo.

Ian calló, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea. Parecía ahora un poco más viejo y mucho más triste, pero pronto se sobrepuso y sonrió.

—¿Por qué lo preguntas?

Killian se encogió de hombros, y notó que se ponía rojo. Además, era mejor no hacerse ilusiones. Siguió gozando en silencio de la mutua compañía hasta que tanto el rey como Liana se fueron a dormir. Lyra y River se reunieron con Killian junto al fuego, pero de repente River se levantó y dijo que volvería enseguida. Cuando lo hizo, traía varios legajos con páginas marcadas entre los brazos. Incluso Freyn dejó de pulir la figurilla para mirarle.

—¿Son los manuscritos de Nathaniel que has estado estudiando tanto? —preguntó Lyra.

—Sí —dijo River—. Tienes que verlos, Killian. ¿Te acuerdas lo que hablábamos en el pasado sobre lo que haríamos si devolviésemos la libertad al Continente Sur? ¿Cómo hacerlo un lugar habitable de nuevo? Pues Nathaniel sabía cómo hacerlo. Tienes que echarle un vistazo a esto, como futuro rey de Arsilon. El rey actual está demasiado ocupado con los problemas que ya tenemos.

—Lo haré —dijo Killian sorprendido, y sonrió—. Pero si yo soy el futuro rey de Arsilon, esto te convierte en el futuro consejero y amigo-hermano del rey. No te quites responsabilidades.

La sonrisa de River fue forzada.

—No estoy seguro de quién soy —dijo.

Lyra le pasó una mano por el brazo mientras River se levantaba y se alejaba hacia la puerta. Se

fue dándoles las buenas noches con tono cansado. Lyra hundió los hombros con tristeza cuando Killian la interrogó con la mirada; recogió las piernas sobre el sillón.

—Aunque intente ocultarlo está bajo mucha presión —dijo—. Tiran de él desde tantos lados que ya no sabe hacia dónde moverse. Y está enfadado con Eyrien, ya no sabe cómo defenderla con las cosas raras que está haciendo.

—Así que Obiun está consiguiendo lo que se propone —dijo Freyn pasando los dedos por su figurita del Pegaso para quitarle el polvillo; era la viva imagen de Elhara—. Y lo siento mucho, Lyra, pero la tozuda de tu madre no ayudará en nada.

—Lo sé —musitó la Alta humana.

—Voy a hablar con River —dijo Killian levantándose—. Pero espero que Eyrien venga pronto y lo arregle todo.

—Yo también —dijo Freyn, más serio de lo que era habitual en él.

Killian fue en busca de River, aunque no sabía cómo consolarlo. El relato de Tristan había sido asombroso.



Con el amanecer el castillo volvió a ser un hervidero de emoción, cuando Asier anunció que tenían más visitantes en camino. Esta vez era Procyon el que sobrevolaba las zonas más desiertas del bosque de Dreisar, y llegaría al mediodía. Killian no se atrevió a preguntar si Eriesh venía solo y esperó en el patio, ansioso. De repente sintió que le palmeaban el brazo y se giró para ver a River que, más descansado después de pasarse toda la noche hablando, le guiñó un ojo.

—Ella también viene —le susurró el Mago cuando el sol ya había sobrepasado el cenit.

Killian se limitó a asentir, con la mente clara. De pronto se sentía responsable, protector. Sabía que a Alana no le gustaría nada estar allí, con toda aquella gente mirando. Tantos hombres.

—Aston —llamó al selbastiano. Lo había nombrado capitán de la Cuarta Alianza, pero Aston se empeñaba en comportarse como su guardia personal—. Haz que la gente se aparte, por favor.

Aston asintió con la cabeza y con ayuda de la Guardia Gris del castillo hizo espacio en el patio. Los murmullos se acrecentaron cuando el Pegaso dorado, más grande que Elhara, apareció en el cielo. Los estudiantes del Centro Umbanda estaban muy excitados, especialmente porque aquella vez el Pegaso llevaba a dos jinetes y ambos estaban encapuchados. Cuando Procyon se posó sobre el césped cubierto de rocío, la figura más alta saltó con agilidad al suelo. Cuando se bajó la capucha, Eriesh tenía los cabellos de color rubio ceniza recogidos en una cola que ocultaba sus orejas puntiagudas. Sus labios aparecían rosados y su piel había perdido su tono grisáceo. Los Magos del Centro Umbanda suspiraron, un poco desilusionados al creerle un simple Mago. Si ellos supieran, pensó Killian.

—Otro miembro de esa extraña secta de seguidores de los Elfos de Nórdica —dijo Freyn para que los estudiantes lo oyeran.

—¿Y éste tiene novia o estará libre? —se oyó murmurar a alguna chica; les había decepcionado que Asier no se separara de Fereya—. Es muy guapo.

Eriesh saludó con la cabeza a los dos Elfos de Siarta que estaban junto a Ian, mientras el otro jinete saltaba de la grupa de Procyon. No pasaba desapercibido que se trataba de una mujer. Quedándose junto al Pegaso, como si desde allí controlara mejor la situación, Alana se bajó la capucha revelando su hermosísimo rostro cubierto de filigranas azules.

—¡Una Amazona! —exclamó Ravin asombrado, mientras los demás exhalaban gemidos de asombro.

Alana miró a su alrededor con la barbilla alzada, desafiante. Sus ojos azul-dorados brillaban, y la mata de cabellos trigueños se arremolinaba sobre la capa y alrededor de su cuello. Bajo la capa se adivinaban un arco y dos magníficas espadas, la suya propia y la de Ashzar. Cuando vio a Killian, Alana se dirigió directa hacia él y se quedó a su lado. Los demás todavía la miraban boquiabiertos, casi tanto como si se hubiese tratado de un elfo. Los hombres no podían apartar los ojos de ella y las mujeres cuchicheaban.

—Nos alegramos de verte aquí, Alana —le dijo Killian.

—Te dije que vendría —respondió la Amazona, aunque no sin amabilidad—. ¿Quién es tu rey? —le preguntó recalando bien que no lo consideraba también el suyo.

—Ven conmigo, por favor —le dijo Killian.

Cuando se giraron hacia él, Ian tenía cara de haber entendido ya perfectamente a qué venía la extraña pregunta de la noche anterior. Miró a su sobrino con cariño, pues éste había entregado su corazón a una dama igual de inaccesible que la que River deseaba.

—Rey de Arsilon —dijo Alana sin inclinarse ante él—, vengo a hablaros en nombre de la reina Calista de Amazonia. Aunque no os reconocemos como soberano ni lo haremos nunca —aclaró desafiante, ignorando los murmullos—, mi reina ha decidido que quizás ha llegado la hora de que pactemos una tregua y nos aliemos en estos tiempos de necesidad. Están de camino tres diplomáticas que harán de representantes de mi pueblo aquí, en tu ciudad. Calista me ha pedido que os diga que si llega el día en que haya que defender o atacar el Estrecho del Abismo, contaréis con la ayuda de las Amazonas. Mientras os mostréis merecedores de nuestra amistad.

Los murmullos continuaron, porque tan extraño era ver a una Amazona en Arsilon, algunos de los presentes ni siquiera confiaban en que existieran, como que éstas además les ofrecieran su ayuda. Según decía Eyrien, la reina Calista era una mujer que rondaba ya los cincuenta años, aunque su aplomo fuera el de una joven de veinte. La vida la había endurecido, pero su fe en la justicia y el honor no se había quebrado jamás. Y ahora que su ira aumentaba cada día al sentirse acorralada por sus enemigos, era un verdadero milagro que se hubiese avenido a tener tratos con un reino de hombres. Ian se inclinó ante Alana.

—Sé de buena tinta que las Amazonas sois grandísimas luchadoras —dijo Ian—. La reina Calista contará con mi gratitud y mi respeto tanto tiempo como yo viva y después.

—Dad las gracias a vuestro sobrino, y al Mago —dijo Alana—. Si no fuera por ellos, esta alianza jamás hubiese ocurrido.

La gente desvió la mirada hacia los herederos de su pueblo, preguntándose cómo habrían conseguido ganarse la amistad de las Amazonas.

—Lo sé. Estoy muy orgulloso de ellos —confesó Ian con una sonrisa franca—. Y no menos

complacido y honrado me siento por haber tenido el honor de conocerte, valiente Alana. Nunca antes una Amazona había venido a agradecer este castillo con su presencia. Considéralo tu hogar tanto tiempo como gustes. Que espero que sea mucho.

Killian cambió el peso de un pie al otro, inquieto pero conmovido.

—Ahora si ambos sois tan amables —dijo el rey dirigiéndose también a Eriesh—, nos acompañaréis dentro y os sentaréis con nosotros a compartir noticias después de que descanséis.

Eriesh entró con Asier y Fereya. Ian atendió a Alana con tanta cordialidad que incluso la Amazona tuvo que sentirse bienvenida y dejar de ser brusca. Sin embargo no se separó de Killian e ignoró a la gente que aún la observaba. Freyn se reunió con ellos, mientras Ennia se ocupaba de acompañar a Procyon a los establos.

—Te agradecemos mucho que hayas venido —le dijo el enano a Alana.

Ella frunció los labios.

—Gracias. ¿Pero tendremos que estar rodeados siempre de tanta gente?

—No, claro que no —dijo Killian—. Yo me encargaré de que te sientas lo más cómoda posible.

Aun así River soltó una carcajada amarga, pues entendía a la Amazona. Ahora no era el único al que miraban como si fuera un bicho raro. Alana le miró.

—Tú tampoco pareces muy contento de estar aquí, ¿verdad, Mago?

—¿Acaso ahora eres empática como un elfo?

—No. Sólo hay que verte la cara. Y estás más delgado.

River torció el gesto. Tenía que reconocer que estaba bastante amargado y Alana, aunque no fuera un elfo, tenía el espíritu observador de las Amazonas. A diferencia de él, la joven estaba más hermosa y decidida que nunca. No le extrañaba que Killian se hubiese enamorado de ella.

—Déjame que te presente a mi prima —dijo River llamando mentalmente a Lyra—. Con ella te llevarás bien. Te lo prometo.

Alana se mostró recelosa mientras Lyra se acercaba, y le estrechó la mano sin mucho interés. Sin embargo la Maga seguía sonriendo, impermeable a la desconfianza de la Amazona.

—Te acompañaré a tu habitación —le dijo Lyra—. Cuando mi primo me dijo que vendrías me ocupé de reservarte un cuarto bien lejos de los Magos y cerca del de Eyrien. No te preocupes, no te molestaré. Cuando te canses de mí puedes echarme de tu lado, sé que soy una simple mujer de tierras de hombres. Pero puedes llamarme siempre que quieras, cuando te sientas sola.

Lyra se adelantó con Alana, que miraba ahora a la Maga con menos desprecio y más interés.

—A ver si vas a tener que preocuparte, príncipe —bromeó Freyn.

Killian sonrió, pero se estaba preocupando en serio. River le pasó un brazo por los hombros.

—A mi prima no le gustan las mujeres. Oh —dijo, y sonrió con picardía—. Lyra me dice que Alana quiere encontrarse contigo de aquí a una hora para hablar.

Ahora Killian sí se sintió más tranquilo. Aquello distaba mucho de ser una cita pero que Alana quisiera hablar con él, aunque fuera sobre cosas de la guerra, era ya mucho más de lo que podía esperar.



Tres días después los niños de Udrian llegaron a la ciudad. Lo hicieron por la poterna de la muralla, para evitarles los chismorreos de los ciudadanos y ocultarlos de los posibles espías Cáusticos de la ciudad. A medida que entraban por el pasadizo los custodios que los habían acompañado se fueron despidiendo de ellos. Muchos niños lloraron al tener que separarse de los inmortales que los habían acompañado, pero así tenía que ser. Los Elfos de los Bosques Leñosos debían volver a su territorio y defender las fronteras de Nórdica en el este. Tan sólo Betadur, heredero de su raza y cuatro de sus acompañantes permanecerían en Arsilon.

Durante los días siguientes, todos se volcaron en hacer que los niños se sintieran más a gusto posible pese a estar tan lejos de sus padres y de las tierras tranquilas y frías que eran lo único que habían conocido hasta entonces. Los juguetes de Freyn ayudaron. Tristan fue feliz de poder reunirse al fin con su esposa, aunque Shane no comprendió por qué de vez en cuando la abrazaba con tanta fuerza. Y Arla de Udrian, que tenía la misma cara de eterna tristeza que la última vez que la vieran, se reunía a menudo con River y parecía animarse cuando paseaban por el jardín. También se hizo amiga de Lyra y hasta Alana la toleraba. River se sentía cómodo con ellas y con Killian. Casi normal. Pero Obiun seguía acicateando a sus alumnos mayores contra los elfos, y tratando de convencerle a él de que debía dar a los suyos la oportunidad de ganar si tenían que enfrentarse a una lucha.

—Míralos —le dijo una vez que lo llevó a los terrenos del Centro Umbanda, desde donde podían ver a los niños jugar a la hora del recreo—. Esto es todo lo que queda de nuestra raza. Y no sólo son nuestra esperanza para el futuro, también son niños que están asustados. ¿Quieres dejar que sigan sufriendo sin que hagamos nada? Si nos revelas la lengua de los elfos, podríamos protegerlos. Y si no quieres revelárnosla, al menos conviértete tú en nuestro defensor. Eres el tesoro de los Altos humanos igual que Eyrien lo es de su pueblo. Eres poderoso ahora, el único de los nuestros que puede oponerse a ella.

—Yo jamás podría vencer a Eyrien, Obiun —dijo River con desdén.

—No hablo de vencerla en la lucha, pero sí de preguntarte si trata de protegernos a los Altos humanos también o sólo nos utiliza. Sé que la quieres pero abre los ojos, River. Pregúntate si ella te quiere a ti.

River ya no sabía nada. Entre unos y otros seguían llenándole la cabeza de tantas historias que él ya no conseguía sacar ninguna conclusión en claro. Por eso cuando aquel mismo anochecer Asier les informó de que su hermana ya estaba en camino, River reaccionó con un simple nudo en la garganta mientras los demás lo celebraban.

—¿Viene sola? —le preguntó mentalmente a Fereya.

La elfa mestiza le sonrió comprensiva desde el otro lado del salón, sus ojos brillando con la misma intensidad que el fuego de la chimenea.

—No, no viene sola.

River se limitó a asentir. Quería confiar en Eyrien, tener fe en ella, pero se sentía

decepcionado. Tanto se había esforzado por protegerla del vampiro, y ahora venía con él.

Mientras tanto, antes de que ella llegara lo hizo Islandis, con su pequeña corte de elfos guerreros entre los que se encontraba Nayara, la elfa de la turmalina que le regalara la pulsera de cristal rosa a River en Sentrism. Islandis abrazó a River con cariño, y poco después había desaparecido con Eriesh en el bosquecillo, ambos ilusionados para parecer Altos humanos. En la misma tarde también llegó Negander desde Quersis con algunos de sus amigos y Umbra, el protector de Eyrien.

Aquella noche el jaguar acudió al encuentro de River en la misma terraza donde éste lo viera por primera vez. Umbra se restregó contra él y se apoyó en su pierna. River le acarició las orejas, maravillado todavía por la belleza de aquel animal.

—¿Esto quiere decir que todavía me quiere? —musitó pensativo.

El jaguar se limitó a seguir mirándole con aquellos grandes ojos ambarinos de depredador. Pero ronroneó y se quedó con él.



Como el rey Ian pero mucho más al sur, en los últimos reductos verdes que se resistían a dejarse vencer por la Llanura Áurea, Esigion de Maelvania recibía a sus gentes en la espaciosa y umbría sala del trono. La estancia era vieja, el castillo había cambiado poco desde que el primer Esigion de Maelvania lo construyera, o eso se contaba por ahí. El único que sabía la verdad era el propio Esigion, el décimo según las cuentas de los cronistas, y ahora observaba desde su trono de granito a los tres hombres que habían traído ante él. Había desprecio en su turbulenta mirada.

—Así que incumpliendo órdenes —dijo lentamente, paladeando el miedo de sus Nigromantes—, huisteis de la batalla y de la elfa como perros con el rabo entre las patas.

—Ella nos lo ordenó, Esigion —dijo el Nigromante de mayor rango, atreviéndose a levantar la mirada hacia el trono en penumbra—. Nos ordenó que os trajéramos un mensaje: que estaba empezando a enfadarse y que renunciáramos a seguir batallando. Destruyó a todo el ejército.

—Sois idiotas —espetó Esigion con desdén—. Si estáis vivos, es porque se compadeció de vosotros. Y no quiero sirvientes así, todavía recuerdo muy bien la traición de Jayden el Rastreador. Se dejó embaucar por la dulzura de los elfos y nos traicionó. Ahora correréis su misma suerte. Marzac, ofrenda esta basura a los guls.

El joven se apresuró a dar órdenes. Hubo un pequeño cruce de conjuros pero los lacayos de Esigion se impusieron y se llevaron a rastras a los tres sentenciados, sin imortarles que hasta ese momento hubieran compartido el rancho. Esigion contempló indiferente la escena. Eso era lo bueno de los humanos, que por mucho que los desecharas siempre podían conseguirse más. Y ahora tenía sangre nueva para ello.

—¿Empiezan a colaborar los prisioneros y prisioneras para repoblar nuestra querida tierra? —le preguntó a Elazar, ironizando el hecho de que los supervivientes de Niaranden se fueran a convertir en sus animales de cría—. ¿Y qué hay de los Elfos del Aire?

—Ya sabéis cómo son los elfos, Mordecai —dijo Elazar, pasándose la mano por la cabeza

rasurada—. Nunca son cooperadores.

—Tengo tiempo de sobra para verlos quebrarse como ramitas secas. Pero asegúrate de que nuestro más ilustre invitado, Beleren de Boreanas, está bien cuidado. No quiero que se deje morir antes de que pueda valerme de él para un buen chantaje. ¿Su gemela no ha aparecido entre los restos de Boreanas?

—No. No estaba entre los cadáveres ni la hicimos prisionera, Maestro.

—Entonces algunos huyeron —adivinó Esigion—. Pero no creo que Maialen supiera lo que iba a pasar y todavía debe creer que tiene un hogar al que volver. Y ahora, ¿qué quieres decirme?

—Mordecai, los informadores nos han dicho que el príncipe de Arsilon ha incluido las Ciudades Neutrales de Selbast y Gevinen en la Alianza. Los nuestros han sido derrotados allí.

—No debemos preocuparnos por eso —dijo Esigion—. Todavía tienen que pelear mucho entre ellos para ponerse de acuerdo, nunca formarán un vínculo fuerte. Además los mortales siguen siendo demasiado cobardes y los elfos demasiado amilanados como para atreverse a atacarnos. Antes de que entiendan el peligro al que se enfrentan, habremos caído sobre ellos. Y mientras tanto, quizás habría que hacer algo con Hermas, antes de que la última gran Ciudad Neutral se una a ellos, ¿no crees?

—Eso creo, Esigion —dijo su servidor, como era de esperar.

—Necesito tiempo para concentrarme. Que no me molesten en unas horas.

Elazar asintió con respeto y salió en silencio de la sala.

En una estancia cercana, los Sabios Videntes de Siarta seguían esperando a que las mareas del mundo pusieran a todos los peones en las casillas que debían ocupar.

VIII

Celos



Aquella mañana amaneció, después de una agradable noche tormentosa, brillante y límpida. La primavera se desplegaba en pleno apogeo, dejando atrás los últimos rastros del invierno. Era el 15 de abril, y hacía un año por aquellas mismas fechas River se entrenaba con Eriesh y se esforzaba en el Centro Umbanda, y su máxima preocupación era volver a vislumbrar por el castillo a la misteriosa y exquisitamente bella Dama de Siarta. Ahora seguía considerándola bella, aun misteriosa, pero el saber que pronto iba a verla le provocaba tantas ansias como dudas.

Se reunió con los demás en el salón en el que desembocaba el pasillo que venía de la muralla. Esta vez sólo estaban los de siempre, y los elfos. Liana, la tía de River, había sido invitada pero a diferencia de su hija se había negado a asistir. Todos estaban excitados, habían echado de menos a Eyrien y querían verla, abrazarla y preguntarle cosas, muchas cosas. Pero River simplemente ya no sabía qué quería de ella. Le gustaría que Eyrien solucionara las cosas. Que como siempre le dijera lo que necesitaba oír, palabras sabias de una boca tan joven como eterna. También quería que su relación volviese al punto en que la habían dejado antes de llegar a las Fortalezas, cuando se besaron bajo la luz de las estrellas. Pero sabía que no ocurriría.

Trató de parecer alegre para no preocupar a nadie, pero Fereya e Islandis lo miraban con piedad. Para los elfos su angustia debía ser clara como si la tuviese pintada en la cara. Evitó mirar a Asier, todavía no sabía cómo reconocer ante el Elfo de Siarta lo que sentía por su hermana. Y se preguntaba hasta qué punto el heredero de Siarta sabía todo lo que había ocurrido entre Eyrien y él. Así que se acercó a Killian, que esperaba a un lado mirando a Alana. La Amazona continuaba mostrándose esquiva, pues aunque había trabado cierta amistad con Lyra y Arla, seguía sin sentirse cómoda en aquella tierra de grandes ciudades y demasiados hombres.

—Ya viene —dijo Eriesh, mientras Asier se adelantaba unos pasos.

Uno de los guardias grises abrió la puerta que daba al pasillo y Eyrien apareció en el umbral. Se había bajado la capucha y algunos fruncieron el ceño. Todavía tenía las sutiles marcas de algunas cicatrices, y su piel no brillaba tanto como siempre. Además seguía vistiendo de negro. Pero aun así, cuando sonrió, seguía siendo el ser más hermoso de cuantos poblaban la tierra. Se acercó a su hermano, que la abrazó y le besó la frente; más tarde, cuando estuviesen solos, los severos elfos siartanos se mostrarían más cálidos. Fereya también besó a Eyrien, y Negander, desenfadado como siempre, la alzó en vilo, riendo. Freyn la abrazó con tanta fuerza que debía estar estrujándola. Islandis, alta y majestuosa, la rodeó con sus brazos fríos.

—Mi pequeña —le dijo acariciándole la espalda—, nos has asustado.

Eyrien se puso tensa cuando Islandis también lo hizo. Entonces todos miraron por detrás de Eyrien, hacia la puerta del pasillo. Allí estaba Ashzar, luciendo su sonrisa hermosa y condescendiente, las manos metidas al descuido en los bolsillos de la casaca y los ojos brillantes

observando a los presentes.

—Saludos a todos —dijo. Miró a su alrededor con curiosidad—. Esto ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

Eso le sentó como un puñetazo a Ian, pero se centró en Eyrien porque ésta apretaba las manos de Islandis entre las suyas, tratando de llamar su atención. La elfa de Greisan miraba furiosa a Ashzar y sus ojos se habían vuelto transparentes, iridiscentes. Ashzar, a su vez, miraba a la Señora de los Elfos de las Rocas con una sonrisa casi familiar, como si la conociera. Y vaya si conocía su historia.

—Islandis —dijo Eyrien haciendo que la mirara—. Tengo que explicarte cosas importantes. Hasta entonces sé comedida, por favor. Nos reuniremos en mi habitación en unos minutos. Eriesh, tú también.

El elfo asintió en silencio, acercándose a Islandis. Eyrien se giró entonces hacia el rey.

—Me alegro de verte, Ian. Como a todos —dijo dirigiéndose a los demás con una sonrisa sincera—. Relajaos, porque habrá mucho tiempo para hablar.

Cada uno recibió un mensaje en su mente, de forma fugaz. Killian oyó a Eyrien decirle que había actuado como un verdadero caballero de la Antigua Suria, a Alana la felicitó por enfrentarse a sus miedos y ser tan diplomática. Aston y Lance volvieron a escuchar que estaba orgullosa de ellos, Arla que su pena no duraría siempre si seguía apreciando la vida, y River la oyó repetir que se alegraba de verle, de verdad. Pero mientras a los rostros de los demás afloraban sonrisas, River se limitó a seguir mirándola fijamente. Que se alegrara de verle no significaba nada para él. La vio apretar los labios con algo parecido a la pena antes de volver a alzar la barbilla y señalar al vampiro, que seguía observándolos sin moverse.

—Ian, sé que te turba que esté aquí, pero ha venido a ayudarnos —dijo la Dama—. De hecho, ya nos ha ayudado mucho. Como Ashzar mismo ha dicho, no es la primera vez que ha estado aquí. Yo responderé por sus acciones, y no se separará de mi lado.

—Seré su sombra como muestra de mi urbanidad —ironizó el vampiro, aburrido—. ¿Cómo estás, Inhumano?

—No estoy contento de verte —le respondió River sin amilanarse.

Ashzar sonrió. Mientras los humanos seguían observándolo recelosos, Asier avanzó y le tendió una mano, larga, pálida y con un brillo dorado, que Ashzar apretó.

—Gracias por tu ayuda —dijo el elfo siartano, con una expresión inescrutable.

Los humanos lo miraron. No les resultaba comprensible cómo Asier podía mostrarse tan civilizado con el ser que había atacado, y deseaban matar a su hermana. Pero así eran los elfos, un ejemplo de estoicismo y autocontrol. Por eso a aquellos que los conocían bien les sorprendió ver que Fereya miraba a Ashzar con cierta turbación. El vampiro hizo una elegante reverencia.

—Me alegra que volvamos a vernos, Cazadora —le dijo.

River se sobresaltó. Ashzar tenía que ser el íncubo del que había huido Fereya en Selbast tanto tiempo atrás. Adivinándolo también, Eyrien se interpuso entre ellos y le lanzó a Ashzar una gélida mirada de advertencia que él recibió con una sonrisa.

—No te preocupes, no tienes por qué ponerte celosa —le susurró mentalmente—. Ahora sólo

tengo ojos para ti.

Eyrien hizo caso omiso del comentario.

—Ian —dijo haciendo que la atención volviera a centrarse en ella—. ¿Hiciste lo que te dije? ¿Recuperaste el control de tus territorios más inmediatos?

—Sí, mi Dama. Enviamos a todos los hombres de los que podíamos prescindir a peinar los bosques para ahuyentar a los trasgos y los wendigos. Dreisar es ahora un lugar seguro y los niños udrianos y los elfos llegaron sin problemas.

—Debemos facilitar el acceso a los que todavía tienen que llegar —asintió Eyrien—. Sé que te angustia tener a tanta gente en tu ciudad pero puedes estar tranquilo porque nadie pasará hambre. Negander, necesitamos que los Elfos de los Bosques les proporcionéis víveres.

Negander asintió y sus ojos se tornaron un poco más verdes.

—Así será, mi Dama —dijo—. Les pediremos a los campos y a los bosques de los alrededores que hagan crecer vegetales para que los humanos puedan alimentarse.

—Bien. Cuando vengan los Elfos del Agua, ellos harán que los ríos os abastezcan de pesca.

—Dudamos que los Elfos del Mar vayan a venir —dijo Ian—. No sabemos nada de ellos desde hace tiempo.

—No son los Elfos del Mar los que gobiernan los ríos, sino los Elfos del Agua Dulce. Los Elfos del Lago de Plata han recibido el mensaje como los demás, y espero que vengan.

Muchos se sorprendieron, pues los elfos fluviales vivían aislados y eran esquivos.

—Eso es maravilloso —dijo Willem, el acólito de Nathaniel, que empezaba a ver las posibilidades de lo que significaba tener a los elfos a su lado: bienes a expensas para sobrevivir incluso a los asedios más largos.

—¿Qué has averiguado, Eyrien? —le preguntó Freyn, que la veía muy resoluta.

—Hablabamos de todo cuando lleguen los demás... Y no creo que haya que aguardar mucho.

Fereya sonrió.

—Sí, los Elfos de Vulcania, mis parientes, están en camino —dijo la elfa mestiza—. Y no tardarán en llegar. Ian, haz que despejen el patio. Por el bien de los humanos.

Ian abrió los ojos como platos.

—Disculpadme —dijo, y salió corriendo de la estancia seguido de Hedar, dando órdenes.

Los demás los siguieron con curiosidad, pues la mayoría de los humanos jamás habían visto tantos elfos juntos, y de muchas razas además. River, sin embargo, no estaba tan emocionado como el resto de los mortales. Él ya había visto Elfos Ígneos: Freyo, el Cazador que había acudido a la llamada de Eyrien en Gevinen, cuando descubrió que era una Cazadora que, entre otras cosas, quería cazarlo a él.

Esperó a un lado del patio y cuando percibió el olor a ozono, River miró a lo alto. Vio algunos rayos surcar el cielo despejado mientras los elfos se ponían delante de los mortales para protegerlos. Poco después, entre chispas y latigazos de energía, los rayos tocaron el suelo y se convirtieron en hermosos elfos de cabellos flamígeros que aún revoloteaban por la electricidad estática cuando empezaron a saludar a sus conocidos. Todos vestían alegres colores ocres, que debían mimetizarlos con las volcánicas tierras de su patria. Freyo, a quien River ya conocía de

vista, se inclinó ante Eyrien y Asier y besó a Fereya. Otra elfa maravillosamente hermosa y delicada, de rasgos finos y cabellos sedosos, se acercó a Eyrien mientras los demás Ígneos se limitaban a inclinarse ante ella. Por el poder que desprendía, tenía que tratarse de una Elfa de Estirpe Antigua. No parecía mucho mayor que Eyrien, quizás tenía la edad de Asier.

—¡Aster! Me alegro mucho de verte —le dijo Eyrien a la Elfa Ígnea mientras la abrazaba.

—Parece que se conocen muy bien —musitó Killian, que era consciente de que Eyrien no había mostrado aquella cercanía con los elfos de las demás razas.

—Eyrien fue durante largos años la pareja de Phyros de Vulcania y pasó mucho tiempo allí —contestó Alana, que los conocía a ambos—. Esa gente es como una segunda familia para ella.

River miró entonces con más atención a las dos elfas. Eyrien le estaba preguntando a Aster por Phyros. Cuando la elfa de Vulcania negó con tristeza e incertidumbre, Eyrien pareció abatida y River ya no lo soportó más. No podía seguir añorándola teniéndola tan cerca. Que lo apenara tanto verla entristecerse cuando lo que quería era estar enfadado con ella le cansaba el alma. Así que mientras los demás estaban entretenidos, él se alejó en silencio hacia el bosquecillo. Killian, Alana, Lyra y Arla estuvieron tentados de seguirle para animarlo, cuando Ian los llamó para presentarles a los recién llegados. Pero no eran los únicos que se habían dado cuenta del abatimiento de River. También Eyrien le había visto irse y le hubiese gustado hablar con él, aunque tampoco ella podía seguirle. Porque llegaban más visitas.

—¿Habéis sentido eso? —dijo Negander—. ¡Es Sheridan!

—Así que los Elfos del Lago de Plata finalmente han venido —dijo Islandis—. No estaba segura de que fueran a hacerlo, no suelen abandonar su hogar.

—No, no suelen hacerlo —dijo Negander, que por ser de Quersis era quien más trataba con ellos—. De hecho, yo sólo he visto a Sheridan sacar las aletas del agua por Eyrien.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Sheridan es muy amigable cuando tienes oportunidad de pasar tiempo con él, lo sabes muy bien. Y yo le he visto sacar las aletas del agua por alguien más que por mí —dijo.

—¿Sí? ¿Por quién? —preguntó el elfo quersiano mientras se acercaban a la laguna del jardín.

—Por Maialen de Boreanas.

—¿Maialen de los Elfos del Aire? —preguntó Betadur de los Elfos de los Bosques Leñosos, e Islandis se alzó de hombros; parecía que Eyrien era la única que lo sabía todo.

De pronto la superficie tranquila del agua se rompió en varios puntos y aparecieron en pie sobre su superficie media docena de elfos de cabellos de un azul plateado muy parecido al que lucía Lance de las Minas. Vestían ropas escasas y eran más altos, de cuerpos más voluptuosos que el resto de los elfos. Su piel goteaba de una forma muy sensual. El que iba delante, un elfo alto y apuesto que debía tener la edad de Kenyon de Siarta, abandonó su expresión seria cuando palmeó el brazo de Negander. Se inclinó ante Eyrien y le besó la mano guiñándole un ojo. Después saludó al resto de sus parientes, por llamarlos de alguna forma, e intercambiaron algunas noticias. Pero Eyrien no pudo evitar desviar su atención hacia el lugar por el que había desaparecido River.

—Parece que el Mago se está cansando de tus desaires, ¿verdad? —le dijo Ashzar mentalmente—. No te puedes fiar del corazón humano, es traicionero, impulsivo y de emociones

caducas.

Eyrien no quiso creerle.

—Creía que ya no lo considerabas humano del todo —le contestó.

—Los celos y el despecho no son sentimientos solamente humanos.

Después Ashzar ya no dijo más, pero siguió sonriendo con aquella expresión extrañamente maliciosa, paternal y turbadora.



Después de la cena, donde no habían estado presentes ninguno de los elfos, River se excusó pronto y se fue a su habitación. Se quitó la armilla gris y la dejó caer sin miramientos al suelo, demasiado desquiciado para ser ordenado. Estaba cansado, pero no era un cansancio del cuerpo sino de la mente. Porque aunque quería estar enfadado con Eyrien, aunque se había propuesto plantearse hasta qué punto podía decir Obiun la verdad sobre su ingenua esperanza, sabía que la seguía queriendo. Y la verdad era que, pese a todo, aún confiaba en ella. Suspiró, y le pareció oír otro suspiro más reverberante que el suyo. Estirando el cuello, se asomó a la terraza.

Y allí estaba Eyrien, agazapada de aquella forma inhumana en la estrecha baranda de piedra y con el rostro alzado hacia el cielo estrellado. Una estampa familiar.

—Hola —musitó, sintiéndose un poco violento; ambos estaban molestos con el otro.

—Hola, River —dijo Eyrien, y su voz sonaba un poco tensa—. He venido a verte yo, ya que cuando he tenido un rato libre tú no has hecho ademán de venir a saludarme.

River sintió ganas de gritarle.

—Estabas ocupada —dijo tratando de mantener su voz bajo control—. Atendiéndolos a todos y antes de eso, de retiro con Ashzar. Pero claro, no tienes por qué explicarme nada, mi Dama, pues soy sólo un simple humano. Además creo que prefiero no escucharlo.

La mirada acerada que le dirigió Eyrien lo estremeció.

—¿Qué estás insinuando, River? —siseó ella a su vez—. He visto morir al mejor de mis amigos, y ni siquiera lo recuerdo —su voz se rompió, pero luego siguió hablando con ira—. He llevado al suicidio a otro elfo de mi raza, y he estado tan débil que podría haber muerto si dos vampiros que me matarían alegremente no me hubieran salvado. Y sigo temiendo a Ashzar, aunque no lo demuestre. Así que, ¿me puedes decir qué estás insinuando?

River se mordió el labio.

—Lo siento. No insinué nada, de verdad —dijo—. Es que... estoy tenso.

—Lo sé —dijo Eyrien con voz más suave.

—¿Por qué estás aquí? Si no te parece una pregunta desvergonzada...

Eyrien sonrió fugazmente, pero River tenía el corazón acelerado.

—¿No querías verme?

—Claro que sí —dijo River.

—Yo... —dijo Eyrien desviando los ojos al cielo—, estoy confusa. —Lo miró—. He tenido miedo de que te enfadaras y dudaras de mí. Y esta tarde cuando te he buscado, estabas paseando

con Arla por el jardín.

River evitó que la sonrisa que pugnaba por aflorar se dibujara en su rostro.

—Vas a volverme loco, si sigues con ese ni contigo ni sin ti —le dijo—. Tú sabes lo que siento.

—¿Todavía?

—¿Recuerdas lo que te dije cuando te besé aquella noche cerca de las Fortalezas? —susurró; ambos lo recordaban, le había dicho que la quería—. Pues eso no ha cambiado. Te digo la verdad como si fuera un elfo. Me he enfadado contigo porque no comprendía qué hacías con el vampiro, también he estado celoso. Y Obiun... —evitó ese tema—. Bueno, él me ha estado recordando algunas verdades. Pero no puedo enfadarme contigo. Bueno, sí que puedo. Lo que no consigo es estar disgustado mucho tiempo.

Eyrien le devolvió la mirada. Se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó el rostro en su pecho, mientras a River se le cortaba la respiración por la sorpresa antes de envolverla entre sus brazos y acariciarle con ternura la espalda.

—Sólo te pido paciencia —musitó ella—. Y que confíes tú también en mí.

River soltó una carcajada. De pronto se sentía mayor.

—¿Más paciencia, quieres decir? ¿Paciencia para saber si me quieres a mí, o al vampiro, o si prefieres a alguien de tu raza, o de otra como ese Phyros de Vulcania al que mi padre odiaba? —dijo River mientras observaba con adoración la frente pálida de brillo dorado y los largos cabellos de un azul profundo que rozaban su pecho—. Pero está bien, tendré más paciencia si es lo que deseas. Yo no quiero a otra, ni humana, ni elfa, ni amazona —dijo en un susurro, besándole los cabellos—. Aunque sé que eres algo a lo que no tengo derecho, no voy a renunciar a ti. Voy a tratar de merecerte para estar tan cerca de ti como pueda cuando todo esto acabe.

—Si sobrevivimos —dijo Eyrien apoyada en él.

—Si sobrevivimos —repitió River, y la abrazó con más fuerza.

Y mientras ellos se olvidaban del mundo, éste no los olvidaba a ellos. Ian, que estaba en la terraza del despacho adjunto a su dormitorio, un piso más arriba y mucho más a la izquierda, los observaba tenso y con los ojos muy abiertos, sin saber cómo reaccionar. Porque no estaba solo. Eriesh, que había ido a revelarles por orden de Islandis lo que les había explicado Eyrien sobre la historia de Ashzar y los Señores de Greisan, estaba con él. Y estaba viendo lo mismo, incluso mejor gracias a su aguda mirada feérica. Ian deseó que River dejara de abrazar a Eyrien de una vez. Carraspeó.

—Me alegro de que Asier no esté aquí para ver esto —trató de bromear.

—Asier no está tan ciego y es un Elfo de la Noche, ve mucho más de lo que mira con los ojos —dijo Eriesh con calma—. Y yo no me preocuparía por él, Asier no juzga a su hermana. Me preocupa más Kenyon, que de los hermanos es el más intransigente.

Ian sonrió, aliviado al reconocer que aquello era algo parecido a otra broma. Siguieron mirando en silencio, preguntándose qué sería de todos ellos, hasta que Eyrien se desasió de River y tras decirle algo amable que Ian no oyó, y Eriesh, que sí lo escuchó, no compartió con él, se subió a la balastrada y se dejó caer al suelo del patio. River también siguió mirando hacia abajo

hasta mucho después de que Eyrien, con su vestido negro y sus cabellos largos y oscuros ocultando el brillo de su piel, se diluyera entre las demás sombras de la noche.



Al día siguiente River se sentía más feliz. Al fin y al cabo Eyrien no había vuelto a besarle, pero tampoco le había dicho que no le quería o que no luchara por ella. Y como era por lo natural optimista, trató de hacer que el recuerdo de aquel íntimo abrazo se sobrepusiera a los miedos. Cuando entró a desayunar al salón, ya estaban allí los humanos que tenían acceso a aquella zona del castillo. Ian le dirigió tal mirada de afectuosa reprimenda que River se preguntó qué sabría el rey. Killian le palmeó el brazo, desenfadado y franco como siempre, cuando se sentó a su lado y cogió una hogaza de pan recién hecho.

—Pareces más animado hoy —le dijo el príncipe, aliviado.

—Me pregunto por qué será —dijo Lyra en su cabeza.

—¿No tendrías que estar en clase? —le reprochó River.

—Hoy Obiun nos ha dado el día libre. Creo que quiere fisgonear ahora que ha vuelto la Dama.

River echó un vistazo a su tía, que tenía una expresión amarga en el hermoso rostro maduro. Suspiró, no le apetecía que le estropearan la mañana. Mientras desayunaba gozando de un breve momento de paz en su mundo sumido en la guerra, entraron en la estancia Eyrien, Asier, Fereya, Islandis y Eriesh, ilusionados porque había mucho movimiento humano por todo el castillo. Ashzar venía con ellos y tomó asiento entre Eyrien y Asier, ya que eso hacía que los mortales se sintieran más tranquilos. Los demás elfos no acudieron. Los de los Bosques, tanto los quersianos como los de las Grandes Selvas, estaban en el bosquecillo y los de Greisan preferían reunirse fuera, cerca de los muros de piedra. Los Ígneos estarían en el exterior mientras brillase el sol, su esencia.

Después de desayunar, River estaba de tan buen humor que por la tarde fue a reunirse con los que habían sido sus compañeros de clase. Estaban en el que había sido antes el salón público y se alojaban en las habitaciones de los invitados de bajo rango, en la parte delantera del castillo. Cuando entró callaron de golpe.

—¿Estabais conspirando o qué? —bromeó mientras se acercaba a Ennia.

Ésta compuso una mueca de resignación cuando se hizo a un lado para que se sentara junto a ella, como si no estuviese muy desencaminado.

—No somos nosotros los que conspiramos —dijo Ravin mirándolo fijamente.

—No sé a qué te refieres —le respondió River.

—Nos meten en el castillo pero ya casi no nos dejan movernos por ningún sitio. Y ahora todos esos udrianos sectarios, esos que se creen elfos —dijo con desdén, refiriéndose sin saberlo a los elfos de verdad—, vagan por ahí como si fueran los amos. Si somos los futuros guerreros y consejeros de Arsilon, su fuerza mágica, deberíamos tener un poco más de información, ¿no crees? Obiun dice que todo es cosa de los elfos. Y que tú sabes mucho de lo que está pasando.

—Por enésima vez, Ravin —dijo River—, soy vuestro compañero pero también soy de la Casa

de Arsilon. Mal que me pese, hay cosas que no puedo compartir con los demás.

—Ya, pero antes al menos venías a clase y hablabas con tus compañeros. Hay algo raro en ti, River. Desde que te visitó aquella elfa en el Centro Umbanda no pareces el mismo.

Si él supiera...

—La guerra nos cambia, supongo —dijo en cambio.

—O la ceguera.

—Ravin, no te pases —le reconvino Ennia—. No todos pensamos así, River.

—Lo sé, gracias —dijo, y agradeció aún más que cambiaran de tema.

Pero ya no se quedó mucho tiempo allí, se sentía incómodo. Vagó por los pasillos echando de menos a Killian, que estaba entrenando con su nueva Cuarta Alianza. Lyra tampoco estaba disponible, permanecía en el Centro Umbanda ayudando a Liana a apaciguar a los pequeños udrianos que añoraban a sus familias. Fereya entrenaba a Alana en los patios y no quería molestarla y Asier estaba reunido con Ian. Iba a llamar a Eyrien cuando de pronto la voz de muchos elfos resonó jubilosa en su mente. Anunciaban que Phyros de Vulcania estaba en camino, que en pocos minutos estaría en el salón principal. Cuando la noticia fue transmitida a los miembros de la Alianza, la gente empezó a correr por el castillo.

River sintió un ramalazo de duda hacia aquel elfo al que, según recordaba, su propio padre ya había odiado. Intentó sepultar ese sentimiento, temiendo que pudiera volver a alejarlo de Eyrien. Pero estaba harto de visitas, de viajes, de noticias y tragedias que enturbiaran la paz de Arsilon. Parecía que no había ni un solo día sin sobresaltos. Quizás era verdad que también él ansiaba una vida tranquila y feliz, pero para conseguirlo necesitaba a Eyrien a su lado. 'Paciencia', trató de recordarse; 'y confianza'.



El salón parecía una fiesta. Los Elfos Ígneos estaban todos, contentos de ver a su futuro Señor, y también estaban allí la mayoría de los demás elfos y Ashzar. River entró a la vez que Ian, Liana, Lyra y Freyn. La expresión de su tía era gélida, y se preguntó si era sólo por Eyrien o si tendría algo contra Phyros también. Detrás de él entró Obiun, que parecía estar en todas partes. A Eyrien no se la veía pero en el centro del salón había una hoguera, de donde salían las risas élficas. Las llamas se disiparon y surgieron de ellas la Dama y un Elfo Ígneo.

—Pues sí que es increíblemente apuesto —murmuró Lyra haciéndose eco de las habladurías que decían que el heredero de Vulcania era el más hermoso de los elfos después de los herederos de Siarta—. Es tan guapo como Asier. Pero tan diferentes...

Y es que Phyros era tan dorado y luminoso como los Elfos de la Noche eran criaturas hechas para la oscuridad. El heredero de Vulcania abrazaba a Eyrien, sonriendo, aunque parecía extrañado al ver las marcas sutiles de las cicatrices aún no curadas y el vestido negro. Los largos cabellos ondulantes aún chisporroteaban, flamígeros, alrededor del rostro fino y decidido. Phyros no era muy alto en términos élficos, quizás River lo sobrepasaba unos milímetros, lo que significaba que la magia corría potente en su interior. Y aunque vestía colores ocres como los de su raza, sus ropas

eran más gruesas y espesas. De su espalda colgaban un arco y una lanza de punta ancha con lancetas cruzadas. Besó a Eyrien en la sien y se giró para abrazar a Freyo, el Cazador, y a Aster, la elfa dulce y delicada, que lo observaba con absoluta adoración. Saludó a los suyos con alegría y también abrazó a Asier y a Fereya, y al ver a Negander su expresión se tornó maliciosa.

—Ven a abrazarme, amigo —dijo, y volvió a abrir los brazos con las manos en llamas.

Debía ser un juego porque aunque Negander retrocedió, como cualquier Elfo de los Bosques haría ante el fuego, sonreía y apagó las llamas de una ventada que ennegreció las cortinas cercanas. Sólo entonces se acercó a Phyros, aunque pronto dejó paso a la Señora de Greisan. Islandis acarició el rostro de Phyros y lo besó en la mejilla con el alivio impreso en el rostro.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. Intentamos llamarte, intentamos ponernos en contacto contigo de todas las formas posible. Incluso Freyo fue hasta Refugio Amazona buscando información sobre ti.

Phyros parecía sorprendido.

—Sería después de que me fuera. Cuando llegué a Amazonia, hace unos dos años, me reuní con la Señora Elhania en las fronteras de Quersia. Umbra estaba bien y tu madre —dijo mirando a Eyrien— me dijo que tú te dirigías a casa y que el príncipe Killian estaba a punto de ocupar su lugar en Arsilon. Estaba con los Centauros, ya sabéis que cada década paso un año con ellos. Esta vez me alargué más —contestó Phyros sorprendido por la seriedad de los que le rodeaban—. Amazonia estaba invadida por los enemigos. Nos acercamos hasta las Fortalezas y las vimos sembradas de gólems. Íbamos a atacar pero cuando vi a una gran manada de chupasangres dirigirse hacia Nórdica, decidí seguirlos. Y luego escuché la extraña llamada del vampiro.

Entonces miró a su alrededor. Su mirada se detuvo en River y lo observó fijamente, antes de sonreír de nuevo.

—River —dijo Eyrien acercándose—, éste es Phyros de Vulcania. Phyros, éste es River.

—El hijo de Lander y Robin —dijo Phyros deteniéndose frente a él—. La última vez que te vi eras así de pequeñito. —Puso una mano a la altura de su rodilla—. Me alegro de conocerte.

River le estrechó la mano cálida y de brillo un tanto ambarino, y se hizo a la idea al observar la sonrisa sincera de aquel rostro apuesto y vivaracho de que le costaría sentir inquina hacia él. Incluso podía entender que Eyrien lo quisiese. Ella, a su lado, parecía estudiar aquel encuentro con mucho interés, pero lo inquietaba más la mirada preocupada que Phyros le dirigía.

—¿Estás enfermo? —le preguntó el elfo—. Estás caliente. Tienes esa cosa humana... ¿fiebre?

—No, no estoy enfermo —le respondió River, perplejo.

—¿Y qué te pasa en los ojos? —dijo Phyros.

—¿Que qué le pasa en los ojos? —repitió Freyn, asombrado—. ¿No lo sabes?

El Ígneo negó con la cabeza, mirando con mayor curiosidad a River. Algo más allá se oyó la risa baja y dulce de Ashzar.

—Vaya —murmuró—. Éste sí que está en la inopia, ¿verdad, princesita?

Phyros se fijó entonces en Ashzar, mientras Eyrien suspiraba resignada. El heredero de Vulcania puso instintivamente un brazo por delante de su Dama.

—¿Vas a enfrentarte a mí? —le preguntó Ashzar.

—No serías el primer vampiro al que mato —le respondió Phyros, que se alzó de hombros, triste—. Me encontré con una súcubo cerca de Hermas hace unos años, y se mostró demasiado interesada en mí. Uno de los dos tenía que morir.

—Y sin duda ganó el más poderoso —dijo Ashzar—. Es ley de vida, a veces el depredador se convierte en la presa. Pero me temo que aunque loable, es demasiado tarde para hacerte el héroe en esta ocasión.

La expresión de Phyros se tornó severa y fría, cuando al intentar examinar el cuello de Eyrien, ella se lo impidió. Eso sólo sirvió para que se fijara en la cicatriz en espiral que la marcaba como traidora a su raza. River sintió cierta conmiseración por el elfo, que había empalidecido y tenía una viva expresión de desconcierto e incredulidad en el rostro. Eyrien le cogió las manos y lo miró a los ojos, tras lo cual pasaron unos minutos en que debía estar haciéndole un resumen veloz de la situación. Phyros asintió y se volvió de nuevo hacia Ashzar.

—Ahora entiendo, no me enfrentaré a ti —le dijo, y aunque estrecharon la mano y Ashzar lo aceptó con un elegante asentimiento, no parecían amigos.

River no supo qué pensar cuando Phyros puso de nuevo su atención en él.

—Parece que te han sucedido muchas cosas últimamente; lo lamento —le dijo Phyros—. Pero has actuado con honor, lealtad y entereza. Tus padres estarían orgullosos. —Sonrió—. Te nombro amigo de Vulcania y, según me han dicho, casi un hermano. ¿Puedo... hacer una prueba?

River observó con cierta aprensión como Phyros acercaba una de sus largas y esbeltas manos a su berazo. Le rodeó la muñeca con los dedos, y River sintió el calor que emanaba de la piel del Elfo Ígneo. Abrió mucho los ojos cuando vio que los de Phyros se encendían en llamas que rápidamente se extendieron por el resto de su cuerpo. Antes de que pudiese entender lo que estaba haciendo el elfo, River se dio cuenta de que las lenguas de fuego se extendían de la mano de Phyros a su brazo y de ahí al resto de su persona, como si fuera un producto inflamable. De pronto sintió que su cuerpo no pesaba, que se volvía etéreo.

Ian lanzó una exclamación de asombro mientras Lyra se llevaba las manos a la boca. Todo lo que ellos vieron fue cómo River desaparecía en un brote de fuego junto con el elfo, convirtiéndose en dos grandes llamaradas que les devolvían una mirada naranja y otra verde.

—¿Habéis visto? —se oyó la voz de Phyros—. Impresionante.

El elfo volvió a su forma normal y soltó el brazo de River, que reapareció cayendo de rodillas al suelo. Jadeaba, pero no parecía sentirse mal porque sonreía extasiado. Eyrien, sin embargo, avanzó hacia Phyros con los ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —lo amonestó—. El Mago no es un juguete.

—No te preocupes, Eyrien, no voy a rompértelo —susurró Phyros.

Luego se acercó a River y lo tomó del brazo para ayudarlo a ponerse en pie.

—Ha sido increíble —dijo River, emocionado—. Como si de repente ya no tuviera cuerpo.

—¿Lo ves? —le dijo Phyros a la Elfa de la Noche—. Está estupendamente.

—¿Me enseñarías a hacerlo de nuevo? —le preguntó River.

—Por supuesto —dijo el elfo sonriéndole con calidez—. Pero ahora me gustaría saber con detalle lo que está ocurriendo.

River apenas escuchó lo que se dijo a continuación, todavía se miraba las manos que por un rato se habían convertido en puro fuego. Cuando alzó la vista, ni Eyrien ni Phyros seguían en la habitación, y los elfos se estaban yendo. Luchó por no dejar que las dudas le estropearan el momento. Eyrien le había pedido que confiara en ella, y lo haría. Se obligó a no prestar atención a Obiun ni a su tía Liana, que cuchicheaban en un rincón. Si de él dependía, se habían acabado los chismorreos. Depositaría una fe ciega en la elfa a la que amaba, y el mundo y a podía acabarse a su alrededor.

IX

El compromiso de los Elfos



River no durmió muy bien aquella noche, pues se preguntaba cuál era la verdadera relación que había entre Eyrien y Phyros. que se sentían unidos y cómodos el uno con el otro saltaba a la vista, pero hasta entonces ella no había hablado mucho de él; había oído a la reservada Tirenia hablar más de Iskander que a Eyrien de Phyros, y eso que ellos se conocían desde pequeños. En la salita donde solían desayunar parecían estar hablando de lo mismo, porque Lyra le estaba preguntando a Freyn por Phyros cuando llegó él.

—Parece que Eyrien está muy unida a todos los Elfos Ígneos —dijo Lyra.

—Normal —dijo Fereya entrando en ese momento con Asier, Negander e Islandis, y habiendo escuchado la conversación desde lejos—. Eyrien vivió mucho tiempo en Vulcania con Phyros.

River se preguntó si el hecho de que Fereya hablase en pasado quería decir que ya no tenían una relación. Pero no se atrevía a preguntarlo él mismo. Metiéndose en la cabeza de Killian, le pidió que lo preguntara por él. Killian le miró con evidente descontento, pero finalmente se giró hacia Asier tratando de parecer despreocupado.

—¿Y... volverá a vivir allí? Esto... es que está más cerca de la Alianza.

—No lo sé, dímelo tú —respondió Asier con malicia.

River tardó unos segundos en darse cuenta de que el elfo siartano le había hablado telepáticamente, y sólo a él, mientras Killian esperaba la respuesta. Se atragantó con el zumo del que había estado tomando traguitos para parecer distraído, y tosió con muy poca elegancia mientras Asier sonreía. Levantó una mano carraspeando para indicar que estaba bien, cuando los demás se quedaron mirándolo.

—No seas malicioso —le reprochó Fereya a Asier—. De todas formas es verdad que va siendo hora de que Eyrien deje a mi primo libre para que otras elfas puedan acercarse a él.

—¿Es que no lo permite? —dijo Alana, y la idea parecía agradarle.

—Oh, sí lo permite. Pero ninguna elfa tocaría nada que fuera de la Dama.

—De todas formas Phyros no tiene remedio, es un caso perdido —dijo Negander, sus cabellos mostrando un tono de verde oscuro como el del césped aquella noche—. Adora a Eyrien.

—No es un caso perdido —susurró Fereya—. Y Eyrien tiene una idea muy clara sobre quién desea ver como futura reina de Vulcania.

River ya no sabía qué pensar, pero entonces entraron en la sala Liana y Hedar. Realmente no era buena idea hablar de Eyrien delante de su tía, pero River no entendía por qué Phyros era también un tema tabú. A los demás Elfos Ígneos se los escuchaba ya reír y jugar en el patio, recibiendo la salida del sol. Los de las Rocas y los de los Bosques debían estar escondidos en alguna parte. Ian fue el último en llegar.

—¿Dónde está el vampiro? —preguntó el rey frunciendo el ceño.

—En el jardín con los elfos fluviales —respondió Asier—. No te preocupes, rey Ian. Por ahora sólo le interesa mi hermana —dijo con aplomo.

Al cabo de muy poco rato Eyrien y Phyros entraron en el salón. No se podía negar que hacían buena pareja; eran increíblemente hermosos los dos, poderosos pero adorables como cachorros de tigre. Eyrien seguía vistiendo de negro pero parecía más relajada. Phyros se dirigió a la puerta del balcón. Sus cabellos y sus ojos se aclaraban por momentos, tomando el color del sol matutino. Saludó a los de su raza, que lo llamaban desde abajo. Luego volvió junto a Eyrien.

—Vamos, disfrutemos un rato del sol —dijo Phyros—. Necesitas aire fresco.

—No, gracias —le contestó Eyrien sirviéndose un vaso de zumo—. Sabes que no me gusta.

—Tú me has tenido despierto toda la noche. Tú y tu hermano —aclaró con fingida indiferencia, porque River había fruncido el ceño—. Vosotros sabéis que a mí no me gusta pasarme toda la noche escuchando historias. Incluso Fereya parecía más despierta de lo que debería. Ven abajo con nosotros, Fereya. ¿O es que te has vuelto demasiado siartana para disfrutar del sol?

Sonrió a su prima con malicia.

—Por supuesto que no —dijo Fereya levantándose, pues ella siempre había defendido que era vulcaniana pese a que la siartana era una raza superior.

La elfa mestiza besó a Asier en la mejilla y sin más palabras, saltó por la terraza hasta el suelo del jardín. Umbra la siguió, un destello negro contra la luminosidad de la mañana. Phyros cogió a Eyrien de la mano y tiró de ella, con una confianza que nadie más mostraría con la elfa de Siarta. En el mismo momento en el que se le quitaban el hambre y el buen humor, River recibió una palmada cálida en el hombro. Al alzar la vista, Phyros le sonreía.

—Vamos, tú también vienes. El sol te sentará bien.

—Él es más siartano que ninguna otra cosa —dijo Eyrien.

—Pero su cuerpo responde al fuego, ¿verdad? —contestó el Elfo de Vulcania—. Vamos, River.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, River se encontró en la terraza. En el salón le sonreían, y desde abajo los Elfos Ígneos lo animaban a bajar con ellos. Torció el gesto y miró a Phyros, sintiéndose muy poco élfico en aquellos momentos.

—Bajaré por la escalera.

—¿Por qué? —preguntó Phyros, el rostro hermoso e inocente mostrando una expresión desenfadada.

—Yo no puedo... —trató de explicarle con claridad, pero el elfo lo interrumpió.

—Qué tontería —dijo Phyros y le puso una mano en el pecho—. Tú sólo preocúpate de pensar en tus pies y ponerlos por delante.

—¿Qué? —jadeó River.

Antes de que pudiera decir nada más, la mano de Phyros estaba en llamas y éstas se extendían por su cuerpo.

—Los pies, River —le recordó Phyros antes de darle un empujón.

Ian se incorporó asustado, pero al cabo de un momento oyó un grito triunfante de emoción que

reconoció como de su ahijado mientras los Elfos Ígneos reían alborozados.

—¡Dioses! ¿Me enseñarás a hacerlo? —gritó River desde abajo.

Ian volvió a arrellanarse, aliviado, y feliz ante la posibilidad de que River no odiara a Phyros como lo había hecho su padre. El elfo le guiñó un ojo de forma fugaz antes de mirar a Eyrien.

—Vamos —dijo, y saltó.

Eyrien puso los ojos en blanco pero finalmente se dejó caer también al patio. Y por una vez, parecía que podían disfrutar de un poco de alegría incluso allí, en Arsilon. Aunque fuera se recrudesciera la guerra. Porque los mensajes, cada vez más numerosos gracias a la restauración de las comunicaciones telepáticas, hablaban de que los depredadores seguían acechando por doquier, que Sentríst volvía a enfrentarse a los guls y que el enemigo parecía replegarse, aunque esa aparente indocilidad se adivinaba más bien como el preludio de la gran batalla. Del Sur, todavía no sabían nada.



Eyrien no se sentía tranquila. Le alegraba mucho que River le hubiese tomado un cierto cariño a Phyros, eso era muy importante para ella, pero el de la Casa de los Tres Elfos no era el único Mago que del que debía preocuparse. Estaban perdiendo la confianza de los Altos humanos de Arsilon y ella sabía, tal como Ravin había dicho, que los jóvenes de hoy serían la esperanza de la raza. Y en aquel momento sentía el desprecio y la duda que los embargaba.

Observó, sentada en una de las pérgolas, cómo River charlaba con los Elfos Ígneos. Aster se acercaba en aquel momento a él, levantando un dedo prendido con una pequeña llamita.

—¿Puedo? —le preguntó a River con timidez

Él asintió y cuando Aster le tocó el pecho con el dedo encendido, River hizo suyas las llamas y las cruzó por su torso como una armadura. Aster exhaló una exclamación de encanto mientras los demás elfos se acercaban a mirar. River estaba aprendiendo rápido, y estaba encantado. Ojalá pudiera verlo siempre así de feliz.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Phyros sentándose a su lado—. Él te quiere.

—Utilizó la magia Vodun —dijo Eyrien sin dejar de observar al Mago, pensativa—. Obiun está empeñado en enemistarlo con nosotros, y también a los demás. Obiun es libre de exponer sus opiniones, pero sólo va a conseguir que nos dividamos cuando más necesitamos estar unidos. Tú sabes lo que pasa cuando un Alto humano coge ojeriza a un elfo.

—Todo eso es muy alarmante pero me preocupas más tú —dijo Phyros—. Pareces confusa, Eyrien. Como si el mundo te estuviese mostrando cosas que no sabes sobrellevar. Los Elfos de Siarta siempre habéis estado más allá de las cosas mundanas. Lunáticos como dirían algunos.

Eyrien sonrió, Phyros era uno de los pocos que podían decir eso sin tener que afrontar las represalias. El elfo le acarició los cabellos.

—Kenyon te diría que estás distraída —le cogió la mano—. Espero al menos que el motivo de tu turbación esté vivo y no quiera hacerte sufrir.

Eyrien, que tenía demasiada confianza con Phyros para azorarse por sus palabras, miró a

Ashzar, que paseaba por la linde del bosque.

—No te preocupes por eso. Ashzar es sólo un amigo impuesto.

Entonces se fijó en que las elfas que había alrededor lo miraban a menudo. Él paseaba sin mirar a nadie pero era el objeto de todas las atenciones. Estaba segura de que si el vampiro tratara de atraerlas, más de una de aquellas inocentes elfas caería fácilmente en sus redes.

—Todos tenemos curiosidad por lo que parece peligroso —dijo Phyros—. Y los Altos humanos no son diferentes a nosotros en ese sentido. Pero además de sentir curiosidad, ellos recelan de lo que no entienden. Quizás ha llegado el momento de que entiendan.

Eyrien le miró, Phyros tenía aquella capacidad innata de saber lo que le pasaba por la mente sin necesidad de explicárselo. También él se había dado cuenta de que tenían que hacer algo para recuperar la lealtad de los Magos.

—Quizás tienes razón —dijo Eyrien—. Pero vayamos poco a poco, estos Magos están bajo mucha tensión y no están preparados para enfrentarse a nuestra presencia aquí de golpe.

Aquella misma tarde la quincena de estudiantes del último curso del Centro Umbanda de Arsilon ya tenían permiso para ir a donde quisieran de las zonas comunes del castillo, y se paseaban de aquí para allá como si buscaran algo que creían que hasta entonces se les había estado ocultando. Al final acabaron reuniéndose en la sala de audiencias porque también lo hacían allí muchos de los elfos ilusionados, y aunque los Magos no sabían que eran elfos se sentían atraídos por su gracia, su hermosura y la curiosidad que les despertaban aquellos supuestos Magos de las sectas udrianas. Y así se sucedieron seis días, mientras los dos grupos coexistían en las mismas estancias sin mezclarse. Aunque los elfos, pacientes, no se mostraban ni soberbios ni desdeñosos con los humanos sino sólo retraídos, pocos estudiantes se atrevieron a hablar con ellos. Ennia, que ya conocía a algunos elfos hizo amistad con algunos elfos quersianos, y Lyra fue muy bien acogida entre los Ígneos. Algunos otros estudiantes se acercaron tímidamente a ellos. Pero otros Magos los miraban con envidia mal disimulada y se burlaban de sus supuestas costumbres. A Ashzar lo miraban muchos, pero sin saber por qué nadie se atrevía a acercarse. Salvo Alana, cuando estaba presente.

Ese día, sin embargo, la paz aparente se hizo más tensa que nunca. River estaba charlando con su prima junto a una ventana pero se puso alerta de pronto. Los demás mortales parecían no haberlo notado pero él sintió el aumento de la tensión y la impaciencia en el rincón de los inmortales. Una rápida mirada le permitió darse cuenta de que todos los elfos miraban al grupo en que estaba ahora Ravin. Y aunque no parecían furiosos, tampoco estaban contentos. Avergonzados por la actitud de los de su raza, River se alegró al menos de que ni Asier ni Fereya estuvieran presentes. Preocupado, se giró hacia Ravin y le pidió al aire que le trajera sus palabras.

—... eso me dijo —estaba diciendo—. Que habían dicho por ahí que uno de los Magos que acompañaron al príncipe Killian en sus batallas de Gevinen y Selbast era nada menos que un elfo siartano. Como si éstos fueran a aparecer por aquí.

—Fue una elfa de verdad la que vino al Centro Umbanda, todos la vimos. Y era siartana —dijo Ennia, tomándoselo a pecho—. Y fue esa misma elfa la que ayudó a recuperar Sentríst de los guls.

—Y no olvidéis que casi la mata un vampiro por tratar de ayudar a los humanos —apuntó

Ashzar como si la cosa no fuera con él.

—Oh, sí —murmuró Ravin—. ¿Pero cuántos otros murieron en esa misma batalla?

—Y protegieron a los niños de Udrian hasta que llegaron aquí —dijo Ennia.

—¿No sería más bien que los Elfos de Siarta se alegraban de echarlos de Nórdica? El Maestro Obiun dice que los elfos sólo ayudan cuando les apetece. Puede que para los elfos esta guerra no sea más que un juego —dijo Ravin—. Ellos no se juegan el futuro en esto, o han vivido ya suficientes años como para que les dé igual el peligro. Si les preocupáramos de verdad, nos revelarían más conjuros para que pudiéramos defendernos. Obiun tiene razón, en el fondo son egoístas. Y nosotros, como idiotas, los adoramos. Mirad a estos sectarios udrianos. Si incluso todos llevan el pelo largo y muchos se ocultan las orejas, para parecer elfos —musitó Ravin una tarde, mientras los dos grupos permanecían separados por el amplio centro del salón—. Y ésa —cuchicheó señalando a Eyrien con el mentón— es la cabecilla del grupo. Todos pivotan a su alrededor. Supongo que con ese pelo y los ojos oscuros puede pasar por una descendiente de los Elfos del Norte.

River levantó la mirada hacia Eyrien. Con los cabellos negros, la piel mate y los labios sonrosados, parecía más una súcubo que una Alta humana. Pero era verdad que su majestuosidad innata seguía haciéndola brillar más que a los demás. Phyros, que estaba a su lado con los cabellos virados a un tono pelirrojo y los ojos marrones, mostraba una sonrisa torcida.

—Guapa sí que es —decidió Ravin—. Pero me preguntó si podría ganarme en un combate.

—Mejor no quieras comprobarlo, insensato —musitó Lyra.

River supo que debía detener su verborrea pues aunque la mayoría de los elfos seguían estoicamente tranquilos, otros como la Cazadora Tirenía parecían ya a punto de perder la paciencia.

—Eso pensé yo mismo una vez —dijo alzando la voz—. Lo sabes muy bien, Ravin. Pero luego me di cuenta de que los humanos debíamos aprender a solucionar nuestros propios problemas, y dar gracias porque los elfos no sean propensos a las guerras. O nosotros podríamos ser las próximas víctimas. Me alegro de que los elfos sean nuestros amigos, y aceptar su ayuda y su consejo no va a hacer que me sienta más débil, sino más inteligente.

—Perdona que ya no me fíe mucho de tu opinión —dijo Ravin—. Tú más que nadie deberías darme la razón, siempre habías estado de acuerdo conmigo. No deberíamos depender de los elfos. Tenemos el mismo derecho a usar la magia, también la tenemos en nuestro interior.

—¿Sí? —exclamó Freyn, perdiendo la paciencia—. Pues usadla. Pero si tenéis que pedirles a los elfos que os ayuden a controlarla, quiere decir que si los necesitáis, ¿no crees? Y no sé... quizás los elfos no están dispuestos a ayudaros porque cuando lo hicieron por última vez aparecieron los Nigromantes, y ahora estamos todos metidos en esta guerra. Perdónalos por no querer cometer otra vez el mismo error.

—Quizás les perdonaría si al menos tuviera la certeza de que están de nuestro lado —dijo Ravin mientras algunos asentían a su alrededor—. Pero, ¿acaso sabemos algo de ellos? River ha estado en Siarta, dicen algunos, y ha vuelto más hermético que una esfinge. Y esa elfa que vino a verle al Centro Umbanda, ¿dónde está ahora después de encandilarlo? El día que vea a un elfo

preocupado por la guerra, me creeré que están de nuestro lado.

El silencio que siguió a sus palabras casi podía palpase. Los mortales que sabían que los elfos estaban allí de verdad estaban aterrados. Los feéricos no se caracterizaban por su paciencia cuando eran acusados en vano. Algunos se dieron cuenta de lo inmóviles que habían estado los supuestos sectarios cuando Eyrien se movió; parecía haber recobrado la vida. Sus ojos estaban fijos en Ravin y aunque seguía pareciendo tranquila, River temió que se hubiera enfadado de verdad. Trató de interponerse en su camino cuando la vio avanzar, pero ella lo apartó a un lado. Ravin la miró desafiante.

—¿Qué problema tienes exactamente con los elfos? —le preguntó la Dama ocultando el timbre reverberante de su voz—. Que no te den explicaciones de lo que hacen no quiere decir que no estén luchando. ¿También necesitas que te ataque un Nigromante para saber de lo que es capaz?

—Claro que no —dijo Ravin con desdén—. Pero no es lo mismo. He visto el resultado de los ataques de los Nigromantes, pero no he visto el resultado de la ayuda de los elfos. Siempre nos dicen que debemos sacrificarnos, que los elfos nos ayudarán cuando realmente tengamos problemas, y mira, guapa, ahora tenemos problemas. Han asesinado a cuatrocientos niños. La guerra se recrudece. ¿Y dónde están los elfos? La Triple Alianza es una falacia. Veo aquí Altos y Bajos humanos, veo a un enano y he visto a otros a menudo, pero elfo no veo a ninguno. Cuando los vea, creeré que están comprometidos con nuestra causa.

River se preguntó si era el único que temía que Eyrien pulverizase a Ravin allí mismo. Los elfos seguían inmóviles, como si todos ellos fueran Elfos de las Rocas petrificados. Pero Eyrien parecía triste y decepcionada, y furiosa.

—¿Si estuvieran aquí te sentirías mejor? —preguntó—. ¿Si los vieras sufrir y lejos de sus hogares pensarías mejor de ellos?

—Quizás —dijo Ravin con altanería.

—Bien, veamos si estás siendo sincero —dijo Eyrien entrecerrando los ojos—. Tirenia.

—Sí, mi Dama —murmuró solícita la elfa—. Por fin.

Abandonó de pronto su ilusión, recuperando sus rasgos del color del rubí. Al mismo tiempo las ilusiones de todos los Elfos de las Rocas cayeron, como si hubiese sido ella quien las mantenía. Era posible, pues la mayoría de los elfos que jamás habían salido de sus territorios no debían ser muy duchos en intentar parecer humanos. Uno tras otro, todos los elfos presentes abandonaron sus ilusiones: Elfos de las Rocas, Elfos Ígneos, Elfos de los Bosques Verdes y los Leñosos se revelaban en la estancia mientras los Magos se ponían pálidos, tan atemorizados como maravillados. Después Ravin devolvió su atención a Eyrien. Ella, sin dejar de mirarle a los ojos, también abandonó su ilusión revelándose en todo su temible y hermoso esplendor siartano. Ravin retrocedió dos pasos.

—¿Ya estás más contento, humano? —le preguntó Eyrien.

—Tú eres la elfa que vino al Centro Umbanda —musitó Ravin.

—Así es. Y quizás recuerdes tan bien como yo que me convertí en un espectáculo que sacó a todos los niños de sus aulas. Se alteró el Centro durante días, por eso los elfos no solemos

mostrarnos a ojos de los Magos.

Ravin, todavía en shock, le miró el cuello a Eyrien. Adivinando lo que pensaba, Eyrien se apartó los brillantes cabellos azules para que pudieran ver las marcas de los colmillos de Ashzar, que todavía no se habían borrado del todo. River sintió una punzada de dolor al verlo pero trató de no pensar en ello; le preocupaba saber cómo iba a acabar todo aquello. Ravin era un bocazas pero era su amigo, y esperaba que recapacitara.

—Sí, estuve en Senstrist. Y por salvar a los humanos me atacó un vampiro —dijo la Dama—. Vampiro con el que ahora estoy aquí, tratando de buscar soluciones para todos vosotros.

Señaló con un gesto de la mano a Ashzar, y las Altas humanas que estaban más cerca gritaron, apartándose unos pasos de él pese a que no se había movido. Eyrien se levantó la manga negra del vestido para mostrar su muñeca marcada.

—También fui acusada por los míos de traidora por confiar en unos humanos a los que se suponía que debía neutralizar. Y hace diez años que no paso más de un mes seguido en mi hogar, en Siarta. Así que espero —siseó— que eso sea suficiente prueba de compromiso para ti. ¿Te sientes mejor sabiendo que he sufrido, que he perdido a buenos amigos, que he sentido desazón y he añorado mi casa, de la que estoy tan lejos? Pues ya puedes estar tranquilo, Mago. Los elfos también sufrimos.

Ravin se quedó mirándola, aturdido. Luego parpadeó como si saliera de un sueño. Carraspeó.

—No ha sido una situación fácil para nosotros.

—Lo comprendo —dijo Eyrien—. No ha sido una situación fácil para nadie pero vosotros además habéis estado sumidos en la ignorancia. No es culpa vuestra. Pero espero que ahora que ya no lo estáis uséis el cerebro para pensar un poco más.

—Lo haré —dijo Ravin, y River creyó que era la primera vez en su vida que demostraba tanta contrición. Especialmente cuando miró a la elfa y añadió—: Y lamento que hayáis sufrido, de veras. No me hace sentir mejor.

De pronto se oyeron unas palmadas. Se giraron para mirar a Obiun, que estaba en la puerta acompañado de Liana.

—Bravo —dijo—. Ya te has ganado el corazón de otro humano, mi Dama. Espero que te des cuenta de que has caído en la misma trampa de la que acusabas a River, Ravin.

—Pero... pero ella no puede mentir, maestro —dijo Ravin—. Y estas heridas no son de mentira.

Se oyeron algunas palabras de aprobación.

—Pero sabe manipular. River —lo llamó Obiun con tono paternal—. ¿De verdad confías en ella? ¿No será que ahora que no eres tan mortal como los demás temas que aquellos a los que no tendrás que ver morir te den de lado? ¿No será que temas que si das la razón a los tuyos, te acusen de que se vaya a cumplir la Profecía? ¿No será que temas a Eyrien?

River notó que todas las miradas recaían en él.

—¡Obiun! —gritó Liana, furiosa—. No parecio a Eyrien más que tú pero no permitiré que utilices a mi familia. ¿Cómo te atreves a revelar todo eso en público?

—Si vamos a la guerra, tarde o temprano todos se darán cuenta de que se ha vuelto más

poderoso que los demás —la interrumpió Obiun—. Si sobrevivimos. Y tendríamos más posibilidades de hacerlo si nos revelase más conjuros feéricos.

—¿Qué quieres decir con eso de que conoce los conjuros de los elfos? No puede saber más que tú, Maestro.

—Muy fácil —dijo Obiun—. Como ya sabes, la magia responde a aquellos que la crearon. Es decir, a los elfos. Los conjuros del aire se realizan con el dialecto de los Elfos del Aire, los conjuros de agua con el dialecto de los Elfos del Mar... hay que conocer las lenguas feéricas para pedirle a la magia lo que queremos que haga, y River las conoce todas.

—¿Cómo es eso posible? —murmuró Ravin mientras sus compañeros murmuraban.

—Que te lo diga tu elfa comprometida con las causas humanas —espetó Obiun.

En aquel momento River tuvo ganas de matarlo. Avanzó hacia él sin darse cuenta, hasta que Eyrien se interpuso en su camino. Algunos se apartaron al ver sus ojos encendidos. No estaba seguro pero era posible que estuviese humeando.

—Vale, vale —dijo al ver que Eyrien no iba a apartarse y que estaba asustando a los demás. Interrogó a Eyrien mentalmente, y ésta asintió. Entonces dijo—: Tú sabes que yo siempre había desconfiado de los elfos, Ravin. Y tengo más motivos para hacerlo que los demás. Pero jamás volverás a verme dudar de los que están aquí presentes, eso te lo aseguro. Moriría por ellos, porque defienden nuestra libertad.

River tuvo la sensación de que Eyrien, frente a él, se enternecía. Aunque enseguida se irguió y miró a los Magos.

—Sé que todos vosotros seréis algún día grandes guerreros. Lucharé a vuestro lado con orgullo como antes lo hice con vuestros padres, y los padres de éstos y como otros elfos lo hicieron con vuestros antepasados antes que yo. Espero que algún día os deis cuenta de que no os desmerecimos en absoluto. Muy al contrario, los elfos os valoramos mucho. Y me entristecerá no contaros entre nuestros aliados. Pero si con nuestra presencia aquí no os estamos demostrando que estamos de vuestro lado, no podemos hacer nada más.

Ravin no supo qué decir, ni él ni los otros Magos habían acabado de asimilar todo lo que se había dicho. Pero se inclinó ante ella con respeto.

—Bien, salgamos al patio —dijo la Dama.

Los elfos en su totalidad se marcharon, pero Ashzar se demoró en la puerta.

—Como ése de ahí —dijo señalando con el mentón a Obiun—, he visto a muchos en mis... ¿Cuántos años de vida dijo Eyrien que tenía? —musitó mirando a River.

—Entre mil y mil quinientos —dijo River.

—Pues eso, en todos esos años en que los humanos siempre habéis estado guerreando, he visto a muchos como él. Los que se creen que lo saben todo. Yo no tengo ningún interés especial en defender a los elfos, sólo son comida y diversión para mí. Pero si queréis ser sensatos, impedid que os convenzan de que tienen malicia y os quieren mal, porque no es verdad. Espero que os estéis dando cuenta de que los elfos se han largado para que podáis decidir si los queréis a vuestro lado o no. Y por vuestro bien, futuros líderes de Arsilon, elegid bien.

Y con eso se fue, dejándolos sumidos en el estupor.

—Yo no necesito decir nada —dijo Lyra—. Me voy al patio con ellos.

Se fue, y Ennia la siguió.

—River —lo llamó Ravin con voz cansada—. ¿Qué quiere decir eso de que no envejeces y que has usado la magia Vodun? Y cuando os referíais a Eyrien... ¿Esa elfa que tienes como amiga y a la que yo he insultado es Eyrien de Siarta? ¿La mismísima Dama de Siarta?

River se dio cuenta de que ahora tendría mucho que explicar. Y una sola mirada a Obiun le indicó que éste iba a añadir sus propios pensamientos a la historia. De su tía, River no sabía qué esperar. Iba a ser una tarde larga.



Las siguientes horas fueron extrañas, y River, después de decir todo lo que tenía que decir, dejó a sus amigos en el salón. Tampoco él quería coaccionarlos, ni obligarlos a ponerse del lado de los elfos para que se arrepintieran después. Ya anochece cuando salió al patio y descubrió que allí los elfos habían recuperado su jovialidad natural; era imposible tener tantos elfos juntos sin que acabaran jugando. Como para demostrar su unión, los demás miembros de la Alianza también estaban allí y el rey había ordenado que prepararan un aperitivo en el patio. Tanto él como Hedar parecían impacientes, y River supuso que esperaban a que los jóvenes Magos del Centro Umbanda se acabaran reuniendo con ellos. River también lo esperaba. Sobre todo esperaba que su tía, que había estado callado todo el rato, lo apoyara. Era su familia. Al pensar en ello, miró a Phyros y se acercó a él sin pensárselo más. El elfo le sonrió.

—Vaya tarde has tenido, ¿eh?

—Sí —dijo River cansado, y le miró—. ¿Y a ti por qué te odia mi tía?

Phyros se tomó la pregunta a bocajarro con admirable tranquilidad, y hasta sonrió.

—¿Quieres saber si he hecho algo malo que merezca que tú también me odies? —Hizo una pausa—. Tu tía me odia porque no tomé a Eyrien y me la llevé para siempre a Vulcania —le respondió Phyros—. Tu padre, en cambio, me tenía inquina porque temía que sí lo hiciera. Pero no me entiendas mal, tu padre sólo adoraba a Eyrien. Era a tu madre a quien amaba.

—Yo no te odiaré. Ni te envidiaré, como mi padre. Creo que eres un gran elfo, y aceptaré lo que tenga que ser.

—Me alegro, porque me gustaría que fuésemos amigos. Y nadie dice que tengas que aceptar nada que no te guste. —Le guiñó un ojo, antes de volver con los demás Ígneos.

Preguntándose qué debía significar eso, River se acercó a donde estaban el príncipe y Alana con Freyn. El enano les había explicado lo sucedido, y Killian le palmeó la espalda.

—Yo tengo alguna fe en que tus amigos no sean idiotas —dijo Alana.

—Gracias —dijo River, reconociendo que la Amazona trataba de animarlo también.

Buscó a Eyrien con la mirada. No la vio, pero oyó su voz mental que lo llamaba. Siguiendo su origen sin saber muy bien cómo, la encontró sola cerca de los establos. Tuvo la sensación de que o estaba allí esperándolo o que había querido estar sola para pensar. O quizás era una mezcla de ambas cosas. Ella le sonrió cuando llegó a su lado, aunque sus ojos seguían preocupados.

—No sé qué estará pasando allá arriba.

—Sé que no lo sabes, tampoco te he llamado para que me des explicaciones. Sólo quería que supieras que me ha emocionado lo que has dicho allí cuando estaba yo. Me alegra saber que confías en nosotros. Aunque no se me ha escapado que has dicho que no dudarás de los elfos que estemos aquí.

—Tú puedes ser tan comprensiva con tus Sabios Videntes, Eyrien, pero yo no voy a perdonarlos por lo que te han hecho.

—Sí, eso es lo que pensaba —dijo Eyrien como si sus palabras estuvieran confirmando alguna sospecha que ella tenía.

River suspiró.

—¿Y tú, Eyrien? ¿Ya no me temes? —le preguntó, y se frotó las sienes—. Me siento tan coaccionado. Obiun dice que si yo colaborara, acabaría esta guerra.

—Dime, River —dijo la Dama, y se acercó más a él—, ¿acaso puedes chasquear los dedos y acabar así con la guerra sin que nadie sufra más?

—No, no puedo —contestó River sonriendo ante lo peregrino de la idea.

Pero Eyrien estaba seria.

—Entonces no eres el arma definitiva de esta guerra. —Lo miró a los ojos—. Sería sensata si te temiera. Y en cambio... ¿quieres saber cómo me liberé de tus esposas feéricas? Te lo diré: las armas feéricas responden a los deseos de los Feéricos Menores, el silfo ígneo que traía el mensaje de Selbast les ordenó que me liberaran.

—¿Por qué...? ¿Por qué ahora de golpe me cuentas eso? —le preguntó confuso.

—Porque no volveré a enfrentarme nunca a ti, al menos mientras sea yo misma. Y espero que eso nos lleve a todos por un buen camino, o que sea yo la única que pague mi exceso de bondad. Pero no voy a dudar nunca más de ti. Nunca.

River se conmovió antes aquella entrega ciega de la que estaba haciendo gala la Dama de Siarta. Le cogió una mano y se la estrechó.

—Gracias, Eyrien. Yo... estoy abrumado. Quizás no te dé miedo a ti, pero me doy miedo yo. Ella chasqueó la lengua, casi con despreocupación.

—No te preocupes.

River tuvo la sensación de que Eyrien sabía algo que la hacía sentirse más segura que antes.

—Me estás ocultando algo, ¿verdad? —dijo River sin poder evitar que se le escapara una sornisa porque pese a todo se sentía mucho mejor.

—Siempre —dijo ella con picardía—. Ahora volvamos, rápido.

Cuando llegaron al patio donde estaban todos, River sintió un escalofrío de alivio. Sus compañeros estaban saliendo al jardín. Con timidez algunos, otros sin saber a dónde dirigirse, pero estaban casi todos.

—Por los futuros Magos de Arsilon —dijo Tirenía levantando una copa.

La Cazadora era dura, pero apreciaba a los valientes. Los demás la corearon, y aunque ambos grupos no se juntaron, flotó una nueva sensación de cordialidad en el ambiente. River se alegró al ver que Ravin y su tía también salían al patio. Y se dirigieron directamente hacia ellos.

—Obiun no ha claudicado —dijo Liana—. Pero que los chicos le hayan dado la espalda ha sido un duro golpe para él. Ahora tratará de hacerse fuerte con los que le son leales.

—Mis padres están entre ellos, me temo —dijo Ravin—. Pero ya no pienso como ellos. Estoy a vuestro servicio, mi Dama. Y de mi amigo River. —Miró a éste—. Supongo que es cierto lo que dicen, no puedes ir a tierras de elfos y volver sin cambios. Pero ahora... ahora comprendo muchas cosas. Y te admiro por tu comportamiento, River; para mí serás un modelo a seguir.

River no supo qué decir, porque notaba la sinceridad de Ravin.

—Gracias, amigo —dijo al fin.

Se estrecharon las manos con la camaradería de antaño.

—Y yo te admiro por haberte quedado, Ravin —dijo Eyrien—. Me contentaré con que estés al servicio de la Alianza, y que luchemos juntos. ¿Sabes cuál es su intención ahora, Liana?

—Crear un partido político que sea crítico con el Consejo de Magos. ¿Qué hacemos?

A River lo sorprendió tanto que su tía se dedicara a hacer de informadora para Eyrien que por un momento se le olvidó respirar.

—Nada —dijo Eyrien—. No vamos a tratar de manipularlos para darles así la razón. Pero será mejor que avisemos a Hedar. Acompáñame, Ravin.

Eyrien se alejó con el Mago, y River miró a su tía.

—Creía que la odiabas.

Liana apretó los labios.

—No la odio... exactamente. Y no le he dado la espalda a la Alianza, River. Nunca he desconfiado de Eyrien en lo que a la guerra se refiere, siempre hemos luchado del mismo bando, ella y yo. Y hubo un tiempo en que fuimos amigas. Pero luego pasaron cosas y el dolor... el dolor no se olvida. Sigo pensando que a ti sí puede hacerte daño, aunque no sea su intención. Como se lo hizo a tu padre. La quiero lejos de ti.

River no quiso decirle que él lo veía de una forma muy diferente. Pasó un brazo por los hombros de su tía y la estrechó contra él.

—Te quiero, tía.

Ella lo abrazó por la cintura, y permanecieron en silencio mientras veían cómo poco a poco los Magos y los elfos se fueron acercando, e incluso Alana, dejada de lado por su habitual hostilidad, se reía con algunas Magas que querían saber cosas de su pueblo de valientes guerreras. Por una vez, humanos e inmortales estuvieron mezclados en armonía.

—¿Y qué, Eyrien? —le dijo Freyn cuando ya se retiraban a descansar—. Ahora que ya somos todos amigos, ¿nos explicarás lo que averiguaste de Soneryn?

—Todavía faltan noticias del Sur.

—No creo que vayan a venir, cariño —dijo Islandis.

—Lo sé, pero aun así espero tener noticias pronto —insistió Eyrien.

—Mañana o pasado —dijo el vampiro con aspecto aburrido.

—Y ahora a esperar con paciencia a mañana o pasado sin saber nada más —rezongó Freyn.

Y como todos sabían, así fue.



Al día siguiente Freyn y los antiguos Cazadores empezaron a dar clases a los ansiosos Magos que los seguían allí adonde iban. Y aunque no tuvieron noticias del Sur, el rey Trenzor llegó de Riskaben. Después de que Ilandis lo pusiera en conocimiento del aviso del vampiro y de la llegada de los niños de Udrian, había decidido traer a dos docenas de enanos para que se sumaran a la defensa de la ciudad. A la mañana siguiente, River, Killian, Lyra y Alana se reunieron para desayunar. Expectantes, se giraron cuando llamaron a la puerta.

—¿Serán noticias del Sur? —dijo Killian.

—Parece que sí —dijo River cuando Verel, el jefe de la guardia gris, entró presuroso.

—Perdón, mis señores —dijo el soldado—. ¿Dónde podría encontrar a la Dama Eyrien, o al señor Asier, o... no sé, a alguno de ellos?

—Están por ahí, retozando como diría Ravin. Nos llevará un rato traerlos —dijo River—. ¿Qué sucede?

—Pues verá, señor, tenemos a un posible atacante en la puerta del pasadizo. Es una súcubo, pero dice que busca a la Dama Eyrien y al... señor Ashzar.

Los demás se quedaron paralizados, asustados ante la idea de reunir más vampiros en Arsilon. River pensó que semejante situación bien podía ser obra de Eyrien.

—¿Se llama Salma? Está bien —dijo cuando Verel asintió—. Yo iré a recibirla.

Se levantó mientras los demás le miraban como si hubiese dicho que se dirigía voluntariamente a su propia ejecución.

—Es la súcubo que ayudó a Tristan a cuidar de Eyrien en Selbast —explicó—. Y creo además que trae las noticias del Sur que esperaba Eyrien. Lyra, avísala mentalmente y dile que llevaré a la súcubo a la sala de reuniones del sótano.

River dio orden de que dejaran entrar a la súcubo hasta el slón en que desembocaba el pasillo de la poterna; por mucho que los atemorizara no se podía hacer esperar como a una vulgar viajera a una súcubo de Estirpe Antigua. Sin saber exactamente qué podría esperar, River abrió la puerta de la sala. Ashzar era peligroso y demasiado poderoso, pero nunca se había comportado incivilizadamente si obviaba el hecho de que hubiese atacado y se hubiese alimentado de Eyrien. No creía que la súcubo fuera a mostrarse descortés.

Se quedó mirando a la hermosa dama que esperaba enfundada en un vestido ceñido y una capa fina de color gris acuoso con la capucha bajada. Los cabellos de amplios rizos, negros como el azabache, caían en una cascada sobre su espalda, y su rostro de tez perfecta lucía una luminosa expresión de curiosidad. Los ojos grises, de fondo azulado, tenían la chispa de sabiduría propia de los inmortales, pero apenas había en ellos la melancolía que solían mostrar los elfos. La súcubo se giró hacia él y le sonrió.

—Tú tienes que ser River —dijo mirándole de arriba abajo, y a los ojos fulgurantes.

—Sí. Saludos, Salma. Si me acompañas te llevaré con la Dama.

Salma avanzó y se detuvo a su lado, como una niña obediente. Sonreía, seguro que le parecía

muy divertida aquella situación. Avanzaron por los pasillos, hacia las escaleras que llevaban al sótano. Si no la miraba River era incapaz de sentir que la súcubo estaba a su lado. Tan silenciosa era, en todos los sentidos.

—Espero que el viaje haya ido bien —dijo tratando de infundir normalidad a la situación.

—Ha ido bien para mí, para otros quizás hubiese sido más peligroso —contestó Salma, y le miró con aquellos ojos que podían ser tan turbadores como un elixir—. ¿Sabes cómo te he reconocido? Porque Eyrien me habló de ti. Y tú tienes que quererla mucho, de otra forma mostrarías más interés en mí.

River la miró mientras avanzaban por un pasadizo oscuro.

—En ese caso me alegro de estar enamorado —dijo con franqueza, intuyendo que aquella conversación quedaría entre ellos—. Porque así sobreviviré a este encuentro, por lo que parece.

—Desde luego hubiese sido una agradable compañía —dijo Salma—, pero no voy a ser tan tonta como para forzarte a hacer algo que no quieres si con ello me gano la ira de la Dama de Siarta. Aunque deberás tener cuidado con los míos, porque eres atrayente. Hueles como un elfo siartano, el más exquisito de los manjares. Y los siartanos no abundan como presas. —Le guiñó un ojo con seriedad—. Es un consejo.

—Lo tendré en cuenta, gracias —le contestó.

Poco después llegaron al despacho del sótano, de techo abovedado, olor a antiguo y luces acogedoras, donde ya estaban los dirigentes de la Alianza. Salma sonrió y después de acercarse a besar a Ashzar, se giró hacia Eyrien y la miró de arriba abajo con una expresión que mezclaba la ternura y la avidez de aquella forma que sólo podían mostrar los vampiros. Ashzar y Salma se habían movido de tal forma que dejaron a Eyrien entre ellos. Y aunque parecían amables, no dejaban de ser dos depredadores increíblemente poderosos. Pero Eyrien no se mostró asustada.

—Tenías razón —le dijo Salma—. Me ha resultado extrañamente difícil encontrar vampiros con los que comunicarme en el Sur. Así que lo que sugirió tu Soneryn debe ser cierto.

Eyrien asintió, pero no habló. Y los demás se quedaron con las ganas de saber qué era lo que había insinuado Soneryn. Pronto entraron también en la sala Islandis, Phyros, Negander, Sheridan y Betadur, y todos se trasladaron a la ovalada mesa que se ubicaba en el centro de la sala. Eyrien tomó la palabra.

—Como muchos habréis adivinado, le pedí a Salma que buscara noticias en el Sur. Nosotros llevábamos demasiado tiempo sin tener noticias y los vampiros no tienen los problemas que tenemos nosotros para salvar las distancias telepáticas y luchar contra las Flores del Sueño. Han sido muy amables ayudándonos.

Freyen se removió. Estaba claro que él pensaba, y los mortales con él, que los vampiros que deseaban comérsela no merecían agradecimiento alguno.

—Los vampiros son menos comunes en el Sur que aquí —dijo la súcubo con la misma expresión de que todo aquello no iba con ella que solía mostrar Ashzar—, pero a diferencia de lo que muchos creen, allí también existen. Tienen a los Nigromantes, a los Niarandenianos y de vez en cuando a algún boreaniano para alimentarse. Y sin embargo, me ha costado encontrarlos mentalmente. Lo siento por vosotros pero Niaranden ha sido tomada. Arrasada, más bien. Muchos

de sus habitantes han muerto y los demás han sido esclavizados. Otros, los que no sirvan para nada, servirán de tributo a los guls, que han ayudado a Esigion. Ya sabéis cómo funciona Maelvania —añadió la súcubo ante el horror que habían despertado sus palabras.

—Que los dioses acojan a las víctimas en sus salones —dijo Freyn.

River recordaba al gobernador Carsen y a algunos de sus secretarios. Y ahora seguramente estaban muertos, ellos y miles de niarandenianos más. Los rostros desencajados de los demás eran un reflejo del suyo propio.

—Entonces es cierto, Esigion ha tomado el Sur —dijo Ian—. Mientras nosotros nos peleábamos con chupasangres, trasgos, kapres y entre nosotros, nuestros amigos morían.

—Y si es listo —dijo Asier—, controlando el Sur y el Estrecho lo próximo que hará Esigion cuando se sienta seguro será atacar el Norte.

—Para atacarnos por mar tendría que tener claro que los Elfos Marinos no van a entorpecerlo.

—¿Y qué hay de Boreanas? —preguntó Islandis.

Salma la miró con un cierto cariño, como si viese en ella más claros los recuerdos imprecisos que conservaba de Erandor.

—A Boreanas no llegan los vampiros —le respondió—. Pero es de esperar que haya seguido el mismo destino que Niaranden. El ejército de Esigion era fuerte, y una parte se dirigió hacia el este. Mi contacto cree que el verdadero objetivo de Esigion eran los Elfos del Aire.

—No os preocupéis por vuestra sobrina Eyalen —se apresuró a decir Phyros al ver que Eyrien y Asier se ponían tensos—. Está en Vulcania. Freyo me lo ha dicho; ella y Laierne llegaron de Boreanas hace unos pocos días con Maialen de Boreanas y una guardia de Elfos del Aire. Las evacuaron cuando los rocs empezaron a sobrevolar la ciudad.

Eyrien suspiró profundamente y luego frunció el ceño.

—Pobre Maialen —dijo Sheridan del Lago Plata, cuya piel seguía mostrando perlas de humedad—. ¿Su hermano Beleren no lo acompañaba?

Phyros negó con la cabeza.

—También me he enterado de otra cosa mientras venía hacia aquí —dijo la súcubo—. Parece ser que Hermas también ha sido destruida. Lo he oído de los Elfos Leñosos, que trataban de enviar la noticia telepáticamente.

—¿La ciudad Neutral? —preguntó Freyn horrorizado.

—Desde el punto de vista de Esigion tiene sentido —dijo Asier—. Una ciudad menos que se va a unir a la Alianza y un aviso para los que ya lo han hecho.

—Los Elfos Leñosos están encargándose de los supervivientes —dijo Salma—, y enviarán aquí a los que quieran venir.

—Los acogeremos con gusto —dijo Ian, que estaba lívido.

—El mundo está cambiando mucho —dijo Islandis en voz alta—. Y parece que para mal.

—Tantas muertes... —murmuró el hechicero Hedar—. ¿Cuándo va a acabar todo esto?

Miró a Eyrien en busca de respuesta, pero ella había apoyado los codos en la mesa y se apretaba las sienes con los dedos. A veces hacía aquello, tratar de forzarse a recordar lo que había olvidado de su estancia en las Fortalezas, pero nunca conseguía nada. Ahora sin embargo sus ojos

estaban oscuros como pozos de tinta y su cuerpo tenso, y temblaba.

—¿Eyrien? —dijo Phyros.

—Mordecai —acabó musitando ella, y alzó el rostro cansado, inquisitivo, hacia Ashzar—.

¿Mordecai? ¿Significa algo ese nombre?

Ashzar asintió, sin poder concretar más por culpa de sus juramentos, y sonrió.

—Elfa lista —dijo.

—¿Os dice ese nombre algo a alguno de vosotros?

Los demás negaron con la cabeza y Eyrien se mordió el labio. Aunque no les dijese nada no iba a olvidar ese nombre. Mordecai.

—Es una pena que se quemara la Biblioteca de Siarta, y que los manuscritos de Nathaniel sean tan parciales —dijo Killian.

—Sí —murmuró River—. Qué casualidad que la Biblioteca de Siarta se quemara más o menos por las misma fecha en que los archivos de Antigua Suria se volvieran parciales.

—Cierra la boca, River —le espetó Eyrien.

—Eyrien, querida, estás muy tensa —dijo el rey Trenzor—. ¿Y por qué vistes de negro?

—¿Y por qué no? —contestó la Dama mirándole—. El negro es el color de la noche sin luna, y el de mi ánimo ahora. Seguiré vistiendo de negro hasta que esta guerra acabe. Maelvania ya nos ha quitado mucho, no voy a permitir que nos quite también todo un color —suspiró—. Mañana volveremos a reunirnos para decidir qué vamos a hacer. Ian, avisa a los Consejeros de Selbast y Gevinen. River, Killian, venid conmigo. Tenemos mucho de que hablar antes de la reunión de mañana —oyeron tanto Killian como River en sus cabezas.

Se miraron, sorprendidos y animados, y se apresuraron a seguirla fuera de la estancia. Eriesh y Freyn los siguieron. Otra vez reunido su pequeño y dispar grupo. En el despacho privado de la Biblioteca, Alana se reunió con ellos. Ahora Killian sí se sentía completo. Eyrien miró a Killian.

—Si no me equivoco, estáis deseosos de convencerme de que debemos ir a la guerra. Y quizás podáis convencerme. Tampoco yo deseo que esto siga así, esta situación tiene que acabar.

X

Cónclave



Ala mañana siguiente, River y Killian se encontraron reunidos con los representantes de las Casas Élficas, los dos vampiros, el rey Trenzor y Freyn, Alana y las tres consejeras Amazonas, muy parecidas a Alana pero más maduras y de rostros más adustos, que habían llegado con el amanecer. Hedar y el nuevo Consejo de Magos de Arsilon compuesto por Liana, Willem y Lance, Arla en representación de Udrian y los nobles de Arsilon y embajadores del resto de las ciudades humanas libres también estaban allí. Un cónclave en toda regla que Eyrien presidió junto a Asier, aunque éste se limitó a permanecer a su lado dejando que su hermana, que habitualmente se ocupaba de la política exterior, hablara en nombre de Siarta.

Eyrien había empezado la reunión con parquedad élfica, relatando las noticias desconocidas por los que no habían estado presentes la tarde anterior. La certeza de la caída de Niaranden, y posiblemente la de Boreanas, fue acogida con temor, rabia y horror. También creó un dolor profundo en los elfos la noticia de las muertes de Konogan, Soneryn y los acólitos de los Sabios, si bien de estos últimos se desconocían las causas. Y si ella las intuía, se las calló.

—Hay cosas que quizás nunca sabremos —dijo Eyrien finalmente—. Lo importante es que ahora nos hemos decidido a luchar a tiempo, pues Esigion se prepara para caer sobre nosotros.

—Y que lo digas —murmuró Ashzar, que como Salma tenía aspecto de no estar seguro de por qué estaba allí.

—¿Dónde están los Sabios ahora? —preguntó el rey Trenzor.

Eyrien suspiró, estaba claro que era una de las preguntas a las que no le apetecía responder.

—Creemos que en Maelvania.

—¿Esigion los ha secuestrado? —preguntó espantada una de las Amazonas.

—Quizás mataron a los acólitos para coaccionarlos —aventuró el Mago Willem.

Se debatieron varias teorías pero Eyrien no participó. Se ocultaban muchas cosas aun en aquella reunión de aliados. Pero River la miraba fijamente, y ella le devolvió la mirada por un momento. Ambos sabían que tendrían una discusión más tarde.

—Killian, sabiamente, tomó como prisioneros a algunos soldados de Maelvania —continuó la Dama—. Nos han revelado algunas cosas, que debemos tener en cuenta. Han asegurado que Esigion pretende atacar Arsilon, que para eso ha estado creando el caos. Subirá con sus tropas por el Estrecho e irá arrasando cuanto encuentre a su paso hasta llegar a Arsilon.

Eyrien, pese a que lo estaba explicando, parecía tan escéptica como cuando se lo habían explicado a ella la noche anterior.

—No puede ser —murmuró el rey Trenzor haciéndose eco de las dudas de la Dama—. Esigion no se atrevería a una campaña semejante.

—Eriesh puede atestiguarlo, también ha hablado con esos prisioneros —dijo Killian.

—Así es —dijo Eriesh. Al ser un elfo no tenían má remedio que creerlo, él no podía mentir—. Todos coincidían en sus confesiones, y las creían de veras.

—En ese caso debemos bloquear Karstia para evitar el avance —dijo Asier.

—También podemos hacer algo más que evitar su avance. Podríamos devolver el golpe y evitar que esto vuelva a pasar —dijo Killian—. Y no podemos olvidarnos de nuestros amigos de Boreanas y Niaranden, y quién sabe cuántos cautivos que sigan en Maelvania.

Su comentario silenció la sala.

—¿Y cómo lo haríais? —preguntó Asier.

—Ya no somos sólo una Alianza de tres —dijo Killian—. Los humanos que habían sido neutrales forma ahora la cuarta parte de la Alianza. Son gentes dispuestas a luchar, hay buenos guerreros en todos esos lugares, como el capitán Aston. Yo podría reunir unos cinco mil efectivos entre Altos y Bajos humanos, sin tener que recurrir a las fuerzas de la Triple Alianza. No pido que participéis si no lo deseáis, simplemente que nos deis permiso para iniciar una campaña de recuperación de nuestros territorios en el Sur.

—¿Y qué haríais si recuperarais las ciudades perdidas? Volverían a estar en peligro —dijo Islandis.

Killian, emocionado ante el interés de los elfos, empezó a repartir entre los presentes copias de los manuscritos de Nathaniel, mapas y reconstrucciones. Los elfos eran rápidos, así que no tardaron en hacerse una idea general de lo que les estaba enseñando.

—Queremos arreglar lo que hemos estropeado, y sanear el mundo para todos —dijo Killian—. Si nos ayudáis es posible que podamos conseguirlo. Nathaniel descubrió que desde siempre el Sur se puede rehabilitar. Pero un Esigion detrás de otro han silenciado a todos los que han querido proclamarlo. Por lo que parece, debajo de las capas superiores de arena de gran parte de la Llanura Áurea que se ha extendido en los últimos milenios hay capas feéricas de agua que podrían volver a la superficie si los Elfos del Agua las movilizaran. Con ayuda de los Elfos del Aire y el Fuego, se podrían crear tormentas sobre la zona que aseguraran la irrigación de ese suelo. Y si los Elfos de los Bosques participaran, podríamos repoblar las praderas y los bosques.

—Pero si todos esos Esigion de Maelvania sabían que podrían recuperar las tierras perdidas —dijo Phynos—, ¿por qué no han tratado de solucionarlo? Los elfos habríamos ayudado.

Nadie conocía la respuesta, pero River sólo necesitó mirar una vez más a Eyrien para darse cuenta de que ella tenía una ligera idea sobre cuál podía ser el motivo.

—Está claro que no desea nuestra ayuda, aunque no sepamos por qué —dijo Asier—. Es algo de lo que mi padre Subinion es consciente desde hace mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Pero para poder planificar la readecuación del Sur tendríamos que estar seguros de que no volverá a ser atacado.

—Eso significaría ir a la guerra contra Maelvania —dijo Negander frunciendo el ceño.

—Sólo si nos obligan a ello —dijo River—. Los testimonios de los prisioneros maelvanienses nos hacen pensar que no todos rechazarían un cambio de vida.

—Los elfos siempre habéis tenido compasión por los enemigos, porque sabéis que no han tenido otra opción que serlo. Así les daríamos la oportunidad de escoger —añadió Killian.

—¿Incluso a los Nigromantes? —dijo Asier—. ¿Seríais capaces de perdonar a los Nigromantes que sobrevivan a la hipotética guerra, y tratar de reinsertarlos en vuestra sociedad?

Los humanos callaron, pues ellos no podían obviar el odio como lo harían los elfos.

—Sí —dijo Killian levantándose—. Yo lo haría.

—Y yo —dijo River, aunque le costó.

—Y yo —dijo Arla—, si con esto acaba la guerra. No nos engañemos, nuestra raza se ha visto muy disminuida. Y en Maelvania también nacen niños. Quizás para los que ya son adultos no haya salvación, pero esos niños pueden tener otro tipo de futuro. Un futuro mejor.

Se apresuró a restregarse los ojos con la manga. Lance de las Minas, con el que últimamente pasaba bastante tiempo, le pasó un brazo por los hombros. Eyrien repiqueteó en la mesa con dos dedos, aparentemente ajena a lo que estaba haciendo. Luego alzó la mirada.

—Yo sé que los Nigromantes pueden cambiar —dijo haciendo que todos la miraran con sorpresa—. Lo he comprobado. Ynia de Casa del Mar y yo conocimos a uno de ellos en nuestro... nuestro viaje de hace unos años —dijo refiriéndose de forma sucinta a su desaparición con la heredera de Casa del Mar después de que murieran los padres de River—. Hasta ese momento nunca nadie lo había tratado bien en su corta vida, pero nuestra amabilidad logró vencer todos esos años de dureza. Al final nos tomó tanto aprecio que traicionó a los suyos, dando su vida por la nuestra. Se convirtió en nuestro amigo, nos quería. Y se sacrificó por nosotras. —Hizo una pausa, afectada—. Como él habrá muchos otros. Especialmente y como ha dicho Arla los niños, que son inocentes y seguirán siendo criados con crueldad si no lo evitamos. Y no nos engañemos, ahora que ha hecho prisioneros, Esigion se dedicará a forzar los nacimientos para tener sangre nueva en sus ejércitos.

—Sé que durante todos estos años, la Alianza jamás ha pensado en atacar el Sur porque los humanos no estábamos dispuestos a hacerlo —dijo Ian—. En otro tiempo yo tampoco lo habría considerado, por falta de apoyo. Pero las cosas han cambiado. Contando con las fuerzas de las Ciudades Neutrales podríamos permitirnos marchar al Sur sin dejar el Norte desprotegido. Quizás ha llegado el momento de que los humanos reparemos nuestras faltas y recuperemos nuestro antiguo territorio. Y liberemos a las demás razas de la opresión causada por nuestros congéneres.

—La idea de la guerra no me disgusta —dijo el rey Trenzor, mostrándose tan pensativo y dudoso como requería la situación para un enano, pese a que seguramente ya estaba decidido—. Riskaben está muy cerca del Estrecho, los nuestros recibiríamos el golpe si Esigion consiguiera llevar a cabo su plan. Pero debemos tener en cuenta que no sabemos con qué fuerzas cuenta Esigion —dijo Trenzor—. Cada día descubrimos que más especies son nuestras enemigas. Kapres, chupasangres, volgas... Si los rumores no mienten, también hidras marinas y rocs. Y no sabemos cómo consiguieron atacar dos Centros Umbanda sin que nos diéramos cuenta. Ni quién le hizo eso a River ni por qué.

River miró a Eyrien, y tuvo la certeza de que ella tenía una idea más que ligera.

—Estoy segura de que todos ellos son enemigos que podemos enfrentar si estamos unidos —dijo la Dama de forma evasiva—. Respecto a las razas que siendo salvajes parecen haberse aliado a Maelvania, creo adivinar que si detenemos a Esigion, dejarán de acosarnos. También sé que es

muy posible que Esigion tenga el control del Largo Mar, y en ese caso y dominando también el Estrecho, podría atacarnos también desde Sentríst. La guerra vendrá a nuestro encuentro, aunque no la deseemos. Esigion parece decidido a destruirnos, y no lo podemos permitir. No sólo nosotros, sino todos los seres mágicos del Continente Norte estarían en peligro. Es nuestra obligación defenderlos.

—¿Pero cómo vamos a atacar si Esigion domina el Estrecho y el Mar? —le preguntó Ian.

—Quizás yo podría encontrar la forma de llevar el ejército de Killian al Sur.

La miraron sorprendidos. Para Killian, la forma de cruzar el Mar había sido todo el tiempo el punto débil de sus planes.

—¿Podrías? —dijo esperanzado.

—Podría intentarlo —dijo Eyrien, que miró a Ashzar.

Éste asintió, aburrido.

—Eyrien, querida, nos estás ocultando muchas cosas —dijo Trenzor—. Cualquiera diría que estás decidida a ir a la guerra, y que hasta crees que puedes ganarla.

—Estoy cansada de sufrir —dijo la Dama. Le habían pasado muchas cosas y había perdido a mucha gente en muy poco tiempo—. Iré al Sur, con los herederos de Arsilon. Pero no a recuperar Niaranden y Boreanas, sino a buscar a los Sabios para entender muchos misterios y a juzgar a Esigion de Maelvania, quizás. Como Cazadora, no necesito que una Profecía me diga que acabará por destruirnos a todos si no lo detenemos. No busco venganza, pero sí justicia. Y respuestas a las preguntas que nos hacemos desde hace demasiado tiempo. No voy a pedir que la Alianza me apoye o me acompañe, me desvinculo en este momento de mi lugar de líder en el Consejo. Simplemente iré al Sur, con los herederos de Arsilon si su propuesta es aprobada, o sola si no lo es. Es algo que tengo que hacer.

—Mi hermana es quien más ha luchado contra el enemigo de todos nosotros —dijo Asier después de una pausa—. Si dice que su camino la lleva ahora al Continente Sur, es que es allí donde debe ir. Siarta apoyará su deseo de aclarar los enigmas que nos afectan a todos.

—Y nosotros la protegeremos en su búsqueda, por supuesto —dijo Islandis.

—También nosotros —dijo Trenzor—. Y apoyamos a la Cuarta Alianza del príncipe Killian.

—Las Amazonas también apoyan la iniciativa —dijo una de ellas.

—Y los Magos —señaló Hedar.

—Así sea —dijo Eyrien, aunque seguramente ya contaba con ello—. Antes de hablar de estrategias, ¿a alguien le suena el nombre de Mordecai?

Los demás negaron con la cabeza, y Eyrien suspiró.

—Está bien, veamos lo que podemos hacer.

Ian, a su lado, meditaba en el vaticinio que le transmitiera Subinión hacía unas semanas: que para bien o para mal, aquella guerra acabaría antes de la próxima primavera. Parecía que finalmente, la guerra iba a acabar. Aunque no supiera cómo, ni quién iba a ganar.



La reunión todavía duró horas. La forma de funcionar de los elfos era simple y rebuscada a la vez, y sobrecogedora. En ningún momento habían dicho que irían a la guerra contra los humanos de Maelvania abiertamente, pero en su deseo de proteger a Eyrien y apoyar a Killian harían lo que fuera necesario para impedir que sufrieran nuevos tormentos. Maelvania ya podía echarse a temblar, como decía Freyn. La estrategia se definió pronto. El capitán Aston, junto a Lance, se dedicaría a hacer las levas del que sería el ejército de la Cuarta Alianza, el que cruzaría al Sur. Se dirigirían hacia Sentríst a medida que se fueran sumando los efectivos, y esperarían allí. Mientras tanto, Ian reuniría las tropas de la Alianza para proteger el Norte y vigilar el Estrecho, con la ayuda de Asier y Fereya. Luego, cuando el ejército de la Cuarta Alianza estuviera listo, atacarían desde ambos lados a Maelvania, por el Estrecho del Abismo y a través del Mar.

Todos ellos, no obstante, sabían que era muy probable que Maelvania tuviera fuerzas suficientes como para repeler su ofensiva y atacarlos a su vez. Así que cuando las cosas se pusieron difíciles, los Elfos de Quersia y Greisan ayudarían. Los enanos de Riskaben en su mayoría se unirían al ejército de Killian, pues deseaban luchar y allí serían útiles. También algunos elfos voluntarios irían con ellos, y los antiguos Cazadores irían todos. Los Elfos de Vulcania estarían preparados para ayudarles en caso de ser necesario, porque a nadie se le escapaba que por mucho que la Dama tuviera sus propios planes, todavía no sabían cómo cruzarían el Mar cuando nadie lo había conseguido desde hacía meses. Tampoco sabían lo que encontrarían en la propia Suria, y Eyrien no sólo era incapaz de responderles a eso, sino que parecía preocupada al respecto. Ella, con los que habían sido últimamente sus acompañantes habituales, marcharía en dos días hacia el Sur para disponer la llegada de la Cuarta Alianza.

Pero cuando llegaran al Sur... ¿qué pensaba hacer la Dama? No había hablado de sus propios planes, pero había dicho que iba a buscar a los Sabios. Y en ese caso, sus pasos la llevaban a Maelvania. River no estaba dispuesto a dejarla ir sin más a una muerte más que probable. Pero antes de que pudiera darle vueltas al asunto, oyó que Eyrien lo conminaba a encontrarse con ella en sus aposentos al caer la noche. Bien, porque tenían que hablar de algunas cosas.



La habitación de Eyrien, pese a que era una más de las habitaciones del castillo de Arsilon, parecía muy siartana. Al fin y al cabo llevaba décadas usándola. No había muchos objetos de decoración, el ornamento estaba en las propias paredes, en el suelo, en el techo. La piedra estaba labrada, los elementos de madera tenían formas hermosas de motivos naturales y la iluminación era penumbrosa, acogedora y suave como la de un anochecer norteño. Eyrien no necesitaba más, veía perfectamente bien en la oscuridad. River atravesó la amplia estancia. Distinguió a Umbra estirado en un diván gracias al fulgor de sus ojos felinos, pero a Eyrien le costó encontrarla. En aquella penumbra podía estar en cualquier parte y él no la veía. Optando por la opción más probable, se dirigió a la amplia puerta de la terraza.

—¿Sabes, River? —dijo Eyrien, que por una vez no estaba enroscada sobre la balaustrada, sino sentada en un diván de madera y musgo que tenía todo el aspecto de provenir de Quersia—. He

sabido que venías porque he sentido la nebulosa de descontento que te rodea.

—No estoy descontento.

—No me mientas —repuso Eyrien, mirándole por primera vez.

—Lo siento —dijo River acercándose, pero sin sentarse junto a ella, si no se lo ofrecía—.

Supongo que sí estoy descontento. Bueno, tú lo sabrás mejor que yo.

—No es difícil —murmuró Eyrien—. Aunque creo que eres el ser al que más me cuesta comprender, River. Nunca actúas como espero. ¿Por qué nunca te conformas, como hacen los demás? ¿Por qué no puedes aceptar que hay cosas que tengo que hacer y ya está? —Negó con la cabeza—. Pero he decidido que te lo voy a explicar. Mereces saber quién te hizo lo que te hizo.

—Vas a... ¿explicármelo? —dijo River, sin creer que fuera a ser tan fácil.

—Sí, te explicaré lo que sé. Porque ésta es una guerra humana y tú eres el más poderoso de los que están en nuestro bando. Pero pocos además de mi hermano saben lo que yo sé, y pocos necesitan saber más de lo que saben. Si revelas lo que te explique, me enfadaré mucho contigo.

Enfundada en aquel vestido negro, los ojos felinos brillando azulados y entrecerrados en el serio rostro élfico, River supo que en ese momento no querría hacerla enfadar.

—No estoy loco —murmuró.

—No me interrumpas hasta que acabe. Y esta conversación se acabará esta noche.

River asintió, sintiendo un escalofrío.

—Creo que es importante recordar en este punto que para un elfo no es fácil soportar las injusticias, ya sabes que las asimilamos como nuestras —dijo con voz más pausada, como si le explicara un cuento—. Así que los Sabios con los siglos se volvieron más insensibles ellos mismos para poder sobrevivir. Yo lo sabía, mi padre lo sabía, pero lo considerábamos un sacrificio loable, pues es cierto que han hecho mucho por todos nosotros, por la Alianza. Y han estado enseñando a otros sus secretos, entrenándolos para leer en las estrellas, para cuando el peso del mundo pueda con ellos. Los que te hicieron esto fueron los acólitos de Siarta. —Alzó una mano para demandarle el prometido silencio—. Yo misma estaba horrorizada, pues aunque siempre los había considerado justos y bondadosos, más sensibles que a los Sabios. No lo comprendía. Pero cosas que dijeron Soneryn y Ashzar me hicieron pensar... —Le miró a los ojos—. Lo acólitos murieron porque los Sabios los mataron, no los Nigromantes. Soneryn dijo que los habían traicionado, que lo que habían hecho era imperdonable. Y así es. —Le acarició el rostro con ternura—. Pero Ashzar me dijo que los acólitos habían hecho eso no por castigarte, sino para demostrar algo que yo debía comprender. Y para demostrar que tenían fe en ti. Eso era lo que diferenciaba a los acólitos de los propios Sabios, que los primeros querían volver a aliarse con los humanos, mientras que los Sabios siempre han querido que nos alejemos de vosotros. Ashzar debía mantenerte vivo, y eso molestó a los Sabios. Por eso dejaron morir a Lilith, probablemente. Desconozco cuál era el trato que tenía Ashzar con los acólitos, qué sacaba él de todo ello, pero su hermana murió por esa causa. ¿Recuerdas lo que dijo antes de morir, en la visión que te enseñé? Que aun así valía la pena. Todos se han jugado mucho en esto, River. Los acólitos seguramente sabían que su acción acarrearía su muerte. Konogan también. Y nosotros desconocemos el porqué. Por eso debo descubrirlo, ¿lo comprendes? Todo está relacionado. Los Sabios no han sido

secuestrados; si han ido a Maelvania ha sido por propia voluntad. Ashzar todavía no ha cumplido lo que sea que tuviera que hacer para ganarme a mí como recompensa. Y tampoco sé todavía por qué te han hecho esto a ti, aunque eso tuviera que revelarme algo. —Le miró, y pareció que dudaba antes de seguir—. Ni tampoco sé cómo convenció Esigion a algunos vampiros sureños para que atacaran los Centros Umbanda y mataran a los niños.

River abrió mucho los ojos, pero se obligó a seguir en silencio cuando Eyrien le recordó alzando una mano que había prometido dejarla acabar antes de decir nada.

—No dejes que tu odio y tus celos hacia Ashzar te hagan perder la lógica —dijo—. ¿De qué se alimentan principalmente los vampiros? De Altos humanos. Los Bajos les parecen poco sabrosos, y les cuesta mucho cazar a los elfos. Los vampiros dueños de sí mismos jamás acabarían con la raza que les proporciona el mayor de los sustentos. Ashzar ni siquiera lo sabía, y no está nada contento. Lo único que se me ocurre entonces es que a esos vampiros les modificaran la memoria también. —Se detuvo a pensar unos segundos, los ojos profundos fijos en la oscuridad—. Manipular a los vampiros les debió resultar más fácil que manipularme a mí, ya que ellos al no tener mucha conciencia del pasado y el presente son más flexibles. Igual que a los volgas, las hidras y los chupasangres. Aun así, tiene que haber sido alguien poderoso. Creo que fue Esigion mismo quien salió a nuestro encuentro en las Fortalezas, pero no entiendo por qué me asusté. Y tengo un nombre, Mordecai, que no soy capaz de quitarme de la cabeza. Y Soneryn me dijo que buscara a los elfos olvidados, pero no sé quiénes son.

Calló, tanto tiempo que River creyó que ya había acabado.

—Hay algo que se nos escapa —añadió—. Si averiguamos la respuesta a esas preguntas, quizás podríamos ganar esta guerra.

—¿No crees posible que la ganemos? —preguntó River, estremecido.

—Piensa, River —le dijo Eyrien—. Estando a su lado tiene que haber un motivo por el que los elfos que han estado cerca de Esigion de Maelvania no lo han matado. Y Esigion, que siempre ha tenido espías aquí, debería saber que Arsilon no es una fortaleza a la que se pueda acceder fácilmente, mucho menos si los elfos ayudamos a defenderla.

River cayó en la cuenta de que eso era cierto. Los Sabios, los acólitos, Soneryn, Konogan e incluso la versión desmemoriada de Eyrien, habían tenido a Esigion al alcance y seguía vivo. Pero intentar averiguar por qué esos elfos no habían matado a su peor enemigo sería como intentar comprender cómo el futuro se reflejaba en las estrellas.

—¿Quiénes serán esos elfos olvidados? —musitó.

—No lo sé, River —suspiró Eyrien—. Si lo supiera no estaría aquí tratando de recordar un período de mi pasado que en realidad no quiero conocer.

A River no le extrañaba. Si se acordaba de lo que había visto siendo la Venganza del Bosque, recordaría muchas injusticias, crueldades, y la muerte de Konogan.

—Te ayudaré a averiguarlo —dijo River—. No te preocupes, no le revelaré lo que me has dicho a nadie. No pienses que sigo siendo el chico impulsivo que conociste en el bosque de Dreisar. No soy ningún niño aunque hayas vivido 200 años más que yo, Eyrien. He madurado.

—Sé que lo has hecho. Todos parecéis mucho mayores ahora que hace unos meses. Pero

madurar por causas desagradables no es bueno.

—¿Sabes? —dijo River pensando—. Ellos... antes de que me hicieran esto, los acólitos me dijeron que lo que me iban a hacer me facilitaría las cosas. Y que llegaría un momento en que se lo agradecería. Creo que ya se lo agradezco, porque al menos ahora tengo el poder suficiente para protegerte. De algunos enemigos al menos.

Eyrien le miró y al final una fina sonrisa se dibujó en sus aterciopelados labios azules relajando la tensión de su rostro.

—No quiero que dediques tus esfuerzos a protegerme, cuando otros están en peligro también —dijo suavemente—. Pero me alegro de que estés a mi lado. Ahora será mejor que te vayas y descanses, porque Alana está de camino. Está preocupada, y quiere hablar conmigo. Aprovecha para despedirte mañana de los que se quedan aquí. No sabremos qué pasará en el futuro.

River lo entendió. No sabían si volverían, o si encontrarían todavía en Arsilon a aquellos que dejaran atrás. El peso del significado de la guerra cayó de pronto él como un mazazo. Eyrien lo acompañó hasta la puerta. Se concentró, asegurándose sin duda de que no había nadie fuera que pudiera verle salir. Cuando se fue, River se preguntó con un nudo en el estómago a cuántos de sus seres queridos nunca los volvería a ver. En el pasillo se cruzó con Alana, que parecía atribulada cuando lo saludó con un gesto de la cabeza.



Las despedidas fueron amargas. Los más jóvenes, los que nunca antes habían ido a la guerra, jamás habían tenido que enfrentarse a una separación como aquélla: eran muy conscientes de que quizás no volverían a ver a aquellos a los que dejaban atrás. Que quizás ellos mismos nunca regresarían a casa. Y ahora, ante la posibilidad de perder a los seres queridos, se daban cuenta de lo mucho que los amaban. Killian se sentía horriblemente inseguro a la hora de despedirse de Ian, y pasó las últimas horas siguiéndolo a todas partes como una sombra. El rey se sintió conmovido, aún más cuando Killian le aseguró que había sido un rey y un padre magnífico para él. Lo mismo que River, que lo abrazó con fuerza diciéndole que nunca querría otro modelo a seguir, ni entre los Magos ni entre los elfos.

Así, poco a poco, todos fueron reuniéndose con aquellos de los que se separaban, dándose consejos, bromeando y recordando vivencias pasadas. River sintió una extraña sensación de pérdida al despedirse de sus compañeros. Ahora entendía por qué Eyrien no sabía si considerar bueno que los jóvenes maduraran tan bruscamente. Porque los estudiantes, con Ravin a la cabeza, se habían sumado a las fuerzas de Arsilon dispuestos a defender a los niños con sus propias vidas. Y aunque parecían orgullosos, de sus rostros surgían menos sonrisas. Arla fue de quien más le costó separarse. Ella seguiría a Ian menos sonrisas. Arla fue de quien más le costó separarse. Ella seguiría a Ian al Estrecho, como sanadora del ejército igual que Tristan, y su esposa Shane, que iría como intérprete de lenguas feéricas; al fin sus estudios de uldaran servirían para algo. River estaba despidiéndose de Tristan en la sala, recordando el susto que le había dado a su amigo entrando en su granja con una elfa moribunda en brazos, cuando Ashzar se acercó. El rostro de

Tristan adquirió la misma expresión de confusión que lo embargaba siempre que lo veía: a medio camino entre el odio, la rabia y el respeto.

—Vengo a despedirme, sanador —dijo Ashzar con la misma elegancia de siempre—. Eres un hombre valiente, y espero que sobrevivas para tener muchos hijos y gozar de una vida feliz.

Ashzar sonrió cuando el rostro de Tristan se crispó, pues evidentemente había pensado que sí le había animado a tener hijos era porque quizás querría considerarlos su alimento en un futuro.

—Recuerdo que te dije que si cuidabas bien de Eyrien te estaría agradecido —añadió el vampiro y miró a Shane, que hablaba algo más allá con Alana. Levantó las manos y de pronto pareció surgir de ellas una invisible onda expansiva, que se dirigió hacia la Maga—. Ahora tu mujer es mía. Cualquier vampiro que quisiera hacerle daño tendría que responder luego ante mí, y no van a querer hacerlo. También tus hijos tendrán mi protección mientras yo viva.

Tristan tardó un rato en reaccionar, hasta que se dio cuenta de lo que le estaba ofreciendo.

—Yo... gracias —dijo con la voz ronca.

Ashzar se alzó de hombros, sus almendrados ojos grises brillando con una pizca de diversión.

—Te dije que era un ser agradecido —dijo antes de irse.

Se quedaron mirándolo mientras el vampiro se deslizaba entre la gente.

—Cómo le odio —dijo River—. Ojalá no fuera tan amable algunas veces.

Tristan, a su lado, asintió. River miró a Shane que, ignorante de que era la protegida del vampiro más poderoso de la tierra, seguía hablando con Alana. La Amazona se estaba despidiendo de bastante gente, al final había hecho muchos conocidos y no pocos la admiraban. En un acto de verdadera amistad, había regalado su sable a Lyra para que defendiese Arsilon con él. Sin poder contenerse ante el cambio que se había producido en ella, sobre todo después de haber visitado esa noche a Eyrien, River se metió en su mente. Descubrió que Alana se sentía responsable, que se había prometido agradar a los arsilonianos, que deseaba que le importase lo que pensaran los demás, y que estaba decidida a que los demás le agradaran a ella. A Ian, a Lyra y a Arla parecía que iba a echarlos de menos de verdad.

A River sólo se le ocurrían dos motivos para este cambio. Que quisiera que a los humanos les agradaran las Amazonas para que las respetaran y las dejaran tranquilas cuando acabara la guerra, o que ella misma quisiera quedarse en Arsilon. Pero no quiso indagar más, sabía que Killian estaba enamorado de Alana y si ésta se estaba planteando llegar a convertirse algún día en reina de Arsilon, River no quería entrometerse de ninguna manera y cambiar lo que tuviera que ocurrir de forma natural. Porque había quedado demostrado que querer cambiar el futuro conseguía simplemente echarlo al traste.

Demasiado rápido, el día pasó hasta que el anochecer anunció su fin. Los que partían debían dormir, ahora que todavía tenían una cama familiar y segura donde hacerlo. Pocos vieron el momento en que Liana se acercaba a despedirse de Eyrien.

—Cuida de mi River, por favor —le pidió mentalmente, con los ojos ambarinos brillantes por la emoción mal contenida.

—Lo haré —dijo Eyrien.

Liana hizo una pausa, sin saber cómo continuar.

—Y cuídate tú también —dijo al fin—. Por River.

—Claro —dijo Eyrien suavemente—. Por River.

Se abrazaron brevemente antes de separarse, pero significó mucho para ambas.

Sólo los elfos se quedaron despiertos, pues acostumbraban a dormir poco. River sintió un nudo en la garganta cuando desde su terraza vio a Asier abrazar a Eyrien en la pérgola del jardín. Los dos únicos Elfos de Siarta que se hallaban allí se separaban, y no sabían si volverían a encontrarse de nuevo. River intuía que Eyrien lo dudaba, y creía que Asier era muy consciente de los pensamientos de su hermana.

—Triste es el mundo en que los seres más maravillosos de la tierra tienen que sacrificarse así por los demás —murmuró River cuando ya estaba acostado.

Se juró que como fuera, aquella guerra acabaría y Eyrien sobreviviría para verlo. Con este pensamiento finalmente se acostó, y contra todo lo esperado durmió hasta que los trinos de los pájaros le despertaron con el amanecer. Amanecía el primer día de aquel último viaje al encuentro de los destinos de todos.

XI

Para bien o para mal hacia el fin de la guerra



Un año y pocas semanas después del inicio de su primer viaje con Eyrien, River y Killian montaban de nuevo y se despedían de las decenas de humanos, elfos y enanos y amazonas que habían salido a despedirlos al patio de Arsilon. Aston y Lance saldrían unos días más tarde con el ejército de la Cuarta Alianza, mientras que Ian movilizaría sus tropas en unas semanas hacia el oeste. Pero ellos partían ya tratando de llegar al Sur lo más desapercibidos posible, llevando a su paso la noticia de la ofensiva contra el enemigo y dejando atrás un rastro de esperanza de que las cosas pudieran cambiar. A media mañana ya estaban de nuevo en el bosque de Dreisar y si bien su grupo había aumentado en número y variedad, seguían avanzando en silencio y con premura. River se alegraba de que Procyon hubiera querido acompañarlo de nuevo, y Killian no se había separado de Jano, que seguía en forma y fiel al príncipe pese al ataque del gul.

Además de Eyrien, que montaba a Elhara, iban con ellos Eriesh y Freyn, Alana, Ashzar, y Phyros. Sus Elfos Ígneos se habían encaminado hacia Vulcania, pero Phyros los acompañaría al menos hasta el Largo Mar para poder llevar luego a Vulcania las noticias de lo que allí ocurriera, y decidir así si los guerreros del fuego cruzarían también al Sur para sumarse al ejército de Killian. Liana y Lyra permanecerían en Arsilon. Asier y Fereya también, pues se habían quedado para ayudar en la lucha en el Estrecho. Eyrien y Asier, poderosos ambos, esperaban poder estar comunicados telepáticamente durante mucho tiempo, y luego seguir haciéndolo utilizando a su madre, que estaba en Quersis, como intermediaria entre ellos y con Siarta. Salma había accedido a quedarse una temporada en Arsilon por si fallaban de nuevo las comunicaciones telepáticas; con la llegada de la primavera era posible que el polen residual de las Flores del Sueño fructificara de nuevo.

Pero mientras tanto, ellos atravesaban de nuevo los bosques alejándose de todo.

—¿Cuál va a ser nuestra ruta? —le preguntó Ashzar a Eyrien cuando se detuvieron a hacer una breve pausa al mediodía.

Al vampiro se le veía algo hastiado, cansado de estar entre mortales y avanzar hacia su venganza y su misión tan lentamente.

—Línea recta hasta Gevinen, que rodearemos por el este —dijo Eyrien—. Luego directos hacia Sentrism, donde nos mantendremos ocultos para no revelar nuestra presencia.

—¿Y entonces? —añadió Freyn al ver que Eyrien callaba.

—Entonces vuestra Dama os dejará pasmados —dijo Ashzar sonriendo al ver que Eyrien seguía inmersa en su mutismo—. Desde luego es una caja de sorpresas.

Eyrien le ignoró, e ignoró también las miradas inquisitivas de los demás. Estando de nuevo en

camino, volvía a ser la Eyrien decidida y hermética que Killian y River conocían tan bien. Pero lo entendían, y ahora el grupo necesitaba que su líder se mostrara fuerte. Que pareciera saber a dónde iba y lo que podían encontrar.

Siguieron atravesando el bosque de Dreisar, vacío y tranquilo, mientras las nubes primaverales encapotaban el cielo oscureciéndolo antes de tiempo. Dos días avanzaron a buen ritmo, descansando brevemente por las noches en las tiendas élficas. Con la llegada del atardecer del tercer día de viaje la oscuridad se hizo densa, húmeda y calurosa. Phyros adelantó a Io, el caballo élfico de Arsilon que montaba y que recibía su nombre por su color rojizo parecido al de los volcanes que ocupaban la superficie del satélite de Júpiter. Era un caballo muy apropiado para el Elfo Ígneo. Éste cabalgó junto a River y sonrió.

—¿No lo notas? —le preguntó.

—¿El qué? —le preguntó River.

—River —dijo entonces Eyrien desde la vanguardia—. Desmonta y camina apartado de los demás.

River, preguntándose qué había hecho para ser amonestado, vio que Alana y Killian lo miraban sin entender. Fue a preguntarle a Phyros, que era el que tenía más cerca, pero cuando se giró vio que Io trotaba solo y que Phyros estaba a un lado, mirándole con diversión.

—Haz lo que dice —dijo el elfo, cuyo brillo ambarino parecía haberse intensificado y destacaba contra el apagado verdor del bosque—. Creo que te va a gustar.

Sin comprender nada pero sintiéndose extrañamente vivo, River desmontó y palmeando el cuello de Procyon, se apartó de él.

—Killian, no te le acerques —advirtió Eyrien, que ni siquiera se había girado, cuando Killian hizo ademán de caminar junto a su amigo.

Entonces, de repente, sintieron una gran fuerza invisible caer alrededor de ellos y un fogonazo de energía lumínica cayó del cielo y se concentró sobre Phyros, que la absorbió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Killian sobresaltado, mientras Alana abría los ojos con la respiración entrecortada.

—Eso es lo que pasa cuando viajas con seres ígneos y hay tormenta —dijo Freyn—. Son como pararrayos andantes.

Phyros se giró hacia ellos y sonrió. Sus ojos brillaban dorados mientras sus hermosos cabellos flamígeros ondeaban a su alrededor hasta que volvieron a caer sobre su espalda. El trueno retumbó y empezaron a caer gotas gruesas que golpeaban las hojas de los árboles y se colaban entre ellas, cayendo a su alrededor. Pero nadie se mojó, Eyrien había extendido un conjuro de impemeabilidad sobre todos ellos. Consideraba sin duda que los resfriados de los humanos podían entorpecer su marcha y parecía impaciente por llegar al final del viaje.

River, caminando todavía apartado, se convenció de que su cuerpo cálido lo soportaría, pero la idea de que le cayera un rayo encima le provocaba temor. Hasta que sucedió. Sintió que una energía potente, cálida e increíble recorría su cuerpo. Y de repente se sintió salvajemente exaltado, impetuoso, incapaz de no sonreír ante la violencia de la tormenta que se desarrollaba sobre ellos. Gritó con regocijo, el mismo que embargaba, al otro lado del grupo, a Phyros. Levantó

las manos al cielo oscuro y sintió que pequeñas lenguas de energía descendían hacia él. Sus cabellos empezaron a agitarse. Sintió que su temperatura aumentaba y de pronto tuvo la sensación de que ya no era carne y huesos, sino sólo llamas. Cerró los ojos, y dejó de sentir su cuerpo. Por fin lo había conseguido, se había convertido en fuego él solo.

Mientras Phyros y River disfrutaban de la tormenta que atemorizaba a muchos de los otros, Eyrien siguió guiando al grupo entre los latigazos de luz, el retumbar de los truenos y la lluvia torrencial. Sin embargo tanto Phyros como River dejaron pronto sus juegos a un lado, pues algo más allá y entre la cortina de lluvia que caía ante ellos se adivinaron de repente los perfiles de las casas de un pueblo sobresaliendo por encima de una pequeña empalizada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Killian frunciendo el ceño ante la tétrica visión de aquella población aparentemente vacía en medio del bosque—. No sabía que había una aldea aquí.

—Esto es Casa Verde —dijo Eriesh—. Es uno de los Pueblos Neutrales de Centria. No lo conoces porque está al este del camino a Gevinen y no es muy grande. Nos hemos desviado.

—No era mi intención desviarme en un principio —dijo Eyrien, y cuando detuvo a Elhara y se giró a mirarles, sus azulados y nocturnos ojos felinos brillaban en su rostro serio—. Pero he sentido un hedor a azufre y sabiendo que este pueblo seguía habitado, he preferido seguirlo.

—Azufre... ¿chupasangres? —dijo Alana estremecida, recordando su anterior encuentro con los antropófagos.

—Yo no he sentido nada —murmuró Freyn.

—No lo has sentido porque el olor a energía ígnea lo oculta. Pero yo he estado mucho tiempo en Vulcania, y he aprendido a pasar el olor a ozono por alto —explicó Eyrien, y calló unos segundos antes de volver a hablar—. Tenemos que ver si esta gente ha sufrido daños. Los chupasangres parecen estar cerca, así que exploraremos el pueblo con prudencia.

Los demás asintieron, mirando a su alrededor a través de la cortina de agua. No se oía nada aparte del fragor de la tormenta, el pueblo parecía dormir. O eso esperaban.

River vio asentir a Ashzar, Phyros y Eriesh ante alguna orden inaudible, y se mantuvieron cerca de Killian, Alana y él mismo. Eyrien no parecía dispuesta a dejarlos a merced de los chupasangres, era un trauma que no había superado. Pero eso no era algo por lo que River pudiera preocuparse ahora. Los demás ya se internaban en el pueblo, y los siguió. Encendió una pequeña bola de luz en la palma de su mano para alumbrar su camino y el de Killian, a quienes Eriesh seguía de cerca. Se abrieron paso con cautela entre el suelo lodoso cubierto de trozos de mampostería y astillas de madera. Estaba todo tan calado y sucio de barro que era difícil distinguir nada, pero parecía que aquel pueblo había sufrido algún otro siniestro antes de aquella tormenta.

De pronto un grito de horror desgarró la noche.

—¡Alana! —exclamó Killian.

Al girarse tropezó con River y ambos perdieron el equilibrio en el suelo enlodado. Sujetándose el uno al otro consiguieron mantenerse en pie y corrieron hacia el lugar de donde venía el grito. A River le pareció mientras avanzaba que el barro que se deslizaba sobre el camino en pendiente parecía ahora más negruzco y rojizo. Encontraron a Alana junto a un gran almacén cuyas puertas

estaban abiertas y mostraban marcas de garras. La Amazona había ocultado el rostro en el pecho de Ashzar, mientras él la abrazaba observando el interior del almacén con gesto impenetrable. Los demás elfos, rápidos y hábiles, ya estaban allí también. River y Killian se acercaron temiendo lo que iban a ver.

Mientras la lluvia empezaba a amainar hasta que sólo unas gotas cayeron a su alrededor con suavidad, miraron al interior del almacén. Killian tuvo una arcada pues aquello era muy diferente a lo que había visto en las batallas que había enfrentado desde la primavera pasada. Lo que tenía delante había sido una verdadera carnicería. En el suelo húmedo y espeso se acumulaban cuerpos destrozados de hombres, mujeres y niños, amontonados y desmadejados. Algunos estaban un poco separados de los demás, y cerca de sus cuerpos ensangrentados había garrotes, azadas o cuchillos que de poco les habían servido para proteger a los demás. Muchos de los cuerpos estaban consumidos en parte.

—No tuvieron ninguna oportunidad —musitó Freyn, que se había bajado la capucha en señal de duelo y respeto.

—Los humanos tienden a encerrarse cuando se encuentran en peligro —dijo Eyrien con voz queda—. Creen que así están más seguros. Pero esconderse aquí fue su fin, cuando si hubiesen huido quizás algunos podrían haber escapado.

Killian recordó a la familia, encerrada en su granero, a la que la providencia había salvado porque ellos pasaban cerca cuando el gul los acechaba. De no ser por Eyrien aquella familia también habría muerto. Pero éstos no habían tenido cerca a un elfo que los salvara.

—Eyrien —la llamó Eriesh señalando uno de los cuerpos.

La elfa avanzó sobre el suelo cubierto de sangre y cogiéndose los bajos de la capa se inclinó sobre él. Phynos se acercó con ella y rozó con el dedo una de las heridas que mostraba el torso del hombre.

—Marcas de cortes limpios —murmuró el elfo.

Eyrien asintió. De pronto, mientras estaban allí en silencio, se oyó el sonido de unos pasos presurosos que parecían provenir de alguno de los edificios que los rodeaban. Killian miró a su alrededor, esperanzado.

—¡Parece que hay supervivientes!

Hizo el ademán de echar a correr pero sintió un fuerte tirón en el brazo. Cuando bajó la mirada, la mano petrificada de Eriesh le impedía moverse.

—No son supervivientes, Killian.

—Wendigos —adivinó River, y de repente los sonidos que llegaban hasta ellos se volvieron mucho más siniestros.

—No podemos hacer nada más aquí —dijo Ashzar palmeando el hombro de Alana, que ya se había separado de él y se enjugaba las lágrimas—. Salvo que queráis acabar con los wendigos.

—No, no queremos —dijo Eriesh—. Enviaremos un mensaje telepático a Ian para que les diga a los Elfos de los Bosques Leñosos que traten de empujarlos hacia las Grandes Selvas.

—Pero esos chupasangres siguen siendo un peligro —dijo Freyn con rabia—. No podemos permitirnos que siembren estas tierras de cadáveres y wendigos.

Eyrien y Phyros, que seguían agachados en el almacén, se miraron unos segundos.

—Esperad a poca distancia de aquí— dijo Eyrien—. Todos juntos.

A los pocos segundos ella y el heredero de Vulcania habían desaparecido corriendo veloces a través de la fronda que rodeaba el pueblo.

—Malditos elfos —murmuró Ashzar—. Están siguiendo el rastro de los chupasangres.

—¡Procyon! —llamó River, impaciente por seguirlos.

Pero un aullido ronco le reveló que no tendrían que ir muy lejos para encontrar a los chupasangres.

—¡Huid! —les llegó de pronto la voz de Eyrien en sus mentes—. ¡Nos están rodeando!

Y de pronto, en la oscuridad de la noche, se desató el caos como horas antes lo había hecho la tormenta. Eriesh y Ashzar los empujaron a todos hacia las afueras del pueblo por el sur, llamando a los caballos. Mientras corrían les pareció ver que había rostros inhumanos y crueles que los observaban desde algunos lugares oscuros. Freyn, que avanzaba en la retaguardia, tuvo que descargar un hachazo sobre un wendigo cubierto de barro que se había abalanzado sobre él. A los correteos de los humanoides se sumaron el ronco gruñido y el pesado trote de los chupasangres, que parecían acecharlos desde el bosque.

—Sacad las armas —dijo Ashzar.

Hicieron lo que les decía, y de pronto vieron aparecer entre los árboles un punto de luz que se convirtió en Phyros. Le seguían dos chupasangres de gran tamaño, a cuatro patas y con los ojos brillando ansiosos. Alana soltó un grito cuando vio que Phyros se detenía a esperarlos. Cuando se abalanzaron sobre él, el elfo vulcaniano se convirtió en un fuego que los chupasangres atravesaron cubriéndose de llamas. Phyros reapareció a su espalda y los remató con su poderosa lanza. Como todo el bosque estaba empapado, las lenguas de fuego que danzaban sobre los cadáveres de los chupasangres no se extendieron sobre la cubierta vegetal que tapizaba el suelo.

Se giraron cuando oyeron más movimientos. La sombra corpórea que era Eyrien se movía entre los árboles, confundiendo a los chupasangres y atacándolos con la espada. La hoja brillaba cada vez que la salpicaba la sangre espesa y humeante, olorosa, de sus víctimas.

—¡Cuidado! —exclamó Eriesh.

Los chupasangres, que se habían mantenido apartados de ellos mientras Ashzar había estado a su lado, acobardados ante un depredador mayor, se centraron en ellos cuando el vampiro se apartó para ocuparse de ahuyentar de allí a los caballos. Freyn descargó un hachazo sobre el cráneo de un chupasangre, certero y calculador. Pero en la húmeda noche, en medio del bosque, sabían que estaban a merced de los antropófagos. River extendió escudos protectores expansivos sobre todos los chupasangres que veía, casi a ciegas por el temor de perder tan pronto a alguno de sus seres queridos. Pero luego sintió un miedo aún más atroz, cuando después de uno de sus ataques oyó el gemido dolorido de Eyrien. Sin verla por estar ensombrecida, la había alcanzado a ella.

—¡Eyrien! —exclamó horrorizado, y echó a correr sin darse cuenta de que los escudos con que protegía a los demás habían caído.

Centrándose en el dolor y la confusión de Eyrien, siguiendo su rastro, trató de encontrarla. Se preguntaba por qué Ashzar, que podía hallarla sin esfuerzo, no les estaba ayudando.

En el grupo cada vez más desunido que formaban los mortales con Eriesh, también tenían problemas. Los chupasangres los habían rodeado, y trataban de separarlos. Alana descargó dos sablazos con la espada vampírica sobre el cuello de un chupasangre, que cayó pesadamente a sus pies. Eriesh golpeó con el pie petrificado las patas de otros dos, haciéndoles perder el equilibrio para luego atravesarles las sienes con dagas energéticas. Killian, que trataba de proteger la espalda de Alana, mantenía a raya a tres chupasangres con la brillante espada feérica que perteneciera a Konogan. Pero preocupado por Alana, se estaba olvidando de protegerse a sí mismo. Un chuapasangre se había puesto en pie y encaramándose a la rama del árbol que los cobijaba, se dispuso a saltarle encima.

—¡Killian! —gritó Alana, que al girarse a mirarle vio al chuapasangre.

Killian sintió la cercanía de la muerte poco antes de ver cómo la espada vampírica de Alana pasaba volando a pocos centímetros de su rostro hasta clavarse en la clavícula del chupasangre. Antes de poder sentir alivio, llegó un gruñido desde el otro lado. Killian se giró a tiempo de ver, como si hubieran ralentizado la escena, cómo otro antropófago se dejaba caer sobre sus cuatro patas y abría las mandíbulas para abalanzarse sobre la Amazona desarmada. Alana trataba frenética de sacar la daga feérica de Konogan de su cinto, sus tatuajes vibrando de miedo por todo su cuerpo. Con fría claridad, Killian hizo lo único que podía hacer. Se acercó a ella. Abrazándola por la espalda e inclinándose sobre ella, la protegió con su cuerpo. Y esperó la cruel mordedura deseando que al menos Alana viviera.

Pero la muerte no llegó. En cambio, Killian oyó un gemido quedo pero airado a su lado. Ashzar había interpuesto su brazo entre su atacante y él. Su muñeca sangraba entre las fauces del chupasangre, que al resbalar con la garganta degollada por la daga del vampiro ahondó más las heridas que le había dejado en el brazo. El pesado cuerpo cayó al suelo, exánime, y al levantar la vista del cadáver Ashzar se encontró con las expresiones horrorizadas de Killian y Alana. Sumidos todavía en la confusión por lo que había ocurrido, miraban al vampiro sin saber qué hacer. Ahora que lo veían herido, no deseaban verlo muerto. Y menos después de que les hubiera salvado la vida a ambos. ¿Qué les pasaba a los vampiros cuando los mordía un chupasangre? ¿Se convertían en wendigos como los humanos, caían en un coma como los enanos, o se envenenaban y morían como los elfos? Ninguno de ellos lo sabía.

—Seguid luchando —les ordenó Ashzar antes de dejarlos con Phyros, que se acercaba para luchar a su lado.

El Elfo Ígneo tenía un rasguño en la pierna, con la pernera del pantalón desgarrada a la altura de la rodilla. La sangre roja de brillo anaranjado resbalaba hasta el césped.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Killian asustado.

—Tranquilos —dijo el elfo creando una cortina de humo a su alrededor para confundir a los chupasangres—, sólo me han arañado con las garras cuando cubría a River mientras ayudaba a Eyrien a ponerse en pie.

—¿Está herida Eyrien? —chilló Alana.

—Está bien —dijo Phyros.

Todavía tuvieron que luchar durante una hora mientras el cielo se iba aclarando con la

próxima llegada del amanecer. Poco a poco los chupasangres espaciaron sus ataques, considerando que sus víctimas se defendían con demasiado ahínco. Al final los vieron alejarse hacia el pueblo, donde seguramente se alimentarían de los cuerpos que todavía se apiñaban en el horripilante almacén. Los wendigos y los chupasangres tendrían que pelearse por su sustento.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Eyrien, y se giraron a mirarla.

La Elfa de la Noche se apoyaba en River, que le pasaba un brazo por la cintura y la miraba con el rostro demudado por la angustia. Cuando la Dama les lanzó un conjuro de limpieza y vieron que la sangre que los había cubierto no era suya, asintieron. Estaban bien, de milagro. Sólo Phyros tenía un desgarrón en la rodilla.

—¿Tú estás bien? —le preguntó Freyn, y Eyrien asintió irguiéndose y apartándose de River.

—La he herido yo —confesó River con un hilo de voz—. No la he visto.

—No ha sido culpa tuya —dijo Phyros, pero River negó con la cabeza.

Eyrien le tomó de la mano y se la estrechó.

—Phyros tiene razón, no ha sido culpa tuya —dijo—. No debería haberme ensombrecido en un escenario de batalla tan caótico. Tú sólo intentabas protegernos a todos. No te sientas culpable.

Mientras River asentía, pese a que todavía parecía mortificado, Alana miró a Killian. Su rostro era tan impenetrable como siempre pero sus ojos azul-dorados delataban su turbación.

—Te has interpuesto entre el chupasangre y yo —dijo.

Killian, al ver que a Alana se le humedecían los ojos, trató de quitarle importancia para que no se sintiera turbada. Pese a que habría dado gustoso su vida por ella, literalmente.

—Tú me habías salvado antes, y no quiero que mueras —dijo con suavidad, luego sacudió la cabeza—. Y al final ha sido Ashzar quien nos ha salvado a ambos.

Miró a su alrededor al darse cuenta de que el vampiro no estaba con ellos. Se hallaba a un lado del claro y estaba de espaldas, mirando el lugar por el que se habían ido los chupasangres.

—Eyrien —susurró Killian, y la elfa levantó la mirada de la rodilla de Phyros, que estaba tratando con savia curativa—. A Ashzar lo han mordido.

Eyrien asintió y vendó con cuidado a Phyros, antes de levantarse. Se acercó a Ashzar con una cautela que puso nerviosos a los demás.

—No soy un wendigo —dijo el vampiro girándose hacia ellos.

Eyrien le levantó con cuidado la manga desgarrada, y observó la sangrante herida abierta. No supo qué hacer ante su gravedad; verter savia curativa sobre aquel brazo podía ser una tortura para Ashzar. Éste la miró y sonrió ante la expresión atribulada de la elfa.

—Los vampiros nos regeneramos rápido. Ni se te ocurra echarme esa cosa en el brazo.

Eyrien asintió.

—¿Y qué te va a pasar? —preguntó.

—¿Te preocupa lo que me pase? Sería un wendigo peligroso, ¿verdad?

Ashzar se miró el brazo, girándolo a un lado y a otro mientras la sangre goteaba al suelo ya manchado.

—Nada —dijo finalmente—. No va a pasarme nada. Somos inmunes a los venenos. Sólo va a dolerme mucho durante unas horas.

Eyrien asintió de nuevo, y ordenó que reagruparan a los caballos y se dispusieran para la marcha mientras ella vendaba la muñeca del vampiro. Killian se acercó a él.

—Nos has salvado, gracias —dijo.

—Bueno —dijo el vampiro tratando de no torcer el gesto por culpa del dolor—. Si hubieseis muerto eso hubiera apenado a Eyrien y nos hubiéramos retrasado todavía más.

—Gracias igualmente —dijo Alana leyendo en su rostro que ése no era el único motivo por el que los había protegido de una muerte segura.

Ashzar asintió. Poco después se alejaban hacia el sur, preguntándose cómo sería el resto de su viaje si todo eso había pasado en la etapa segura del trayecto que tenían que recorrer.

—¿Estás bien? —le preguntó River a Eyrien mentalmente cuando con el atardecer se detuvieron para que los humanos pudieran recuperar la noche de sueño perdida.

—Sí. Pero estoy deseando que todo esto acabe. Quiero vivir de verdad y ser feliz.

River se estremeció cuando Eyrien le tomó la mano bajo la manta y se quedó a su lado mirando el cielo en silencio, observando su color rosado. Pese a lo que había visto en las últimas horas River durmió bien con la mano de Eyrien en la suya, y soñó que ella era feliz a su lado.



Mientras tanto, en Arsilon recibían acongojados la noticia, transmitida a Asier por Eyrien, del ataque de los chupasangres. Aun siendo noche cerrada los elfos se habían reunido con Ian en el despacho del sótano. También Salma estaba allí, corroborando las informaciones del elfo con lo que Ashzar le había contado a ella.

—Parece que tu chico ha revelado su amor por la Amazona casi dejándose matar para salvarla —le dijo la súcubo a Ian, con aquella sonrisa engañosamente tierna que parecía caracterizar a todos los vampiros—. Y ella no ha hecho menos por él. Siéntete feliz, humano, porque si sobrevivís a la guerra, quizás llegues a tener hermosas nietas a quienes cuidar y mimar hasta el fin de tus días.

Ian se preguntó por un momento cómo sería una niña amazona con los ojos castaños de Killian, y se descubrió con ganas de saberlo. Le encantaría que las cosas fuesen como había dicho Salma.

—Está bien —dijo al fin, apartando a un lado aquellas ilusiones—. Asier, ¿podrías transmitir a Betadur la orden de Eyrien?

—Ya lo he hecho —contestó el elfo.

—Por supuesto, lo siento —suspiró, y se giró hacia el jefe de la guardia—. Que los rastreadores vuelvan a salir mañana a hacer una batida en un radio de veinte kilómetros.

Verel asintió y salió de la estancia. Ian se acercó a la chimenea. Las palabras de Salma le habían provocado tanta esperanza como temor. Hasta aquel momento le había parecido buena idea dejar marchar a sus chicos, orgulloso de cómo se habían involucrado en la lucha de la Alianza. Pero ahora se daba cuenta de que quizás los había dejado partir hacia la muerte. Después de que falleciera su prometida y de que su hermana Syana hubiera dado un heredero a Arsilon, se juró no

amar a nadie más mientras durara la guerra. Pero ahora volvía a tener algo que perder. Respiró hondo cuando vio que Asier se acercaba y se detenía a su lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacerme ésa —le respondió el elfo.

Ian asintió, él ya estaba acostumbrado a esas extrañas respuestas.

—¿Cómo sobrellevas el temor a perder a Eyrien, sabiendo que quizás no va a volver?

—Mi miedo por perder a mi hermana me abruma, pero sé que el que yo me muestre angustiado no ayudará a los que están a mi alrededor. —Asier le miró con aquellos ojos profundos tan parecidos a los de Eyrien—. Soy un elfo, quizás para mí es más fácil sobrellevar el miedo. Aunque perder a mi hermana me mate por dentro, no hay nada que yo pueda ni deba hacer. Soy consciente de que ella tiene mucho poder, igual que lo tengo yo, y que puede ayudar a muchos que están en peor situación. Todos tenemos hermanos, familiares, parejas y amigos a los que tenemos que perder. Y mis sentimientos no valen más que los de ellos. Así que aunque nos duela, no podemos hacer otra cosa que lo que estamos haciendo.

—Lo sé —dijo Ian—. Pero aun así...

—No puedo asegurarte que no pasará nada —dijo Asier—. Pero sí puedo decirte que tus chicos tienen más posibilidades de sobrevivir que muchos otros. Pues aunque encabezarán todas las batallas y nunca se quedarán atrás, son habilidosos y valientes. No habrá muchos oponentes que se atrevan a enfrentarse a ellos directamente, especialmente entre los maelvanienses, pues no se caracterizan por su honor y preferirían enfrentarse a oponentes más débiles. Los poderosos suelen exponerse a más peligros, pero tienen más medios para superarlos. Confía en su valor y en la educación que les has dado; los has preparado bien.

Ian suspiró hondo.

—Gracias —le dijo a Asier.

El heredero de Siarta le palmeó el brazo antes de volver junto a Fereya, que estudiaba un mapa de la zona de Centria donde había sucedido el ataque de los chupasangres.

Durante los días siguientes los informes de Eyrien les revelaron que avanzaban ahora sin más obstáculos, y que poco a poco se acercaban a Sentríst. Entonces empezaron a preguntarse cómo lo haría Eyrien para acceder al Mar, ahora vetado para todos. Pero no pudieron pensar mucho en ello; el ejército de la Alianza ya estaba preparado para marchar al oeste y pronto tendrían que dejar Arsilon atrás. Ian tuvo la sensación de que debía despedirse para siempre de su hogar.



En Sentríst la guerra parecía continuar y Killian se preguntó si realmente, desde que ellos la abandonaran, la ciudad costera habría tenido algún descanso. Los guls no habían rodeado las murallas como la otra vez, pero sus ataques a la costa eran constantes.

Eyrien se negó a acceder al castillo y visitar al gobernador Suinen. Habían tardado dos semanas en llegar a Sentríst y ahora parecía que Eyrien no deseara que nadie supiera que estaba en la ciudad. Lo entendieron cuando alegó que podía haber espías Cáusticos que informaran a Esigion

de sus movimientos. Hizo ilusionarse a Eriesh y a Phyros e ilusionó los tatuajes de una molesta Alana. Esperaron a que las puertas del norte se abrieran al anochecer para dejar entrar a los campesinos que habían salido escoltados por los soldados para recoger las cosechas, y se mezclaron con ellos para entrar en la ciudad. Cautelosos, siguieron a la Dama hasta el puerto que, cerrado, se había convertido en el hogar de los marineros obligados a permanecer en tierra. Las tabernas estaban llenas de gente borracha y desesperada, dispuesta a vivir la vida mientras aún la conservaban. Cuando de repente el Mar se había vuelto peligroso y las hidras marinas habían impedido que los barcos se echaran al mar, algunos bucaneros se habían quedado atrapados en Sentrism. Y no les gustaba que los privasen de su libertad.

—Parece el escenario de un cuento de piratas —dijo Killian, viendo asombrado cómo dos marineros se peleaban por una partida de dados y caían al agua estancada del puerto.

—Los piratas no son un cuento —dijo Freyn—. Y esto no es nada comparado con Coralia.

—Ni con la Isla Roja, ¿verdad, Eyrien? —dijo Phyros.

A los demás no les hizo falta mirarle para darse cuenta de que el comentario iba con segundas intenciones.

—Vaya, vaya —dijo Ashzar—. ¿Y cómo va a saber una Dama élfica delicada y noble cómo es la Isla Roja?

Eyrien no contestó, se limitó a seguir caminando con determinación entre la gente ignorando las miradas y los comentarios soeces que le dirigían. River intercambió una mirada de extrañeza con Killian. La Isla Roja tenía fama de ser un nido de piratas y filibusteros, donde se reunían en una anarquía descontrolada y salvaje. Los piratas atacaban los barcos de los aliados y de los maelvanienses indistintamente, aunque se decía que la Alianza les había pagado para que auxiliaran a Niaranden en caso de peligro. Pero los piratas siempre olvidaban sus promesas y parecía que no habían ayudado a los niarandenianos antes de que los masacraran.

—¿Por qué Suinen no detiene a toda esta gente? —preguntó Alana molesta, cuando Eriesh tuvo que apartar a un hombre que había tratado de agarrarla por el brazo.

—No sería justo —dijo Phyros, que parecía tan cómodo como Eyrien allí; como si ambos elfos hubiesen caminado entre marineros borrachos a menudo—. En condiciones naturales estos hombres vienen hasta aquí, gastan el dinero que han robado y así Sentrism recupera parte de las riquezas que pierde por el ataque de los corsarios. Es ley de vida, a los piratas sólo se los detiene cuando hacen algo malo. Mientras tanto movilizan las riquezas de los humanos.

—Pues yo diría que ahora están haciendo unas cuantas cosas malas —dijo Killian cuando vio a un pirata perseguir a otro mientras intentaba desenvainar sus alfanjes—. Y abandonaron a Niaranden a su suerte cuando les pagamos para que los ayudaran.

—Quizás no los ayudaron porque no quisieron, o quizás porque no pudieron. Será cuando acabe la guerra cuando se hagan los juicios justos y necesarios. La mayoría de los piratas desapareció hace meses —dijo Eyrien—. Y éstos se han visto obligados a permanecer aquí. El Cazador Iskander, que se encuentra aquí en Sentrism, recibió la orden de cerrar esta parte del puerto para que los piratas pudiesen hacer de ella lo que quisieran y se sintieran en casa.

—Como si hubiese capturado fieras salvajes y les hubiera creado una reserva para que se

sintieran bien —se burló Ashzar—. Ya veis qué generosos son los elfos, han montado un zoo.

—Desde luego animales parecen —bufó Alana, que estaba perdiendo mucha de la fe que había conseguido atesorar respecto al género masculino.

—Eyrien, ¿por qué nos has traído aquí? —dijo Freyn—. No vamos a conseguir información sobre lo que pasa en el Mar y una forma de cruzarlo de estos borrachos.

—De los borrachos no, eso es evidente —dijo Eyrien.

Mientras el olor a mar estancado, cuerpos sudorosos y alcohol los rodeaba y las canciones de los lobos de mar se elevaban desafinadas a su alrededor con los gritos, las risas, las apuestas y las bromas de mal gusto, Eyrien consiguió abrirse paso hasta una taberna que se alzaba casi al extremo de un malecón. Era un edificio grande de madera, rectangular, de dos pisos y con un cartel sobre el dintel que proclamaba que estaban ante La Sirena Encantadora.

—Como si las sirenas fueran encantadoras —murmuró Ashzar.

—¿Las sirenas existen? —preguntó Killian, cuya capacidad de asombro era infinita.

—¿Y qué crees que son las elfas marinas?

Killian parpadeó, pero callaron cuando Eyrien se dispuso a entrar en el local abarrotado. Se detuvieron en la entrada, mirando con curiosidad a su alrededor. Allí dentro se mezclaban marineros, sureños y niarandenianos, de piel blanca, bronceada y negra y vistosas vestimentas. Aunque los gritos se superponían al sonido de la pianola y las disputas parecían a punto de desembocar siempre en una batalla campal, la armonía reinaba en el caos aparente. Su entrada pareció, además, centrar por un momento todas las atenciones. También Eyrien, ilusionada todavía para parecer una hermosa Maga, observaba a los que la rodeaban como si pudiera tener a algún conocido allí dentro. Conociéndola, era posible.

—Hola, Eyrien —oyeron todos en su mente la hermosa voz de un elfo.

—Hola, Iskander —respondió Eyrien—. ¿Dónde estás?

Los demás recordaron que Iskander era el Cazador mestizo del Aire y los Bosques Leñosos, y el novio de Tirenía. Y estaba destinado allí, en Sentríst.

—Lo siento, no he podido escaparme, mi Dama. Estamos tratando de hacer retroceder a los guls en la puerta norte. Pero he hecho lo que me pedías, te he conseguido un barco. Y algo más, que creo que te hará ilusión volver a tener a tu lado. Supongo que estará solo, sentado al fondo. Buena suerte, y dale mis saludos a Tirenía si la ves antes que yo.

—Lo haré, Iskander —le contestó Eyrien en la mente de todos—. Hasta pronto.

Así era como vivían los elfos, apenas sin poder verse entre ellos por preocuparse por los humanos. Poco a poco, todos se fijaron entonces en la barra del fondo, en cuyo extremo se sentaba un hombre joven, rubio y de ojos fríos. Killian frunció el ceño, pues algo en aquel hombre le despertaba recelo. Su instinto lo ponía alerta. Y es que él ya se había enfrentado a muchos como él y las cicatrices que todavía marcaban su cuerpo se lo recordaban a menudo.

—¿No es un Nigromante? —le susurró a River.

Antes de que el Mago pudiera responder, Eyrien había desaparecido de su lado y había aparecido junto al Nigromante, a quien se había abrazado como si éste fuera un amigo al que nunca hubiera esperado volver a ver.

XII

El Mar



Mientras la observaban, incrédulos, Eyrien seguía tercamente abrazada al Nigromante y parecía tremendamente feliz. El Nigromante también parecía un poco sorprendido, y bajaba la vista inmóvil hacia la elfa. River tuvo la tentación de atacarle, pero antes de que pudiera meditar más ese pensamiento una mano cálida lo retuvo del brazo.

—Tranquilo —le susurró Phyros, y también él parecía emocionado—. Somos muchos los que estamos dispuestos a luchar e incluso a morir por Eyrien. Por raro que nos pueda parecer, también aquel Nigromante.

Cuando River volvió a mirar, el Mago Vodun estaba envolviendo a Eyrien lentamente entre sus brazos. Entonces la estrechó con fuerza, hundiendo el rostro en sus cabellos. Ashzar se rió por lo bajo.

—Esta elfa se parece mucho a su padre —murmuró—. También Subinion fue muy temerario en su juventud.

Phyros hizo una mueca, aunque su falso rostro de Alto humano seguía siendo muy hermoso.

—Ha mejorado, te lo aseguro. Eyrien ha hecho cosas más disparatadas que abrazar a un Nigromante. Como por ejemplo, tratar de hacerse amiga suya cuando lo encontraron por primera vez ella e Ynia de Casa del Mar.

River frunció el ceño. Pero claro, si Phyros era quien había encontrado a Eyrien y la había hecho volver a casa, tenía que estar bastante enterado de lo que había estado haciendo la Dama de Siarta durante aquellos dos años en que estuvo desaparecida.

—¿Ése es el Nigromante de quien nos habló? Ese... ¿Jayden?

—Ella creía que estaba muerto —dijo Alana.

—Parece ser que se salvó —dijo Phyros.

De pronto calló, para escuchar una charla ajena. Los demás tuvieron que prestar más atención a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor hasta que captaron una que podía ser la que había llamado la atención del inmortal.

—Ésa es —le estaba diciendo un hombre a otro—. Dicen que es de la Alianza.

—Malditos Magos —dijo otro hombre barbudo, fornido, muy borracho—. Todo esto es culpa suya, de los del Sur y de los del Norte. No los quiero aquí.

Antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de que con la bebida había perdido todo rastro de sensatez, el tipo se abrió paso a codazos hasta que estuvo a pocos metros de Eyrien y el Nigromante. Oliendo la violencia como los buitres captan el olor de la sangre, los que estaban a su alrededor interrumpieron sus partidas y sus conversaciones para mirarlo. Y para mirar a la hermosa mujer a la que estaba observando. Eyrien se desasíó del Nigromante y se giró para mirarle, parpadeando con sorpresa y con reconocimiento después. Su expresión se tiñó de

contrariedad.

—Eh, Maga, no queremos a los de tu ralea aquí —dijo el hombre sacando un sable corto.

El Nigromante se interpuso delante de Eyrien, y su apariencia dulce y frágil arrancó una carcajada amarga y desdeñosa al hombre.

—Chaval, apártate de ésa, ahora que todavía puedes. No sabes a lo que te estás enfretando.

—No, imbécil —dijo el Mago Vodun—. Eres tú el que no sabe a lo que se está enfrentando.

Entrecerró los ojos y su rostro adquirió una expresión fría y calculadora que ellos ya conocían bien, pero estaba claro que por allí no habían tenido la mala suerte de tener que enfrentarse antes a un Nigromante dispuesto a atacar. En la taberna se hizo el silencio. Uno de los taberneros golpeó la barra con el paño húmedo que tenía en la mano.

—¡Nigromante! Nada de ataques en mi local. Ya sabes que trabajar para la Alianza no te da derecho a hacer lo que quieras aquí.

Eyrien posó una mano con suavidad en el hombro del hombre y lo apartó de su camino. Miró al hombre que había vuelto a sujetar el sable con firmeza.

—Será mejor que no lo hagas —le dijo suspirando.

El hombre gruñó y se abalanzó sobre ella. Esta vez el Nigromante no se movió, sino que se quedó observando el ataque con indiferencia. Igual que Eyrien. Cuando el Bajo humano estuvo cerca, la elfa giró sobre sí misma y en un mismo movimiento, veloz, le arrebató el sable y lo empujó contra la mesa vacía que tenía al lado. El hombre acabó con la cara apretada contra la madera desgastada y húmeda con el sable clavado a pocos centímetros de su nariz. El hombre resoplaba, pero no hizo el amago de tratar de zafarse de la mano con que Eyrien le sujetaba el cuello. La Cazadora, fría y seria, se inclinó hacia él.

—Puedo entender que estés desesperado, encerrado entre los muros de Sentrism —le dijo con calma—. Yo también sé lo que se siente cuando te apartan por mucho tiempo de la libertad de la vida en el mar. Pero no voy a permitir que los corsarios de la Isla Roja levanten la voz contra los Magos de la Alianza, especialmente cuando han sido ellos los que han roto su parte del trato. Así que por tu bien muestra un poco más de sensatez.

—Yo de ti le haría caso —añadió el Nigromante, que lo miraba con los brazos cruzados.

Eyrien lo soltó y el hombre se irguió y la miró confundido, sin estar del todo seguro de cómo había pasado lo que había pasado y si realmente había escuchado ecos en la voz de aquella joven que hablaba como un pirata y que se mostraba severa como un Mago de la Alianza.

—Ahora vuelve con tus amigos y quédate callado —lo instó Eyrien—. Y no bebas más.

El hombre salió tambaleándose de la taberna. Eyrien se giró hacia la multitud con una expresión de advertencia que hizo que se reanudaran las canciones y las conversaciones a gritos, como si no hubiese sucedido nada. Nadie sería tan idiota como para volver a molestar a la Dama. Los demás se acercaron mientras ella miraba al Nigromante.

—Seguro que en el fondo este incidente te trae buenos recuerdos —dijo éste.

Eyrien sonrió con ternura.

—No me puedo creer que estés aquí, Jayden —dijo—. Has... crecido tanto.

El Nigromante soltó una carcajada que a Killian le provocó un escalofrío.

—Soy humano, elfa. Y de aquello hace ya 20 años, ahora tengo 36. Soy casi un viejo. Pero tú sigues siendo exactamente igual. Maldita elfa.

Eyrien torció el gesto pero sorprendentemente no se enfadó. Mientras tanto, el Nigromante posó su mirada fría en los demás y les pareció que los olía. Al fin y al cabo según había dicho Eyrien era un Rastreador de Feéricos, y uno de los mejores además. Miró a River con el ceño fruncido, como si reconociera algo en él, pero enseguida su atención se desvió hacia Ashzar porque en su dirección no debía estar oliendo nada. Apretó los labios y trató de apartarle los cabellos de la garganta a Eyrien. Cuando ella se lo impidió, avanzó un paso.

—Creo que no eres nadie para pedirme explicaciones a mí, Nigromante —le dijo Ashzar—. Dime que nunca jamás has atacado a Eyrien. Y que una parte de tu instinto no te empuja a atacarla otra vez.

Jayden no dijo nada, se limitó a respirar hondo.

—De momento simplemente salgamos de aquí —dijo Eyrien—. Hay muchas cosas que tienes que explicarme, como por ejemplo cómo sabía Iskander de tu existencia.

Eso entre otras cosas, pensó River.



Jayden abrió la marcha hacia el exterior y los guió hacia una taberna mucho más pequeña y tranquila, donde alguien tocaba un violín en un rincón oscuro.

—Estamos siguiendo a un Nigromante —murmuró Killian.

—Me he dado cuenta —respondió River.

Poco después se sentaban alrededor de una mesa ante numerosos vasos de ron que la mayoría no iban a probar siquiera. Todos miraban al Nigromante.

—¿Cómo te salvaste? —le preguntó Eyrien—. Nos dijeron que te habían entregado a los guls.

—Y lo hicieron. Me soltaron en la colonia gul para que me dieran caza. Y no salí impune. — Se puso en pie, se giró y se levantó la camisa para que vieran su espalda. Dejó al descubierto una larga y profunda cicatriz que le recorría toda la espalda. Luego se volvió a sentar—. Traté de huir y llegué hasta la playa; creí que ése sería mi final puesto que no tenía forma de salir de allí. Pero el barco de Tharen estaba allí, anclado. Cuando se enteraron de lo que habían hecho conmigo fue allí por si conseguía escapar, creo que hasta estaba dispuesto a meterse en la colonia para sacarme, el muy imbécil.

Negó con la cabeza, como si el hecho de que alguien estuviera dispuesto a arriesgarse por otra persona fuera inconcebible para él. Los demás se preguntaban quién sería ese Tharen; viendo el tipo de amistades de Eyrien no les extrañaría que fuese hasta un kapre.

—Tú ya no estabas con él. Como se suponía que estaba muerto me convenía desaparecer un tiempo, así que Tharen me dejó en Coralia, donde me adherí el grupo de control de pesca y caza para proteger a los feéricos de la isla. Allí además conseguí hacerme con un barco gul, que uso para engañar a las hidras marinas. A Tharen no le volví a ver salvo en contadas ocasiones cuando anclaba en la isla, pero hace pocos días apareció el mestizo —dijo refiriéndose a Iskander—, y me

dijo que tú le habías hablado de mí y que cuando al encontrarse con Tharen éste le dijo que seguía vivo, vino a buscarme para explicarme lo que ibas a hacer. Así que preparé mi barco y vine hacia aquí a esperarte.

Eyrien le sonrió con cariño; parecía como si lo siguiese viendo como a un jovencito. Los demás no podían dejar de verlo como lo que era, un Nigromante. Luego Eyrien se puso seria.

—¿Has visto tú a esas hidras marinas de las que hablan?

—Sí, las he visto —dijo Jayden jugueteando con su vaso—. Son bestias bastante agresivas, más que las hidras anfibias de Hidria. Me dejan pasar de aquí a Coralia o a la Isla Bruma por tener un barco gul y se reúnen ante las costas; el mar abierto parece libre de ellas. Pero no dejan acercarse a ningún barco, aunque sea gul, al Sur. Por eso los pocos que quedan aquí en el Norte persisten en atacar Niaranden, no pueden hacer otra cosa. Esigion los ha traicionado, no los deja volver a casa y dejará que los maten. Era de esperar. Se lo merecen.

Por su rostro pasó tal expresión de rabia homicida que además de estremecer a los demás, les dejó bien claro que no sentía mucho cariño por los que lo habían marcado de aquella manera.

—¿Y sabes algo de lo que ha pasado en el Sur?

La pregunta de Eyrien lo hizo volver en sí.

—Sí —contestó—. Cuando oí los rumores, me dirigí hacia Niaranden y Boreanas antes de que las hidras me cerraran el paso. Ambas han sido destruidas, aunque juraría que los supervivientes de los Elfos del Aire acudieron a Niaranden y auxiliaron a los humanos que quedaban vivos allí. El rastro de su aroma se alejaba hacia el desierto, pero no me atreví a seguirlos porque siendo un Nigromante me hubiesen atacado.

Eyrien asintió.

—Lo siento —dijo Jayden parcamente, aunque parecía sincero—. Tampoco he visto desde hace tiempo a los corsarios; estaba a punto de salir de Coralia para buscar a Tharen cuando recibí el mensaje del vampiro de que debía esperarte aquí. Aunque según dicen, los que van a la Isla Roja no vuelven. De todas formas supongo que ésa es la intención que tienes tú, temeraria inmortal.

Eyrien asintió.

—Necesito que nos lleves al agua, más allá de Coralia. Tengo que encontrar a los Elfos de la Casa del Mar. Y luego me gustaría tratar de encontrar a Tharen.

—Un momento —intervino Freyn—. Os he oído nombrar ya varias veces a ese Tharen. ¿Te refieres a Tharen el Rojo? ¿El pirata?

—¡Sí, Freyn, al pirata! —dijo Eyrien perdiendo la paciencia y lanzando al enano una mirada que a cualquier otro le habría helado la sangre en las venas, pues incluso a Freyn lo incomodó bastante—. ¡Mi intención es encontrar a Tharen el Rojo y hacer un trato con él! ¿Estás contento?

Freyn no se atrevió a murmurar que no estaba muy contento con aquellas noticias. Y casi todos miraron a Eyrien sorprendidos. Tharen el Rojo era un pirata famoso. Era el único Alto humano que se había puesto al mando de un navío corsario; con su actitud indómita había logrado muchos éxitos luchando contra los barcos guls desde hacía poco menos de dos décadas. Pero como cualquier pirata, no era de fiar. Sólo había que ver el lema de su bandera: mejor amante es la

muerte que la cautela. River miró a Eyrien con suspicacia.

—¿Puedes estar tranquilo por una vez? —dijo la elfa en su mente.

—Por supuesto, mi barco es tuyo para ir a donde quieras —dijo Jayden como si no hubiese habido ninguna interrupción—. Y es un barco gul, así que con un poco de suerte tendremos alguna posibilidad de salir vivos del intento.

Antes de que pudieran asumir que iban a meterse en un barco gul con un Nigromante para ir a buscar un pirata, ya estaban saliendo de la taberna después de pagar generosamente sus bebidas sin consumir.

—¿Dónde has fondeado? —le preguntó Eyrien.

—Fuera de la ciudad, en Cala Sudario.

—No habrá más barcos guls por allí, ¿verdad? —le preguntó Phyros—. Llevamos humanos.

—Ninguno que haya sobrevivido a mí.

Mientras el puerto seguía con su jaleo inacabable, ellos lo siguieron hacia las murallas del este, que en aquella parte de la ciudad y al ser altas y completamente lisas por fuera estaban olvidadas. Era imposible escalarlas desde el exterior. Jayden miró hacia arriba.

—No soy un elfo, Eyrien —rezongó.

Por un momento que le resultó de lo más desagradable, River se sintió identificado con él.

—Nos acompañana dos Pegasos —dijo Eyrien—, Elhara, Procyon, venid. Debris, guía a los demás al este, a la Cala Sudario —dijo en lengua feérica como si los caballos estuvieran allí mismo. Luego volvió a mirarles—. Los Pegasos os llevarán al barco de Jayden. River, cuida de los demás.

—Está bien —dijo River, pero añadió mentalmente—. Y supongo que sabes lo que haces.

Eyrien le sonrió. Entonces ella, Eriesh, Phyros y Ashzar empezaron a escalar la muralla con una envidiable facilidad. A Eyrien, de cara al muro oscuro, prácticamente no se la veía entre las sombras de la noche. También Eriesh se fundía con la piedra con facilidad. Phyros, en cambio, era como una llamita. Ashzar era el mismo ser silencioso y ágil de siempre.

—Recuérdame que cuando lleguemos de vuelta a Arsilon, me asegure de que nuestras murallas son lisas como el cristal —dijo Killian mientras observaba escalar a Ashzar.

—Lo haré —dijo Alana, quizás no del todo consciente de que había hablado como si pensara volver a Arsilon.

Poco después el sonido del aire al ser aventado de forma rítmica les anunció la llegada de los Pegasos, oro mate y plateado contra el cielo estrellado y luminoso tan propio de las zonas de mar. Hubo un momento de tensión, ya que nadie parecía dispuesto a montar con el Nigromante. Finalmente lo hizo River con Elhara, mientras Alana, Killian y Freyn montaban sobre el amplio lomo de Procyon. Se elevaron en silencio por encima de las murallas para ver a sus pies los bosques agrestes y los acantilados de la escarpada costa del Continente Norte, donde salvo en escasas calas que pocos conocían era imposible atracar. Volaron quizás una hora, hasta que Freyn y Alana exhalaban gemidos de admiración. La Amazona tenía una vista casi tan buena como la del enano, y ambos vieron antes que los demás del barco que esperaba en una pequeña cala abrigada entre dos precipicios. Cuando vieron el navío gul, también River y Killian silbaron anonadados.

Era un buque amplio, bien cuidado, de madera clara y velas blancas que ondeaban suavemente con la brisa. Tenía tres cubiertas exteriores, una zona de carga cubierta por una red, y dos accesos a los camarotes inferiores, uno de ellos amplio como para poder arrastrar una carretera al interior.

—Sabía que los guls eran buenos marineros —dijo Freyn—, pero no esperaba que esas criaturas fueran capaces de construir barcos así. Habrá que creerse que son inteligentes.

—Te aseguro que no son tontos —dijo Jayden.

Procyon y Elhara descendieron y se posaron con suavidad sobre la cubierta. Cuando desmontaron, miraron a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. Los elfos todavía no habían llegado. Jayden los miró.

—Supongo que no soy el mejor anfitrión posible para los jóvenes de la Alianza —dijo—. Pero no os tenéis que preocupar. De la mayoría de vosotros estuve oyendo hablar durante casi dos años, así que es como si os conociera. Y Eyrien me ha estado resumiendo vuestras últimas vivencias telepáticamente. Podéis fiaros de mí, de veras. Eyrien es un ser al que aprecio, me hizo descubrir un mundo que no conocía y le estoy agradecido. No le haré daño nunca, y os quiere. —Miró a River especialmente. Y volvió a fruncir el ceño—. Me recuerdas a alguien. Tu aroma me recuerda a alguien —murmuró, luego se alzó de hombros—. En fin, estáis en vuestra casa.

Tratando de mantenerse relajados, convencidos de que no les haría daño porque si no la Dama no los habría dejado con él, pasearon por el barco para admirarlo en toda su hermosura. Los elfos y el vampiro no tardaron mucho en llegar, pero ahora faltaba esperar a los caballos. Aprovecharon para hacer suyos unos cuantos camarotes y asaltar la despensa de Jayden para llevarse unos frutos secos y vino a cubierta.

—¿Llevas este barco tú solo? —le preguntó Killian.

—Imposible —dijo el antiguo Nigromante—. Iskander contrató a una tripulación para traerlo hasta aquí. Pero Eyrien es una experta marina, y con ella y un par de elfos más como tenemos podremos llevarlo sin problemas. De odas formas esperaremos a la mañana para partir, así podréis descansar tranquilos.

Miraron a Eyrien, preguntándose como una elfa de la lejana Siarta podía ser una buena marinera. Volvieron a preguntarse qué demonios debió estar haciendo Eyrien cuando desapareció con Ynia de la Casa del Mar hasta que Phyros las encontró. Pero parecía que ninguno iba a explicárselo. Jayden llamó a Eyrien.

—Sabía que volvería a verte algún día, así que tengo un regalo preparado para ti.

El Nigromante desapareció en la cubierta y volvió llevando un primoroso látigo entre las manos. Era largo, de un metal claro y flexible, y el mango estaba decorado con motivos vegetales.

—¡Un látigo feérico! —murmuró Freyn acercándose corriendo a mirarlo.

—¡Freyn! —le advirtió Eyrien cuando el enano hizo ademán de tocarlo.

—Ya, ya —aceptó Freyn—. Tú primera para que te reconozca como dueña.

—Es precioso, Jayden —dijo Eyrien.

Extendió una mano y tomó el látigo. Un brillo dorado pareció extenderse de sus dedos hacia el arma. El látigo se movió de forma sinuosa, como si tuviera vida propia. Bajo la mirada de Eyrien, cayó de las manos de Jayden para ir a nroscarse en su brazo como si fuera una serpiente obediente.

Luego, sin que Eyrien pareciera mover el mango, se desenroscó a una velocidad pasmosa y después de surcar veloz el aire volvió a caer lánguido junto a su pierna. La elfa se lo tendió entonces a Freyn, que estaba ávido por examinarlo.

—Una obra increíble —dijo, y miró a Jayden—. ¿Tú le conseguiste a Eyrien su espada feérica?

—No —dijo Jayden—. Éste me lo llevé de la Colonia Gul cuando me abandonaron allí par que muriera. La espada la tiene desde antes de que yo la conociera.

—La tengo desde que cumplí mi primera misión como Cazadora, cuando me enfrenté a los mismos guls que atacaron Senstrist. Estaba segura de que eran los mismos que te habían matado a ti.

—¿Por eso parecía que tenías algo personal contra ellos? —le preguntó River.

Jayden se rió, aunque parecía confuso.

—Qué mundo es este en que una elfa se empeña en vengar a un Nigromante.

Los demás se preguntaron lo mismo; Eyrien era simplemente sorprendente. Ella, sin embargo, no le daba importancia al asunto. Estaba estudiando su espada y el látigo que todavía sostenía Freyn.

—Estas dos armas las consiguieron los mismos guls. Y son armas muy antiguas. Me pregunto de dónde las sacarían. No suelen internarse lo suficiente en el Continente Norte como para encontrar los lugares en los que en la antigüedad solíamos hacer los memoriales de los elfos desaparecidos. Éstas tuvieron que encontrarlas cerca de aquí, y no son armas de Elfos de Boreanas.

—Seguramente no lo sabremos nunca —dijo Freyn.

Pero Eyrien fruncía el ceño como si estuviese pensando en algo.

—¿Qué? —dijo Freyn.

—Nada que tengas que saber ahora —murmuró la elfa mientras se alejaba, pensativa.

—Secretos, siempre secretos —rezongó el enano.

—Siempre —aceptó Eyrien con una sonrisa, sin sentirse culpable.

Pero Eyrien estaba ya lejos, y saltaba ágilmente a la cubierta del timón. Se sentó allí, balanceando una pierna y mirando al cielo, mientras acariciaba distraídamente el mango del látigo y éste se movía como si le gustara que lo acariciara.

—¿Podemos acampar aquí en cubierta? —le preguntó Alana a Jayden.

—Las Amazonas no dejáis de ser descendientes de los Elfos Marinos —dijo el Nigromante—. Hueles a mar. Te gustará navegar, y cuando abandones el mar lo echarás de menos. Sí, podéis acampar en cubierta. Estáis en vuestro navío.

Alana sonrió complacida y se apresuró a traer mantas de los camarotes con la ayuda de Killian. Poco después estaban tumbados mirando el cielo que se extendía apacible sobre ellos. Freyn, junto a ellos y con las manos tras la nuca, cantaba algo en su idioma. Eriesh y Phyros estudiaban un mapa del Largo Mar mientras Ashzar se sentaba en la borda con la vista perdida en el horizonte. Pero River seguía observando a Jayden, que estaba en la popa y hacía guardia. Al cabo de una hora llegaron los caballos y subieron en silencio a bordo por la tabla que les echaron.

Se dejaron llevar agradecidos a las cuadras del sótano, donde había paja fresca y forraje. Cuando volvieron a subir a cubierta, donde Killian, Alana y Freyn ya dormían, River se acercó a Jayden y se sentó junto a él. El Nigromante lo miró con una expresión comprensiva.

—¿Quieres saber cómo una Dama de Siarta acaba siendo amiga de un Nigromante, o cómo un Nigromante acaba siendo amigo de alguien a quien instintivamente desea torturar hasta la muerte? ¿O te preocupa saber hasta qué punto nos parecemos tú y yo, y qué derecho tienes a odiarme?

River arrugó la nariz.

—Creo que un poco de todo —confesó.

—Respecto a Eyrien, sólo puedo decir que es una criatura curiosa. Te aseguro que traté de matarlas, que les hice la vida imposible, pero ella e Ynia se empeñaban en ser amables conmigo. Todos los elfos son compasivos y no juzgan a nadie por su naturaleza, por lo que parece, pero en ella hay algo especial. Creo que lo ha sacado de su padre, que es igual que ella según dicen. Se empeñan en confiar en todos, en considerar a todos amigos suyos y tratar de ayudarlos. No sé en qué momento reconocí que las quería, aunque incluso después de eso una parte de mí las odiaba por haberme hecho descubrir la verdad. Que mi lucha era equivocada y que mi infancia había sido una crueldad. Pero aun así no lo cambiaría, y me alegro de haberlas conocido.

River asintió. Jayden le miró con aquellos ojos fríos y calculadores, el testimonio de lo que había sido en el pasado.

—Te identificas conmigo porque tú tampoco sabes hasta qué punto mereces que te traten bien —le dijo el Nigromante—. Eyrien me ha contado lo de la Profecía, pero no está en absoluto preocupada por eso. Al menos ya no. Pero tú no tienes nada que ver conmigo —le dijo—. Conozco bien la diferencia. Antes los elfos me sacaban de quicio porque los envidiaba, porque crecí sabiendo que mi deber era exterminarlos. Ahora me sacan de quicio porque me preocupa que por ser tan buenos con los demás sean ellos los que acaban sufriendo. Y eso es lo que te pasa a ti. No vas a convertirte en un Nigromante, aunque a veces los elfos te saquen de quicio. Te lo aseguro.

River, pese a que su instinto y su educación le dijeran que ni siquiera debería estar escuchando al Nigromante, sintió cierto alivio.

—Y sin embargo... —dijo Jayden, pensativo—. Me recuerdas a algo de casa.

—¿A qué? —le preguntó River.

—No lo sé —dijo Jayden—. Pero serás el primero en saberlo.

Observó a Eyrien. La elfa apenas era visible en la oscuridad de la noche sentada sobre los aparejos. River se dio cuenta de que Jayden la miraba con verdadero respeto y cierto asombro.

—Nunca creí que pudiera llegar a querer a nadie en mi vida, no es un sentimiento aceptable entre los Nigromantes —dijo, pensativo—. Pero a Eyrien la quiero como si fuera... No sé, supongo que vosotros diríais que como si fuese de mi familia. Y quiero que sea feliz.

—Yo también la... lo quiero —dijo River—. Quiero que sea feliz.

Jayden asintió.

—Por eso no tienes que preocuparte, no le harás daño —dijo el Nigromante—. Si hubiese percibido en ti aunque fuera la ínfima parte de la animadversión que tendría un Nigromante por ella, ya te habría atacado. Seguramente habrías acabado conmigo con facilidad, pero eso no me

hubiese detenido. Como no me detuvo hace veinte años.

Jayden le palmeó un hombro, y tras ponerse en pie, siguió observando por encima de la borda como si no hubiesen tenido aquella conversación. River se quedó sentado en silencio, observando el horizonte y arrullado por el sonido del mar.



River despertó con el brillo del sol matinal. Estaba todavía en la cubierta del timón, pero alguien le había puesto una manta encima. Parpadeó entumecido. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz intensa del amanecer tardío, vio que Jayden seguía junto al timón. Sólo que ahora lo estaba sujetando y lo movía de vez en cuando, con giros suaves. Sus cabellos rubios se agitaban con la brisa.

—Buenos días —dijo el Nigromante.

—Buenos días —le respondió quitándose la manta de encima y sentándose.

Miró a su alrededor. Killian, Alana y Freyn ya se habían levantado, mientras que los elfos no se habían acostado. Eyrien estaba en pie sobre las jarcias; Phyros y Eriesh observaban cómo se alejaban de la costa. Reuniéndose con los mortales, River aceptó unas galletas para el desayuno.

—Parece que ya nos vamos —dijo Killian—. Al encuentro de las hidras en un barco gul comandado por un Nigromante y en compañía de un vampiro.

—Sí, es rarísimo —dijo River, aunque ahora veía a Jayden de forma diferente.

De repente cayó un borrón negro y Eyrien aterrizó frente a ellos, agachándose y volviéndose a erguir como si se hubiese dejado caer de un metro de altura y no de veinte. Los humanos, que habían retrocedido por el susto, volvieron a acercarse.

—No tenéis que preocuparos —dijo Eyrien, que parecía haberlos oído—. Jayden no os hará daño. Y he estado observando el mar toda la noche. Las hidras han estado ahí todo el tiempo pero ni siquiera han hecho ademán de atacar el barco cuando ha subido la marea.

—¿Las has visto? —le preguntó Killian.

—Tengo una vista aguda en la oscuridad —le repondió Eyrien con la impaciencia que mostraba siempre que tenía que recordarles cuáles eran sus capacidades naturales—. No salen abiertamente a la superficie, pero de noche se sienten más seguras. He visto crestas largas de color purpúreo que se movían sinuosamente por el agua. De todas formas no atacarán el barco. Tal como dijo Jayden, tienen órdenes de no atacar a los guls mientras no se acerquen a Suria.

—¿Y cómo distinguen a un barco gul de uno que no lo es? —le preguntó Alana.

—Los barcos guls tienen grabado en la parte inferior de su casco el emblema del reloj de arena de Maelvania. Me lo dijo Jayden cuando nos explicaba a Ynia y a mí cosas de Maelvania.

—O sea, que hace años que los guls ya se aliaron con el enemigo —dijo Freyn.

—Entonces podríamos pintar el emblema en los barcos de los corsarios y enviarlos a traer el ejército de la Cuarta Alianza, hasta las islas al menos —dijo Phyros acercándose con Eriesh.

—Ésa era mi intención —aseveró Eyrien—. Si los localizamos. Esperaba encontrar a los Elfos de Casa del Mar para que nos dijiesen si saben algo. En teoría los corsarios deberían haber acudido

en ayuda de Suria, les pagamos mucho por ello. Es posible que les haya pasado algo.

—O que Esigion les haya pagado más —murmuró Freyn.

—No lo sabremos hasta que los encontremos —sentenció Eyrien—. Jayden, avísanos cuando pasemos el límite del territorio de las hidras.

Vieron al Nigromante asentir desde lo alto del puente al timón.

—Ashzar —llamó Eyrien, y el vampiro salió por la puerta que daba a los establos; para ser un depredador, cuidaba con cariño de los animales—. ¿Podrías llamarlos?

—¿Acaso no lo he hecho con los demás?

Eyrien asintió. Después trepó de un par de saltos junto a Jayden, y observó el mar.

—¡Mirad! —exclamó Alana, que se había acercado a la borda y se asomaba por encima.

Corrieron junto a ella a tiempo de ver cómo desaparecía debajo del barco un cuerpo de serpiente, largo y grueso, casi invisible salvo por la línea púrpura y dentada del lomo.

—Entonces son reales —musitó Freyn, que se había aupado con los brazos y se sostenía en vilo para poder mirar por encima del maderamen—. Malditos bichos.

—¡Apartaos de ahí! —les aconsejó Jayden—. Se cree que son sordas pero es posible que tengan un buen olfato. Y no sé qué pasará si os olieran a vosotros, elfos. A mí vuestro olor me marea de lo intenso que es.

—Ambos sabemos lo que pasaría —murmuró Ashzar, y miró a Eriesh y Phyros—. Oléis demasiado bien. Incluso el Inhumano podría parecerles a las hidras un plato lo bastante apetitoso como para decidir que vale la pena hundir el banco.

Se apartaron de la borda. River le miró, y luego miró a los elfos. Se preguntaba cómo debía sentarles cuando hablaban de ellos como si fuesen un plato de comida. Porque él no sabía cómo sentirse, y menos con un depredador listo y poderoso en el barco y otro montón más de bestias asesinas debajo. Pero ni Phyros ni Eriesh hicieron comentario alguno. Y Eyrien seguía junto al timón, aparentemente encantada de estar en alta mar.

—¿Qué demonios estaría haciendo esos años en que desapareció? —murmuró River.

—Navegar, entre otras cosas —dijo Phyros—. Por eso es buena marinera.

—No vas a decirnos dónde ni cómo las encontraste, ¿verdad? —le preguntó Freyn.

—No. Pero aún no la he indultado del todo por su temeridad.

Freyn soltó una carcajada, mientras los demás trataban de imaginar qué habría hecho Eyrien que fuese peor que adoptar a un Nigromante. Pero pronto se le borró la sonrisa del rostro.

—Espero que algún día se lo podamos preguntar a Ynia —dijo—. Espero que Casa del Mar siga a salvo, no como...

No acabó la frase pero todos lo entendieron. Todos esperaban que los Elfos Marinos todavía vivieran, no como los habitantes de Niaranden y Boreanas.

Se sentaron en cubierta, observando los amplios horizontes azules que los rodeaban. A pesar de los temores y las dificultades que los esperaban, ahora se sentían libres.

—Adoro el mar —aseveró Alana, cuyos tatuajes habían adquirido el color del agua—. Sheridan, el heredero de los Elfos Fluviales, me dijo que lo llevo en la sangre.

Killian la miró con una turbación que River pudo entender; al príncipe le preocupaba que la

Amazona pudiera preferir quedarse en la costa a volver al Norte. Pero no dijo nada.

La tarde pasó tranquila. Avanzaban con calma, pues Jayden opinaba que llamarían más la atención de las hidras si trataban de cruzar con prisas su territorio. Los elfos se encargaban de ayudarlo a llevar el barco. Tenía algo de lirismo su forma de moverse por la cubierta, controlando los aparejos con la misma eficiencia que necesitarían al menos una docena de humanos para llevar un barco como aquél. Los demás disfrutaban del viaje. A veces veían emerger en la superficie el lomo de alguna hidra con un chapoteo, pero no se les acercaban demasiado. Cuando llegó el anochecer, Jayden les informó de que estaban dejando atrás las zonas de más peligro. Abandonaban el territorio de las hidras para adentrarse en mar abierto, el dominio de los Elfos del Agua. Si es que estaban allí.

Poco a poco los mortales fueron durmiéndose de nuevo en cubierta, a la luz de una lumbre fría que River había encendido. Incluso Ashzar se sentó con ellos a disfrutar de las canciones riskabenianas de Freyn. Jayden, que había cedido el gobierno del barco a Eyrien durante la tarde para poder descansar, seguía ahora de pie ante el timón con los ojos fijos en la inmensidad del mar.



Se despertaron bruscamente por la mañana, sintiendo que algo iba mal. Cuando se despejaron de los últimos rastros del sueño se encontraron mirándose los unos a los otros, tratando de averiguar qué pasaba, Killian ya estaba haciendo el ademán, como siempre, de desenvainar su espada. Entonces volvieron a sentir aquello que los había alertado, un temblor sordo que recorría la cubierta y hacía crujir el maderamen. El agua parecía agitada alrededor del barco.

—¿Qué es eso? —preguntó Alana.

Miraron a los elfos, que estaban junto a las bordas con Ashzar. Jayden seguía al timón y estaba serio. El temblor volvió, como si algo muy grande estuviera golpeando contra el barco.

—¿Son las hidras? —preguntó Killian poniéndose en pie.

Los elfos siguieron esperando cautamente, asomándose furtivamente por la borda sin querer delatarse antes de tiempo. Podía tratarse de otro animal, como un cachalote o un tiburón gigante.

—No veo cuerpos de hidras —dijo Ashzar asomándose por la borda, pues él no tenía ningún olor que las hidras pudieran captar.

El golpe fue mayor esta vez, y vino acompañado de un extraño pitido similar a la llamada de un delfín. Los inmortales parecieron entender entonces lo que estaba pasando.

—¡Eyrien! —exclamó Jayden mientras maniobraba el barco, que oscilaba mientras los temblores se intensificaban—. ¡Diles que dejen de atacarnos o nos desfondarán!

—¿Que se lo diga a quién? —dijo Killian apoyándose en Freyn, que no perdía el equilibrio.

—Elfos Marinos —espetió Ashzar.

Eyrien ya estaba junto a la borda izquierda, con medio cuerpo fuera.

—¡Deteneos! —gritó a la vez que transmitía el mensaje mentalmente.

Saltó al agua ignorando los gritos de temor de los que quedaban atrás. Corrieron a la borda

para ver, con sorpresa, que Eyrien se mantenía en pie sobre el agua mientras las agitadas olas se detenían sin alcanzar sus botas.

—Soy Eyrien de Siarta —dijo—. ¡Deteneos!

El temblor se extinguió y las aguas se calmaron. Eyrien quedó allí, de pie en el agua junto al barco, mirando el pacífico mar de un azul turquesa que brillaba al sol como si nada hubiese pasado. De pronto a su lado surgió una mano pálida de brillos verdoso. La cogió del tobillo y la arrastró dentro del agua, donde desapareció.

—¡Eyrien! —gritó Killian.

River estuvo a punto de saltar tras ella pero Phyros lo retuvo.

—Tranquilo. Los humanos sois demasiado rápidos en lanzaros hacia lo desconocido.

Siguieron mirando al agua, hasta que de pronto el cabello azul oscuro de Eyrien apareció en la superficie, junto con media docena de cabezas de cabellos del color del agua. Eran los Elfos Marinos, al fin los habían encontrado.



Eyrien se reía cuando miró al elfo que apareció a su lado, feliz de verlo. Era un feérico algo mayor que ella, de rostro hermoso con labios de color azul verdoso y facciones angulosas.

—¡Eyrien! —exclamó entonces otra Elfa Marina, de una voz muy reverberante y muy dulce.

Desde la borda vieron cómo la elfa aleteaba con una larga cola del color del mar hasta encontrarse con ella y abrazarla con fuerza.

—Una sirena —murmuró Killian, deleitado.

—¿Qué haces en un barco gul? —le preguntó Ynia a la Elfa de Siarta en lengua feérica.

—¿Dónde habéis estado vosotros, que no os comunicabais? —preguntó a su vez la Dama—. Creíamos que os habíamos perdido, como a Niaranden y a Boreanas.

Los rostros de los Elfos Marinos se entristecieron.

—Así que lo que suponíamos es cierto —dijo el elfo que había arrastrado a Eyrien bajo el agua—. Hace mucho tiempo que no podemos acercarnos a Niaranden ni a Sentríst. Estábamos solos.

—¡Cuidado! —exclamó River en la lengua élfica, señalando algo más al Norte.

Había visto la aleta de un tiburón desmesuradamente grande.

—Tranquilo, es Abra, mi protector —dijo Ynia desde abajo. Y se quedó mirándole con cara extrañada, viendo sin duda sus ojos demasiado fulgurantes para pertenecer a un humano.

—Subamos a bordo —dijo Eyrien—. Tenemos mucho de lo que hablar.

Les lanzaron cuerdas para que subieran. Ante sus ojos asombrados, los Elfos Marinos sustituyeron sus colas por unas piernas y unas ropas similares a las de los Elfos del Lago Plata a medida que abandonaban el agua. Sus cuerpos eran más voluptuosos que los del resto de los elfos, parecidos a los de Sheridan y sus Elfos Fluviales. Tenían algo muy sensual. Mientras Phyros le tendía una mano a Eyrien para ayudarla a superar la borda, Ashzar hizo lo mismo con Ynia. Ella le tomó la mano y le sonrió, pero cuando estaba entrando en el barco, se fijó en él y se dio cuenta de que era un vampiro. De pronto un sonido agudo, que destrozaba los oídos, emergió de su garganta

haciéndolos caer a casi todos de rodillas.

—¡Para, Ynia, vas a dejarlos sordos! —exclamó Eyrien—. Ashzar viene conmigo, detente.

River todavía veía chiribitas mientras recordaba lo que había pensado cuando rescatara a Enora de la casa de Nathaniel el Ideólogo: que nunca querría oír a un Elfo Marino de verdad. Había sido un pensamiento acertado. Cuando consiguieron despejar su mente vieron a Eyrien pasar un brazo por la cintura de la Elfa Marina, un palmo más alta que ella. Ahora que se había callado, la feérica del agua parecía encantadora, con el cuerpo húmedo y las curvas sugerentes para ser las de un elfo, y las ropas escasas. Los cabellos seguían extendiéndose salvajes y vaporosos sobre sus hombros, pese a estar empapados. Pero Ashzar había tenido razón, no era dulce; era tan peligrosa como el resto de los elfos. Phyros se acercó y la besó en la mejilla, mientras Eriesh se inclinaba ante ella. El otro Elfo Marino palmeó el hombro de Freyn.

—Cuánto me alegro de veros, Kedran —le dijo el enano, embargado por el alivio.

—Os presento a Ynia, heredera de la Casa del Mar, y a su primo Kedran. Y a sus guerreros —dijo Eyrien señalando a los Elfos Marinos—. Ynia, Kedran, ellos son Killian y River de Arsilon, Alana, la nieta de la reina Calista de Amazonia, y Ashzar. Y mira quién está al timón.

Cuando vio a Jayden, Ynia gritó de alegría y tras correr veloz, se arrojó a sus brazos. Se quedó largo rato allí con él, observándolo y riendo, hasta que poco a poco lo extraño de la situación la devolvió a la realidad.

—¿Por qué fulguran los ojos del hijo de Lander? —murmuró mientras bajaba de la cubierta del timón y se fijaba en los que la rodeaban—. ¿Y por qué te acompaña un vampiro? ¡Eyrien! —exclamó ya más seria, cogiéndole la mano—. ¿Por qué estás marcada como una traidora?

Kedran, que había estado hablando con Phyros, se giró bruscamente a mirarla.

—Tenemos mucho de lo que hablar —sentenció Eyrien, y los elfos se sentaron en cubierta y durante muchas horas no volvieron a expresarse en voz alta.



Pasaron otros dos días, en que siguieron navegando hacia el oeste para rodear la misteriosa y peligrosa Isla Bruma por su izquierda. Se decía que nadie ponía nunca un pie en ella, porque la gente desaparecía sin volver jamás. Era lóbrega, una isla alargada, casi rota por la mitad, muy frondosa y cubierta enteramente por una densa capa de niebla. Ynia y Kedran se quedaron con ellos, mientras los demás Elfos Marinos se alejaban para informar a Casa del Mar de lo que había ocurrido desde que se quedaron incomunicados, y para movilizar a sus guerreros.

Ynia y Kedran resultaron ser muy simpáticos y abiertos. E imprudentes, sin duda. Ynia tenía una curiosidad demasiado intensa por Ashzar, y Eyrien le advirtió varias veces que no se acercara a él. Alana también despertaba el interés de ambos elfos, pues había un tiempo en que las Amazonas habitaban junto al mar, y ahora que estaban tan lejos de ellos los Elfos Marinos las echaban de menos. Killian llegó a preocuparse ante las atenciones que le prodigaban los dos feéricos y lo mucho que esto complacía a Alana.

Pero se sentían cómodos unos con otros. Aquella tarde, River hablaba con Phyros, Eriesh y

Kedran, que como Ynia siempre parecía estar mojado. Hasta que Jayden llamó la atención de todos con un tono que los hizo girarse a mirarle. Su viaje estaba siendo tranquilo, pero ahora incluso Ashzar salió de los camarotes donde solía ocultarse de la luz intensa del sol marítimo. Jayden señaló por delante de ellos, hacia un espeso banco de niebla que se alzaba suspendido sobre el mar, y que se acercaba a ellos a mucha velocidad.

—Eso es un ataque mágico —anunció Kedran, y los demás le creyeron—. Es agua hervida.

Eyrien sonrió, y parecía aliviada.

—¡Tharen el Rojo! —exclamó con voz clara, ocultando el eco feérico de su voz, cuando la niebla ya casi lamía el casco—. ¡Como ataques un barco en el que yo navegue, vas a lamentarlo!

Se oyó una imprecación, y luego una voz de humano se abrió paso entre el espeso vapor.

—¿Gatita?

—¡Hola, Tharen! —exclamó Ynia haciendo que su voz pareciera humana.

—¿Mis gatitas embrujadas? —inquirió la voz ahora con verdadera emoción—. ¡Y Jayden! ¡Me alegro de verte, renegado!

Jayden le saludó con la mano.

—¿Gatitas embrujadas? —repitió Ashzar con sorna.

—Ilusionaos —ordenó Eyrien.

Segundos después aparecía entre el vapor un galeón pirata al frente de cuyos recios marineros se erguía un Mago de piel negra y cabellos y ojos rojizos. El Alto humano era imponente, pero parecía no creer lo que estaban viendo sus ojos.

—Mis gatitas embrujadas —repitió fascinado, mirando a las elfas ilusionadas.

El hombre soltó una carcajada. Y los demás creyeron adivinar qué era lo que habían hecho Eyrien e Ynia mientras estuvieron desaparecidas: por lo que parecía, además de hacerse amigas de un Nigromante, se habían enrolado en un barco pirata.

XIII

Tharen el Rojo



En el barco, miraban al pirata de piel negra y ojos rojizos con manifiesta sorpresa. Freyn carraspeó.

—Eyrien, ¿tienes algún otro extraño amigo íntimo al que debemos conocer? —le preguntó Freyn—. ¿Un gul o un wendigo?

—No —contestó ella sonriendo—. Éste es el último, te lo aseguro. Y me alegro mucho de verle.

Después de la sorpresa inicial, en el galeón pirata estallaron los vítores. Los hombres vestían levitas y calzas, se adornaban con collares y anillos, llevaban amplios sombreros y cargaban con alfanjes y dagas, pero estaban limpios y el barco ordenado. La mayoría eran hombres jóvenes, y algunos eran Magos.

—¿Quiénes son? —se oyó preguntar a uno de los más jóvenes.

—¿Que quiénes son? —respondió otro—. ¡Son Erynie y Ayni, las Gatas Embrujadas de Tharen el Rojo! ¡Y Jayden el Nigromante de la Alianza!

El joven abrió mucho los ojos y volvió a mirar a los aludidos como si de pronto una leyenda se hubiera materializado ante sus ojos. Otros se preguntaban cómo lo habían hecho para no envejecer nada, aunque lo atribuían al «embrujo» y las miraban con cariñosa compasión. De los piratas se decía que eran muy supersticiosos y crédulos. Eso estaba ahora claro. River sintió alivio al oír que los veteranos aconsejaban a los más jóvenes que mantuvieran las manos lejos de ellas, porque ante el menor exceso de confianza las gatas sacaban las uñas. Eyrien e Ynia, callando para dejarles imaginar lo que quisieran y no tener que decir alguna verdad incómoda, saludaban a los rudos piratas con alegría. Cuando los corsarios tendieron una tabla entre ambos barcos, las dos corrieron por encima con agilidad. No parecían en absoluto preocupadas.

Eyrien tomó la mano del tal Tharen y se la estrechó, pero Ynia se abrazó a él arrancándole alegres carcajadas. El Mago debía tener sus buenos sesenta años pero se conservaba bien, enérgico y sin duda todavía peligroso. Los largos cabellos rojizos y los ojos del mismo color en el rostro de ébano le daban un aspecto malicioso, pero miraba a las elfas ilusionadas con ternura.

—¿Habéis robado un barco gul? ¡Éstas son mis gatitas y mi Nigromante! —exclamó—. Cuando aquellos chicos guapos se os llevaron de la Isla Roja creí que nunca os iba a volver a ver. Y aquí estáis. ¡Y no habéis cambiado nada! ¿Cómo puede ser?

Las elfas se limitaron a mirarle como dos niñas que ocultaran un secreto. El capitán pirata las miró con gesto paternal y su mente fantasiosa hizo el resto.

—El embrujo, Tharen —le gritó Jayden—. El embrujo no les permite envejecer por fuera.

—Claro, claro —dijo el pirata, compasivo—. Mis pobres niñas. Ya se lo digo yo a todos mis chicos. Hidria e Isla Bruma son dos sitios donde no hay que poner el pie nunca. Pero ya estamos

aquí y cuidaremos de vosotras, como antes. —Miró entonces al otro barco, y su expresión demostró un divertido desdén—. ¿Y quiénes son estos pimpollos que os acompañan? Muy guapos, sí, pero enclenques y de buena cuna. No parecen capaces de desenvolverse en estos mares peligrosos.

Killian soltó una carcajada por lo bajo mientras River intercambiaba una mirada con Phyros.

—Pero bueno —decidió el pirata despreocupadamente—. Si son vuestros amigos, son también amigos nuestros. ¡Lanzad los garfios! ¡Dormiremos juntos hoy!

Lanzando hurras, la treintena de hombres cumplió las órdenes diligentemente. Viraron el barco para ponerlo completamente paralelo al de Jayden y les lanzaron los garfios para que unieran las bordas, colgando en medio las boyas para evitar que se lastimara el maderamen. Mientras tanto, Eyrien e Ynia saludaban a los piratas más viejos; los que conocían de otra época. También a Jayden los saludaron con alegría cuando finalmente los barcos estuvieron unidos y echaron anclas para permanecer allí hasta la mañana.

—Ynia —dijo Eyrien—. Mantenlos entretenidos mientras les explico a los demás lo que pasa.

—Claro —respondió la Elfa Marina, que ilusionada para parecer humana, tenía el cabello de color rubio ceniza, los labios rosados y los ojos de un verde acuoso—. Venga, Tharen —dijo en voz alta—. Tenéis que explicarme todos lo que habéis hecho desde que nos fuimos, y presentarme a los nuevos marineros.

Jayden, que ya sabía gran parte de lo que Eyrien iba a explicar, se fue con Ynia. La treintena de corsarios se engresaron en una algarabía de voces disonantes mientras los llevaban de aquí para allá, enseñándoles los lugares donde un cañón enemigo había despedazado la cubierta o donde habían celebrado una u otra fiesta. Ynia parecía encantada. No era mentira que los Elfos Marinos, en contraposición directa a los de Siarta, eran capaces de amoldarse a los humanos con facilidad.

—Está bien —dijo Eyrien regresando al barco de Jayden—. Os explicaré la suerte que hemos tenido encontrándonos a Tharen.

—Y supongo que nos explicarás también por qué estos piratas parecen consideraros a Ynia y a ti unas grumetillas perdidas, ¿no? —le dijo Freyn.

—Sí, os lo explicaré —aceptó Eyrien.

Se sentaron en cubierta, mientras del galeón vecino les llegaban las conversaciones superpuestas con que intentaban poner a Ynia al día de lo que había sucedido durante los últimos dieciséis años. De vez en cuando se oía su risa dulce y sus exclamaciones de asombro.

—Todos sabéis que después de la Alianza Negra, después de la muerte... de la muerte de Lander y Robin, necesité alejarme un tiempo de las guerras y las desgracias —dijo Eyrien—. Vine aquí junto a Ynia, y creo que comprenderéis por qué. Es encantadora y me anima cuando estoy triste. Estuve en la zona emergida de Casa del Mar durante dos meses, con ella y con Kedran y los Señores de los Elfos Marinos, pero nos aburríamos. Necesitábamos vivir un poco.

River podía entenderlas; esas elfas habían estado siempre en el núcleo de la Alianza. Y Eyrien había vivido situaciones muy duras, era normal que necesitara olvidarse de todo.

—Así que se fueron sin más —dijo Kedran con un deje de reconvención.

—Si te sirve de consuelo —dijo Phyros—, Subinion sabía perfectamente lo que hacía su hija.

—Porque según decía mi abuelo también él había sido un temerario a la edad de Eyrien —dijo

Freyn.

Eyrien pasó por alto el comentario.

—Ynia y yo decidimos ir a ver si realmente había muchas hidras en Hidria.

—Temerarias —concluyó Freyn como si le hubiese dado la razón—. ¿Y las había?

—Las había. A duras penas conseguimos llegar hasta el centro de la isla y volver a la costa.

Luego decidimos investigar también Isla Bruma, que nadie pisaba desde hacía centurias. Acabábamos de llegar y ya estábamos descansando en la playa antes de adentrarnos en el interior, cuando apareció el barco de Tharen, así que nos ilusionamos. Nos vieron, y creyendo que éramos dos náufragas se acercaron presurosos a la costa. Ynia dijo que sería divertido dejar que nos rescataran; ella sabía que Tharen el Rojo, supersticioso incluso entre los piratas, solía comportarse con honradez por temor a los guardianes del Mar.

—¿Los piratas son supersticiosos? —preguntó Killian.

Kedran soltó una carcajada que sonó como si hubiera salido de debajo del agua.

—Lo son —dijo—. Temen que si atacan a los barcos de la Alianza, los guardianes del Mar los hundirán. Pero es verdad que los Elfos del Mar hundimos a los piratas que atacan barcos de la Alianza —reconoció—. Se supone que no deben hacerlo, les pagamos bien por dejar tranquilos a los barcos inocentes. Nosotros somos esos guardianes que dicen, aunque nos llaman tritones y sirenas. La gente del mar es extraña, y sus creencias lo son aún más. Por suerte para nosotros.

—No me puedo creer que os dejarais salvar por un puñado de corsarios —le dijo Freyn a Eyrien.

—No corríamos ningún peligro —dijo ésta—. Cuando subimos al barco, los hombres de Tharen estaban aturridos y nos trataron bien.

—No me extraña —dijo Ashzar—. A ver qué pirata espera encontrar a dos supuestas Altas humanas increíblemente hermosas tiradas en una playa de Isla Bruma nada menos. Tendrían que haberse dado cuenta de que había algo extraño en ello.

—¿Y cómo les explicasteis qué hacíais allí? —preguntó Alana, que aunque estaba furiosa porque Eyrien le hubiese ocultado los tatuajes, de nuevo parecía entusiasmada con la historia.

—No se lo explicamos —dijo Eyrien con sencillez—. Ante nuestra aparente amnesia y nuestro absoluto desamparo, acabaron decidiendo que sin duda alguna bruja Vodun de Isla Bruma nos había echado un conjuro por la envidia que sentía por nuestra belleza. Nunca se les ocurrió pensar que éramos elfas. Los piratas corsarios jamás han pisado un Centro Umbanda, y no asocian a las sirenas con los elfos ni saben que los feéricos nos podemos ilusionar. Para ellos los elfos son seres lejanos, cosas de la Alianza. No saben que nos tienen alrededor, y debajo. Nos acogieron entre ellos y unos meses después nos habíamos convertido en dos más de las guerreras de Tharen. En realidad y aunque nos alejamos de la Alianza, durante ese tiempo no dejamos nunca de luchar contra nuestros enemigos. Y Tharen estaba encantado, porque éramos buenas Magas. Acabó por considerarnos como sus hijas adoptivas cuando vio que no íbamos a permitir que nos pusiera las manos encima. Y vivimos dos años con ellos, covenciéndoles de que atacaran los barcos guls y

maelvanienses. Gatitas nos llamaban, por nuestra agilidad —rió con condescendencia—. Tengo que reconocer que Ynia y yo contribuimos en mucho a agrandar la fama de Tharen. Cualquier cosa rara la achacaban al conjuro. Nos hicimos famosas en el Mar, y aún más cuando nos negamos a que mataran a Jayden cuando lo encontramos en aquel barco y acabó luchando a nuestro lado.

Killian miró por encima de la cubierta hacia donde estaba Jayden, charlando con los piratas. A él, que había sufrido en varias ocasiones los ataques de los Nigromantes sobre su propio cuerpo, le costaba hacerse a la idea.

—Por eso estoy tan segura de que algunos Nigromantes pueden cambiar, Killian —le dijo la dama—. Quedó herido. Ynia y yo nos negamos a que lo ajusticiasen sin más, apenas era un adolescente mortal. Así que lo mantuvimos prisionero. Él, por supuesto, averiguó enseguida que éramos, probablemente es el mejor Rastreador que tuvo nunca Esigion. Lo cuidamos, era el primer Nigromante al que veíamos tan de cerca y queríamos comprenderlo. Además, nos resultaba imposible creer que realmente fuera tan insensible, no dejaba de ser casi un niño humano. Él a su vez, y pese a su reticencia natural, acabó por sentirse atraído por nosotras y puesto que lo estábamos tratando con una amabilidad que nunca había conocido, acabó por tomarnos cariño. Durante un año se quedó a nuestro lado, y creo que fue feliz. Jayden conocía bien al enemigo, porque había sido uno de ellos, y nos hizo ganar muchas victorias. No sabíamos hasta qué punto había llegado a querernos hasta el día que habiendo sido rodeado el barco de Tharen por cuatro barcos maelvanienses, se sacrificó para que pudiéramos huir. «No permitiré que te hagan daño, Dama de Siarta. Eres más sabia que yo, pero no eres consciente de lo que serían capaces de hacer contigo». Eso fue lo último que me dijo antes de que se lanzara sobre nuestros enemigos sin que lo pudiéramos detener.

Comprendieron entonces su tristeza, la que había cargado durante todos aquellos años.

—Parece ser que esa vez estuvisteis cerca del desastre, Eyrien —comentó Freyn.

—Hacía ya tiempo que los Nigromantes tenían el barco de Tharen en su punto de mira —dijo Kedran.

—Por suerte —dijo Phyros con una mirada severa a Eyrien—, Kedran vino a Vulcania creyendo que ella e Ynia estarían allí conmigo. —River trató de que no volvieran a atacarlo los celos al imaginar que entonces los dos elfos mantenían una relación—. Él había oído hablar de Tharen y sus gatitas, como las llamaban los piratas, pero nunca lo asoció con ellas. —Apretó los labios—. Kedran no era consciente de lo que Ynia y Eyrien eran capaces de hacer.

Eyrien pareció indignada.

—¿Y tú qué tienes que decir? —le reprochó—. Tú te llevas a tus elfos de excursión a la Isla Roja cuando queréis desmelenaros un poco.

Los demás se miraron perplejos. Estaban descubriendo muchas cosas de los elfos.

—Eso es diferente, Eyrien —dijo Phyros—. Yo voy con una escolta, y nos mantenemos apartados de los humanos. Tú te fuiste sola con Ynia sin avisar a nadie, primero a Hidria y luego con intención de ir a la Isla Bruma. Y acabasteis enroladas en un barco pirata y batallando con los guls y los Nigromantes en alta mar.

Freyn no pudo evitar reírse, y Killian y Alana se sumaron a sus risas. También Eyrien sonrió.

—A Phyros no le hizo ninguna gracia cuando nos encontró —confesó.

Cuando el Elfo Ígneo le devolvió una mirada acerada, parecía llamear.

—Conociendo a Eyrien como la conozco desde que nació y con una intuición respecto a las gatas de Tharen el Rojo, me dirigí con los míos a la Isla Roja a esperar a que se les ocurriera fondear allí —dijo Phyros—. No olvidaré el día que las vi entrar en la taberna vestidas de corsarias, acompañadas de muchos de los hombres que están en ese barco ahora. En la taberna todos los piratas brindaron a su salud, como si fuesen sus heroínas.

A los demás no les costó imaginarse la escena; el apuesto Alto humano en que se habría convertido Phyros esperando con los brazos cruzados y expresión severa a las dos niñas que se habían escapado de casa. Y la sorpresa y la incomodidad de las elfas al verlo allí, dando por zanjada su aventura y dispuesto a sermonearlas. Eyrien también debía estar recordándolo porque sonrió con nostalgia.

—Ynia siempre se ríe cuando me recuerda lo sorprendida que me quedé —dijo—. Pero sabes que me alegré de verte, Phyros. Y lo pasamos bien aquellos días. —El elfo acabó dedicándole una mirada que hizo que a River se le revolviera el estómago. Eyrien le devolvió el gesto pero luego pareció entristecerse—. Ya hacía tiempo que sabía que tenía que volver. Además hacía pocos días que habíamos perdido a Jayden, y ya no nos parecía divertido. Estábamos tristes. Por eso nos alegramos de encontrarnos con Phyros, y de que nos devolviera a casa. El que peor lo pasó fue Tharen, nos fuimos casi sin despedirnos. Cree que éramos algún tipo de princesas de las sectas udrianas y que Phyros había venido para devolvernos a nuestro hogar.

—Que básicamente fue lo que hizo —puntualizó Freyn—. Os liberó de vuestra imprudencia.

Eyrien lo miró con los ojos entrecerrados, antes de desviar una mirada engreída.

—El caso es que Tharen es un cacique entre los piratas y podrá decirnos dónde están los demás —dijo—. Nuestra antigua imprudencia nos conseguirá barcos y buenos marineros, Freyn. No olvidéis que los piratas apreciaban a las gatitas de Tharen y su Nigromante renegado.

—Tú esperabas encontrar a Tharen incluso antes de salir de Arsilon, ¿no es así? —dijo Alana sonriendo—. Fuiste lista en hacer amigos como ellos.

—No me hice su amiga con esa intención, son cosas que pasan de forma natural. Soy más abierta y tolerante de lo que muchos humanos piensan —dijo la elfa—. Pero sí son amigos a los que ahora puedo recurrir. Esta noche dejad que se diviertan, divertíos vosotros también. Mañana quizás llegará el momento de que Tharen sepa quiénes son sus gatitas en realidad. Es posible que le dé un colapso y se asuste, pero nos ayudará.

En ese momento un montón de piratas saltó a su barco y les pasaron unas cuantas botellas de ron. Alguien trajo también un acordeón y un violín y no tuvieron más remedio que sumarse a la celebración, que se prolongó hasta altas horas de la madrugada mientras aquel vapor cálido que se había levantado a su alrededor iba poco a poco dispersándose para dejar a la vista el mar y el cielo estrellado.



Por la mañana muchos estaban resacosos, entre ellos Alana y Killian, a quienes no habían dejado tranquilos hasta que hubieron probado todas las bebidas de los piratas, pero aun así se reunieron con los demás en el camarote principal del barco de Jayden. Al poco llegó Tharen el Rojo, que a petición de Eyrien, dejó a sus dos fornidos y excesivamente armados guardaespaldas, dos niarandenianos de piel negra como él pero casi tan altos como Kedran. Fue un bonito gesto de confianza que el pirata, suspicaz por naturaleza, accediera a quedarse solo con todos ellos. Cerró la puerta cuando entró.

—Bueno, mis gatitas —dijo Tharen, que pese a que había bebido mucho durante la noche parecía muy lúcido—. Decidme qué está pasando. Porque después de lo que os pasó la última vez no sé cómo os habéis atrevido a volver por aquí, tan cerca de Isla Bruma.

Eyrien se puso seria.

—Pertenece a la Triple Alianza.

—Eso ya lo suponía —dijo el pirata—, con esta corte de pimpollos barbilampiños de ropas bonitas que os acompañan.

—Buscamos a los corsarios —le explicó Eyrien—. Tienen que dar algunas explicaciones de por qué han roto el pacto con Niaranden.

Tharen suspiró.

—Fueron unos estúpidos. Sólo mi decencia me ha librado de su mismo destino —declamó con orgullo—. Embajadores maelvanienses con bandera blanca fueron acercándose a todos los barcos conforme los encontraban en el Mar. Nos prometieron grandes tesoros, más de los que nos pagáis vosotros, si nos olvidábamos de nuestra obligación con Niaranden. Yo no quise ni escucharlos, pero muchos lo hicieron. Unos tras otros, todos los barcos fueron dirigiéndose a la Isla Roja para dar uso a sus riquezas recién ganadas, pero luego ya no volvían al mar. Cuando empezamos a encontrarlo extraño, nos acercamos hasta allí. Tuvimos que mantenernos lejos porque habían construido unos portones en las aspilleras para impedir el paso de los barcos. Los tienen allí, atrapados como ratones en una ratonera. También intentamos ver si los niarandenianos estaban bien, pero nos atacaron unos monstruos extraños parecidos a las hidras cuando intentamos acceder a las costas. Así que llevamos semanas sin poder fondear en ningún sitio. Nos alimentamos de los peces y las algas que podemos capturar en el mar, y por suerte algunos somos Magos y podemos desalinizar el agua. Si no todo lo que habrías encontrado serían nuestros cadáveres en un barco a la deriva.

—Comprendo —dijo Eyrien pensativa, y le miró—. Entonces tenemos que liberar la Isla Roja, porque necesitamos los barcos corsarios. Y a ti también.

—¿Para qué? —dijo el pirata con un brillo de interés en los ojos rojizos.

—Tenemos que llevar un ejército a Suria, la Alianza tratará de recuperar Niaranden y Boreanas.

Tharen silbó y se atusó el largo bigote pelirrojo, tratando de ocultar su sorpresa.

—No me tomes a mal, gatita, pero ese plan tuyo parece una locura. Las dos sois magas poderosas, pero a Jayden no dudarán en matarlo si descubren que está vivo, y estos amiguitos

vuestros no parecen muy apropiados para una batalla campal.

—Mejor que no nos juzgues por nuestro aspecto —murmuró Ashzar.

Eyrien tomó las manos a Tharen.

—No te asustes, Tharen —le pidió—. Recuerda que somos tus gatitas, y que eso no cambiará.

Te apreciamos. ¿Entendido?

—Entendido —dijo el pirata alargando la palabra, escéptico y un poco receloso.

Las elfas abandonaron su ilusión. Pese a lo prometido, Tharen exhaló un grito ahogado mientras miraba fijamente a Eyrien y le soltaba las manos. Sus hombres trataron de abrir la puerta desde el exterior y al ver que estaba cerrada, empezaron a aporrearla. Tharen alzó los ojos rojizos, como despertando de un ensueño.

—No pasa nada —gritó recobrando la normalidad—. No pasa nada, no tiréis la puerta abajo.

Los golpes cesaron. Dentro del camarote todavía reinaba el silencio y las miradas se posaban en el pirata, que a su vez no apartaba los ojos de Eyrien. River echó un vistazo a Jayden y a Ashzar al sentir su tensión; estaban preparados para tomar cartas en el asunto si Tharen no reaccionaba como esperaba la Dama. Por el bien del corsario, River esperó que lo hiciera.

—Nos dijisteis que os habían embrujado —dijo finalmente el pirata, sintiéndose engañado.

—No hicimos tal cosa. Somos elfas, no podemos mentir —contestó Eyrien alzando las cejas—. Os lo imaginasteis todo vosotros. Pero seguimos siendo las chicas que recuerdas, sólo que ahora no estamos aquí para jugar. Tenemos una misión que cumplir que puede salvar muchas vidas.

—No eres una simple elfa de la Alianza, ¿verdad? —adivinó Tharen.

Eyrien no parecía feliz de tener que revelarse y dejar de ser una simple chica aventurera.

—No, Tharen. Soy Eyrien de Siarta —dijo, y pareció que Tharen dejaba de respirar durante largos segundos; no sabía mucho de la Alianza pero de los herederos de Siarta, por supuesto, había oído hablar—. Y ella es Ynia, heredera de la Casa del Mar. Pero te respetamos, Tharen. Por eso acudimos a ti en busca de ayuda ahora. ¿Nos ayudarás?

Tharen parpadeó.

—Me cuesta tanto creer... —musitó—. Pero después de todo aquel tiempo yo no soy capaz de verte como otra cosa que mi pobre gatita embrujada. Y ahora me pides ayuda para la Alianza.

Después de pensar unos segundos su rostro abandonó su expresión seria para adoptar de nuevo su expresión pícara. Con aquella piel negra y los cabellos y los ojos rojizos parecía el mismísimo diablo. Pero todavía miraba a Eyrien con cariño cuando soltó una carcajada; era un pirata, rápido para enfrentarse a lo que la vida le deparara por disparatado que pareciera.

—¡Cómo no! Te hubiese ayudado en tu empresa suicida de recuperar la Isla Roja aunque fueses sólo una udriana medio loca y embrujada, gatita. Pero ahora que eres la Dama de Siarta tus deseos son órdenes. —Hizo una reverencia—. Supongo que la generosidad de la Alianza recaerá sobre mí después de que os ayude.

—Claro, Tharen —dijo Ynia riéndose—. Una generosidad muy generosa.

—No esperaba menos de la grandiosa Alianza —dijo el pirata, y miró ahora a los demás con sorna—. Y éstos quiénes son si se puede saber. Ya me espero cualquier cosa. Si tú eres una de las

herederas de Siarta, éstos bien pueden ser los reyes de Udrian y Arsilon —dijo dando una buena muestra de la ignorancia sobre política que tenían los piratas, que ni siquiera sabían que en el Norte había un único rey humano—. A ése lo reconozco —dijo señalando a Phyros—. Fue uno de los que os arrancó de nuestro lado. Tampoco ha envejecido nada, así que supongo que también es un elfo.

—Es Phyros, heredero de Vulcania. Sólo uno de ellos es el futuro rey de Arsilon —contestó Eyrien con guasa—. Te presento al príncipe Killian —dijo señalándolo. Luego señaló a River, que dejó de ocultar el fulgor de sus ojos—. Y él es River de la Casa de los Tres Elfos, un Mago poderoso. Los demás son Eriesh, legado de la Casa de Greisan, Freyn, sobrino del rey Trenzor de Riskaben, y Alana, nieta de la reina Calista de las Amazonas.

Alana se sintió feliz al recuperar los tatuajes de su cuerpo, que Tharen observó con asombro. Parecía ya completamente atónito. Aunque era un pirata y fiel a su bandera, no se mostraba asustado: antes la muerte que la cautela.

—¿Y ése? —dijo señalando a Ashzar—. ¿Qué es con esa mirada fría, otro Nigromante?

Ashzar sonrió mostrando sus colmillos.

—Por el amor de las sirenas, ¡un vampiro! —susurró Tharen, aunque parecía complacido ante la aventura que se avecinaba—. Qué amistades, esto no es propio de unas buenas elfas.

—Compañías tan interesantes como la de los piratas, Tharen —dijo Ynia sonriendo.

El pirata soltó una carcajada.

—Explícame, mi Dama —dijo mirando a Eyrien—, cómo vamos a llevar a cabo nuestra noble misión de salvamento.

Los demás suspiraron aliviados. Tal como había dicho Eyrien, al menos por el momento se demostraba que se podía confiar en sus amistades.

Tharen ordenó a su galeón seguir de cerca al navío gul de Jayden. Sus hombres seguían ignorando que las gatitas de Tharen y sus aparentemente endebles acompañantes eran seres poderosos, pero habían acogido con excitación la orden de ayudarlos a abordar la Isla Roja. Sería una empresa arriesgada, pero llevaban demasiado tiempo confinados en el mar sin encontrar un barco al que atacar ni un puerto en el que fondear. Al fin y al cabo y como repetían sin cesar, la muerte era mejor amante que la cautela. Estaban deseosos de llevar a cabo aquella empresa.

Navegaban a lo largo del día y se detenían y festejaban por las noches, y al final incluso River, Killian y Alan se sentían un poco piratas ellos mismos. Era fácil entender que Eyrien e Ynia hubiesen llegado a apreciar aquella existencia tranquila y excitante a la vez. Nunca antes habían visto a Eyrien tan sonriente, tan relajada. Casi parecía feliz. Aunque cuando se sentaba sobre alguna borda a observar el vasto cielo nocturno, su rostro volvía a delatar que era la Dama de Siarta de siempre, responsable y preocupada. No olvidaba cuál era el motivo que los había llevado a surcar el mar. Ni la pérdida de los seres queridos.

Después de cuatro días poniendo rumbo al oeste, con el gran tiburón blanco que era el protector inmortal de Ynia siguiendo su estela, llegaron al extremo oriental de la espeluznante Isla Bruma. Allí Phyros los abandonó, pues debía dirigirse con Procyon a Vulcania para movilizar a los suyos y ayudarles a recuperar la Isla Roja. Se despidió de todos con calidez y a Eyrien la besó

en la frente. Después montó y lo vieron alejarse, hasta que elfo y Pegaso se convirtieron en un punto dorado que se desvaneció en la lejanía. Al día siguiente todavía notaban su ausencia, habían llegado no sólo a apreciarlo, sino a quererlo sinceramente.

Además se sentían menos relajados, pues la marcha de Phyros les recordaba cuál era el motivo que los había llevado a aquella situación: estaban en guerra, y mucha gente necesitaba su ayuda. River se dedicó a vagabundear por el barco, pero una y otra vez se giraba hacia popa para observar la cuña de tierra cubierta de vegetación y niebla en que se había convertido, a lo lejos, la Isla Bruma. Se sentía extrañamente atraído por ella, como si escondiera algún secreto que su mente estuviera cerca de revelar. Y por lo que parecía a Eyrien le pasaba lo mismo. Aquella tarde, la encontró sentada en lo alto de la borda de popa mirando el perfil brumoso de la isla que iban dejando alrededor, hacía días que no se encontraban a solas. Pero cuando lo veía, la elfa le sonreía con más calidez que nunca. River casi había dejado de sentir celos de Phyros, y empezando a tener esperanzas de verdad.

—Una isla extraña —dijo.

—Extraña no —le corrigió Eyrien meditativa, sin dejar de observarla—. Sólo desconocida.

—Claro —aceptó él, obviando las exactitudes lingüísticas de la elfa—. Siempre está cubierta de niebla. ¿Tharen sacó su idea de confundir a sus adversarios de ahí?

—No —dijo Eyrien—. Aunque sea niarandeniano y pirata no haya acudido jamás a un Centro Umbanda, Tharen no deja de ser un Mago descendiente de Elfos Ígneos. Lo que hace es hervir el agua para crear una pantalla de vapor que lo oculte y confunda a sus víctimas. Eso —señaló en dirección a Isla Bruma— es niebla de verdad. Una niebla constante y sempiterna que disuade a todos de aventurarse en esas tierras olvidadas desde hace... desde hace más de un milenio.

River la miró, pues Eyrien parecía haber caído de repente en algo importante.

—¡Eyrien!

Sobresaltados, ambos se giraron a mirar a Alana que se acercaba a ellos con expresión preocupada. Tantos días haciéndose pasar por una humana normal y corriente la estaban poniendo de los nervios, pero aguantaba con dignidad.

—Eyrien —repitió cuando llegó junto a ellos—. Estoy preocupada por Ashzar.

—Es normal que pase el día oculto en el interior del barco —respondió la elfa girándose sobre la baranda de la borda con agilidad—. El sol no lo mata pero daña su vista sensible. De hecho los vampiros de Suria, de donde son originarios ya que la mayoría llegaron al Continente Norte siguiendo a los humanos de los que se alimentaban, acostumbra a salir al exterior a partir de la caída del sol, cuando su sentido de la vista es óptimo. De ahí surgió la leyenda humana de que los vampiros son de hábitos nocturnos. Así que no te preocupes por eso, seguro que está bien.

—Pero es que me ha pedido que cuide de su yegua, como si fuese a irse o algo así.

Eyrien miró fijamente a Alana, frunciendo el ceño. Aunque no lo revelase, ella también era muy consciente de que Ashzar llevaba unos días manteniéndose alejado de los demás, pero había preferido esperar y observar. No le pasaba por alto que el vampiro solía mirar ahora a los demás más fijamente, casi como si los vigilara. Si tenía que ser sincera, estaba empezando a preocuparse. Pero no quería poner nerviosos a los demás. Pese a lo que muchos pensaban, ella no había

olvidado lo peligroso que podía llegar a ser Ashzar. Después de haberle dado su sangre, lo sabía mucho mejor que los demás.

—Está bien —dijo—. Iré a verle.

Levantándose, estrechó la mano de Alana para tranquilizarla. Se dirigió hacia la cubierta inferior, muy consciente de que el disgusto bullía en el interior de River. Al Mago le parecía injusto que se preocupara así por el ser que había intentado y que todavía tenía en mente matarla. Aunque podía entenderlo y no deseaba causar sufrimiento a River, no podía hacer otra cosa que lo que estaba haciendo, debía preocuparse por la seguridad de todos. Bajó al pasillo de los camarotes y se detuvo ante la puerta de la cabina amplia y lujosa que Ashzar había hecho suya.

Llamó y entró. En el penumbroso interior, puesto que los ojos de buey estaban cubiertos por finas cortinas de color borgoña. Ashzar le daba la espalda. Eyrien miró a su alrededor con aprensión. Ashzar estaba empaquetando sus cosas.

—Hola, princesa —dijo el vampiro sin girarse, mientras doblaba una de sus camisas para introducirla en la bolsa.

—¿Te marchas? —dijo Eyrien entrando en la cabina y cerrando la puerta tras ella.

—Tengo que hacerlo —le aseguró Ashzar con calma.

—No puedes, dijiste que vendrías conmigo a buscar a los Sabios.

—Y lo haré. Pero nos estamos retrasando mucho, querida. Volveré más adelante.

—No puedes, te necesitamos —susurró—. No podemos permitirnos perder efectivos en la Isla Roja, ni demorarnos allí. Esigion no tardará en conocer nuestros planes. Te necesito para ganar esa batalla con prontitud.

Ashzar se volvió hacia ella. Su mirada parecía más afilada que nunca.

—Tengo que irme, princesita —le dijo con una sonrisa que no ocultaba su tensión—. Estoy hambriento. Llevo demasiados días encerrado aquí con vosotros, sin comer.

Eyrien se quedó mirándole, ya había supuesto que podía tratarse de eso. Quizás sí era mejor que se marchara, pero le necesitaba. Y acostumbrada ya a su presencia, no quería que volviera a llegar el día en que tuviera que sufrir por no saber cuándo aparecería a su espalda otra vez. El recuerdo del dedo de Ashzar deslizándose por su hombro ensangrentado todavía le provocaba escalofríos. Se había acostumbrado a tenerlo vigilado de cerca. Además se había portado bien con todos ellos, y hasta había salvado la vida de Killian y Alana. El vampiro debió adivinar algo en su expresión porque frunció el ceño.

—No lo entiendes, ¿verdad? —le dijo Ashzar dejando caer sobre la mecedora en que solía leer un pañuelo de seda que había estado enrollado—. No sabes lo que implica el hecho de que esté encerrado aquí con vosotros, sin que la mayoría pueda huir, cuando estoy hambriento. Vuestro olor empieza a nublar me el entendimiento.

—No soy estúpida, sé que eres peligroso. Pero ahora no vas a hacerme daño, me necesitas —dijo Eyrien—. No quiero que te vayas.

Ashzar sonrió, mirándola con cierta diversión.

—Pobre elfa inocente, qué buena eres. Pero me temo que no sólo peligras tú. Estando tan hambriento, me conformaría con un plato menos exquisito. El elfito ígneo se ha ido, una tentación

menos, pero acabaré por perder el control. Incluso el Inhumano empieza a parecerme apetitoso en estos momentos.

Eyrien abrió mucho los ojos. Por un momento se sintió furiosa, pero lo comprendió. El Mago no era un Elfo de la Noche, pero la esencia de Siarta corría intensa por sus venas. La idea de que Ashzar lo viera como un alimento la angustiaba mucho más que el temor por sí misma. Tenía que proteger a River, pero no podía permitir que Ashzar los abandonara.

—No puedes irte —repitió desazonada.

Había confiado en que él la ayudaría a proteger las vidas de los demás en su incursión a la Isla Roja, y después también.

—¿Me darás al Inhumano como aperitivo?

—Por supuesto que no —dijo Eyrien entrecerrando los ojos.

—Entonces me voy.

Eyrien pensó en todas las posibilidades, pero la conclusión era siempre la misma. Respiró hondo.

—No hace falta que corras sobre el agua hasta Sentríst para saciar tu hambre.

Ashzar se quedó inmóvil, mirándola. El hermoso rostro estaba serio, pero sus ojos grises brillaban en la penumbra.

—¿Tú te dejarías? ¿Por tu propia voluntad?

—Sí —dijo Eyrien—. No me importa darte un poco más de poder. No quiero que te vayas pero tampoco quiero poner a los demás en peligro. Ni que sufras.

Ashzar ladeó la cabeza y sonrió, con algo parecido a la ternura.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer, Eyrien?

Ella respiraba entrecortadamente, pero asintió con la cabeza. La sonrisa de Ashzar se hizo más amplia, y arrebatadora.

—Vaya, lo que estás dispuesta a hacer por ese chico —dijo, y Eyrien supo que se refería a River y no fue capaz de rebatirlo—. ¿No crees que deberías informarle de cuáles son tus sentimientos? Porque ya te lo dije, los humanos no son pacientes, ni leales. Su paciencia contigo no durará siempre. Pero en fin... tú misma. Ya eres mayorcita. Acércate.

Eyrien tuvo que hacer un gran esfuerzo para adentrarse en el amplio camarote, apartándose de su única vía rápida de escapatoria. Se forzó a avanzar hasta el otro lado de la estancia, dejando que Ashzar quedase entre ella y la puerta. Sin embargo y pese a que estaba decidida, no pudo evitar retroceder dos pasos cuando él hizo ademán de acercarse. Se sintió confusa.

—Tranquila, es normal —dijo Ashzar—. Tu instinto trata de impedirte cometer una locura. Os pasa a todos los elfos.

Eyrien no quiso pensar en cómo sabía eso. Se limitó a tratar de permanecer donde estaba mientras Ashzar avanzaba hacia ella muy lentamente. Trató de cerrar los ojos, pero no pudo.

—Tranquila —repitió Ashzar con aquella voz tan sugerente y evocadora que incitaba a Eyrien a relajarse y confiar en él, aunque supiera que no debía hacerlo.

Gritó cuando de pronto, sin haber advertido su movimiento, Ashzar estuvo a su lado agarrándola por la cintura e inmovilizándole los brazos mientras con la otra mano le tapaba la

boca. Trató de liberarse.

—Tranquila, tranquila —repitió Ashzar estrechándola contra sí—. Tenía que hacerlo; si no me hubieses atacado aunque no quisieras hacerlo. No voy a hacerte daño. Esperaré a que estés relajada y seré dulce contigo, princesita. Ya lo sabes.

Le acarició la espalda sin soltarla, con movimientos rítmicos, mientras su corazón se calmaba poco a poco. Pero Eyrien sabía que se había quedado en una situación vulnerable.

—Ashzar —le dijo mentalmente—. Antes júrame por mi sangre que no me matarás y que no me dejarás tan débil como para que no pueda enfrentarme a la batalla de la Isla Roja.

Sintió cómo el cuerpo que estaba pegado al suyo se ponía tenso a medida que Ashzar comprendía el significado de sus palabras. Ahora sí se sintió atemorizada, cuando el vampiro la miró con unos ojos entrecerrados henchidos de gélida ira.

—¿Sabías que había caído el juramento que me impedía atacarte? —le preguntó amenazador.

—Claro que lo sabía —le contestó indignada pese a todo—. Si cuando perdí la memoria los femorianos no consiguieron reconocerme y Umbra cayó en coma, tu juramento también tenía que haber perdido la validez porque ya no era yo misma. ¿Acaso crees que soy tonta?

—Pues estoy empezando a pensar que sí. ¿Todo este tiempo has sabido que podía atacarte, y aun así me has tratado como si fuera uno más de tu grupito de admiradores?

—Confiaba en ti.

Ashzar la estrechó con tanta fuerza que le hizo daño. Estaba furioso.

—¿Que confiabas en mí? Eres ingenua y testaruda incluso para ser una elfa, Eyrien de Siarta.

—Ashzar —le dijo mentalmente, sin poder liberarse de su férreo abrazo—. Me estás asustando.

—Te lo mereces. Soy un vampiro, tu depredador natural, no un gato amaestrado. Debería asustarte, Eyrien. —Se detuvo a respirar hondo, pese a que no lo necesitaba para vivir—. Así que has estado confiando en mí, pero ahora que te has ofrecido tan tontamente te acuerdas de que soy peligroso y quieres que vuelva a jurar. Pues lo siento, princesita, vas a tener que seguir confiando ciegamente. Quizás así aprendas a no ser tan ingenua y creer que los demás son tan cándidos como tú. Has hecho amigos entre los piratas y los Nigromantes. Un riesgo detrás de otro. Y ahora has cometido un último error enfureciéndome cuando estoy tan hambriento.

Cuando la apartó de nuevo unos centímetros de sí, sus ojos almendrados se habían bañado en sangre. Resultaba aterrador cómo la miraba, y si hubiese podido Eyrien habría tratado de defenderse. Ashzar sonrió con malevolencia, disfrutando de su temor; había despertado la esencia depredadora que había en él. Separando los seductores labios rojos, dejó a la vista los colmillos y le acarició con ellos el cuello. Eyrien trató de alejarse, pero no pudo. Sintió el dolor ya conocido de los colmillos atravesar su fina piel, no con suavidad ahora, sino con avidez. Se dijo que era lo que ella había decidido, pero el miedo superaba con creces la sensualidad de la succión de los labios de Ashzar sobre su cuello. Cuando el dolor se hizo intenso, gimió contra la mano que le tapaba la boca. Entonces el ritmo se suavizó, a medida que la sed de Ashzar se hacía menos acuciante y su parte racional recuperaba el control. Incluso lo sintió reír contra su garganta.

—Deberías sentir miedo más a menudo, Eyrien de Siarta —susurró en su mente—. Eso te

haría ser menos confiada.

—No voy a cambiar —respondió Eyrien con sinceridad.

—Lo sé.

Se apartó un poco, relamiéndose los labios, y la miró. Sus ojos seguían siendo rojos pero ya no había furia en ellos. La besó fugazmente en los labios, antes de seguir con la lengua el fino hilo de sangre que caía por su clavícula. Eyrien sintió que un cosquilleo le estremecía el cuerpo.

—Tranquila, no voy a matarte aunque te lo merezcas por incauta.

Ashzar volvió a posar los labios en su cuello con suavidad, mientras le acariciaba la espalda. Descubriendo que tenía los brazos libres, Eyrien se aferró a su camisa. Ashzar debía tener hambre desde hacía muchos días, y había callado hasta ahora. Era muy consciente del silencio que reinaba en la cabina, del cuerpo atemperado que se amoldaba al suyo. Hubiese sido fácil dejarse llevar más allá y entregarse a aquel ser peligroso y atractivo que la hacía estremecer. Pero no iba a hacerlo, y el vampiro era consciente de ello.

Con un lametón que cicatrizaría las heridas, Ashzar se irguió. Eyrien tuvo que apoyarse en él para no caer al suelo presa de la debilidad. Sonriendo, Ashzar la sostuvo en vilo y la dejó sobre el lecho con cuidado. Le apartó los largos cabellos azules del rostro, sentándose junto a ella. Un brillo nuevo animaba sus ojos grises y el sosiego había relajado su rostro. A diferencia de ella, era la viva imagen de la frescura. Eyrien trató de respirar en profundidad, pero le costaba.

—Mañana estarás bien —le dijo Ashzar acariciándole el rostro—. Ahora descansa, valiente hija de Siarta.

—No se lo digas a nadie, no quiero que se preocupen. —Hizo una pausa—. ¿Te sientes mejor?

La mirada que Ashzar le dirigió fue indescifrable, pero parecía traslucir incomodidad.

—Preocúpate por ti, Eyrien. Y disfruta de la vida que tienes, mientras la tienes.

La volvió a besar con dulzura y tras cubrirla con una manta se levantó. Con una última mirada, tranquilo y satisfecho, la dejó descansando en la habitación.

En el pasillo se topó con River, que estaba manifiestamente tenso. Ashzar cerró la puerta tras de sí impidiéndole ver el interior del camarote.

—¿Dónde está Eyrien? —le preguntó el Mago.

—¿Por qué?

—Jayden quiere que sepa que mañana al anochecer llegaremos a la Isla Roja.

—Eso ya lo sabe, Mago. No hace falta que la molestes.

—¿Dónde está? —insistió River.

—Lo sabes muy bien, aquí dentro. Pero está descansando y lo necesita. Así que déjala.

River entrecerró los ojos, que fulguraban.

—No seas estúpido, Mago, y no te metas donde no te llaman. Será peor para ti, de verdad.

Al ver que Ashzar no iba a apartarse, River negó con la cabeza y se fue. Pero tras de sí dejó una estela de rencor y sufrimiento que hizo suspirar a Ashzar. Pobre y sacrificada Eyrien, pensó; lo que tenía que perder todavía por ser tan buena con los demás sin pedir nada a cambio.



Eyrien no se sintió con fuerzas para levantarse hasta el siguiente atardecer. Ashzar había acudido a su lado hacia el mediodía para llevarle algo de beber. Volvía a ser el mismo de siempre, sensual y condescendiente, divertido y un tanto paternal. Eyrien tuvo la sensación de que sentía una mayor admiración por ella, aunque también veía que la confianza que había depositado en él lo hacía sentirse incómodo, como una fiera que amenazada por dejarse convencer por los mimos, no desease dejar de ser salvaje.

Cuando al fin abandonó furtivamente el camarote del vampiro y salió a cubierta, el fresco aire marino del anochecer la reanimó. Se sentía un poco débil pero estaba más tranquila, había hecho lo que debía para proteger a sus amigos. A todos. Miró al cielo, buscando la paz que siempre le proporcionaban las estrellas. No la encontró. Se quedó helada cuando leyó el mensaje que así sin más, tuvieron a bien confiarle los astros. Nunca antes le habían revelado nada con tanta claridad. Y preferiría que no lo hubiesen hecho.

—Perderé en esta guerra a un amigo al que añoraré hasta que muera —musitó, sabiendo que era cierto con la misma claridad con la que sabía que las estrellas estaban allí de verdad.

Volvió a recorrer al barco con la mirada, presa de un pánico sordo. Killian y Alana se entrenaban en cubierta, mientras Freyn jugueteaba con el látigo feérico que ella le había prestado. Eriesh estaba al otro lado del navío, en el timón con Jayden y Ashzar; el vampiro se mostraba relajado y comunicativo otra vez. Kedran e Ynia debían estar nadando, y el barco de Tharen navegaba en su estela. Los echaría de menos a todos si los perdía, como a todos los que había perdido ya. Y esta vez había sido ella quien los había animado a ir a la guerra, había empujado a alguien a quien quería a una muerte segura. River ocupó su mente. Sin olvidar que se había sentido celoso cuando lo dejó para ir a ver lo que le sucedía a Ashzar la tarde anterior, fue en su busca. Deseando verlo, tocarlo, siguió el rastro de su esencia. Lo encontró en la borda de popa, solo.

—River —lo llamó cuando llegó a su lado.

Lo oyó suspirar, y sintió su desazón. Le puso una mano en el brazo, deseando que la consolara. Él se la cogió y la apartó, sin brusquedad pero con decisión.

—¿Qué te pasa? —le preguntó dolida.

—Nada.

—No quiero discutir —le explicó, deseando que no la llevara a enfurecerse cuando se encontraba mal y preocupada—. Y necesito hablarte.

—Y qué tengo que hacer, Eyrien. ¿Arrodillarme a tus pies por ofrecerte un poco de tu atención cuando a ti te conviene? —replicó River—. Estoy cansado de tus caprichos, y de que te acerques y te alejes continuamente según tu voluntad. Estoy cansado de que juegues conmigo.

Eyrien apretó los puños y miró al suelo con sus ojos felinos brillando extrañamente.

—Me dijiste que tendrías paciencia, y que confiabas en mí. Ashzar tiene razón entonces.

—¿En qué tiene razón el chupasangre?

—En que no puedes fiarte del corazón de los mortales.

—Otros dirían que no puedes fiarte del corazón frío e insensible de un elo.

Le dolió a él mismo ver la expresión sorprendida y dolida que apareció en el hermoso rostro

de la elfa. River suspiró.

—Eyrien, sabes que te quiero con toda mi alma. Pero estoy empezando a pensar que mi tía tenía razón, que lo único que conseguiré si me quedo cerca de ti será destruirme. Sé que no lo haces a propósito, supongo que no puedes evitarlo. Pero como tú dijiste, no me puedo permitir que mis emociones afecten a mis obligaciones. Hay otros que quizás podrían pagar por las locuras que yo pudiera hacer. Así que seré tu amigo, siempre. Pero no aspiraré a más y no te pediré nada. No me entrometeré más en tu vida ni trataré de conseguir algo que, siendo realista, sé que no está a mi alcance.

—No sé qué quieres decir —dijo Eyrien entrecerrando los ojos.

—Has estado con Ashzar, lo sé.

La furia de Eyrien azotó a River como un torbellino invisible. La había herido profundamente, se estaba dando cuenta de ello.

—No sabes de lo que hablas —le espetó la elfa negando con la cabeza, de la misma forma que cuando después de besarla por primera vez la llamó humana.

—Pero si lo que trato de hacer es facilitarte la vida, Eyrien. Y dejar de tener aspiraciones vanas.

—Está claro que no me conoces, River. No me conoces en absoluto. Y no quiero que seamos amigos, jamás. Tú y yo no somos amigos.

Se giró, furiosa, para alejarse casi invisible en la oscuridad. Le dolía el corazón, pero al menos por River no tendría que sufrir. Si no lo consideraba su amigo, no tendría que sufrir porque fuera él el que tenía que morir. Aunque ahora estaba tan enfadada que le daban ganas de atacarlo ella misma.

River se quedó atrás, tratando de convencerse de que había hecho lo correcto para los dos.

—Buenas noches, Killian —oyó decir a Eyrien con voz queda a medida que se alejaba.

Poco después el príncipe aparecía bajo la luz del farol con expresión confundida.

—¿River?

—No ha pasado nada, no te preocupes. Las cosas están ahora como tienen que estar.

Pero se preguntó por qué, si había hecho lo mejor para él alejándose de Eyrien, se sentía tan mal. No pudo evitar darse cuenta de que ella había acudido a su lado buscando consuelo e intentando decirle algo importante, y que quizás ya no confiaría en él nunca más.

XIV

La entrega



Cuando ya se acercaban a su destino la excitación creció en los dos barcos. Los Aliados se veían más cerca de hallar el medio de llevar su ejército a Suria para la batalla final, y los piratas ansiaban el asalto a la Isla Roja porque les reportaría gloria, diversión y riquezas. Sólo los más empáticos podían sentir que aquel ambiente de entusiasmo estaba salpicado de tenues corrientes de dolor e ira que surgían de Eyrien y de River. Desde la noche anterior no habían vuelto a hablarse, pese a que tenían tantas ganas de abrazarse como de gritarse el uno al otro. Y es que las emociones no siempre eran fáciles de sobrellevar, ni aunque la elfa fuera sabia ni aunque el mortal hubiera jurado no dejar que nada volviera a apartarlo de ella.

Al atardecer, tal como había previsto Jayden, llegaron a las aguas de la Isla Roja. Aparecía como una cumbre oscura en la lejanía, rojiza y verde al atardecer. Después de que sus hombres dispusieran la tabla. Tharen el Rojo cruzó al barco gul para ultimar los planes. Cargaba con lo que parecía un bulto de sedas y encajes, que le tendió a Alana.

—Si no supiera de lo que sois capaces, pensaría que estáis locas —le dijo.

—Nunca subestimes a las elfas, ni a las Amazonas —repuso Alana con altivez.

Poco después tanto ella como Eyrien e Ynia salían de los camarotes vestidas con hermosos trajes de damiselas de Coralia; allí, igual que en la Isla Roja, todavía perduraban las modas de siglos atrás. Estaban hermosas, pero aún aumentaron mucho más su atractivo cuando desgarraron las faldas y Eyrien les atribuyó un aspecto algo demacrado con la magia. Luego miró a su alrededor. Alzando una mano y susurrando, hizo saltar por los aires una de las barcas de salvamento que se alineaban junto a la borda de estribor.

—¿Eso era necesario? —dijo Jayden ceñudo mientras la veía coger algunas tablas destrozadas.

—Necesitamos pruebas para nuestra actuación.

—Vale. A ver si me queda claro —dijo Tharen—. Tú, Ynia y la Amazona nadaréis hasta la Isla Roja y dejaréis que os encuentren en la playa para que crean que sois unas bellas y desgraciadas víctimas de un naufragio. Cuando os dejen entrar en el puerto les soltaréis una buena tunda y nos abriréis los portones de las dársenas, para que podamos entrar con nuestros barcos y abordar... la tierra —soltó una carcajada—. ¿No es así?

—Así es —dijo Eyrien dejando caer las tablas rotas por la borda—. Además espero que los Elfos de Vulcania lleguen más o menos a la vez que nosotros y nos ayuden, pues no sabemos cuántos maelvanienses hay en la isla, y además es posible que algunos de los piratas se hayan unido a ellos. Y no quiero que nadie resulte herido. Tenemos que dar fin a la incursión lo más pronto y contundentemente posible, porque no podemos permitirnos cansarnos ni dejar escapar a nadie. Esto no es la batalla final, Tharen. Es sólo una etapa de nuestra empresa.

—Comprendido —dijo el pirata; luego torció el gesto—. Realmente pareces abatida, se

creerán que habéis naufragado sin que la Amazona tenga que abrir la boca para mentir siquiera.

Eyrien sabía que aun sin la ilusión, tenía un aspecto cansado y algo distraído; todavía le pesaba la debilidad que le había causado Ashzar. Pero no iba a dejar que nadie se diera cuenta.

—Ése es el objetivo, que crean que somos débiles. Preparaos —les dijo a Ynia y Alana.

Ocultaron sus armas bajo las faldas del vestido, atándoselas al muslo con cinchas de cuero.

—¿Cómo vais a llegar nadando hasta la isla? —preguntó Killian, preocupado por Alana.

—Nadando, por supuesto —dijo Ynia sonriendo—. Kedran y yo haremos que ellas puedan respirar bajo el agua para que no se ahoguen. Y Abra remolcará a Alana para que no se retrase.

—¿Ese inmenso tiburón? —dijo aún más preocupado.

—No te preocupes, joven príncipe. La cuidará con mucho cariño.

Cuando estuvieron listas, Eyrien los miró a todos. Sintió que le dolía el corazón cuando River apartó la mirada con la mandíbula tensa. Se obligó a pasarlo por alto, no podía permitir que su rechazo ni el temor a que alguno de sus amigos muriera, como le habían revelado las estrellas, le impidiera hacer lo que debía. Además creía que nadie moriría hasta llegar a Suria. Sería allí donde perdería cosas que quería.

—Kedran —dijo—. Insufla hálito marino a Alana.

Mientras los demás lo observaban, Kedran, abandonada la ilusión que lo hacía parecer humano, se acercó a la Amazona. Poniéndole una mano en la nuca, la acercó a sus labios. Killian trató de no ponerse tenso, y lo consiguió cuando lo inundó la sorpresa. Pues Ynia se acercó a Eyrien y la besó de la misma forma.

—Les están transmitiendo su propio aliento feérico, para que puedan respirar bajo el agua —explicó Eriesh—. Durará tanto como ellos crean oportuno.

Cuando se separaron, Alana sonreía, encantada, hasta que se dio cuenta de que no podía respirar. Como si el aire fuese agua y se estuviese ahogando, cerró la boca, mirando frenética a su alrededor.

—Al agua, querida —le dijo Ynia.

Cogiéndose la garganta, Alana se apresuró a saltar por la borda. Eyrien aguantó un poco más.

—Tened cuidado y suerte —les dijo mentalmente.

Miró a River, pero éste siguió sin mirarla. Apretando los labios se giró y saltó al agua, seguida de Ynia. Los demás se asomaron a la borda para verlas. Ynia había recuperado su forma marina y su hermosa cola se movía sinuosa en el agua. Tomó la mano de Eyrien mientras Alana se agarraba con valentía a la aleta dorsal de Abra, que había cogido entre sus grandes y poderosas fauces los tablones astillados. Las tres mantenían la cabeza bajo el agua y poco después se perdían entre las olas, nadando a gran velocidad hacia la Isla Roja.

—Ahora sólo nos queda esperar —dijo Tharen—. Volveré a mi barco para informar a mi gente de que pronto empezará la batalla.

River siguió apoyado en la borda, tratando de controlar sus pensamientos. Su rabia aumentó cuando Ashzar se detuvo a su lado con despreocupación y eterna elegancia.

—Si quieres un consejo —le dijo el íncubo—. Si quieres un consejo, demuéstrole que tú vales más que yo en vez de reflejar con cada acto la inseguridad que sientes ante mí o cualquier otro.

—¿Y a ti qué más te da lo que yo haga? —repuso ante aquella verdad inesperada.

—Eres imbécil, River —le soltó el vampiro a bocajarro—. ¿Sabes lo que estuvo haciendo Eyrien en mi camarote? Descansar después de ofrecirme su sangre porque sabía que yo estaba hambriento y pronto sería incapaz de controlar mi sed. ¿Y sabes cuándo decidió hacerlo? —insistió mientras River lo miraba—. Cuando le mencioné que tú empezabas a parecerme un alimento interesante. Se sobrepuso a su propio instinto y me ofreció su sangre. Por protegeros a todos, pero especialmente a ti.

—No te creo.

—Claro que me crees —dijo Ashzar sonriéndole—. Lo que pasa es que te cuesta aceptar que te has comportado como un crío cuando ella ha dado tanto por ti desde que te conoce.

—No puedo creer que te hiciera algo así.

—Claro que puedes, estamos hablando de la sacrificada princesita de Siarta. Y ahora además estará preocupada por lo brusco que has sido con ella, en vez de centrarse en lo que tiene que hacer, aun estando débil como se siente ahora.

River sabía que tenía razón, cosa que no lo hacía sentir mejor ni mucho menos.

—Soy imbécil.

—Pues sí. Pero todavía estás a tiempo de arreglarlo —añadió Ashzar.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —le preguntó mirándole a los ojos grises—. Tú la matarías.

—La mataría pero la respeto —puntualizó el vampiro—. Siempre queda la posibilidad de que ella me gane en la pequeña batalla que nos aguarda si ambos sobrevivimos a esta guerra vuestra. Entonces sería bueno que hubiese alguien a su lado que la quisiese tanto como se merece. Si sobrevive, merece ser feliz por fin. Y su felicidad futura tiene que ver en parte contigo.

Y sin más se alejó paseando por la cubierta. River frunció el ceño. ¿Cómo podía querer sacrificarla y a la vez preocuparse por su bienestar futuro? Se sintió mal porque a su modo, Ashzar era menos egoísta y más generoso con Eyrien que él. Cerca, en el barco de Tharen, afilaban armas, rezaban a los dioses marinos y entonaban soeces cantos de marineros. Eso hizo recordar a River que Eyrien podía estar ya en peligro.



El anochecer se había fundido en una noche profunda cuando desde los barcos, a unas millas de la costa y con los faroles apagados, vieron que del puerto lejano se elevaba hacia el cielo un destello de luz dorada.

—Es la señal —dijo Eriesh.

En el otro barco, Tharen ladró órdenes para que aumentaran la velocidad y pusieran rumbo hacia la Isla Roja. A ella se acercaban también desde el otro lado grandes nubes de tormenta.

—Los elfos de Phyros, espero —gritó Freyn para que su voz se escuchara por encima de la brisa nocturna que, intensa por la velocidad a la que navegaban, se llevaba todos los sonidos hacia la popa y les traía a su vez los que venían de la isla.

Cuanto más se acercaban más claros llegaban los ecos de gritos y explosiones, que delataban que la isla se había levantado en armas. River, las manos agarradas con fuerza a la borda, no veía el momento de llegar. Si Eyrien había alimentado a Ashzar estaría débil, y temía que le pasara algo malo si encontraba a un oponente demasiado fuerte. No podía esperar más.

—¡Elhara! —exclamó.

Los cascacos de la Pegaso retumbaron sobre cubierta cuando salió de las cuadras. Se acercó a él piafando, haciendo suyo su nerviosismo.

—Vamos, buscaremos a Eyrien —le dijo.

—¡River! —exclamó Killian al ver que montaba.

—Nos vemos allí —gritó él a su vez mientras la Pegaso extendía las largas alas y dejaba la cubierta—. Ten cuidado porque si te veo un solo arañazo tendrás que darme explicaciones.

La luna se reflejaba sobre el mar bajo las alas plateadas de la Pegaso; los dos barcos se convirtieron en pequeños islotes sobre los que se movían diminutas figuras. Y la Isla Roja fue creciendo. Desde lo alto, pudo ver que cerca del puerto se habían encendido algunos fuegos. Los portones que bloqueaban el acceso al mar estaban rotos sobre sus goznes, aunque ningún barco trataba de salir. Los piratas debían estar luchando con los maelvanienses, o encerrados o muertos. Pero eso ahora preocupaba poco a River. Tenía que encontrar a Eyrien en el caos que se desarrollaba en la zona habitada de la isla, una media luna muy grande de tierra que se parapetaba contra la frondosa falda del volcán extinto que daba nombre a la isla. Tanto el puerto como el pueblo y la playa estaban llenos de gente que corría, gritaba y luchaba. Parecía que algunos de los corsarios libres se habían vuelto contra los maelvanienses, y en algunos puntos los piratas luchaban contra otros piratas. Las tres Aliadas habían provocado una verdadera revolución en la isla corsaria. Pero los enemigos eran muy numerosos.

Tratando de adivinar dónde podría estar Eyrien, River se concentró esperando que su mente siartana lo ayudase. Sus ojos se desviaron hacia la playa, donde algunos maelvanienses parecían estar intentando llevar unas cuantas barcas al mar. Vio a Abra llevarse al fondo a un marinero del grupo que había conseguido botar una barca. Mientras los demás soldados todavía gritaban asustados, el tiburón resurgió de las aguas lanzándose contra la embarcación y haciéndola pedazos. Era una visión pavorosa, que no quería seguir observando. Al desviar la mirada el destello de un conjuro llamó su atención.

—Póstate allí, en la linde de la jungla —le indicó a Elhara.

Desmontó y le ordenó que se mantuviera oculta entre la fronda. Miró al cielo cuando un rayo surcó las nubes, resquebrajándolas. Esperaba que realmente fuesen los Elfos de Vulcania, y no una simple tormenta que, para colmo, pudiera prender fuego a la isla o al puerto. Corrió hacia la playa, donde aumentó el hormigueo que le provocaban los conjuros de guerra. Buscó entre la gente que corría a su alrededor por la arena, sin saber muy bien a quién atacar. De los corsarios que se movían por allí, alfanje en mano o huyendo con los brazos cargados de objetos de valor, no sabía cuáles estaban de su lado y cuáles no. Además en cuanto le miraban a la cara y veían sus ojos extraños, huían de él sin que pudiera abordarlos. Hasta que recibió un ataque mágico que, por haber estado desprevenido, le provocó una fuerte contusión en el hombro derecho. Se giró y

paralizó al Nigromante que lo había atacado. Vigilando a los que corrían a su alrededor para que no volvieran a cogerlo desprevenido, River se acercó al hombre rubio de ojos azules que trataba de recuperar la movilidad. Lo agarró de la pechera de la túnica negra.

—¿A dónde ibas? ¿Dónde está la Maga a la que os han dicho que teníais que atrapar?

El Nigromante debió de ver en su expresión que no estaba para tonterías y acabó señalando hacia la derecha. River le dio un puñetazo que lo dejó tendido en el suelo. Cuando se alejaba en la dirección que le había señalado vio por el rabillo del ojo que unos cuantos corsarios se acercaban al maelvaniense inconsciente con sus armas en alto. Gracias a la luz de los fuegos y al fulgor de la luna, River pudo orientarse hacia el lugar del que llegaban los ecos de los conjuros que se estaban lanzando. Él lanzó algunos a su vez, aturdiendo y dejando fuera de combate a todos los que veía luchar a su alrededor. Si estaban inconscientes, luego sería más fácil decidir quiénes eran amigos y quiénes no lo eran. Por encima de su cabeza cruzó un nuevo rayo que tocó tierra dentro del pueblo. Se sintió esperanzado, tenía que ser un Elfo Ígneo.

Se detuvo cuando vio a un grupo de Nigromantes que rodeaba algo. Del círculo aparentemente vacío surgió una bola de energía que se estrelló contra una barcaza que se alejaba ya de la costa, desfondándola.

—¡Eyrien! —gritó.

Temiendo acertarla a ella otra vez, lanzó un conjuro de afonía sobre el grupo de Nigromantes. Mientras él se acercaba corriendo, los vio ir cayendo heridos bajo el filo de una espada invisible hasta que ninguno quedó en pie. Penetró en el círculo y se detuvo. La Elfa de la Noche reapareció unos metros más allá, respirando pesadamente. Parecía agotada y tenía un corte en el brazo; el vestido desgarrado estaba salpicado de arena y sangre.

—¡Eyrien! —corrió hacia ella y la sujetó mientras recuperaba el aliento.

Trató de apartarle los cabellos del cuello para ver si realmente las marcas de los colmillos del vampiro volvían a estar frescas, pero ella se lo impidió.

—Eyrien, ¿qué has hecho? —le susurró al darse cuenta de que Ashzar había dicho la verdad.

Le acarició el rostro mientras ella lo miraba con aquella expresión de decisión que delataba que no se arrepentía de sus actos. Olvidando el enfado y las dudas la abrazó, contento de que ella se dejase estrechar entre sus brazos. A su alrededor proseguían los gritos, el eco sordo de las explosiones del pueblo y del puerto, y el hedor a humo empezaba a ser molesto. Cerca de ellos pasaron dos corsarios que discutían sobre dónde debían enterrar los candelabros de plata que cargaban en los brazos. Pero River, con Eyrien entre sus brazos, se sentía tranquilo.

—Perdóname —le dijo acariciándole los cabellos—. Perdona mi estupidez.

Cuando la elfa alzó el rostro para mirarle, sus azulados ojos felinos de pupilas verticales brillaban. River pensó inconscientemente que si aun con lo que estaba pasando los corsarios podían pensar en sus tesoros, él también podía pensar en el suyo. Inclino el rostro hacia ella.

—¡Eyrien!

River se sobresaltó al reconocer la voz de Phyros y se apartó de la Dama con rapidez. El Elfo Ígneo venía desde el puerto, caminando con una velocidad muy poco humana. Tan sólo se distrajo para lanzar una bola de fuego a una barcaza que estaba sobrepasando el rompiente de las olas. La

nave estalló en pedazos.

—Eyrien —repitió palmeándole el brazo a River al pasar por su lado, y tomando el rostro de la elfa entre sus dedos para mirarla con atención—. ¿Se puede saber qué te sucede? Ynia me ha dicho que estaba preocupada por ti porque te veía exhausta. Y lo pareces de verdad.

—Ynia se está volviendo muy perspicaz —murmuró la Dama.

River no sintió celos aquella vez; Phyros se preocupaba por Eyrien tanto como él.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Phyros cuando ella no le contestó.

—Nada que yo sepa —mintió River.

Phyros frunció los labios; estaba claro que la conocía lo suficiente como para no dejarse engañar. Y era un elfo, sabía cuándo un humano le estaba mintiendo. Sin embargo y como todos, sabía que discutir con Eyrien no servía de nada.

—Ynia me ha pedido que te dijera que ya sabe dónde tienen a los prisioneros —dijo al fin el elfo vulcaniano—. Los tienen encerrados en los calabozos del fuerte.

—Bien, acompañadme los dos —dijo ella—. Phyros, comunica a tus elfos que deben impedir que nadie salga de la isla, no podemos permitirnos que informen a Esigion de que estamos aquí. Adivinaría que queremos los barcos.

—Va a ser difícil, hay Flores del Sueño por toda la isla.

—Entonces tenemos que encontrar a Ashzar y decirle que lo haga él.

—Killian le pidió que buscara a Alana y la protegiera —dijo River—. Así que estará con ella.

—¡Aster! —dijo Eyrien mentalmente al ver a la hermosa elfa con otros dos Elfos Ígneos a tan sólo unos centenares de metros; estaban incendiando un barco—. Ve al puerto y busca a Ashzar —ordenó cuando la elfa corrió hasta ellos—. Que indique a todos que los barcos no deben salir del puerto pero que no deben quemarse tampoco. Y que se ponga en contacto con Kedran y le diga que si sus Elfos Marinos están cerca, deben rodear la isla e impedir que ninguna barca escape.

Mientras Aster asentía con la cabeza y salía corriendo como una estela flamígera, los tres se dirigieron hacia la falda de la montaña, donde se encontraba el fuerte. Allí se refugiaban los isleños cuando recibían ataques por mar, o lo habían hecho hasta que los maelvanienses habían invadido la fortaleza.

—Los corsarios fueron apresados aquí, en la Isla Roja —les explicó Eyrien mientras avanzaban—. Por lo que parece se les dejó escoger entre servir a Maelvania o acabar en las mazmorras. Más de la mitad se negó a servir a nadie, como era de esperar, y están encerrados. Muchos de los que se prestaron a obedecer a los maelvanienses y están libres se han vuelto contra ellos. Pocos serán los que se mantengan fieles a Maelvania.

De repente algo pareció ocultar la luna y miraron al cielo.

—Un roc —dijo Phyros.

River lo observó impresionado. La gran bestia parecía un águila gigante revestida de piedra. Había surgido de las laderas del volcán, donde debía haber estado escondida hasta entonces. Mientras todavía miraban, varias bolas de fuego se dirigieron hacia el roc como estrellas camicaces.

—¿Qué es eso? —preguntó River.

—Son fénix —dijo Phyros—. ¿Qué hacemos, Eyrien?

—Esperar que alguien consiga detenerlo antes de que se lleve a algún informador a Maelvania —dijo la elfa, cansada—. No puedo estar en todas partes a la vez.

Cuando llegaron al fuerte no había ningún contingente defendiendo las puertas. Parecía que la mayoría de los soldados había acudido al puerto, y tan sólo tuvieron que matar a los pocos Nigromantes que no huyeron al verlos. Eyrien, con su innata capacidad de orientación, los guió por el patio hasta un portón que llevaba a una escalera húmeda que se adentraba bajo el nivel del suelo. Antes de aparecer en el pasillo lleno de calabozos abarrotados de piratas, se ilusionó para parecer una Alta humana de nuevo. Phyros y River siguieron su ejemplo.

Los dos centenares de corsarios que había apiñados en cuatro celdas los miraron como si estuvieran viendo visiones. Desde luego, seguro que lo último que esperaban ver bajar por las escaleras era a una hermosa Maga con un vestido convertido en jirones, acompañada de dos Altos humanos de piel pálida y ropas costosas. Uno de los hombres más mayores se aferró a los barrotes fijando los ojos en Eyrien.

—¡Por el amor de las sirenas, es una de las gatitas de Tharen el Rojo!

Estalló un coro de voces y los hombres se empujaron en las cárceles para ver mejor.

—¡Es imposible! Hace más de quince años que desaparecieron y ésta es una chiquilla.

—¡Será la hija de una de ellas!

Las teorías prosiguieron hasta que Eyrien alzó una mano para hacerlos callar.

—Si hubieseis cumplido vuestra parte del trato con la Alianza, no estaríais aquí atrapados —dijo—. He venido a liberaros, con una condición.

—No puedes sacarnos —se burló uno de ellos—. Han sellado los candados con magia negra.

—Phyros —dijo Eyrien.

El elfo vulcaniano, ilusionado todavía, se adelantó hasta la celda que tenía más cerca mientras los piratas se alejaban de los barrotes. Murmuró algo y de pronto la cerradura empezó a calentarse hasta que el cerrojo se deshizo en un amasijo de hierro fundido. Cuando la puerta se entreabrió, los prisioneros se lanzaron contra ella pero Phyros le pidió al aire que impidiera la apertura y se estrellaron contra ella. Uno o dos hombres trataron de pasar por la rendija.

—¡Sácanos de aquí! —gritó un capitán de aspecto curtido.

—He dicho que con una condición —repitió Eyrien.

—Está bien, te escuchamos —dijo el hombre, que debía estar harto de estar encerrado allí

—Si os sacamos, obedeceréis nuestras órdenes —dijo Eyrien—. Iréis hasta la costa del Norte y llevaréis a Suria a un ejército de la Alianza. Cuando acabe la guerra y no os necesitemos, volveréis a ser libres. La Alianza os ofrecerá riquezas hasta hartaros y podréis dedicaros a dilapidarlas y haceros pillaje los unos a los otros. Os entregaremos la Isla Roja, para siempre.

Los murmullos volvieron a arreciar.

—¿Cómo sabemos que cumpliréis vuestra parte del trato y que los demonios del mar no nos hundirán ahora por haber incumplido nuestro trato con Niaranden? —preguntó alguien.

Eyrien abandonó su ilusión y de repente se hizo el silencio. Los corsarios parecían no atreverse ni a respirar, por si allí llamaban la atención de la elfa que había aparecido de pronto ante ellos.

No era para menos, Eyrien parecía estar perdiendo la poca paciencia que tenía.

—No somos nosotros los que hemos traicionado el pacto, ¿verdad? —dijo—. Pero la Alianza concede segundas oportunidades, y espera que después de lo que ha pasado aprendáis a actuar con sensatez. Y os pagaremos bien por vuestros servicios.

Un hombre maduro de espesa y larga barba negra se acercó a la verja. Por la forma en que los demás se apartaban a su paso, debía gozar del respeto de los suyos. Miró a Eyrien.

—Vuelve a mostrarte como humana —le pidió.

Ella, sorprendentemente, cumplió su deseo. Le miraba fijamente.

—Realmente eres una de las gatitas de Tharen —dijo el capitán.

—Así es, Julius el Sanguinario —dijo Eyrien sonriéndole—. Soy una elfa pero también fui una de las gatitas de Tharen. Disfruté viviendo con vosotros, y no os quiero ningún mal. Me conoces, porque luchamos juntos tú y yo. Sabes que puedes confiar en mí. Así que dime, ¿crees que podrás ser honorable el tiempo suficiente como para traer al ejército al Sur?

—No podemos llegar a las costas. Las hidras marinas nos atacarían.

—De eso nos encargaremos nosotros.

El pirata se rascó la oscura barba enmarañada.

—Está bien, lo haremos.

Los demás se unieron a él.

—Bien —dijo Eyrien—. Pero no olvidéis que si incumplís otra vez vuestra parte del trato, responderéis ante mí. Y mi paciencia tiene límites.

Alzando una mano hizo estallar una de las puertas, arrancando las rejas de sus goznes mientras los piratas se apartaban empujándose y subiéndose unos encima de otros.

—Ahora saldréis ahí y ayudaréis a vencer a los maelvanienses, si es que la isla no ha sido tomada ya. Luego celebraréis vuestra libertad con moderación y mañana temprano esperaréis en la playa con ánimo sumiso para que os den las órdenes oportunas. ¿Queda claro?

Los piratas fueron saliendo por delante de ella, asintiendo con la cabeza, jurando por sus madres y quitándose los sombreros antes de salir corriendo hacia las escaleras. Desde luego, Eyrien sabía cómo tratar a aquella gente. Cuando todos hubieron abandonado las mazmorras se pasó el dorso de una mano por la frente. Phyros la miraba fijamente.

—No me pasa nada de lo que tengas que preocuparte, ¿entendido? —dijo ella.

—Entendido —dijo el elfo.

A sus mentes llegó la voz mental de Ashzar que les informaba de que todas las instalaciones de la isla habían sido tomadas, y todos los barcos y barcas estaban bajo control. Los piratas estaban entregando sus armas a los Elfos Ígneos que las custodiarían hasta la mañana; no podían dejarlos caer en la tentación de pelearse entre ellos. El roc había huido hacia el Sur, sin que hubiese hecho mucho más que destruir un par de barcos. Todos los Aliados estaban bien, y se estaban reuniendo en la posada de la Puerca Tuerta, una de las más grandes del pueblo.

—Bien, vamos —dijo Eyrien—. Necesito cambiarme de ropa. Estoy harta de hacerme pasar por humana.

River la entendió, pero la alegría de haber ganado aquella batalla se empañó un poco. Él iba a

ser humano siempre.



Dos horas más tarde, duchados y vestidos de nuevo con sus ropas habituales, se reunían en el salón de la taberna donde algunos de los piratas tocaban alegres canciones y brindaban y bebían mientras las camareras, contentas por la liberación de la isla, los cuidaban con mimo asegurándose de que no les faltaba de nada. La mayoría de los Elfos Ígneos celebraban su propia fiesta en la playa, y los que estaban allí permanecían apartados de los demás. Tharen el Rojo y sus hombres eran el centro de casi todas las atenciones, mientras narraban su viaje hasta allí y la importancia de sus actos en la liberación de la isla. Los relatos del rescate de la Isla Roja ya se estaban convirtiendo en leyendas, algunas bastante alejadas de la realidad aun aquella misma noche.

Cuando Eyrien, Ynia y Alana bajaron de sus habitaciones, limpias y vestidas con sus propias ropas, se abrió un pasillo para dejarles paso. Los piratas se habían ganado el respeto de Eyrien de nuevo. Ella hizo llamar a Jayden, que acudió a su lado.

—Estoy bien —le dijo éste—. Los que podrían acordarse de mí después de tantos años están muertos o muy lejos de aquí.

—Pero sigues teniendo cara de Nigromante, y siguen sin perdonar la traición. No queremos que Esigion averigüe que sigues vivo —dijo Eyrien—. Mañana tenemos que hablar, ahora que hemos conseguido los barcos hay unas cuantas cosas que creo que tú podrás ayudarme a aclarar.

—Pero no ahora —dijo Ynia—. Incluso tú tienes derecho a disfrutar aunque sea por una noche, Eyrien. Vamos a beber algo —dijo cogiendo la mano de Jayden.

Antes de tirar de él y alejarse hacia la barra, como si en vez de la heredera de Casa del Mar fuera una pirata más, se acercó a Eyrien y le susurró algo mentalmente. Ésta se quedó pensativa, pero miró con ternura a la Elfa Marina.

—¡Gatita! —se oyó el grito de Tharen—. Aquí hay unos chicos que quieren hablar contigo.

Eyrien le miró. Tharen estaba rodeado de varios capitanes corsarios. La elfa suspiró y se alejó, sin duda para negociar con ellos. No, Eyrien no tenía tiempo para disfrutar de la vida. Necesitaba asegurarse de que cumplirían su tarea, o el ataque a Suria podría convertirse en una masacre que se llevaría por delante a toda la Alianza. River lo lamentó por ella, y a la vez volvió a tener aquella sensación de que él jamás podría estar a su altura. Era la Dama de Siarta.

—¿Estás bien? —le preguntó Killian palmeándole el hombro.

Compartía su vaso con Alana, y parecía el hombre más feliz del mundo por ello.

—Pues este hombro precisamente no lo tengo bien —dijo, y al ver que Killian le miraba preocupado sacudió la cabeza—. Sólo estoy cansado.

—River —oyó la voz de Eyrien en su cabeza—. Di que te vas a dormir y espérame en mi dormitorio.

La obedeció, y después de que sus amigos le dieran las buenas noches subió hasta el dormitorio de la elfa y abrió la gran ventana que daba al mar. Moviendo el hombro entumecido

por el conjuro del Nigromante, se sentó en una silla para hacer como los marineros que decían las canciones, y compartir sus pensamientos con el mar. Abajo continuaba el bullicio y todos parecían contentos. Pero él sólo deseaba acabar ya con aquella guerra y dejar de estar preocupado por sus seres queridos. Aunque eso no sucedería, puesto que a aquellos que sobrevivieran a la guerra tendría que verlos envejecer y morir, o regresarían a sus hermosos y dichosos hogares feéricos dejándolo a él atrás. Tenía la sensación de que se quedaría solo, pero aun así quería la felicidad para los demás. Se sentía confuso por todos aquellos extraños pensamientos.

Al cabo de un rato oyó que se abría y cerraba la puerta. Sintió las cálidas manos de Eyrien sobre sus hombros, aliviándole la tensión y el dolor de la contusión. Exhaló un suspiro profundo.

—¿Qué te pasa, River?

—Estoy cansado. Yo no soy resistente como un elfo, ¿recuerdas?

—Sé que no eres un elfo. Y sé que te inquieta lo que pase después de esta guerra, contigo y con los demás. Pero lo que quiero saber es por qué tienes cansado el corazón.

—No quieres saberlo —repuso River, cansado.

—Quiero saberlo, River.

—No, no quieres saberlo. Créeme.

—Que sí quiero —replicó la elfa ya sin ninguna amabilidad.

Confuso, River se levantó para girarse y mirarla a la cara.

—Ayer me dijiste que ni siquiera éramos amigos. No creo que nunca podamos ser nada más, así que me pregunto dónde me deja eso en tu vida. Supongo que fuera.

—Eso lo dije por otro motivo —susurró Eyrien, y trató de no pensar en el funesto augurio—. Pero no quiero hablar de ello ahora.

Parpadeó y se dirigió hacia la ventana abierta, aunque hizo lo posible por no mirar al cielo. River habría fruncido el ceño por ello si no estuviera tan ansioso por descubrir qué era lo que hacía él allí. Cuando la elfa se giró a mirarle, su rostro reflejaba confusión y duda.

—Ashzar me dijo algo.

—¿Qué más te ha dicho Ashzar? —preguntó River disgustado.

—Me ha dicho que aproveche mi vida mientras la tenga, y que sea sincera. Y tiene razón. —Le miró a los ojos—. No he besado a nadie más desde que te besé a ti por primera vez. A nadie.

Y era cierto. Cuando Ashzar la había besado, ella no le había devuelto el gesto. River se quedó mirándola, sin saber muy bien cómo reaccionar. Lo primero que le vino a la mente era pedirle perdón. Por imposible que le pareciera, Eyrien se había mantenido fiel, a su manera, a él. La pregunta era por qué. Y ella parecía estar leyéndole el pensamiento.

—Yo... no siempre puedo hacer lo que quiero —dijo—. Sé que me quieres, River, y deseo estar contigo. Aquí y ahora, y después. Pero no deseo hacerte daño, quizás esta noche podría estar pero mañana...

River se acercó a ella y le cogió una mano. Estaba seguro, no sabía por qué, de que ella tenía tantas ganas de besarlo como tenía él de besarla a ella.

—Lo sé, Eyrien —dijo—. Sé que no puedes asegurarme que estarás conmigo después. Sé que no puedes ponerme por delante de tus obligaciones con el mundo. Tampoco voy a pedirte.

La Dama lo miró a los ojos.

—También me da miedo tu reacción.

—¿A qué te refieres? —le preguntó River.

—Es tan difícil entender a un mortal —murmuró Eyrien, y parecía mortificada—. Sois tan... cambiantes. Me da miedo no ser más que uno de esos enamoramientos pasajeros a los que acostumbráis los humanos. De que pierdas la curiosidad y luego ya no quieras nada de mí.

Su primer pensamiento fue indignarse, pero luego se dio cuenta de que se sentía insegura de verdad. Como cualquier chica, aunque fuera la Dama de Siarta.

—Yo soy humano, pero ya no soy tan mortal como los demás —le dijo muy serio—. Y dejé de serlo por ti. No me importa, es lo que he decidido. Porque te quiero, Eyrien. Siento haberte agraviado creyendo que habías estado con Ashzar y siento haber pensado todo este tiempo que sólo jugabas conmigo cuando en realidad y aunque no me lo merezca, tú haya estado pensando en mí. Pero te aseguro que no te considero una curiosidad ni un capricho.

La elfa se acercó a él sonriendo, tanto que lo iluminaba el brillo de su cuerpo, y le rodeó el cuello con los brazos. Acariciándole el rostro increíblemente hermoso, River se inclinó sabiendo que esta vez ella no iba a apartarse, ni a atacarlo. La besó, sintiendo la calidez de aquellos labios tan añorados. Se hundía en una dicha tan profunda que resultaba dolorosa. Aquello era demasiado bueno, no podía ser real.

—¿Qué pasa? —le preguntó Eyrien apartándose unos centímetros al notar su tensión.

—Yo... no me atrevo a tocarte.

—¿Por qué no? —rió Eyrien aunque su rostro demostraba ternura.

—Eres... por Dios, Eyrien, eres la Dama de Siarta —confesó.

Ella arrugó la nariz.

—En esto no soy diferente a los demás.

—Te equivocas —dijo River rozando sus labios—. Eres diferente a todo lo demás, eres lo que más importa en este mundo.

Ella lo miró como si aquel momento fuera importante, vital y abrumador.

—Te quiero, River —confesó.

Él casi se sintió mareado por la emoción que lo embargó. Le rodeó la cintura y la estrechó, olvidando la aprensión de tener a la más poderosa de las elfas entre los brazos. Era simplemente Eyrien, el ser al que amaba. La guió hasta la cama, mientras sus labios se decían todo lo que no podían decirse con palabras.

XV

Los secretos de la Isla Bruma



Cuando River se despertó al amanecer, se sentía la persona más dichosa del mundo. Lo que había compartido con Eyrien era mucho más que algo físico. Pero también era consciente de lo que ella había dicho: que tenía obligaciones y no siempre podía hacer lo que deseaba. Si es que estaba segura de querer unir su vida eterna a un semimortal. Y él no iba a dificultarle más las cosas. Sabiendo que no sería bueno que nadie supiera que habían pasado la noche juntos, se dispuso a volver a la habitación que compartía con Killian. Giró la cabeza para mirar a Eyrien. Estaba boca abajo con el hermoso rostro orientado hacia él, y la cascada de cabellos azules se extendía sobre sus hombros desnudos, la almohada y su propio pecho. Sonrió con ternura sin poder evitarlo; los elfos jamás dormían profundamente si no se sentían cómodos y seguros, y ella estaba descansando a su lado. Levantarse y alejarse de ella sería lo más difícil que haría nunca en su vida. Pero sabía que tenía que hacerlo.

Con cuidado, se irguió y sacó las piernas de la cama para empezar a vestirse. Se estaba abrochando la camisa cuando la voz mental de Eyrien lo sobresaltó.

—¿River?

Se giró a mirarla. La elfa no se había movido, ni tampoco había abierto los ojos. Sólo su mente estaba consciente. Era extraño para él, pero lo maravillaba. Se inclinó y le besó la frente.

—Me voy a mi habitación, así nadie sabrá que he estado aquí. Descansa.

Ante el roce de su beso los labios azules de Eyrien dibujaron una sonrisa. River se levantó y tras echar la cortina para que la luz incipiente del sol no la molestase, se obligó a salir de la habitación.

Recorrió el pasillo con sigilo hasta su dormitorio, pero Killian no estaba allí. Abrochándose bien la camisa, se dirigió a las escaleras para bajar al salón de la taberna. Ya había mucha gente, y parecían empezar a organizarse pese al caos aparente. Eriesh estaba hablando con los capitanes piratas que negociaron con Eyrien la noche anterior, instándolos a escoger tripulaciones suficientes para manejar todos los barcos disponibles, incluidos los de los maelvanienses. Jayden hablaba con los taberneros y las camareras para repartir provisiones entre los barcos. River se acercó al grupo que formaban Alana, Killian, Freyn y Ashzar. Con ellos estaba Freyo, el Cazador de los Elfos Ígneos, explicándoles que los Elfos de Vulcania estaban rastreando la selva para dar con los fénix que, después de haberse lanzado contra el roc, tenían que estar renaciendo de sus cenizas. También destruían las Flores del Sueño para facilitar las comunicaciones, y se aseguraban de que no hubiera más rocs.

Cuando se reunió con ellos, River les dio los buenos días tratando de aparentar la normalidad más absoluta. Killian lo miró fijamente, por lo que supo que deseaba que se metiera en su mente.

—¿Dónde has estado? —pensó el príncipe cuando lo hizo.

—En el paraíso —contestó con un suspiro.

Killian lo observó atando cabos, pero en aquel momento Kedran llegó junto a ellos.

—Hemos recorrido la costa —dijo—. Hola, mi Dama.

La elfa de Siarta se acercaba a ellos. Volvía a vestir de negro, con ropas ceñidas de viaje, y se mostraba tan calmada y resoluta como siempre. Pero cuando miró fugazmente a River, le sonrió, y había ternura en sus profundos ojos almendrados del color de la mañana. Antes de que los demás pudiesen darse cuenta de la comunicación sin palabras que había habido entre ellos, Eyrien alzó la mirada hacia el Elfo Marino.

—¿Y qué habéis averiguado? —preguntó.

—Ningún barco consiguió salir del puerto ni dejar la playa.

—Eso es bueno. Aunque no sabemos si el roc pudo llevarse a alguien con él. —Se frotó una sien—. Así que igualmente deberemos estar preparados por si Esigion descubre que vamos a atacarle desde sus propias costas. ¿Dónde está Phyros?

—Rastrea la selva con los demás —la informó Freyo.

—Que Aster me busque luego —dijo la Dama—. Alguien tiene que ir a Vulcania a informarles de que necesitaremos más efectivos que se dirijan a Suria, y a los fénix. ¿Y dónde está Jayden?

—No lo sabemos —dijo Killian, preocupado.

—¿Quieres que lo busque? —dijo Freyn, sombrío.

Eyrien miró a su alrededor, y River reparó en que Ynia tampoco estaba presente.

—No, no lo busques —dijo la elfa—. Pero enviadlo a mí cuando lo veáis, necesito hablar con él. Mientras tanto los demás ayudad a Tharen y a Eriesh a organizar a los piratas. Killian, ve con Ashzar. Que se comunique con Senstrist y le digan de cuántos efectivos consta el ejército para poder organizar la flota. No podemos demorarnos más.

—Enseguida —dijo Killian mirando a Ashzar, que asintió.

Se dispusieron a marcharse pero antes el vampiro pasó por detrás de la Dama y sonrió.

—Hueles a humano... o a Inhumano, debería decir —le dijo telepáticamente.

Eyrien apretó los labios, pero le ignoró.

—Kedran —llamó al Elfo de la Casa del Mar cuando el príncipe y el vampiro se alejaron—. Necesitaremos también a los Elfos Marinos. Debéis dibujar el emblema del reloj de arena en todos los barcos corsarios. Y un contingente debería atacar a las hidras marinas de la costa de Suria para que podamos acceder a ella. Quizás el mejor lugar para detenernos sería la pequeña franja de arena que hay al este de Maelvania, la vegetación de las zonas verdes nos entorpecería.

—No sabremos qué ha sido de Niaranden y Boreanas si vamos directamente a Maelvania —arguyó Freyn.

—Cuando estemos seguros de que el ejército maelvaniense cae sobre nosotros, enviaremos a algunos Elfos Marinos a registrar las ciudades. Si hay supervivientes, estarán arreglándoselas solos. Y donde tengo esperanzas de encontrar a alguien con vida es dentro de la propia Maelvania, donde los prisioneros estarán sufriendo —dijo Eyrien con pesar—. Cuanto antes lleguemos antes sabremos lo que vamos a encontrar. River, tú descansa, todavía tienes el hombro contusionado. Alana, reposa tú también porque te veo pálida después del golpe que te dieron en la cabeza. Freyn,

busca la armería a ver si hay algo que nos sirva.

—Eyrien —dijo Kedran—. Ayer Ynia me comentaba que también podríamos modificar las corrientes superficiales del mar para apresurar el avance de los barcos. Sería costoso pero en una semana podríamos llevarlos hasta Sentryst y traerlos de vuelta. Confundiría a las hidras.

—Eso sería fantástico —dijo Eyrien—. Vamos a decirle a Ashzar que informe también a Niaranden de que el ejército debe estar dispuesto para la marcha...

Se alejaron y salieron del salón hacia el pueblo, hablando todavía. Por el camino varias personas detuvieron a Eyrien para pedirle consejo u órdenes. Jayden también se acercó a ella, y asintió cuando le dijo algo. Luego se dirigió hacia donde estaban River y Alana, que eran los únicos que se habían quedado allí, sin saber muy bien qué hacer. No les apetecía volver a sus habitaciones cuando los demás trabajaban, pero desobedecer a Eyrien tampoco era buena idea.

—¿A ti también te ha ordenado descansar? —le preguntó River al Nigromante.

—Me ha pedido que me quede aquí y tenga el barco disponible para ella. ¿Vamos a la playa?

River y Alana se miraron y asintiendo le siguieron, cruzando el pueblo salpicado todavía de pedazos de madera, roca y recipientes rotos de vidrio. Después de buscar en la playa un sitio tranquilo y despejado de restos de la batalla, se sentaron cerca de la orilla a contemplar el brillo del mar bajo el cálido sol de la mañana tropical. Era un lugar hermoso, un paraíso. Pero a River seguía gustándole más la serenidad fría de Siarta. Sintiéndose observado, vio que Alana le estaba mirando. La sonrisa que la Amazona tenía en el rostro de nuevo tatuado le hizo sentirse violento. Definitivamente Alana tenía una intuición muy feérica. Aunque no comentó nada sobre lo que hubiese adivinado, y pareció ponerse pensativa.

—Echaré de menos el mar —musitó la Amazona—. Tenías razón, Jayden. Me gusta el mar.

El Nigromante sonrió, aunque siguió mirando al agua. Sus ojos azules brillaban.

—Hay cosas que se echan de menos eternamente. Pero tú no tienes por qué añorar algo que no has perdido del todo. Podría enseñarte a gobernar una canoa y podrías navegar en el Lago Plata. —Al ver que Alana fruncía el ceño añadió—: O incluso en el estanque de Arsilon. Estoy seguro de que ni a Killian ni a los Elfos Fluviales les importaría ampliarlo para hacer de él un lago.

Alana se puso tensa y se ruborizó. A River no lo miró.

—Me gustaría que me enseñaras a navegar —dijo al fin.

—Pues vamos —dijo Jayden—. ¿Nos acompañas, Mago?

—Me quedaré aquí observando a Abra —dijo River al ver la aleta del tiburón surcar la playa.

Despidiéndose de él con un gesto de la mano, Alana se alejó siguiendo al Nigromante. River se extrañó por no estar en absoluto preocupado por ella. Se dio cuenta de que confiaba en Jayden tanto como en cualquier otro de sus compañeros.



Después de pasar no sabía cuánto rato sentado en la playa, pensando que cada vez se parecía más a los elfos en eso de dejar pasar horas, que ahora le sobraban, sin hacer nada, vio aparecer una sombra alta y delgada a su lado. Se trataba de Eyrien, cómoda con su vestimenta oscura en aquel

lugar lleno de colores brillantes y claros; era una Elfa de la Noche y lo sería siempre. River no supo qué decir; quería abrazarla y disfrutar con ella de la tranquilidad de la playa pero sabía que no podía. Eyrien se sentó a su lado, sin que sus cuerpos se tocaran.

—¿Te alegras de verme?

—Muchísimo —le contestó—. No me cansaría de verte jamás. Ahora menos que nunca.

Ella sonrió y asintió. Movié un dedo y la arena se alzó en un remolino ante ella; qué fácil era para los elfos jugar con todo.

—¿Ha aparecido Ynia? —le preguntó para evitar seguir pensando en la noche pasada.

—No —dijo ella sonriendo—. Pero no me preocupo. Mejor Jayden que Ashzar.

—Supongo que sí... Crees que Jayden podría hablarte de Esigion, ¿verdad? De por qué odia a los elfos y evita que se sepa que podrían ayudarnos a hacer que Suria sea habitable de nuevo.

—No, eso no lo sabe —dijo Eyrien—. Ya se lo pregunté. Ni siquiera los propios Nigromantes conocen bien a su señor, salvo unos pocos escogidos. Pero quizás sepa quién es ese Mordecai que no se me quita de la cabeza. Y quizás pueda explicarme qué hay...

River vio que giraba la cabeza hacia la dirección en que se encontraba Isla Bruma. Y al mirar hacia allí vieron que Phyros y Aster se acercaban por la playa, radiantes al sol. River se puso tenso; consciente de lo intuitivos que eran los elfos, le preocupaba enfrentarse a Phyros.

—¿Verdad que Aster es maravillosa? —dijo Eyrien, que parecía muy tranquila—. Poderosa y dulce, y muy generosa. Sería una Señora maravillosa para Vulcania.

—Para eso tendría que casarse con Phyros —dijo River.

—Sí, así es. También sería una buena esposa para él.

La miró a los ojos, tratando de comprender. ¿Quería decir eso que ella estaba libre? ¿Y se lo decía para que tuviera fe? No se lo pudo preguntar, si es que se hubiese atrevido, porque cuando los Elfos Ígneos los vieron se acercaron con rapidez. Aster, cuyos cabellos flamígeros danzaban con la brisa, parecía enfurruñada. Era una dulzura, tal como decía Eyrien.

—Eriesh me ha dicho que quieres que vuelva a Vulcania —dijo la elfa con esa voz suave que ocultaba el poder que tenía en su interior—. Lo haré, pues tus deseos son órdenes para mí. Pero luego regresaré aquí e iré al Sur con los demás. Si te parece bien.

Eyrien intercambié una mirada silenciosa con Phyros.

—Me parece bien —dijo la Dama—. Irás a Vulcania como mi legada ante los Señores Ígneos y luego regresarás y lucharás junto a Phyros.

Los labios del color del melocotón de Aster se extendieron en una sonrisa radiante, feliz. River pensó que quizás no estaba dándose cuenta todavía de que Eyrien acababa de convertirla en alguien muy importante tanto en la política de Vulcania como en la de la propia Siarta.

—Vamos y me dices lo que tengo que comunicarles —dijo Aster tendiéndole una mano a Eyrien—. Además he visto a Ynia salir de la posada. Vamos a sonsacarle qué ha hecho esta noche.

—¿Vas a dejarme solo aquí? —le preguntó River mentalmente a Eyrien, viendo que Phyros pensaba quedarse.

Eyrien le sonrió con picardía antes de alejarse con Aster. El Elfo Ígneo le miró, sintiendo sin duda su tensión, antes de sentarse a su lado. Era como un rayito más de sol. Y parecía muy

relajado.

—Es agradable el calor... el sol sobre la arena, ¿verdad? —dijo.

—Me gusta más el frío —respondió River sin pensar.

Phyros le dedicó una de aquellas sonrisas maliciosas e inocentes tan propias de los feéricos.

—Sí —estuvo de acuerdo—. El frío es agradable a veces, incluso para un Ígneo. Pero aprovecha ahora para disfrutar del calor, porque si vas a pasar mucho tiempo en Siarta acabarás echándolo de menos. Te lo aseguro. ¿Quieres que vayamos a entrenarnos un poco? —propuso él al cabo de un momento—. Podría enseñarte a convertirte en fuego a voluntad, creo. Así serías más poderoso.

River le miró, agradecido porque Phyros fuera tan diplomático. Le vio ladear la cabeza, y se preguntó hasta qué punto adivinaba lo que había pasado esa noche. River tuvo la certeza de que lo sabía todo. Sin embargo, el elfo no hizo comentario alguno al respecto.

—Sería fantástico —dijo River—. Gracias, Phyros.

El elfo lo entendió perfectamente, y le sonrió con calidez.

—De nada.



Mientras River se entrenaba con Phyros en la playa, Eyrien al fin había conseguido reunirse con Jayden. Se lo llevó a un rincón de la taberna. Sentados a una mesa mientras en la plaza mayor los corsarios recibían órdenes y se disputaban los barcos de los maelvanienses. Eyrien habló con Jayden de lo que había sido de él en aquellos quince años. Ynia ya le había puesto al corriente a él de lo que a la Alianza se refería.

—Tu vida no ha sido agradable últimamente —le dijo Jayden.

—En algunos sentidos lo ha sido —le respondió Eyrien con una breve sonrisa; luego se puso serio, y le miró a los fríos ojos claros—. Jayden, ¿te suena el nombre de Mordecai?

—¿Mordecai? Claro. Es un nombre famoso. Todos los Magos Vodun sabemos de él, porque todos le envidiamos —dijo el antiguo Nigromante, haciendo que a Eyrien se le acelerara el pulso—. Mordecai fue el último gran mentalista de Suria. Mentalista, así llamaban a los Magos que eran capaces de influir en las mentes de los demás. Él fue el último, y no se sabe mucho. Creo que eran de una estirpe extraña y poco común. Vivió hace unos 1400 años, creo. Luego, cuando llegó a la madurez, desapareció sin dejar rastro. Algunos dicen que huyó de Maelvania, pues por aquel entonces ya nos habíamos declarado en guerra contra los demás reinos de Suria. Cien años después surgió el primer Gran Maestro Esigion, quien nos convirtió en los dueños del Continente. Salvo por Niaranden y Boreanas, claro. —Hizo una pausa al mirarla—. Eyrien, ¿estás bien?

No, no estaba bien. Se sentía al borde de la desesperación, porque tenía la sensación de que conocía un gran secreto que se negaba a emerger de su mente.

—¿Cómo podían tener los Altos humanos la capacidad de influir en la mente de los demás si ningún elfo la tiene? —musitó.

—Bueno, en Maelvania creen que sí la tenéis. Se dice que los Elfos de Siarta, que sois los más

poderosos, la tenéis, pero que sois demasiado cobardes para utilizarla. Sin ánimo de ofender.

—No tenemos esa capacidad, te lo aseguro —murmuró—. Pero alguien de los nuestros la tuvo, según dicen. Unos elfos que se perdieron en el tiempo. ¿Podrían ser?

Se levantó bruscamente, asustando a Jayden, y se dirigió hacia uno de los ventanales para mirar hacia el mar. La Isla Bruma era apenas visible.

—Eyrien, ¿qué pasa?

—Espero que te alegres de haberme ayudado a tener una oportunidad de ganar esta guerra —le dijo a Jayden cuando se giró. Le besó la frente, como solía hacer en los tiempos en que navegaron juntos, cuando el Nigromante era poco más que un adolescente. Luego añadió mentalmente, dirigiéndose a los cabecillas de la Alianza—. Preparad el barco.

Poco después River, Killian, Alana, Phyros, Ynia, Kedran, Eriesh, Freyn, Ashzar y Tharen el Rojo aguardaban en el puerto, después de haber sido convocados por Eyrien. La vieron llegar acompañada de Jayden. Cargaba con su espada, su arco, y el látigo feérico, que siguiendo su voluntad se estaba enrollando para colgarse del cinturón que le rodeaba las caderas. Se preguntaron qué tendría en mente.

—Tengo que ausentarme inmediatamente a la luz de una información que he recibido. River, Ashzar y Freyn, vosotros me acompañaréis —dijo—. Phyros, servirás de enlace con el Continente. Ahora que ya no quedan Flores del Sueño seguro que puedes comunicarte con Asier. Killian, Eriesh, vosotros estableceréis la estrategia de ataque según la información que os dará Jayden de la disposición de la Fortaleza de Maelvania. Tharen, tú llevarás el barco gul.

Asintieron, pues ante la seguridad de Eyrien y su aparente ansia por partir debía tratarse de algo importante.

—Ten cuidado —le dijo Phyros.

—Lo tendré —le aseguró—. Según me han confirmado Ashzar e Ynia, el ejército podría estar aquí en un plazo de una semana. Para entonces los Elfos de Casa del Mar habrán espantado a las hidras tanto como esté en su mano. Nos reuniremos frente a las costas de Isla Bruma.

River se apresuró a recoger sus cosas de la habitación mientras se despedía de Killian, con más rapidez de la que le gustaría ya que el príncipe estaba deseoso de saber qué había sucedido la noche anterior y a él le hubiese encantado hacer partícipe a su amigo de su increíble felicidad. Pero no había tiempo para eso. En cuanto estuvo listo se apresuró a ir al barco gul, mientras los corsarios con los que se cruzaba le deseaban suerte. Ashzar, rápido como podía serlo sólo un vampiro o un elfo, ya estaba allí. Hablaba con Eyrien mientras Tharen supervisaba el aprovisionamiento de agua dulce y alimentos. Freyn tampoco tardó en llegar. Alana y Phyros los despidieron desde la dársena cuando se hicieron a la mar.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Tharen a Eyrien para establecer el rumbo.

—A Isla Bruma.

Tharen trató de no demostrar lo mucho que lo turbaba ese destino. Vaciló antes de poner las manos sobre el timón.

—Bien —se limitó a decir con voz gutural.

River se apiadó del pirata. Y parecía que Freyn iba a decirle algo a Eyrien, pero finalmente

claudicó y sacudió la cabeza.

—Me pregunto si volveremos algún día —murmuró viendo alejarse la Isla Roja.

—¿Te preocupa ir a la Isla Bruma? —le preguntó River.

—Me preocupa lo que podamos encontrar. Sobre todo porque Eyrien sabe sin duda lo que hace y lo que va a buscar y no parece contenta. Pero me alegro de estar aquí para verlo.

—Sí, yo también.

Navegaron durante lo que quedaba del día, y luego echaron anclas frente a la isla. No bajarían del barco hasta la mañana. River buscó a Eyrien con la mirada, pero encontrarla le llevó un rato porque cuando la distinguió al fin, estaba de espaldas y su ropa negra y los cabellos del color de la noche la hacían casi invisible en la oscuridad. Estaba acurrucada sobre el espolón de proa y observaba la isla, y no el cielo como era habitual en ella.

—Es la segunda noche que te veo no dirigir la mirada a las estrellas —le dijo River.

—No quiero que me digan nada más. Sería demasiado fácil apartarme de mi camino.

—¿Has vuelto a leer algo después de lo de las Fortalezas?

Eyrien no le contestó, y no le quedó más remedio que aceptar que no quería hablar de ello.

—¿Qué venimos a buscar aquí? —dijo a cambio.

—A los elfos olvidados, espero.

River tuvo una intuición. En Antigüedad, en Siarta, había descubierto que los elfos habían perdido a una de sus razas. O así se creía al menos. Subinion le había hablado de los Elfos de la Niebla, a quienes muchos creían ya tan sólo un mito que jamás había llegado a existir en el mundo real. Pero Subinion había estado muy seguro de su existencia, y de su posterior e inexplicable desaparición.

—Crees...

—No sé qué creer —lo interrumpió la Dama—. No quiero hacer más conjeturas, ni más suposiciones. Estoy cansada. Sólo quiero descubrir la verdad cuando la tenga delante.

River asintió. Hizo ademán de irse, pero Eyrien lo retuvo del brazo.

—Quédate aquí conmigo —le dijo.

—Claro. Y espero que te des cuenta de que ya no me molesto por tus secretos ni te insisto. Me comporto como un buen amigo, ¿o no? —intentó bromear para distraerla.

—No somos amigos, River, ya te lo dije —insistió ella.

Pero a la vez se apoyó en su costado, acurrucándose contra él. River no supo qué pensar. ¿Si no eran amigos, qué eran? Su mente siartana le decía que todo aquello estaba relacionado. Así que permaneció las largas horas de la noche junto a ella, observando el mar. Esperando que algún día le explicara todo aquello que le hacía sentirse mal.



Por la mañana el calor era bochornoso, y aún fue peor cuando se adentraron en la jungla cerrada y cubierta de nieblas de Isla Bruma. Tharen había recibido aliviado la orden de quedarse a vigilar el barco; era un bravo pirata pero Isla Bruma era demasiado para él. Freyn quiso ir delante, para

abrir el camino con su hacha, pero Eyrien se negó. A una orden suya las lianas, las ramas de las palmeras y los altos helechos se apartaron para dejarlos pasar. Lo único que persistía era la niebla. Los trinos de los pájaros y los aullidos de quién sabía qué animales era lo único que oían junto con el goteo esporádico del rocío o el correr del agua en alguna corriente lejana. Y aun así los sonidos llegaban apagados, sombríos.

—Desde luego puedo entender que nadie quiera entrar aquí —dijo Freyn cuando al tercer día seguían recorriendo la jungla sin encontrar lo que Eyrien buscaba—. Es claustrofóbico.

—Pero siento la existencia de esencias de elfos, elfos antiguos y poderosos —dijo Eyrien.

River también las sentía, voces parecidas a las que escuchó alrededor del lugar en que Konogan había muerto. Aunque eso no lo tranquilizó. ¿Por qué habría elfos muertos en aquella isla? ¿Sería de allí de donde los guls habían desenterrado las armas feéricas de Eyrien?

—Estupendo. Pero no te sumes a ellos, Eyrien —murmuró Freyn. Luego añadió—: Me pregunto cómo les irá a los demás.

—Sin novedades que valga la pena mencionar —dijo Ashzar con la misma voz aburrida de siempre.

A veces olvidaban que las capacidades telepáticas de Ashzar le permitían estar comunicado todo el tiempo.

Tenían la sensación de llevar años siguiendo a Eyrien, cuando de pronto la niebla se hizo más espesa y la Dama, que iba delante, desapareció entre la fronda.

—¿River? ¿Freyn? —la voz etérea de la elfa parecía provenir repentinamente de muy lejos.

Buscaron a su alrededor, pero la niebla sólo les revelaba la espesura de siempre salpicada de orquídeas y otras flores extrañas. Empezaban a ponerse nerviosos cuando oyeron un grito.

—¡Eyrien! —gritaron.

Ashzar echó a correr siguiendo el rastro de la elfa y desapareció. River y Freyn se apresuraron tras él, siguiendo el rastro que dejaba el vampiro abriendo la maleza con su espada. Cuando le alcanzaron, estaba quieto mirando algo.

—Tranquilos —oyeron la voz de Eyrien, ya más cercana y serena.

River y Freyn se acercaron, cautos, y se quedaron parados también. Eyrien estaba en un claro en el que la niebla se había dispersado parcialmente, junto a un estanque. Ante ella había dos elfos de estatura media y por tanto de temperatura neutra, con cabellos que se agitaban como los hilos de una espesa telaraña al viento. Aquellos cabellos sedosos eran del color gris de la niebla que los rodeaba, igual que los ojos y los labios. Su piel mate tenía un ligero tono plateado. Eran elfos extraños, fantasmales, pero hermosos como todos los feéricos. Al fin habían encontrado a los elfos olvidados: los Elfos de la Niebla a los que todos creían extinguidos.

—He visto unos ojos como los vuestros antes —dijo Eyrien.

—Mi nombre es Arodion, heredero de Casa de Niebla. Bienvenida, mi Dama, a nuestro hogar —dijo el más alto inclinándose ante ella. Su voz era más etérea que la del resto de los elfos, aunque había hablado telepáticamente—. Bienvenidos vosotros también, mortales y vampiro, pese a que no deseamos visitas.

—¿No se supone que los elfos no consideran suyas las tierras, y que no le impiden la entrada

ni la salida a nadie? —dijo Ashzar, que no parecía muy intimidado por los extraños elfos.

—No consideramos nuestra esta tierra, pero es mejor mantener a los demás alejados de nosotros. Lo hacemos por el bien de los incautos —dijo Arodion—. La gente viene aquí en busca de aventuras o respuestas y cuando las encuentran le giran la espalda al mundo, prefieren vivir en las fantasías que obtienen. Ya nunca se marchan, y mueren lejos de los suyos. A los elfos no les afecta, nunca se dejarían llevar por la tentación de vivir en el pasado. Fueron enterrados aquí los que murieron durante las batallas de Suria y las Guerras de Magia. No hay peligro en darle lo que quiere a un elfo, pero si te doy a ti lo que deseas, mi Dama, sufrirás.

—Lo sé —dijo Eyrien—. Pero necesito saber la verdad. Por el bien de todos.

Arodion, tan aterrador y cortés, la miró largo rato. Los Elfos de la Niebla habían sido olvidados por muchos, pero parecía que ellos no habían olvidado a los demás. River vio que los ojos turbulentos del elfo se posaban en el cuello de Eyrien, en la marca de traición de su muñeca y en la cicatriz que no había querido borrar de la palma de la mano.

—Muchos han muerto para que tú avanzaras hasta aquí, y mucho has sufrido tú también —dijo, y miró a River, y a Ashzar—. Y otros muchos se han desviado de su camino. Los Elfos de la Niebla deseamos la victoria de la Alianza, que acabe esta guerra y el mal que la alimenta. Te mostraré lo que deseas, por mucho dolor que me cause.

La invitó a sentarse en un tronco caído cubierto de musgo, y él se sentó frente a ella. El otro Elfo de la Niebla se giró hacia los demás.

—Y vosotros —dijo—. ¿Deseáis que se os muestre algo?

Los miró uno a uno.

—Ashzar está satisfecho con su capacidad de olvidar sus recuerdos, no desea sufrir de nuevo. Freyn es demasiado receloso para dejarse encantar por un elfo extraño. Tú, River de la Casa de los Tres Elfos —le dijo mirándolo con aquellos ojos turbios, cambiantes como la niebla—, tienes muchos deseos pero de entre los que puedo concederte hay uno que anhelas más que los demás. Deseas ver a tus padres, acordarte de ellos y saber por qué todos los querían tanto. Es un recuerdo que creo que sabrás soportar, porque el presente te atrae más que el pasado.

Sus ojos se posaron brevemente en Eyrien, antes de mirarle de nuevo.

—Me gustaría verlo —dijo River.

—Pero eras muy pequeño cuando perdiste a tus padres, y no tienes un recuerdo racional que pueda traer de tu mente. Tendremos que pedirlo prestado.

El elfo calló y Eyrien le miró fugazmente. Asintió con la cabeza.

—Eyrien de Siarta es generosa —dijo el Elfo de la Niebla; hasta ahora ni él ni Arodion habían separado los labios para hablar—. Te dará uno de sus recuerdos.

Lo invitó a tomar asiento, mientras Ashzar se limitaba a esperar con los brazos cruzados; parecía que había más elfos en la jungla, aunque estaban ocultos por la bruma que sin duda ellos mismos habían creado. River estaba un poco nervioso, y ansioso también. Cuando el elfo volvió a mirarlo se quedó atrapado por su mirada turbulenta, y de repente todo desapareció a su alrededor. Se encontró en una familiar terraza de piedra, observando el patio del jardín trasero del castillo de Arsilon. Sabía que él mismo estaba mirando por los ojos de Eyrien y sentía su satisfacción, y su

afecto, mientras observaba a tres personas que se sentaban en un banco de piedra allá abajo. Había un hombre de cabellos del color del oro viejo y unos ojos muy verdes, su padre. Su madre tenía los ojos grises, y los cabellos de varios tonos de rubio como los suyos, y era muy hermosa. Ambos reían, mientras le sostenían a él, que jugaba con un caballo de madera de tan primorosa manufactura que sólo podía ser obra de un enano; de Freyn quizás. El River del recuerdo de Eyrien debía tener unos tres años y todos ellos parecían felices. Los vio mirar hacia un lado, por donde apareció una versión mucho más joven de Ian, acompañado de una mujer muy parecida a él. Debía de ser Syana, su hermana, que no había muerto tampoco todavía. La que fuera princesa de Arsilon sostenía a Killian en brazos.

Syana dejaba a Killian en el suelo junto a River. Al ver el caballo Killian quiso cogerlo y River, enfadado, empujaba al príncipe hacia atrás con magia. Antes de que los niños se pusieran a llorar, Lander hacía aparecer frente a ellos chispas de colores que los niños intentaban coger con las manos, riéndose y olvidando la rencilla. En realidad todos reían, y parecían relajados. El River adulto vio a Lander, su padre, alzar la vista hacia el balcón y sonreír a Eyrien con el orgullo y la alegría rebosando de su expresión. Sintió que Eyrien le devolvía el gesto. Y siguió observándolos, hasta que el recuerdo se desvaneció y River volvió a encontrarse observando los ojos turbulentos del elfo.

—Como ves, tus padres llegaron a ser felices —dijo el elfo—. No murieron sin saber lo que era la felicidad, y ése es un pensamiento que consuela y da fuerzas a mi Dama.

River miró a Eyrien, deseando agradecerle que le hubiera prestado un recuerdo tan íntimo, tan fantástico, pero se olvidó de su propia dicha al ver a la elfa observar pálida a Arodion y levantarse bruscamente.

La mirada que cruzaron Eyrien y Arodion estaba cargada de sentimientos. Eyrien aspiró profundamente, pero se pudo percibir que lo hacía de forma entrecortada.

—Por ello decidimos desaparecer para el mundo y evitar así que nuestra magia volviera a ser fuente de desgracias —dijo Arodion ya en la mente de todos—. Hicimos creer a muchos en aquella época que nos habíamos extinguido, influimos en la mente de la gente para conseguirlo, pese a nuestra reticencia. Era necesario. Aunque a tu padre, por supuesto, nunca conseguimos conjurarlo. Él siempre sospechó que no habíamos sido un sueño, y quizás adivinaba que seguíamos en algún sitio. Por eso te habló de nosotros. A los Sabios, como ya comprenderás, ni siquiera tratamos de conjurarlos.

—Puedo comprenderlo —dijo Eyrien con suavidad—. Y lo lamento mucho por vosotros.

Consciente de donde estaba, Eyrien miró a su alrededor. Ashzar, Freyn y River la miraban angustiados mientras la jungla seguía envuelta en la bruma a su alrededor.

—¿Estás bien, mi Dama? —le preguntó Freyn.

—No me ha gustado lo que he averiguado, tal como ha dicho Arodion. Y tengo miedo.

—Igual que nosotros, durante todos estos siglos —se lamentó el Elfo de la Niebla—. Y temo que tú, igual que nosotros, te veas incapaz de hacer lo necesario para acabar con todo esto. Si eso sucede, la guerra seguirá su curso y Esigion vencerá.

Eyrien apretó los labios, preguntándose si la pena y la compasión que sentía por Esigion, igual

que les había sucedido a los propios Elfos de la Niebla y a los Sabios, le impedirían acabar con él. Pero no podía seguir pensando, menos aún sintiendo la angustia de sus amigos.

—Gracias —le dijo a Arodion—. No os pediré que nos acompañéis, pues usaros a vosotros sería tan peligroso como antaño. Aunque espero que llegue el día en que podáis vivir en paz, y regresar junto al resto de nosotros. Os hemos echado de menos.

—También nosotros. Al menos te he podido conocer a ti, nuestro tesoro —dijo Arodion. La miró fijamente con aquellos ojos turbulentos, cambiantes—. Espero que llegue el día en que nos veamos otra vez, y podamos sonreír de nuevo.

El elfo le estrechó la mano en que tenía la marca de traición.

—Cuando he dicho que muchos han muerto para que llegaras hasta aquí, es porque tengo esa certeza. Ten cuidado, mi Dama, porque demasiados pensamientos siguen recayendo sobre ti. —Miró fugazmente a River—. Pero puedes estar tranquila respecto a eso.

Eyrien asintió.

—Adiós, Arodion —le dijo.

Se acercó y le besó la mejilla, antes de que ambos elfos se despidieran y desaparecieran entre los jirones de bruma.

—No quiero hablar ahora —dijo la Dama antes siquiera de que Freyn llegara a abrir la boca. Y no habló, no lo hizo en todo el viaje de regreso al barco. Poco a poco, además, se había ido adelantando hasta que la perdieron de vista. Aunque esta vez no les preocupó, porque sabían que los Elfos de la Niebla la protegerían. Cuando llegaron al barco, Eyrien estaba en lo alto del mástil y miraba al mar. Tharen parecía aliviado de verlos regresar con vida.

—Pero la gatita subió allí en cuanto llegó y no ha vuelto a bajar —murmuró.

Los demás se resignaron a tener paciencia y a esperar también la llegada del ejército de Killian. Cuando llegó la noche, Eyrien se dejó caer hasta la cubierta y se acercó a River, que estaba en la borda de estribor. Seguramente no le pasaba por alto que hacía guardia, esperando a que bajase y le contase algo. La elfa suspiró cuando llegó a su lado, y le puso dos dedos en la sien. Tal como hiciera cuando le mostró la muerte de Lilith, compartió sus recuerdos con él.

River se sintió enseguida abrumado. Un sinfín de imágenes cruzaron por su mente a tal velocidad que no pudo verlas todas. Muchas no eran recuerdos de Eyrien, sino que se los había transmitido Konogan en el breve tiempo en que estuvieron juntos. Vio a Lilith, la hermana de Ashzar, hablar con los acólitos de los Sabios en las Fortalezas de Piedra como si hubiesen sido buenos amigos; los acólitos la trataban con cariño, pues el trato que habían hecho bien merecía la pena: que los elfos y los vampiros no se mataran entre ellos nunca más. Que, a partir de aquel momento, los ataques y las confrontaciones no acabasen nunca más en muerte para que sus especies, ya mermadas, no siguieran destruyéndose entre ellas. Pero si algo no hacía felices a los acólitos desde antes de la llegada de Lilith era el hecho de estar allí con el propio Esigion de Maelvania, sin que los Sabios lo mataran acabando de esa forma con la guerra. Pero los Sabios no les hablaban de él, ni les permitían verlo; tan sólo averiguaron, gracias a Lilith, que Ashzar había asumido la misión de matarlo haciendo un trato con los Sabios. Era extraño que los Videntes, teniendo a Esigion tan cerca, hubiesen contratado a un vampiro para matarlo, ofreciéndole además

a la Dama de Siarta como pago.

Los acólitos, preocupados, habían empezado a indagar, hasta que habían llegado a la misma conclusión a la que ella estaba llegando en esos momentos. Por ello habían hecho un trato a su vez, pidiéndole a Ashzar que mantuviera vivo a River para poder acceder a él y comprobar si era posible despertar la memoria élfica de un humano de ancestro feérico reciente, y qué sucedería en ese caso. Los acólitos sabían que morirían si lo hacían, pero confiaban en que ella, su Dama, con ayuda de Konogan, descubriera la verdad. Esperaban que su sacrificio llevara algún día al final de la guerra, pero no habían previsto que sus acciones llevarían a Lilith también a la muerte.

Eyrien miró a Arodion, obligándose a volver al presente. Las respuestas que necesitaba ahora las tenían los propios Elfos de la Niebla, no sus recuerdos.

También vio lo que había aterrado tanto a Eyrien cuando había mirado a la cara al Nigromante en las Fortalezas. Unos ojos neblinosos y turbulentos, cambiantes, como los de Arodion. Esigion de Maelvania era descendiente de los Elfos de la Niebla. Mordecai, el último gran mentalista. El primer Alto humano al que le fue despertada la memoria élfica, y que había vivido desde entonces bajo el nombre de muchos Esigion de Maelvania.

Entonces los recuerdos cambiaron, y River tuvo la certeza de que eran los del propio Arodion, cuando era un elfo muy joven todavía. Vio a humanos convivir con los Elfos de la Niebla allí, en Isla Bruma, en paz. A petición de los propios humanos, los elfos a veces despertaban parte de su memoria feérica, y les enseñaban los secretos de la magia. Pero luego llegaron los ecos de la guerra de Suria, y empezaron a sentir miedo de lo que eran capaces de hacer los humanos. También vio cuál fue el principio del fin de la amistad entre elfos y humanos cuando un descendiente mixto de los Elfos de Siarta descubrió el uso de la magia Vodun, y la anotó para que perdurara entre los suyos. Pero también fue consciente de que los Altos humanos más peligrosos eran los que recibían su poder de los Elfos de la Niebla porque usaban para el mal su control sobre la mente ajena. Y vio nacer a Mordecai, el último descendiente mixto de los Elfos de la Niebla, antes de que éstos dieran la espalda a los humanos, horrorizados por lo que eran capaces de hacer.

—Dioses —murmuró River asustado cuando recibió aquel cúmulo de descubrimientos.

—Por lo que me ha dicho Arodion, Mordecai acudió a los Sabios diciéndoles que quería arriesgarse a que le despertaran por completo su memoria élfica —le dijo Eyrien—. Usaría su poder para detener las guerras de Suria, aseguró, y volvería a traer la paz a los humanos. Los Sabios, poniendo su fe en él, accedieron a sus ruegos. Quizás al principio Mordecai mismo creía que deseaba hacer el bien, pero después descubrió que podía tener todo lo que quería. La ambición y el egoísmo, tan propios de los humanos, lo hicieron ansiar adueñarse de toda Suria. Cuando empezó a ver morir a los que le rodeaban y se hizo a la idea de que viviría sólo su vida longeva, pues los elfos nos habíamos apartado ya de los Altos humanos. Según él, los Videntes, más sabios que él que era joven e ingenuo, tendrían que haber previsto lo que sucedería y no haber accedido nunca a sus ruegos. Se cambió el nombre por el de Esigion, destruyó su pasado y atrajo a su alrededor a los Magos Vodun. Se entrenó para controlar las mentes ajenas, incluso las de los seres irracionales, y formuló el conjuro que daría vida a los gólems. Creó su imperio Cáustico y juró venganza contra los elfos, que le habían abandonado a su suerte. El resto, lamentablemente, es una

historia que ya conoces.

Eyrien suspiró en la oscuridad tranquila y susurrante de la noche marina.

—Los elfos somos tan culpables de esta larga guerra como el propio Esigion de Maelvania. Los Videntes dieron el poder a un humano peligroso, creyendo que él detendría la guerra. Puedo entender ahora por qué ya no confían en los humanos, y por qué te temen. Y comprendo también por qué se sienten incapaces de matar a Esigion: lo que es, lo hemos creado nosotros. Aunque desde entonces los actos de todos se han vuelto horribles, detestables. Tú, River, eras la prueba más palpable de ello. Has sido una víctima de tantos años de secretos, de culpa y de vergüenza. Y nos siguen utilizando a todos.

Los pensamientos de Eyrien eran espeluznantes. Acababa de descubrir algo que, de saberse, tambalearía la forma de ver el mundo de muchos.

River se daba cuenta de que él no era el Más Alto humano ni lo había sido nunca: el Más Alto de los humanos era Esigion de Maelvania, antes Mordecai el Mentalista. Su primer pensamiento lúcido fue que el Maestro Obiun jamás debía enterarse de que Esigion de Maelvania era un Alto humano al que los propios Sabios, demasiado curiosos y confiados, habían despertado su poderosa mente feérica.

Pero los elfos no lo asesinarían, por compasión tal como había dicho Eyrien. Y era muy consciente de que con un milenio menos de experiencia, él jamás estaría a la altura para vencerlo. El único que quizás podría hacerlo era Ashzar, tal como habían supuesto los Sabios, y por ello le habían entregado a Eyrien, además de para evitar que ella se enterara de todo, para que el vampiro absorbiera su magia y acumulara suficiente poder. Pero entonces, si los Sabios tenían razón y Ashzar conseguía matar a Esigion, ya nadie podría decir que Ashzar no se había ganado su premio. Eyrien estaría a su merced.

Cuando River se dio cuenta de que el fin de Esigion y de la guerra conllevaría la muerte de Eyrien si no era capaz de vencer a Ashzar, sintió un miedo atroz a perderla.

—Dios mío, Eyrien —musitó.

Ella negó con la cabeza, apesumbrada. Estaba claro que no intuía otro camino para el desenlace de aquella guerra. River sintió ganas de gritar, de matar a Ashzar, de matar a Esigion, de matar a los Sabios que incautamente habían empezado todo aquello y luego habían manipulado a todos los demás. Pero siendo incapaz de hacer nada de eso, simplemente sintió ganas de llorar de impotencia y estrechó a Eyrien entre sus brazos tratando de ocultarle su terror.



Mientras tanto en la Fortaleza de Maelvania, Esigion se paseaba por su gran despacho de techos abovedados con las manos a la espalda, como hacía desde hacía más de un milenio siempre que necesitaba meditar. La capa ondeaba tras él sobre el suelo tantas veces hollado. Quizás ahora, por fin, conseguiría su propósito: adueñarse del Continente Norte para dar más espacio a su gente y, sobre todo, acorralar a los elfos y hacer sus vidas lo más infelices posible antes de llevarlos, con el aumento de las poblaciones humanas, a la extinción. Según sus informes, la guerra en el Estrecho

iba bien. El rey Ian en persona, tan sacrificado y responsable como todos sus antecesores, había acudido a la vanguardia de la confrontación y mantenía a raya sus fuerzas. Pero Esigion sólo estaba jugando con ellos, obligándolos a cansarse antes de darles el golpe final. Entonces caería sobre ellos con toda su fuerza.

No, el Estrecho no le preocupaba en absoluto. Tenía gólems suficientes para aburrirlos, y no contaban con sus kapres del desierto, como no habían contado con sus hidras marinas. Que habían recuperado dos Ciudades Neutrales y sus gentes se habían atrevido a plantarle cara; bien, los castigaría por su estupidez cuando las recuperara junto con todo el Continente. Los humanos aprenderían dónde debían poner su lealtad: con los suyos, y no con los traicioneros elfos.

Ilusos los norteños, que creían que sólo quería tierras para sus pobres gentes apiñadas entre el desierto y el mar. Ingenuos los Sabios, por pensar que tan sólo quería vengarse de los elfos por la amargura que le había reportado su equívoca decisión de querer ser casi inmortal. ¡Pero si le encantaba su vida! Todos esos Aliados, tan buenos, no podían comprender la verdad. Que quería destruir a los elfos no sólo porque quería ser el más poderoso de los humanos, sino el más poderoso de todos los seres de la tierra, y convertir ésta en su edén particular. En Suria quedaba ya poco con lo que jugar.

Sí, todo marchaba bien. Los mortales no eran rival para él y los feéricos jamás se animarían a matarlo, como no lo habían hecho hasta ahora. Mientras sus ejércitos masacraban a los nobles aliados, él estaría preparado para cuando llegara su Cazadora. De hecho, la recibiría con los brazos abiertos y una bonita historia para contarle si no la había adivinado ya. En cuanto neutralizara a los Elfos de Siarta como había hecho con los Sabios, la victoria sería suya al fin.

Oyó llamar a la puerta.

—Entra, Elazar —le dijo a su más fiel sirviente; el mismo al que había educado desde su más tierna edad para servirle y guardar el secreto de su origen y su longevidad.

—El roc que hacía guardia en la Isla Roja está aquí, Mordecai.

—Ahora voy.

Se puso la capucha sobre la cabeza, ocultando los cabellos vaporosos y sobre todo los ojos, que llamarían la atención sobre su apariencia. Llevaba más de un milenio ocultando quién era, y eso lo hacía sentirse bien. Había sido diez Esigion diferentes hasta aquel momento. La leyenda decía que cada uno de ellos había conseguido seducir a una elfa a la que había mantenido oculta con su hijo hasta que éste había sido mayor para sucederlo en el trono. Bobadas que le permitían tener una excusa para seguir adelante. No había nada más maravilloso que empezar de cero cada poco más de cien años. Y ahora, después de que cada Esigion engendrara a otro Esigion aún más grande, ya había conseguido establecer el tablero ideal para derrocar al Señor del Norte.

Bajó al patio. Observó orgulloso los pasillos por los que pasaba. Su castillo era una fortaleza inexpugnable. Invencibles si no había traidores en el interior para abrir las puertas, y él no los tenía; lo temían demasiado para traicionarlo. A su pasos, sus Nigromantes, hombres que se creían importantes para él pese a que sólo eran los hijos de hombres que también se habían creído importantes y ni siquiera recordaba, se apartaban con reverencia.

Sonrió mientras accedía al patio, susurrando un conjuro para refrescar su capa y no ahogarse

bajo el potente sol del incipiente verano tropical. Al llegar al lugar donde se concentraban sus hombres alzó las cejas, divertido. El roc había soltado al Nigromante al que traía entre las garras desde tanta altura que el Mago Vodun se había roto varios huesos al caer. Aun así ya estaba moribundo antes. Tenía el rostro ensangrentado, tan sucio como el resto de su cuerpo y su ropa. Las marcas de las garras del roc revelaban que le había destrozado el abdomen durante el trayecto. Por suerte, Marzac había conseguido hablar con él antes de que expirara.

—Ha dicho que atacaron la isla, Gran Maestro —dijo el joven, contento de ser útil—. Que había Magos y Magas poderosos, algunos de ellos elfos seguramente. Y que se preocuparon de mantener los barcos intactos.

—Tenías razón, Maestro —dijo Elazar—. Después de recuperar las Ciudades Neutrales han tenido el valor para atreverse a atacarnos. Y ha tenido que ser esa Lunática quien se lo ha permitido.

—Elfita, elfita —dijo Esigion complacido—. Parece que la Cazadora viene dispuesta a convertirse en la presa. Bien, les dejaremos llegar. Prepáralo todo, Elazar.

El Nigromante asintió con presteza. Si algo le gustaba a Esigion de lo que había conseguido con sus chicos, es que les encantaba matar.

XVI

Destino



River estaba tan preocupado como confuso y sí, en parte se sentía decepcionado ante la idea de no ser el Más Alto de los humanos. Y ese sentimiento le gustaba muy poco. Aun aquella mañana, después de haber estado junto a Eyrien toda la noche, seguía siendo incapaz de apartar la mirada de ella. Después de que les explicara a los demás que según la información que había recibido, era muy importante que ella misma accediera hasta los Sabios y Esigion, y que Ashzar tendría que estar con ella, la elfa había hablado largo rato a solas con el vampiro y luego se había apartado de todo. Ahora practicaba para convertirse en energía, sin descanso, trasladándose de un sitio a otro del barco en forma de polvo dorado. Mejoraba a ojos vista, pero River no se sentía tranquilo. Y es que Eyrien todavía le ocultaba cosas, lo sabía. Había estado de acuerdo en la necesidad de mantener en secreto lo que habían descubierto, al menos hasta saber cómo acabaría la guerra. Había aceptado a regañadientes que no debía inmiscuirse entre Ashzar y ella, porque Eyrien consideraba que el trato que el vampiro había hecho con los acólitos bien merecía que sólo ella estuviera en peligro a cambio de que desde entonces las relaciones entre elfos y vampiros tuviesen que ser consentidas por ambas partes, y no hubiera más muertes entre ellos. Si Ashzar moría, el trato no se mantendría y los asesinatos entre elfos y vampiros seguirían. Pero River no aceptaba que se guardara cosas sin revelarles qué pensaba hacer cuando llegaran a Maelvania y tuviera que hacer frente a Esigion.

Cuando llegó de nuevo la noche y con ella la calma, River se acercó a ella. La elfa volvía a estar sentada sobre el espolón, mirando al mar. Ya nunca miraba al cielo cuando llegaba la noche.

—Eyrien —le dijo—. ¿Qué has visto en las estrellas?

—No puedo decírtelo.

Así que había visto algo. La cogió del brazo y la giró para que lo mirara a los ojos.

—Sé que me ocultas dos cosas —dijo, y él mismo se sorprendió—. Vaya, dos cosas.

—Muy siartano por tu parte —musitó Eyrien, molesta.

—Algo que has visto en las estrellas —insistió River—, y algo que tiene que ver conmigo.

Arodion te dijo que podías estar tranquila sobre eso. Dímelo, Eyrien. Les juré a tu padre y a tus hermanos que cuidaría de ti. Así que dímelo o me meteré en tu mente.

Eyrien sonrió con cierta compasión.

—No vas a sonsacármelo, nunca podrías vencerme.

—Lo sé. Pero lo intentaré hasta que me mates de cansancio. Te juro que lo haré.

Eyrien entrecerró los ojos, enfadada. Le cogió las manos.

—No puedo revelarte lo que vi en las estrellas —insistió con vehemencia—. No puedo, no me atrevo. Podría afectar al desarrollo de lo que tiene que suceder. Con este secreto tengo que cargar yo sola. Si me quieres, River, me lo permitirás. Pero si te consuela, te confesaré que no está

relacionado con mi propio futuro.

Entonces estaba relacionado con el futuro de otra persona. El temor a que pudiera tratarse de Killian o Ian, él mismo o incluso Alana que era tan importante para el príncipe, lo llenó de angustia. Tanta que River comprendió por qué Eyrien no quería revelarlo. Tenían que hacer lo que debían, sin dejarse afectar por el temor. Porque el miedo había sido lo que había llevado a los Sabios a actuar como lo habían hecho, desencadenando todo lo que había sucedido después.

—Está bien —dijo—. Pero dime qué me ocultas y a qué se refirió Arodion. ¿Por qué puedes estar tranquila? ¿Acaso todavía dudas de que te quiera? ¿O no confías en mí?

Eyrien sonrió.

—No, no es eso —meditó unos instantes—. Sabes, River... mi padre siempre me ha insistido en una cosa. En que hubo un tiempo en que los Sabios advertían que era peligroso leer en las estrellas, porque nunca sabes lo que puedes leer en ellas. Y tenía razón. La Profecía que leyeron los Sabios decía esto exactamente, tal como la formuló el Sabio Lubisten: «Surgirán un Alto y un Bajo humano, los líderes de la futura Arsilon, que se enfrentarán a nosotros para derrocarlos. Y caeremos». La Profecía se está cumpliendo. Han sido derrocados de su posición en el Norte, y es muy posible que al final caigan derrotados. Esigion no los dejará marchar así como así cuando ya no le sirvan, y tampoco Ashzar. Ni siquiera tú. Aunque lo más triste es que creo que fueron ellos los que la desencadenaron cuando, asustados, me enviaron a mataros antes de tiempo. Me temo que habéis sido víctimas de vuestro propio destino, si a los Sabios no se les hubiese revelado ese mensaje en las estrellas, quizás esto nunca habría pasado.

Ni tampoco hubiesen descubierto la verdad sobre Esigion, ni habrían decidido ir a la guerra antes de que ésta cayera sobre ellos, pensó River. Ella le miró.

—Los Sabios dudaban de ti, pero los acólitos decidieron darte el mismo poder que antes se le diera a Esigion. Decidieron confiar en ti, y proporcionar al Norte un paladín similar al que tenían en el Sur. También Arodion, cuya capacidad para adentrarse en las mentes ajenas es más poderosa que la mía, está tranquilo. Igual que Freyn, que es muy perspicaz. Y mi padre. —Hizo una pausa—. Te lo dije una vez y eso no ha cambiado: yo también confío en ti. Estoy segura de que sea lo que sea lo que vaya a pasar, nunca tratarás de hacer daño a nadie. Y Killian mucho menos.

—¿Mucho menos?

—Killian es mucho menos temperamental y peligroso que tú. De él nunca dudé —dijo ella con toda su sinceridad élfica—. Y de ti no dudaré más tampoco.

—Gracias, Eyrien —dijo River aliviado—. ¿Y sabes? He aprendido algo de ti. Porque pensando en por qué eres tan compasiva me he dado cuenta de que tienes razón en algo: ni siquiera los Nigromantes merecen ser masacrados. No han tenido ninguna oportunidad de ser de otra forma, porque se les ha educado así desde que nacieron. Jayden en el fondo no es malo, y seguramente todos los Nigromantes hubiesen podido ser buenas personas. Yo mismo sería horrible si hubiese nacido en Maelvania, porque no me hubiese quedado más remedio que ser así. —Hizo una pausa—. Es lo mismo que me pasó en las Minas, cuando rematé a aquel chupasangre que sufría. Desde entonces no me gusta matarlos ni siquiera a ellos, aunque su raza mató a mis padres. No disfrutaré tampoco matando a los Nigromantes, cada nueva muerte pesará desde ahora

en mi conciencia.

—¿Y eso te parece mal?

River meditó la respuesta.

—Era más fácil no tener ese peso en la conciencia —dijo—. Pero no, no me parece mal. Creo que eso me hará ser mejor persona.

Eyrien le miró con ternura.

—Me alegro de oír eso, te estás convirtiendo en una persona muy sabia, River.

—Lo entiendo —dijo River—. Pero...

—No seas cruel entonces. No utilices la magia Vodun, y no les hagas sufrir más de la cuenta. Encontrarás un equilibrio entre la culpa y el orgullo de haber actuado bien. Es lo que hago yo —añadió la Dama de Siarta y le estrechó una mano—. Tampoco quiero que sigas odiando a los Sabios. Ellos han sufrido mucho. La traición de Mordecai les destruyó el alma y los dejó sin esperanza. Han estado viviendo durante centurias el resultado de su confianza traicionada.

River trató de no crispase ante aquella compasión ciega.

—Eyrien, sé que eres una elfa y por tanto no puedes evitar sentir pena por todo el mundo, pero tienes que aceptar una cosa: el sufrimiento no da vía libre para hacer cualquier cosa. Los Sabios fueron traicionados, pero no olvides que ellos a su vez te han traicionado a ti. No dejes que tu compasión se convierta en ceguera, o no sobrevivirás. No tenían ningún derecho a decidir ellos solos que valía la pena sacrificar a los acólitos, a Lilith y a Konogan, a quién sabe cuántos otros, y a ti, para finalizar esta guerra a su modo. Deberían haber sido sinceros, y haber reconocido su error. En el fondo no son tan sabios. La soberbia les ha robado la sensatez.

Eyrien no se enfadó ante sus palabras blasfemas, y River no estuvo seguro de que hubieran calado en ella. Ashzar tenía razón en que la moral de los feéricos era a veces la causa de su propia destrucción.

—Tenemos que hacer lo que debemos —dijo la feérica—. ¿Sabes por qué creo que los Sabios obligaron a jurar a mi padre, igual que a mi madre, que no acudirían a la guerra hasta que Esigion muriera? Porque eran los más poderosos de entre todos nosotros y no podíamos permitirnos que descubrieran la verdad y Esigion influyera en su mente y despertara su compasión. Si mi padre descubre lo que es Esigion, no volverá a luchar con tanto ahínco contra él. Como tú bien has dicho, somos elfos. Y sin el apoyo de Siarta, la Alianza no sería capaz de enfrentarse sola a Maelvania. Yo me negué a hacer la misma promesa y eso es lo que nos ha salvado, porque de esa forma he descubierto lo que está pasando y puedo tratar de solucionarlo.

—Por el amor de los dioses, Eyrien —le dijo River—. ¿Es que acaso vas a ser capaz de matar tú a Esigion?

Eyrien puso aquella cara que demostraba que en aquel momento su poca lucidez le estaba haciendo perder la paciencia.

—¿Es que no lo has entendido? No me hace falta matar yo misma a Esigion, lo hará Ashzar.

Claro, para ganarse su premio, pensó River.

—Eso tampoco me tranquiliza —dijo.

Eyrien le miró con ternura, y River vio que sentía más pena por él que por sí misma.

—Confía en mí. Sabes que soy poderosa y tengo mis recursos.

River no pudo negarlo, de una forma u otra Eyrien siempre había conseguido salir adelante.

—Confío en ti. Pero yo también tengo un destino —le contestó—. Y es protegerte, sea como sea y me cueste lo que me cueste. Aunque muera en el intento.

—Por ti no sufro —dijo Eyrien sonriendo muy segura—. Por ti no sufro en absoluto.

—¿Porque no soy tu amigo? —adivinó River, demostrando que a veces sí tenía una lucidez siartana.

Eyrien le miró con una profunda mirada oscura llena de emociones veladas.

—Ojalá pudiera explicártelo todo, River —le susurró—. De verdad que me gustaría.

Lo besó fugazmente en la mejilla antes de alejarse por cubierta. River se quedó donde estaba, observando el mar. Trataba de encontrarle un significado a todo aquello.



A la mañana siguiente Ashzar les informó de que la flota de la Cuarta Alianza se acercaba ya a ellos. Apenas una hora más tarde Ynia y Kedran surgían del mar, pidiendo que les lanzaran sogas para subir al barco. Se acercaron a los demás dejando un rastro de huellas mojadas sobre la cubierta. Como Eyrien no les explicó nada sobre su pequeña aventura, ellos supieron que no debían preguntar. River se admiraba de cómo todos toleraban los secretos de su Dama.

—¿Cómo van las cosas por el Norte? —preguntó Eyrien.

—Phyros no se ha podido poner en contacto de nuevo con ellos desde que ha abandonado la isla; parece que aquí en el Mar también hay algo que dificulta las comunicaciones. Pero el ejército de Ian está teniendo problemas. Los femorianos también les están atacando y no dejan de llegar gólems a través del Estrecho, acompañados de unos kapres de color arena que parecen provenir de la Llanura Áurea. Los Elfos de Quersis, las Amazonas e incluso los Centauros los están ayudando, pero los aliados apenas ganan terreno. Asier y Fereya también están allí. Además, según informó la súcubo Salma a Phyros, Arsilon está siendo atacada. Liana está junto con Hedar a la cabeza de las tropas, y los antiguos compañeros de River están haciendo un gran trabajo. Ese chico con el que discutiste, Ravin, se está revelando como un gran luchador y un buen líder. Arsilon no está en peligro inminente, pero ha perdido el contacto directo con su ejército en el Estrecho.

Eyrien apretó los labios; no esperaba que en el Norte estuvieran tan mal las cosas. Ahora más que nunca tenían que detener a Esigion. Había sido una suerte que se hubiesen puesto en marcha antes de que el ejército de Maelvania hubiese caído sobre ellos cogiéndolos desprevenidos.

—Nos acompañan cinco mil hombres de armas —explicó Ynia—. De ellos, mil son Altos humanos. Killian envió al resto de vuelta desde la Isla Roja porque no quiere que la raza de los Magos quede tan diezmada que no puedan recuperarse y se extingan aunque ganen la guerra. También hay un centenar de enanos, dos decenas de guerreros de Greisan y los antiguos Cazadores excepto Fereya, que está en el Norte. En cada barco hay al menos un elfo. Los Ígneos y los fénix, con Aster al frente, vendrán por aire.

—Es un buen contingente —dijo Eyrien—. Y Killian ha hecho bien en no traer a todos los

Magos. Aunque creo que Esigion estará preparado para nuestra llegada.

—Eso me temo, mi Dama —dijo Kedran—. Porque las hidras apenas han opuesto resistencia antes de dejarnos vía libre hacia la costa. Parece que nos han dejado pasar.

Eyrien asintió en silencio.

—Hay otra cosa, Eyrien —dijo Ynia—. Según Jayden les iba explicando, Killian y Eriesh han descubierto que la fortaleza de Esigion es casi exactamente igual a la de Arsilon.

—¿Qué? —dijo Freyn.

—He dicho que...

—Sí, sí, Ynia, ya te he oído; era una pregunta retórica —la interrumpió Freyn—. Pero eso quiere decir que nos enfrentamos a una muralla demasiado alta para saltarla, demasiado lisa para escalarla y protegida con magia. Con torretas avanzadas desde las que lanzar conjuros a una distancia de hasta un kilómetro desde las puertas. Y sólo una entrada erigida al final de un puente estrecho, sin que sea posible acceder a la muralla desde atrás por culpa de los altos acantilados que dan al mar —rezongó, y alzó la vista—. ¿A qué te refieres con «casi exactamente igual»?

—A la fortaleza no se accede por un solo puente estrecho como en Arsilon, sino que tiene ante sí una amplia explanada de unos tres kilómetros de largo.

—Eso nos beneficia —dijo Freyn aliviado—. Si el acceso a las puertas no es estrecho, podremos hacer presión con el grueso de nuestro ejército.

—No te engañes, Freyn —dijo Eyrien—. Esigion se ha construido un campo de batalla. Y debe creer que puede soportar un ataque. No sabemos cuántos efectivos tiene, además de que la mayor parte de su población está formada por Magos Vodun. Debemos tener en cuenta también a los guls, los rocs y los gólems. Y esos kapres de los que nos han hablado desde el Norte.

—Eyrien, haz el favor de ser sincera —dijo Freyn—. ¿Crees que podemos ganar esta guerra?

La Dama le dirigió una mirada acerada.

—Si vuelves a hacerme una pregunta como ésa, dejaré de considerarte mi amigo —le amenazó, y River intuyó que parecía esperanzada ante aquella posibilidad—. Pero la respuesta es sí, creo que tenemos alguna oportunidad de ganar esta guerra, si el destino nos favorece y Esigion muere. Pero hablaremos de ello cuando leguen los demás. Hasta entonces, descansad.

Se alejó. River le puso a Freyn una mano en el hombro.

—Hazle a Eyrien otra pregunta tan impertinente como ésa, creo que lo está deseando.

El enano frunció el ceño.

—¿Por qué? Ha dicho que entonces dejaría de ser mi amiga.

River suspiró.

—No sé por qué. Pero creo que ahora mismo la haría muy feliz que todos dejáramos de ser sus amigos.



No tuvieron que esperar mucho. Los barcos llegaron apenas dos horas después, con el galeón de Tharen pilotado por Jayden al frente. Era todo un espectáculo, una miríada de navíos en

formación, llenos de guerreros dispuestos a dejarse la vida en aquella batalla que podía convertirse en el dominio definitivo de Esigion de Maelvania o traerles la paz que ansiaban. Cuando el barco de Tharen estuvo junto al suyo, Killian, Alana, Phyros, Eriesh y Jayden se reunieron con ellos. Venían también Aston y Lance, y River se alegró de verlos.

—¿Habéis encontrado lo que habíais ido a buscar? —preguntó Killian.

—Hemos aclarado algunas dudas —respondió Eyrien sin concretar.

Por las miradas que Phyros dirigía a Isla Bruma, parecía adivinar que era allí donde habían estado. Eyrien escuchó la estrategia con la que Killian y Eriesh esperaban poder tomar las puertas de Maelvania. En el mejor de los casos frente a ellas sólo habría gólems, que los guerreros de Greisan destruirían mientras los Magos los protegían, y luego se enfrentarían a los enemigos del interior de la fortaleza. En el peor de los casos, Esigion estaría sobre aviso y habría preparado a su propio ejército. En ese caso los Bajos humanos entrarían en acción, manteniendo a raya a los soldados rasos mientras los Magos y los hechiceros elfos hacían lo propio con los Nigromantes. Los fénix de Vulcania se enzarzarían en su propia lucha con los rocs, si éstos los atacaban.

—Aun así y dependiendo de la cantidad de enemigos, me parece una batalla bastante suicida —aventuró Phyros—. Eyrien, ya va siendo hora de que nos digas lo que pretendes hacer.

—Tal como siempre he dicho, lo que tenemos que hacer es detener a Esigion de Maelvania —dijo la Dama—. Eso es lo que yo tengo que hacer. Ashzar y yo accederemos a la fortaleza mientras vosotros atacáis las puertas, y le buscaremos.

—Y a los Sabios —añadió Ashzar, que no olvidaba su propia vendetta.

—Pero según Eriesh no podéis entrar... ¿o sí? —dijo Killian esperanzado.

—Sí que podemos. Ashzar puede convertirse en polvo y atravesar la muralla. Yo también puedo atravesarla.

River entendió entonces por qué Eyrien había estado practicando la transformación en energía. Era así como pretendía acceder a la fortaleza, aun antes de saber que se parecía a la de Arsilon. Pero entonces él no podría acompañarla. Quiso quejarse, pero sabía que no serviría de nada.

—Pero mi Dama —dijo Killian cuando la elfa se lo explicó—. ¿Qué pasará si Esigion vuelve a modificarte la memoria?

—No podrá, ahora ya sé cómo lo hizo. Además Ashzar estará conmigo, él lo impedirá si es necesario.

El vampiro se mantenía con los brazos cruzados al descuido, pero cuando entendieron qué significado tenía aquel mensaje se estremecieron. La única forma en que Ashzar podría impedir que Esigion le modificara la memoria sería matándola antes de que lo consiguiera.

—Eyrien...

—Eso es lo que haremos, River —lo atajó ella—. Cada uno tiene que hacer lo que debe, recuérdalo. Dijiste que no te interpondrías. Si quieres defenderme, hazlo de la manera que puedas —o sea, como comprendió River, ninguna. Eyrien siguió hablando—. Hay más de cinco mil vidas aquí en peligro, y muchas más en el Norte; nuestros familiares, nuestros amigos y personas y seres inocentes que sufrirán si no ganamos esta guerra. Debemos dejar nuestros sentimientos a un lado. Vosotros corréis tanto o más peligro que yo, y también sufro.

La vieron estremecerse, ignorantes de que sabía con seguridad que perdería a alguno de ellos.

—La Alianza debe permanecer unida —dijo—. Si queréis preocuparos por mí, luchad por acceder a las puertas de Maelvania y avanzad hasta que consigamos reunirnos todos de nuevo.

—Lucharé por volver a tu lado, pequeña hermana feérica —dijo Freyn.

Los demás, uno a uno, le aseguraron lo mismo.

—Pero tened mucho cuidado —insistió Eyrien.

Poco después los barcos se ponían en marcha de nuevo, veloces gracias a la magia de los Elfos del Agua. Y así, dispuesta su estrategia, ya no los entorpecía nada para ponerla en práctica. Al día siguiente entrarían en batalla. Y muchos, a lo largo de las horas, vieron cómo Eyrien los miraba con preocupación, como si temiera no volver a verlos.



Por la noche, ya tuvieron que enfrentarse a las primeras despedidas. Estaban a unas veinte millas de la costa de Maelvania, y Ashzar y Eyrien se separarían de ellos ahora. Como debían pasar desapercibidos, se mantendrían apartados y esperarían en el mar, junto a las murallas, y las atravesarían cuando el avance del ejército hiciera que dentro de la fortaleza se centraran en sus puertas amenazadas. Eyrien se ausentó dentro de los camarotes con Phyros, Eriesh, Ynia y Kedran, una reunión privada de los dirigentes elfos. Eriesh, Ynia y Kedran salieron poco después, dejándola a solas con el heredero de Vulcania. River pudo entenderlo; siguieran juntos o no, Eyrien y Phyros habían compartido mucho, durante muchos años. Y los dioses no lo quisieran, cabía la posibilidad de que no volvieran a verse nunca más.

Unos minutos más tarde abandonaron los camarotes. Estaban serios pero mostraban la misma actitud serena que era habitual en los elfos. Lo que hubieran hablado quedaría como un secreto entre ellos. Uno a uno, Eyrien fue despidiéndose de los demás. River, que la observaba, se dio cuenta de que la elfa estaba ocultando un dolor y un miedo angustioso. A Killian la Dama le dijo que actuara como se lo dijera su instinto, pues sería un gran líder; a Alana le recordó que era una Amazona y como tal poderosa, que debía sobrevivir pues intuía que un gran destino la aguardaba. A Aston y a Lance volvió a asegurarles que eran dignos compañeros de batalla. A Freyn lo besó en la frente, advirtiéndole que no se pasara de bizarro; a Jayden lo besó también en la frente y le pidió una vez más que se mantuviera al margen porque si lo descubrían lo matarían. Pero el antiguo Nigromante se negó. River la vio acercarse a él entonces. Eyrien le sonrió.

—Por ti no me preocupo —le repitió—. Y no incumplas tus promesas, River. No todos los métodos son aceptables para ganar.

River apretó los labios. Si alguien le asegurara que la magia Vodun iba a salvarla... pero, ¿entonces qué? Eyrien estaría viva, pero decepcionada con él y asustada por aquello en lo que podría convertirse el resto de su larga vida.

—No lo haré —dijo al fin—. No romperé mis promesas.

Eyrien le sonrió y tras acercarse, lo besó en la mejilla. River quiso sujetarla y abrazarla y no dejarla marchar, pero se contuvo. Así que en vez de retenerla a su lado dejó que se apartara,

mientras se le hacía un doloroso nudo en la garganta. La elfa se aseguró la espada y el arco a la espalda y el látigo feérico se aferró a su cadera. Ashzar se acercó a ella.

—¿Lista?

—Sí.

Ashzar miró a River.

—Cuídate —le dijo.

River no fue capaz de decirle lo mismo. Si Ashzar sobrevivía trataría de matar a Eyrien. Entonces se dio cuenta de que aunque acabara la guerra y vencieran, podía ser que ella nunca regresara a su lado para celebrarlo. Cuando los vio encaminarse hacia la borda para saltar al agua, no pudo reprimirse.

—Eyrien —la llamó mentalmente.

La elfa, visible tan sólo por el resplandor de su piel dorada en la oscuridad de la noche, se giró a mirarle.

—Eyrien, por favor, no te dejes sacrificar. Sobrevive. No nos prives de ti, por favor. Tus padres sufrirán horrores, y tus hermanos. Kenyon no se perdonaría jamás haber sido estricto contigo y no haber disfrutado más de ti cuando te tenía a su lado.

Eyrien ladeó la cabeza, ignorando a todos los que la miraban sin enterarse de nada.

—¿Te estás preocupando por mi familia? —le preguntó.

—Sí, me preocupan. —Hizo una pausa—. Les aprecio. Y puedo entender lo que sentirían si te pierden. Su vida se acabaría aunque siguieran con vida. Igual que la mía.

Eyrien lo miró largos segundos sin parpadear.

—Cuida de los demás —le dijo finalmente, aunque había emoción en su voz.

Con el corazón en un puño, los vieron saltar por la borda y alejarse caminando sobre el agua hacia el sur, sin saber si volverían a verlos o si una vez ganaran la guerra, tendrían que lamentar su ausencia. En apenas unos segundos Eyrien fue invisible en la noche y Ashzar, que se subía las solapas de su abrigo, pronto desapareció también.

River sintió una mano sobre el hombro. Por su calidez, supo que se trataba de Phyros.

—¿Te considera Eyrien su amigo? —le preguntó River.

Lo vio fruncir el ceño sobre los ojos ambarinos.

—No, me ha dicho que no somos amigos —dijo Phyros—. ¿Sabes por qué?

River sonrió a su pesar. Si Phyros tampoco era su amigo, Eyrien tenía que considerarlo su amante o algo parecido. Pero se alegraba de que Eyrien no tuviese que preocuparse por él tampoco; River había llegado a apreciar al Elfo Ígneo.

—Más o menos, pero no puedo decírtelo —suspiró.

—Está bien, al fin y al cabo eres un poco siartano y por tanto Lunático también —dijo resueltamente, pero River no pudo sonreír. El elfo le estrechó el brazo—. Comparto tu miedo por ella, River. Pero hay muchos otros que están en tanto peligro como la Dama. Y debemos pensar en ellos, pues son los que podemos tratar de salvar. Los tuyos te necesitan, River, no lo olvides.

No lo olvidaba. Y se preguntaba qué iba a estar dispuesto a hacer para proteger a los demás. La promesa de no utilizar la magia Vodun le pesaba en la conciencia. Miró a Killian, sintiendo un

miedo terrible a perderle. Y sin pensarlo más se le acercó, queriendo compartir con él un regalo que le había llegado al alma. Al ver a la Amazona junto a Killian, sintió el impulso de compartirlo también con ella. Al fin y al cabo, estaba seguro de que a Killian le gustaría que lo viera.

Mientras el príncipe y la Amazona lo miraban sorprendidos, River puso los dedos en las sienes de ambos y les transmitió el recuerdo que le prestara Eyrien cuando el Elfo de la Niebla se lo pidió. Vio reflejada en el rostro de Killian su propia emoción cuando vio el pasado.

—Ésa... es mi madre —musitó el príncipe—. Y tus padres.

—Estoy seguro de que a Eyrien le hubiera parecido bien que tú también lo vieras.

Killian se restregó los ojos con la manga, mientras a su lado Alana fruncía los labios con los ojos brillantes.

—Lo lamento, lamento lo que pasó con vuestras familias —dijo—. Que nadie más siga pasando por esas tragedias es algo por lo que vale la pena luchar.

—Y morir —añadió Killian.

River estaba de acuerdo, decidido a impedir que ninguno de ellos muriera.



Al amanecer levaron anclas, en la última etapa hasta su destino. Después de una noche de sueño todos los soldados, Altos y Bajos humanos, enanos y elfos, limpiaron sus armas y prepararon sus pertrechos. River, contagiado por el temor de Eyrien, no se apartaba de Killian mientras éste recibía informes del resto de los barcos, daba órdenes y se preparaba para la batalla. El príncipe aceptaba con paciencia que lo persiguiera como una sombra, igual que hacían Aston y Lance, aunque ellos al menos hacían cosas útiles. Mientras veían cómo se acercaba la línea de tierra, un cinturón verde tras el que se extendía el gran desierto de la Llanura Áurea, Killian se quedó pensativo. Alana le miró, extrañada; en aquellos largos días que habían pasado juntos, sin separarse, había llegado a conocerlo bien. La Amazona tenía la espada de Ashzar colgada del cinto, y la vigilaba: si la espada se desafilaba, querría decir que al menos el vampiro había caído.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Killian al ver que no desfruncía el ceño.

—Creo que mañana es el primero de junio —murmuró el príncipe—. Ahora hace un año que estábamos en casa de Tristan, ¿recuerdas, River? Eyrien se recuperaba del ataque de Ashzar y Tristan se disponía a salir de exploración, preocupado por lo que ella pudiera hacerle cuando despertara. —Sonrió, pero luego volvió a ponerse serio apartándose los cabellos marrones de la frente—. Y ahora estamos en Suria, vamos a atacar a Esigion y tengo la esperanza de que Ashzar decida cuidar de Eyrien cuando llegue el momento de la verdad.

—Y en apenas tres semanas llegará el solsticio de verano —añadió Alana, cuyos hermosos tatuajes brillaban en su rostro tostado por el sol—. En Refugio Amazonia lo celebramos con fiestas alegres. —Miró a Killian, pero enseguida desvió los ojos hacia la cercana Suria—. Prométeme que si sobrevivimos, celebraremos el solsticio de verano.

Ambos la miraron, preguntándose qué significaba aquello. Killian, elegante como siempre, se mantuvo impertérrito aunque River sentía bullir su emoción y su esperanza, y su miedo repentino

a perder a Alana.

—Te lo juro —dijo el príncipe—. Te juro que mientras estés a mi lado celebraré todo lo que tú quieras, siempre.

Alana asintió, y se alejó. Eriesh y Phyros ya daban órdenes de disponer los barcos para acceder a la playa. A la derecha, no muy lejos de donde estaban ellos, se extendían las primeras poblaciones dispersas de Maelvania y más allá, en la lejanía, se alzaba la fortaleza tan parecida a la de Arsilon. River, que se moría de ganas de compartir con Killian lo que había descubierto sobre Esigion, tuvo el presentimiento de que a Eyrien no le importaría que se lo explicase a él. Lo llamó aparte. Pero antes de hablar, sabiendo lo importante que era la Amazona para su amigo, llamó a Alana también. Si era la mujer a la que Killian quería, sería una hermana para él.



Y mientras la Cuarta Alianza se disponía a hollar la tierra del enemigo, en las llanuras de Karstia la guerra ya se disputaba desde hacía días. Y había provocado numerosas bajas en ambos bandos. En el mismo lugar donde Eyrien y Soneryn se enfrentaran en solitario, rodeados de restos de gólems y Nigromantes, ahora había también cadáveres de kapres dorados, trasgos, Altos y Bajos humanos, Amazonas, Centauros, enanos y algún que otro elfo que, sabiendo que podía salvar a muchos con su muerte, se había sacrificado para permitirles escapar. Los Elfos del Lago de Plata, con Sheridan al frente, se ocupaban de que ningún enemigo que pisara un río saliera de él. Pero el centro y la retaguardia del ejército tenían sus propios problemas. Los gólems surgían del suelo en varios puntos entre el Estrecho y las fortalezas y los atacaban, rompiendo las filas. En la meseta que se elevaba a su derecha para caer al otro lado a pique al abismo, los Magos mantenían una lucha con los Nigromantes por el control del desfiladero; quien ganara aquella posición podría plagar el valle de conjuros decidiendo la batalla. Aun así, de momento, el bando aliado estaba conteniendo el avance de los Cáusticos. Sólo tenían que pensar en lo que dejarían expuesto detrás si caían: ciudades y pueblos llenos de seres inocentes que caerían cautivos o muertos bajo el yugo de Maelvania.

El rey Ian, que había sufrido una fuerte herida en el costado por el ataque de un kapre dorado, seguía luchando en la vanguardia del ejército al lado de Asier y Fereya. La reina Calista de las Amazonas, una hermosa mujer madura con el cuerpo surcado de tatuajes tan bellos como los de Alana, estaba con ellos y era una guerrera temible; Ian la admiraba.

—¿Estás bien? —le preguntó la Amazona mientras los dos elfos, algo avanzados, les daban un respiro deteniendo a una línea de kapres de las Llanuras Áureas que trataban de romper la cuña que formaba la vanguardia del ejército.

—Sí, estoy bien —dijo Ian pese a que respirar le costaba bastante.

Mientras no hubiesen ganado aquella guerra, no pensaba alejarse del frente. Confiaba en que si él faltaba algún día, tendría a un sobrino fantástico y un ahijado poderoso que serían capaces de gobernar Arsilon y mantener la Triple Alianza. Vio a Asier alzar el rostro y decirle algo a Fereya antes de retroceder hasta donde estaban ellos. A la elfa mestiza se unieron varios Elfos de Quersis,

que ordenaban a las plantas lejanas llevar hasta allí sus raíces; éstas surgían del suelo y atrapaban por las piernas a aquellos extraños kapres dorados, que en vez de niebla provocaban remolinos de arena que cegaban a los aliados dejándolos desvalidos ante los soldados maelvanienses que se les echaban encima.

—¿Qué sucede? —le preguntó el rey a Asier cuando estuvo junto a ellos.

El Elfo de la Noche lo miró, pues debía sentir el dolor que trataba de ocultar a todos.

—¿Están bien los chicos? —insistió Ian sin preocuparse por estar haciendo preguntas directas a un elfo de muy Alta Estirpe.

—Ashzar se ha puesto en contacto conmigo —dijo Asier mientras se apartaba los largos cabellos azules hacia la espalda—. Me ha dicho que el ejército de Killian ha llegado a tierra hace poco, y que por lo que le ha dicho River, han avanzado a través de los pueblos de Maelvania sin recibir ataque alguno. Lo que significa que les esperan. Pero Eyrien pretende atacar pronto a Esigion, y es posible entonces que mis padres, liberados de su juramento, acudan en nuestra ayuda.

Ian se tranquilizó un poco, sus chicos ni siquiera habían entrado todavía en batalla. Luego miró hacia lo alto, donde se oían los conjuros de los Altos humanos.

—Asier, ¿no deberíais subir los elfos allí y ayudar a los Magos?

—No podemos, Ian —le dijo el elfo mirando hacia arriba también—. No contábamos con la presencia de estos kapres. Y no todos los feéricos están preparados para enfrentarse a la magia Vodun. Si nos alejamos los que sí podemos, acabarán con vosotros. Esigion ha sido inteligente al separaros de vuestros Magos, obligándolos a luchar en lo alto del Estrecho para dejaros vulnerables ante sus kapres. En el tiempo en que tardaríamos en subir allí y acabar con los Nigromantes, lograrían superaros y se esparcirían por toda Amazonia. No podemos abandonaros aquí sin protección. Lo más que podemos hacer es tratar de lanzar escudos sobre vosotros si los Nigromantes se hacen fuertes sobre el valle.

—Pero somos demasiados para protegernos —dijo Calista de las Amazonas.

—Es todo lo que podemos hacer —dijo Asier—. Debemos tratar de aguantar hasta que mi hermana y Ashzar consigan llegar hasta Esigion. Entonces quizás nuestra suerte cambie.

Asintieron, agradecidos de que Asier de Siarta estuviera allí dispuesto a sacrificarse con ellos. Ian se apretó el costado, donde sentía fuertes punzadas. Pero levantó la espada. No podía permitir que los sobrepasaran, pues la retaguardia ya tenía suficientes problemas con los gólems. Moriría antes que permitir que los Cáusticos se diseminaran por su Continente.



Varias horas más tarde, cuando el sol del mediodía ya caía a plomo sobre las tierras de Suria, éstas empezaron a teñirse de sangre. Las puertas de la fortaleza de Maelvania estaban allí delante, a tres kilómetros, pero ellos no estaban más cerca de abordarlas que cuando habían llegado. Los gólems eran tan numerosos ante ellos que los Elfos de las Rocas no daban abasto para destruirlos a todos y éstos se abrían paso hacia el ejército. River, al mando de los Magos de la Cuarta Alianza, protegía

a los feéricos de los ataques de los Nigromantes que se parapetaban detrás de los gólems. Y eran muchísimos.

El sol volvió a quedar oculto cuando un roc pasó sobre sus cabezas y se lanzó en picado sobre una sección de la hueste, llevándose entre sus garras a una decena de hombres para dejarlos caer desde lo alto.

—¡Ahora! —indicó Phyros mentalmetne a sus elfos, que habían llegado en forma de rayos en cuanto ellos habían alcanzado las puertas.

De entre el ejército surgieron fuertes dagas de luz hacia la gigantesca ave que se incrustaron en su dura piel, desencadenando una lluvia de sangre cálida que manchó los cabellos y los atavíos de los soldados que, valientes, formaban abajo. Los elfos lanzaron conjuros al aire para desviar al roc y evitar que cayera sobre los soldados. Lo vieron hundirse en el mar. Pero los elfos no estaban contentos, los rocs eran escasos y lamentaban tener que matarlos.

—¡Contraataque! —exclamó Phyros.

River le vio levantar un brazo y trazar un arco hacia los Nigromantes que estaban allá a lo lejos. De detrás de su propio ejército surgió una bandada de grandes fénix, hermosas saetas flamíferas de un metro de largo que se lanzaron por encima de los gólems contra los Nigromantes. Los Magos Vodun trataron de destruirlos, pero de poco les sirvió. Los fénix estallaban en llamas, y caían sobre ellos creando grandes cráteres y haciendo que algunos Nigromantes quedaran envueltos en llamas. Los Elfos de Greisan aprovecharon la distracción para destruir un centenar de gólems creando agujeros en su línea de defensa.

—Ha llegado el momento —dijo Killian, y le palmeó el hombro a River—. Te quiero, hermano.

—Yo también te quiero —le respondió River—. También te quiero a ti, Alana.

La Amazona, abandonando por un momento su actitud estirada, se mostró sorprendida. Pero enseguida se recompuso.

—Cuídate —le susurró—. No sabes realmente lo que significa que Eyrien pasara aquella noche contigo, lo que significa para un elfo. No creo que seas consciente de que ella moriría por ti. Así que lucha, lucha por seguir a su lado. No te preocupes por Killian, yo lucharé por él.

En medio del fragor de aquella batalla, River quiso abrazarla. Porque se dio cuenta de que Alana era un reflejo de la propia Eyrien. Tampoco la Amazona debería sentir lo que sentía y allí estaba, lejos de su mundo y dispuesta a hacer lo que fuera necesario para proteger a Killian sin que éste fuera consciente de que sus sentimientos eran correspondidos; tal como le había pasado a él con Eyrien hasta que llegaron a la Isla Roja. Esperaba que Killian no tuviera que perder a Alana antes de saber que hacía tiempo que se había ganado su corazón. Tragándose el nudo que tenía en la garganta, River los envolvió a ambos, igual que a Freyn, en escudos protectores.

—¡Adelante! —gritó Killian alzando la espada de Konogan—. ¡Por la justicia y la libertad!

—¡Por la justicia y la libertad! —gritaron River y Alana, y Freyn y Jayden.

El eco de sus palabras se extendió por todo el ejército, que avanzó hacia las líneas enemigas en una formación cerrada. El príncipe se adelantó, valiente y decidido.

—Jayden, protege... —le dijo River al Nigromante.

—Lo siento, River, pero yo tengo mis propios planes.

River parpadeó, pero antes de que pudiera replicar vio que tanto Aston como Lance salían en pos de Killian y Alana. Ellos los protegerían, se dijo para tranquilizarse. River corrió entre otros muchos Magos al encuentro de los Nigromantes. A su alrededor, más gólems se alzaban del suelo aunque muchos volvían a caer hechos pedazos por los conjuros de los Elfos de Greisan. El ambiente volvió a oscurecerse y River creyó que se trataba de otro roc. Pero no alzó la vista al cielo, pues de pronto se encontró tras una elfa cuyos cabellos brillaban en tonos rosados. Era Nayara, la elfa de la turmalina que le regalara una pulsera después de que él salvara a Eyrien de Ashzar en Senstrist. Estaba muy quieta, y entonces se desplomó. Tenía una flecha clavada en el cuello. River sólo pudo alcanzar a sujetarla antes de que su cuerpo inerte golpeará contra el suelo. Llamó a algún otro Elfo de las Rocas que se hallara cerca y Eriesh corrió hacia él entre los gólems, los soldados maelvanienses que se acercaban desde las puertas y los hombres de su propio ejército. River vio el dolor reflejado en su rostro antes de que el elfo lo obligara a apartarse. A una orden suya, el suelo se abrió hundiéndose bajo la guerrera, y volvió a cerrarse sobre ella.

—Cuando esto acabe llevaremos sus armas a Greisan —dijo Eriesh, y se obligó a mirar hacia delante—. Nos disparan desde las almenaras, potenciando las flechas con magia y dirigiéndolas a los más poderosos de nuestro ejército. O sea, contra los elfos y los Magos. Nos distinguen sin duda por el color de los cabellos.

River se pasó una mano por el rostro, desesperado. Aquello no iba bien. Según les había dicho Ashzar en su última comunicación, en el Estrecho tampoco estaban venciendo. Con la mitad del ejército en cada Continente y la mayoría de los elfos y enanos defendiendo el Norte de los trasgos, los kapres, los chupasangres y los guls, estaban en inferioridad en todas partes. Sí, Esigion había aprovechado bien los siglos para preparar su estrategia y los estaba venciendo. Eriesh le cogió del brazo.

—Veo a unos dos mil arqueros con arcos de tres flechas. —Le miró con el rostro ensombrecido—. Si esas flechas caen, perderemos esta batalla. Quizás Eyrien gane la suya, y salve al mundo, pero no nos encontrará vivos a nosotros. Lo lamento —dijo—. No me gusta saber que sufrirá si ella sobrevive.

A River tampoco. El problema era que a él la compasión por los Nigromantes también empezaba a afectarlo. Y se preguntó qué hacer. Ahora, después de tanto odio, se daba cuenta de que apenas podía culpar a los Nigromantes de lo que hacían, pues como Jayden, habían crecido sin tener ninguna oportunidad para ser diferentes. No era culpa suya ser así. Entendía a los elfos, tan compasivos, pero también entendía que si no eliminaba a los Nigromantes, perderían la batalla y el mundo quedaría indefenso ante Esigion de Maelvania. Se encontraba ante una angustiada disyuntiva. Si mataba a los Nigromantes daría una oportunidad a los suyos, pero tendría que vivir con la culpa por haber matado a muchos de su propia raza sabiendo que sólo habían tenido la mala suerte de nacer en Maelvania.

Mejor llorar a los desconocidos que a los amigos, decidió.

—Protege a Killian y a Alana cuando caigan los escudos —le dijo a Eriesh.

El elfo le miró frunciendo el ceño, al ver su expresión determinada.

—Intentaré no morir, Eriesh —le dijo.

El elfo asintió, y le palmeó el brazo.

—Cuidaré de Killian, te lo juro.

Mientras el inmortal se alejaba, River alzó las manos. Se quitó el escudo protector para disponer de más energía, tendría que confiar en los hombres que lo rodeaban que, intuyendo que iba a hacer algo, habían creado un círculo a su alrededor. Se preparó para hacer algo que no sabía si sería capaz.

—¡Flechas! —gritaron algunos hombres cuyas voces se perdían en el fragor de la batalla.

River entrecerró los ojos cuando la nube oscura y densa se elevó de las almenaras para dirigirse hacia ellos.

—¡Detenlas! —gritó al aire en el dialecto de Boreanas, un tributo inesperado a los elfos caídos.

La magia fluyó. River tuvo que esforzarse para mantener el conjuro, y sintió cómo la energía feérica se evaporaba de su cuerpo. Pues no sólo debía detener las flechas, sino que también debía oponerse a los conjuros que las hacían avanzar con tanta potencia. Le empezaron a temblar las manos, pero se obligó a pensar en Eyrien. Si detenía las flechas, estaría un poco más cerca de alcanzar las puertas y reunirse con ella. Si había sobrevivido al experimento de los acólitos por ella, podría sobrevivir a aquello también. Apretó los labios mientras sentía que un hilillo de sangre le brotaba de ellos, y miró hacia arriba. Las flechas se estaban deteniendo, una nube de saetas que permanecían casi suspendidas en el cielo. Pero entonces, cuando creía que iba a conseguirlo, un hombre gritó agónico a su izquierda. Los enemigos que estaban alrededor adivinaban que él era quien producía aquella magia tan poderosa, y trataban de detenerlo. Vio que uno de los soldados que lo protegían caía al suelo con la piel humeante. Ante él se alzaba un Nigromante de cabeza calva y ojos muy azules. Y lo miraba con malicia, porque mientras sostuviera aquel conjuro estaba indefenso.

—Esigion me ha pedido que te buscara —le dijo el Mago Vodun—. No le gusta la competencia.

Tratando de hacer algo útil antes de morir, con el fugaz pensamiento de que Eyrien se había equivocado, por una vez al suponer que no debía preocuparse por él, River les ordenó a las flechas que cayeran sobre la multitud de Nigromantes que se parapetaba todavía detrás de los gólems. Temiendo que algunos de los suyos ya hubiesen llegado hasta ellos, les ordenó caer en concreto sobre los Magos vestidos de negro, y que se clavaran en zonas vitales para causar una muerte pronta. Hechizadas todavía desde el otro lado, confuso el aire ante la orden compleja que le había dado, las flechas tardaban en moverse. Como si hubiera ralentizado la escena, River vio acercarse su muerte. Porque no iba a soltar el conjuro antes de que las flechas le hubiesen obedecido, y el Nigromante ya alzaba las manos. Los soldados trataron de interponerse, pero fueron cayendo con graves cortes desgarrando sus cuerpos. Ya nada lo separó del Mago Vodun.

—Hola, Elazar, cuánto tiempo sin vernos.

River se giró para mirar a Jayden, que había aparecido a su lado. El Maestro Nigromante le miró y abrió los ojos con sorpresa.

—¡Jayden! —exclamó.

El odio llameó en los ojos de Elazar que por el momento se desentendió de River para mirar al que fuera el mejor Rastreador de Maelvania antes de que los traicionara por unas elfas, y al que suponían muerto. River se atrevió a tener la esperanza de que Jayden no lo traicionara ahora a él, y concentrándose en las flechas que todavía temblaban en el aire, indecisas, les cedió toda la energía que le quedaba. Luego todo se volvió negro.



Cuando volvió a ser consciente de lo que había a su alrededor, el rostro pálido y sudoroso de Jayden estaba inclinado sobre el suyo.

—¿Sabes? Te admiro. Acabas de terminar con la vida de más de cuatro mil Nigromantes, y la gran mayoría de ellos ni siquiera ha visto llegar la muerte porque las flechas han ido directas a sus sienes o a sus corazones.

River parpadeó, dolorido.

—¿Me admiras por haberlos matado o por haber sido compasivo con ellos?

Jayden soltó una carcajada seca y temblorosa mientras lo ayudaba a levantarse.

—Por ser tan poderoso te envidio. Te admiro por haber sido compasivo con ellos. A mí Eyrien intentó inculcarme eso, la bondad, pero nunca tuvo éxito.

—Pues gracias a ti quizás ganemos ahora esta batalla —dijo River.

Jayden señaló hacia el lugar donde había estado el Nigromante Elazar. El cadáver ni siquiera estaba entero, y humeaba. Lo observó con un fulgor lleno de odio.

—Se lo debía por lanzarme a los guls; era mi propio padre. Y además fue él quien capturó y torturó a Eyrien en Selbast cuando ibais a buscar al Ideólogo.

—Eyrien te diría que no deberías haberle pagado con la misma moneda, pero yo estoy de acuerdo contigo.

Entonces se dio cuenta de que Jayden se agarraba el costado, y que jadeaba. Al apartarle el brazo, vio que tenía una gran herida sangrante a la altura de las costillas.

—No se puede ganar siempre —dijo el Nigromante.

—¡No! —gritó River cuando Jayden se tambaleó y cayó al suelo.

Se arrodilló a su lado, mirando la herida de cerca. Tuvo que reconocer que no podía hacer nada por ayudarlo, y no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Qué extraños sois los Aliados —dijo Jayden—. Preocuparos así por un Nigromante...

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó River.

Jayden trató de respirar hondo, y se estremeció.

—Supongo que no eres el único que estaba dispuesto a morir por ella —dijo—. Me enseñó una forma de vida que jamás habría conocido, y he vivido muchos años de bienestar. Incluso me he ganado el respeto de unos cuantos Aliados, por lo que se ve. Valía la pena morir por devolverle el favor y creo que te necesita para ser feliz.

River le estrechó una mano con fuerza.

—Eres un gran hombre, Jayden; te juro que no permitiré que se olvide tu nombre, jamás.

Miró a un lado cuando captó un destello flamígero. Al levantar la vista, Aster se alzaba ante él. La Elfa Ígnea tenía una herida en la frente y la ropa manchada, pero parecía lúcida.

—¿Estás bien? —le preguntó la que podía ser la futura Señora de Vulcania—. Has destruido a todos los Nigromantes que había fuera, River.

—Jayden ha muerto —fue todo lo que pudo decir—. Ha sido gracias a él. Si no se hubiese sacrificado por mí yo no habría podido lanzar esas flechas sobre los Nigromantes.

A Aster le brillaron los ojos y miró al Nigromante con pena. Con un mensaje mental, atrajo a varios Elfos de las Rocas que se quedaron velando el cuerpo de Jayden para que nadie pudiese acercarse a él hasta que la batalla acabase.

—No te olvidaremos —dijo—. Nunca olvidaremos que fue un Nigromante quien se sacrificó por proteger a nuestro paladín. Y lo honraremos como sólo alguien que fue capaz de cambiar tanto se merece.

—¿Y los demás? —preguntó River con temor.

Aster suspiró.

—No lo sé, River. La batalla es un caos. —Le miró con el rostro muy serio, parecía cansada—. Ahora que se han abierto las puertas salen más Magos del interior, y también Bajos humanos. Por la retaguardia han empezado a aparecer kapres del desierto que crean remolinos de viento ahogando a los humanos. Y en la vanguardia tendrán problemas otra vez con los Nigromantes que puedan quedar dentro de la fortaleza.

River asintió, apretando los labios.

—Iré hacia las puertas —dijo.

Aster le miró con los ojos llameantes, cansados, pero aun así capaces de captar la turbulencia de sus emociones.

—¿Estarás bien? —le dijo la Ígnea—. Casi te matan ahora mismo.

River dedicó una última mirada al cuerpo de Jayden, protegido por aquellos elfos dispuestos a dar la vida por quien había sido un Nigromante.

—Estoy bien —dijo—. Cuídate tú también, Aster. A Phyros le dolería terriblemente perderte.

Aster asintió sin decir nada. Le dio un rápido abrazo, se convirtió en fuego y desapareció entre los soldados aliados que habían vuelto a rodearlo para hacerle de escudos frente a los gólems y los guerreros maelvanienses. Mirando hacia las puertas, allá a lo lejos, River se juró reunir a todos los amigos que todavía le quedaran con vida y a Eyrien antes de que acabara el día.

XVII

El Más Alto humano



—¿Estás preparada? —le preguntó Ashzar a Eyrien.

—**E** La elfa suspiró. Estaban todavía en pie sobre el agua, donde llevaban horas aguardando. Habían estado la mayor parte del tiempo en silencio, pensando en sus cosas. Ashzar en lo que le haría a la Sabia Hizel, Eyrien impidiéndose expandir la mente para descubrir lo que estaba pasando en el resto del mundo por miedo a que influyera en su resolución. Durante aquellas horas había conseguido convencerse a sí misma de que ni River ni Phyros eran sus amigos, pues eran mucho más que eso, y que tampoco lo eran sus familiares, puesto que ante todo eran eso, familia. Cuando Ashzar le habló, estaba tratando de convencerse de que Fereya más que su amiga era una compañera Cazadora. Pero no podía engañarse, Fereya era su amiga más que otra cosa. Y luego estaban Freyn, Eriesh, Alana, Killian... demasiada gente a la que temía perder. Ahora se daba cuenta de la cantidad de gente a la que quería entre los miembros de muchas razas. Incluso el vampiro que aguardaba su respuesta le preocupaba.

—Estoy lista —dijo.

Ashzar asintió.

—Iré primero para asegurarme de que no hay ningún Rastreador de Feéricos por la zona. Nos vemos dentro, justo al otro lado de esta muralla.

Su cuerpo pareció volverse borroso y se convirtió en un remolino de polvo que, como si fuera arrastrado por el viento, sobrepasó la alta y lisa muralla y desapareció. Eyrien se concentró entonces, y cerrando los ojos fijó su mente en la energía que ella misma era. Pero de pronto sintió un tirón y se vio hundida en el agua sobre la que se había mantenido en pie todo aquel tiempo. Aguantando la respiración miró a su alrededor, hasta que vio parte de un cuerpo azul y escurridizo moverse en torno a ella. La cola la agarraba de un tobillo, impidiéndole subir a la superficie. Era una hidra marina, y los debía haber acechado hasta que al desaparecer Ashzar, se había atrevido a atacarla. Eyrien se descolgó el arco y puso una flecha para apuntar a la cola de la bestia. Pero se lo pensó mejor al ver las crestas afiladas que estaban tan cerca de su piel; tenían aspecto venenoso y podían hierirla si la hidra la soltaba de golpe. Se giró para buscar la cabeza de la hidra, la parte más peligrosa del animal. La encontró a su espalda, abriendo las fauces para mostrar unos colmillos de aspecto venenoso. Eyrien supo con certeza que nunca podría convertirse en energía antes de que la hidra la alcanzara. Volvió a colgarse el arco a la espalda.

El animal hinchó los pulmones y exhaló una especie de vaho del mismo color púrpura que su cresta. Eyrien se puso alerta; eso las hidras de agua dulce no lo hacían. Mirando aquel veneno que se le acercaba, apretó los labios. Congeló el agua que la rodeaba, de forma que el veneno vaporoso se encontrara con una barrera sólida. Esperó hasta que se dispersara el agua nociva, soportando la frialdad que la rodeaba, tan dañina para los elfos cálidos como ella. Furiosa, la hidra se lanzó

contra ella, estrellando los colmillos contra el hielo. Eyrien guardó la calma, pensando qué hacer. No podía cercenar el cuerpo de la hidra, por miedo a que su veneno se extendiera por el agua matando a la flora y la fauna que se encontraba debajo. Levantó la vista hacia la superficie, sabiendo que pronto se le acabaría el aire. Entonces supo que eso era lo que tenía que hacer, ahogarla. Pero para poder hacerlo tenía que deshacer el hielo que la rodeaba. Esperó hasta que la cabeza de la hidra se alejó para prepararse para un nuevo ataque.

Cuando el cuerpo del animal se estiró para coger impulso y lanzarse contra el hielo, Eyrien lo disolvió y alzando la mano, atrajo una burbuja de aire de la superficie y la impulsó contra la cabeza de la hidra. Al sentir que el aire rico en oxígeno la rodeaba, la hidra agitó su cuerpo con mayor desesperación a medida que sentía que se ahogaba. Eyrien se agachó para tratar de desenroscar la cola de la hidra de su pie mientras la arrastraba al fondo. Luego, mientras veía cómo el cuerpo de la bestia caía lentamente hacia el fondo del mar, trató de concentrarse pese a la falta de oxígeno.

Percibió a través de los ojos cerrados que el brillo de su mente aumentaba hasta que sintió de pronto una implosión en el interior de su cuerpo. Y supo que ya no lo tenía. Se apresuró a centrar su mente en la muralla, en el otro lado de ésta. En cuanto fue consciente de estar rodeada por un jardín de plantas tropicales, volvió a materializar su cuerpo. Se encontró apoyándose en un muro caliente por el sol del mediodía, doblándose sobre sí misma por el efecto que provocaba la transformación y el tiempo excesivo que había pasado bajo el agua. Vio a Ashzar a su lado y se esforzó por no toser, lo que podría llamar la atención de los guardias del castillo.

—¿Estás bien? —le preguntó el vampiro mentalmente—. Has tardado mucho.

—Me ha atacado una hidra —consiguió decir, tratando de alzar el brazo casi insensible.

Ashzar la miró con aquellos profundos ojos grises.

—Estoy bien —dijo Eyrien.

—¿Estás segura?

Eyrien asintió.

—Casi te ahogas, ¿verdad? No debería haberte dejado sola.

—Me he enfrentado a cosas peores que una hidra marina. Soy la Dama de Siarta, ¿crees que no la podría vencer?

—Creo que eres suficientemente elfa como para arriesgarte a que te haga daño por proteger a los hipotéticos peces que pudieran pasar por allí.

Eyrien apretó los labios, enfadada. En eso llevaba razón.

—¿Estás preparada para entrar ahí? —preguntó el vampiro.

Fuera la gente estaba muriendo, no podían retrasarse.

—Estoy suficientemente bien para tratar de acabar con esto de una vez —respondió.

Se lanzó un conjuro para secarse. Miró a su alrededor, descubriendo por el pequeño jardín rodeado por un claustro en forma de media luna que estaban en la versión maelvaniense del jardín de los dormitorios reales del castillo de Arsilon.

—Hemos tenido suerte —dijo—. En teoría es imposible llegar a esta parte del castillo por la muralla, y desde la zona delantera habría que atravesar todo el castillo. Esigion creyó inteligente

hacer su fortaleza como nosotros hicimos la de Arsilon, contando con que nadie podría asaltarla, igual que es difícil asaltar la de Arsilon sin ayuda del interior. Pero con ello cometió un error.

—Porque no es impenetrable —dijo Ashzar—. Yo puedo entrar, y tú también puedes.

Eyrien asintió, pero le miró con suficiencia.

—A los vampiros no os resultaría tan fácil entrar en Arsilon. Las murallas de esta zona están tapizadas de enredaderas de Flores del Edén, que os dificultaría haceros corpóreos en su interior —dijo alzando la barbilla—. Respecto a que los elfos siartanos podamos entrar, sólo pueden hacerlo los poderosos. Y nos pareció una buena medida de seguridad.

—Siempre por encima de todos —apostilló Ashzar—. Esperemos que no llegue el día en que los arsilonianos tengan que temeros y defenderse de vosotros.

—Ese día no debería llegar.

—Entonces asegúrate de que ninguno de los tuyos se convierte en un déspota Sabio más. Especialmente tú, que eres muy poderosa y capaz de ver cosas en las estrellas. No cometas el mismo error que ellos, ahora que ya sabes la verdad.

Eyrien se tomó sus palabras muy en serio, pero no quiso demostrarle al vampiro lo mucho que la asustaba mirar a las estrellas por temor a lo que pudiera leer en ellas.

—Creo que deberíamos ir hacia las ventanas del este —dijo—. Si por dentro es también como el castillo de Arsilon, llegaremos a los despachos donde es posible que esté Esigion.

—Bien —dijo Ashzar—. Pero no lo olvides, princesita. Te ayudaré con el inhumano maelvaniense a cambio de que pueda tener unas palabras con los Sabios.

El vampiro deseaba mucho más que tener una palabras con los Sabios, y Eyrien se preguntó qué hacer. ¿Se enfrentaría a Ashzar por proteger a los Sabios?

—Primero Esigion —dijo—. Él tiene que tener la culpa; los Sabios no dejarían morir a nadie así si pudiera evitarlo.

—Bien, entonces que me lo digan ellos. Entonces los creeré.

A pesar de que aquellas palabras la estremecieron, Eyrien asintió. Y tras cruzar el pequeño jardín, tan sigilosos como sólo podían serlo los inmortales, se encaramaron a las ventanas del primer piso y se internaron por un pasillo oscuro en la fortaleza de Maelvania.



Esigion se encontraba en su despacho mirando por las ventanas que daban a las puertas y, un poco más allá, al lugar donde se desarrollaba la batalla. Frunció el ceño cuando vio caer la nube de flechas sobre sus Nigromantes. Sabía que ningún elfo habría hecho nunca algo así, se habrían limitado a lanzar las flechas al mar o no, mejor, hacerlas arder en el aire para que no hubiese peligro de que atravesaran ni siquiera a una mísera medusa. Y sabía quién era la maldita horma de su zapato, River de la Casa de los Tres Elfos. Ordenó mentalmente que abrieran las puertas, e hizo salir por ellas al segundo y el tercer batallón. Llamó a los rocs, a los kapres y a los guls en reserva y los lanzó sobre los Aliados. No iba a permitir que hubiera otro Alto humano tan poderoso como él. Ya intentó atraer al chico a su lado hacía tiempo, pero en cuanto los Aliados se dieron cuenta,

lo protegieron bien. Ahora sólo quería verlo muerto. Si la cosa empeoraba, él mismo saldría al campo de batalla. Entonces verían lo que podía hacer su joven campeón contra el gran Mordecai, hijo de elfos. Llamaron a la puerta.

—¿Qué hay, Marzac? —preguntó sin invitarlo a pasar.

—Los rastreadores dicen que huele a elfo siartano en el castillo —dijo—. Aparte de los Sabios.

—Elfita, elfita... ¿Viene sola?

—No sienten a nadie más.

—Bien —dijo Esigion—. Apartaos de su camino y dejadla llegar hasta las almenaras del este.

Sonrió. Así que la niña buena de Siarta, resoluta ella, había conseguido entrar. Esigion había contado con ello. En todos aquellos años jamás, jamás había subestimado a los Elfos de la Noche. Jamás. Salió de su despacho poniéndose la capucha para pasar ante su guardia personal, y se dirigió al sótano donde estaban los Sabios. Abrió la puerta, fascinándose como siempre ante su visión. Eran hermosos y espeluznantes a un tiempo en su innatural vejez feérica. Lubisten, orgulloso como siempre, le miró alzando la barbilla como si no fuera un prisionero incapaz de salir de allí por su propia voluntad.

—Parece que vuestra pequeña Cazadora ha llegado hasta aquí —les informó complacido—. Teniendo una rehén mejor, a la que en Siarta todavía respetan, ya no os necesito a vosotros.

Lubisten no perdió su sonrisa.

—Así que vas a matarnos, Mordecai. A nosotros, que te creamos. Que escuchamos tus ruegos. Que soportamos lo que tuvimos que hacer para...

—¿Que vosotros lo soportasteis? —lo atajó—. Fui yo quien sufrió aquella tortura atroz, elfo.

—Sí, lo soportamos. No nos gusta el dolor, propio ni ajeno. Sigues sin conocernos, Mordecai —dijo Hizel con la misma mirada atormentada que mostraba desde que muriera la súcubo Lilith—. Después de tantos siglos, todavía no nos conoces.

—Os conozco lo suficiente como para saber que os dejaréis matar sin oponer resistencia porque, en el fondo, soy un producto de vuestras equivocaciones y no merezco ser castigado por lo que vosotros hicisteis, al acceder a mis ingenuos ruegos. —Sonrió interiormente mientras componía una expresión dolida—. Os conozco lo suficiente como para saber que la pequeña heredera de Siarta vendrá hasta aquí para nada, porque cuando sepa lo que hicisteis se sentirá responsable de vuestros actos. Y será incapaz de matarme, como vosotros. Después Siarta dejará de luchar, y venceré.

—¿Así que Eyrien está aquí? —dijo Lubisten mientras los otros cinco Sabios se miraban—. Bien. Porque dudo que haya venido sola, Mordecai.

—Ha venido sola —dijo Esigion—. Mis rastreadores no han detectado a nadie más.

Lubisten lo miró con aquella expresión conmisericordiosa, tan típica de los elfos cuando creían que alguien estaba mostrando su inferioridad mental.

—Mordecai, a estas alturas ya deberías saber que a la muerte no siempre se la siente llegar.

Esigion de Maelvania sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Crees realmente que dejamos morir a aquella súcubo porque nos olvidamos de

alimentarla? —le dijo Lubisten con un brillo en la mirada oscura—. ¿De verdad piensas que nosotros íbamos a olvidar algo así? La dejamos morir para asegurarnos de que el vampiro cumpliría su parte del trato. Sabíamos que era posible que le cogiera cariño a nuestra Dama, como hacen todos. En ese caso era posible que ya no le preocupara cumplir su tarea y matarte. Así que teníamos que asegurarnos de que se acercara lo suficiente a ti como para matarte. ¿Y qué mejor manera que asegurándonos de que nos daría caza que matando a su hermana y siguiéndote a ti? Ashzar nos persigue a nosotros, pero te arrollará a ti también por el camino. Eyrien jamás pensará que quisimos matar a Lilith por propia voluntad; lo habrá convencido de que eres tan culpable como nosotros. No necesitamos que Eyrien te mate, porque lo hará el vampiro. Si no es por cobrarse su premio, la sangre de nuestra Dama, será por vengar a su hermana.

Esigion le miró con furia, y la niebla empezó a surgir de su cuerpo, turbulenta como sus pensamientos. Todo aquel tiempo creyendo que los Sabios lo seguían por no tener ningún sitio adonde ir, y lo que estaban haciendo era convertirse en señuelos. Entre la bruma vio los ojos felinos de Lubisten, que lo miraban fijamente, sin miedo. Sin rabia siquiera.

—No me puedo creer que matarais a la súcubo. Los elfos no dejan morir a nadie de hambre sin más. Eso sería demasiado cruel para vosotros.

—No eres el único que ha cambiado —dijo Hizel—. Esto es en lo que tú nos has convertido a nosotros. De todas formas estamos dispuestos a hacerte un favor, y matar a River de la Casa de los Tres Elfos por ti. No queremos que nuestro error se repita.

—No necesito que me hagáis favores —dijo Esigion—. De ese chiquillo puedo ocuparme yo. Ah... claro. Lo que os preocupa es que viva y descubran lo que se le ha hecho, y lo que hicisteis vosotros conmigo. Pero que eso no os inquiete, porque no vais a vivir para ver cómo el resto del mundo os desprecia.

Lubisten sacudió la cabeza.

—Te has equivocado, Mordecai —le dijo—. Creías conocernos bien pero has subestimado a los elfos. Y morirás por ello. Puedes matarnos ahora, porque no queremos seguir viviendo. No después de haber visto lo que has hecho durante todos estos años, después de haber matado a nuestros aprendices por repetir nuestro error. Después de haber dejado que arrasaras lo que quedaba de Suria y de haber visto cómo torturabas a Beleren de Boreanas y a tantos otros. No después de haber tenido que dejar morir a Lilith de una forma tan cruel. Ni de haber sacrificado a nuestra Dama. Mátanos si quieres, porque moriremos de pena igualmente. Pero tú también caerás al fin. Así que déjanos matar a River antes de que muramos todos los que podemos matarle y viva para convertirse en alguien como tú.

Esigion apretó los puños con fuerza, aterrado ante la idea de que Ashzar fuera en su busca. Furioso, lanzó una daga de energía al Sabio que se hallaba en un extremo. Se sintió un poco mejor cuando lo vio desplomarse con el pecho sangrando sobre la mesa. Repitió la acción, asesinandolos a todos mientras ellos aguardaban quietos como estúpidas marionetas. ¿Tanto les apetecía morir? Pues se alegraba de poder complacerlos. Los fue asesinando hasta que sólo Lubisten quedó en pie. Seguía mirándolo con aquella expresión de paz más allá del dolor, pese a que sus compañeros y amigos yacían a su alrededor, abandonados por la vida.

—Tengo mis medios para enfrentarme a los vampiros, Lubisten —le dijo—. He tenido años para pensar en ello. Muere sabiendo que viviré para siempre, y que quizás hasta me quede con el chiquillo de la Casa de los Tres Elfos para que continúe mi labor cuando incluso yo desaparezca. Así que muere sabiendo que todo esto que habéis hecho no servirá para nada. Porque yo voy a vivir, y todos esos sacrificios que habéis permitido han sido en vano. Muere sabiendo que será la Casa de Siarta la que más sufra mi venganza.

Antes de que al elfo le diera tiempo a oponerse a sus palabras, lo mató porque quería que se quedara grabada en su mente la expresión de duda de la cara de Lubisten antes de morir. Se recreó unos instantes en la visión de los seis Sabios muertos, tirados en su suelo y tiñendo con sangre las baldosas oscuras sobre las que él todavía estaba en pie. Había esperado mucho para gozar de aquel momento de supremacía, pero lo enfurecía que quedara empañado ahora por el temor. Se sentía amenazado, no había contado con el maldito vampiro. Aunque no estaba acabado, ni mucho menos.

—Oculta la visión de todos —ordenó en el dialecto de los Elfos de la Niebla, su familia por mucho que les pesara.

Pronto todo el castillo, sus estancias y sus pasillos, estuvieron colmados por la bruma. Él veía perfectamente entre aquella espesura neblinosa pero oyó los gritos asustados de sus Nigromantes, que correteaban de aquí para allá. Le importaba muy poco, por él podían despeñarse todos desde lo alto de las murallas; siempre podría conseguir más. Y cegando a sus enemigos, esperaba ganar el tiempo suficiente para prepararse. Llamó a Marzac, decidiendo que era suficientemente fiel como para interponerse entre él y el peligro. Además era reemplazable, como todos.

Desde el campo de batalla, poco después de que la multitud de flechas cayera sobre los Nigromantes, no fueron pocos los que vieron desaparecer el castillo en una nube de bruma sin saber lo que eso significaba.



Eyrien y Ashzar se detuvieron cuando su visión quedó anulada por la niebla. Oyeron voces a su alrededor, en otras estancias. Los Nigromantes gritaban tan sorprendidos como ellos. Eyrien se dispuso a lanzar un conjuro al aire para disipar aquella bruma persistente cuando una mano le tapó la boca. Por su tacto ni frío ni caliente, supo que se trataba de Ashzar.

—La bruma nos ayudará a llegar hasta Esigion sin que sus hombres nos retrasen —le dijo el vampiro mentalmente—. Coge mi mano, yo seguiré su olor.

Eyrien dejó que la guiara a través de aquel aire denso y gris que parecía ahogar todos los sonidos. Gracias a su percepción, se dio cuenta de que giraban varias veces. Trató de orientarse para saber hacia dónde iban, pero empezaba a sentirse aturdida. Poco a poco, se le embotaba la mente. Ashzar se detuvo de golpe, haciendo que chocara contra él. Lo sintió moverse, cogiendo algo y lanzándolo después al suelo con furia.

—Sabe que estoy aquí —dijo el vampiro—. Ha estado dejando ropa con su olor por los pasillos para guiarnos hacia donde a él le parecía bien.

—No lo comprendo —dijo Eyrien—. Estoy aturdida.

—¿De veras? —la voz de Ashzar sonaba preocupada.

—Sí, me resulta familiar. Es como...

Se calló bruscamente, a la vez que se oía un zumbido. Eyrien oyó gemir a Ashzar.

—¡Límpiate! —le ordenó al aire pese a que eso le provocó dolor de cabeza.

Notó que un conjuro se oponía al suyo, y le costó superarlo por culpa de aquel entumecimiento de su mente. A medida que la niebla se disipaba, oyó el zumbido de algo rasgar el aire, pero nada llegó a rozar su escudo protector. Poco a poco pudo distinguir que se encontraba en un pasillo exterior de altas paredes, con pequeñas aspilleras abiertas cada pocos metros sobre el patio delantero del castillo. Exactamente igual que en Arsilon; se encontraban en las almenas de la segunda muralla. A aquellas horas de la tarde sólo una franja muy fina del suelo estaba cubierta por la sombra.

Cuando pudo ver bien, Eyrien se dio cuenta de que el suelo estaba cubierto de polen de Flor del Sueño. Era lo que la estaba entumeciendo. Ashzar, a su lado, estaba de rodillas y se arrancaba del pecho una especie de dardo redondo que le hacía sangrar. Había otros dos en el suelo pero eso no debía ser apenas importante para un vampiro, con su capacidad para regenerarse. Al escuchar nuevos zumbidos, Eyrien sacó su espada y desvió el ataque. Se oyeron tres choques metálicos contra los filos de su espada feérica. Ashzar, furioso, se arrancó la última de las saetas del cuerpo e hizo un gesto de barrido con el brazo. Más allá de la niebla se oyó un golpe seco y un crujido, junto con un gemido interrumpido de forma brusca.

—Pero eso no era Esigion —dijo Ashzar resollando, tomando a Eyrien del brazo y empujándola tras él.

—No —dijo una voz que Eyrien casi podía llegar a recordar, la de Esigion de Maelvania—. Era mi buen pupilo Marzac. Un chico leal, pero demasiado apasionado. Habéis hecho bien en matarlo, yo no quería que hiriera a la Dama de Siarta. He venido tan rápido como he podido para evitar la confrontación.

—Miente —le murmuró Ashzar a Eyrien—. Si no quisiera herirte no habría llenado el suelo de este polen que si aspiras demasiado tiempo acabará por matarte.

—Por supuesto que el polen no está aquí por ella —dijo Esigion, y parecía ultrajado—. Es por mis hombres. Son difíciles de controlar y así evito que se comuniquen entre ellos sin mi permiso. Es una pena que hayamos tenido que encontrarnos aquí.

Eyrien entrecerró los ojos, mirando hacia la densa niebla que persistía a unos tres metros delante de ellos en el estrecho pasillo que Esigion había escogido como su pequeño campo de batalla. Había sido listo; los había reunido a pleno sol, donde Eyrien no podría fundirse con las sombras y en un lugar tan estrecho que no podrían rodearlo.

—Déjate ver, Inhumano, pareces un kapre así envuelto en bruma —dijo Ashzar, que para sorpresa de Eyrien no se levantaba del suelo.

De la bruma surgió una risa, y Esigion lo hizo con ella. Al bajarse la capucha descubrió su rostro todavía joven y apuesto para ser humano, enmarcado por unos cabellos envueltos en un halo extraño. Era evidente que uno de sus progenitores había sido un Elfo de la Niebla. Los ojos

cambiantes, turbulentos, observaron a Eyrien.

—Mordecai —susurró ella.

—Así que ya lo sabes. Prefiero que me llamen Esigion, gracias a tus Sabios hace tiempo que Mordecai desapareció —le dijo avanzando, mientras Ashzar seguía resollando en el suelo—. Pero si sabes qué soy, no entiendo cómo has venido con un asesino. ¿De verdad vas a dejar que me maten, a mí que soy así por lo que me han hecho los tuyos? —Cuando vio la duda en su rostro, se giró hacia Ashzar—. ¿Empiezas a sentir cómo se extiende el veneno, vampiro? Casi vas a tener que darme las gracias por haber matado por ti a los Sabios, ¿no crees? Porque a duras penas puedes tenerte en pie. Qué tonta es la leyenda de que la Flor del Edén os espanta, ¿verdad? Pero inyectada en sangre, la cosa cambia bastante...

—¿Los Sabios están muertos? —dijo Eyrien con un estremecimiento.

—No me quedó más remedio —dijo el Nigromante—. Querían matarme, y tuve que defenderme. Igual que Ashzar quiere matarme, y tengo que defenderme también. Y tú no vas a meterte, ¿verdad, Eyrien? Porque sabes que yo, un incomprendido al que han abandonado todos los que podían enseñarme a ser bueno y sabio, tengo derecho a proteger mi vida.

Eyrien miró con los ojos muy abiertos a Ashzar, asustada. No quería verlo morir. Se arrodilló a su lado poniéndole una mano en la mejilla. La tenía cálida, lo que era innatural en un vampiro. El hecho de que los Sabios estuvieran muertos le aterró tanto como le apenaba. Tanto como le aterraba saber que no se sentía capaz de matar a Esigion ella misma. Porque pensaba en River, y se lo imaginaba solo, abandonado, como le había sucedido a Esigion. Si no hubieran despertado su memoria élfica, quizás nunca se habría vuelto tan déspota. No podía matarlo, porque le aterraba la idea de tener que hacer lo mismo con River alguna vez.

Pero entonces estaban perdidos. Porque si Ashzar no podía vencer a Esigion, éste vencería. Y ni siquiera estaba segura de ser capaz de dejar que Ashzar le matara.

Pensando quizás lo mismo que ella, Ashzar se levantó bruscamente y trató de lanzarse sobre Esigion. Pero éste estaba preparado. Los envolvió en otra nube de niebla y sacó su propio sable. Le lanzó a Eyrien encima una camisa que había mantenido oculta bajo la capa. Ashzar, cegado y atraído por dos olores opuestos, dudó sin saber qué rastro seguir. Esigion aprovechó para lanzar varias dagas de energía que hirieron a Ashzar en el pecho y a Eyrien en los brazos, cuando intentó protegerlo. El vampiro la apartó de un empujón, haciendo que chocara contra la pared.

Mientras ellos dudaban, temiendo herirse el uno al otro en aquel ambiente impenetrable, Esigion le lanzó encima a Ashzar una especie de red feérica, que se aferró a su torso inmovilizándose los brazos. Ashzar gimió, pues la red estaba cubierta de espinas de Flores del Edén que se le clavaban en la piel. Cuando la niebla volvió al cuerpo de Esigion, Eyrien miró alrededor sin saber qué hacer.

—Princesita —le dijo Ashzar—, deja de pensar de una vez antes de que te haga daño.

—Sí —dijo Mordecai con sorna—. Escucha al vampiro que te ha atacado multitud de veces, que te ha aterrorizado durante meses. Haz caso al ser que desea matarte y que ha matado a otras muchas elfas antes que a ti. Yo no quise hacerte daño cuando te modifiqué la memoria, Eyrien. Sólo quería ayudarte a ser libre, a vivir tu propia vida —le dijo fijando en ella los ojos turbulentos

— Quería a una amiga entre los elfos, porque estoy cansado de vivir viendo morir a todos los que me rodean. Pero mis creadores me dieron la espalda, ¿no es justo que estuviera furioso con ellos? Y estaba asustado, quizás he cometido un error dejándome llevar por el dolor y matándolos. Pero no sé controlar mi poder, no hubo nadie a mi lado para enseñarme.

—Te está mintiendo —le advirtió Ashzar con la mandíbula apretada.

Eyrien supo que podía ser cierto, podía estar mintiéndole. Pero lo que Esigion decía tenía lógica. Era normal que un ser al que habían abandonado pudiera sentirse despechado. Especialmente si era humano, pues éstos acostumbraban a dejarse llevar por sus pasiones.

—Incluso el vampiro debería darme las gracias. Porque otro de los motivos que me ha impulsado a matarlos ha sido averiguar que habían dejado morir a la hermana de Ashzar.

—No puedo creerlo —dijo Eyrien.

—Créelo, querían atraer así al vampiro para que me matara. Pero no fui yo. Fueron ellos, nunca fueron tan buenos como lo eres tú, Eyrien. Te quería a mi lado porque sé que tú eres buena —insistió Esigion con rostro apenado—. Lo demostraste al acoger a River de la Casa de los Tres Elfos a tu lado después de que lo sometieran a la misma tortura que a mí. Pero nunca te habrían dejado ayudarme si hubiese tratado de acceder a ti.

Eyrien empezaba a ponerse nerviosa, escucharle hablar la mantenía inmóvil y eso la asustaba. El Nigromante la miró con sus ojos turbios, y sonrió como si adivinara sus pensamientos.

—No me desprecies por lo que he hecho —le dijo—. Incluso tu River, al que has educado, acaba de lanzar seis mil flechas contra cuatro mil de mis Magos, dejándolos como un alfiletero. ¿Qué podías esperar de mí, que no tenía tu ayuda?

—River lo ha hecho porque si no ibais a perder esta guerra, Eyrien —dijo Ashzar a su lado, siseando por la furia y la impotencia—. Esas flechas iban dirigidas a tu gente y él estaba preocupado por Killian y porque tú tuvieras que lamentar la pérdida de aquellso a los que quieres.

—No te metas donde no te llaman, vampiro —le dijo Esigion con un brillo sádico en la mirada, que desapareció cuando volvió a mirar a Eyrien—. ¿Acaso yo, que también tengo sentimientos, puedo ver cómo vienen a matarme sin defenderme, a mí y a mi gente?

—Tú no tienes sentimientos —le espetó Ashzar.

—Los he perdido después de ser abandonado y rechazado, y de sentir la pérdida de los míos a lo largo de los siglos.

A Eyrien le costaba pensar, y el polen de la Flor del Sueño le estaba embotando los sentidos. La estaba matando poco a poco. Eyrien no quería dejarse engañar, pero le parecía adivinar sinceridad en la mirada turbulenta de Esigion. Quizás trataba de mentirle, pero era posible que en el fondo sintiera ese dolor del que hablaba. Pensó en Jayden, que también se mostró inflexible al principio. Y en River, que finalmente había asesinado a muchos Nigromantes. Pero pensó en las palabras de Ashzar: River no estaba contento de lo que había hecho. Era presa de la pena y el remordimiento. ¿Lo sería él también?

—¿Ha usado River la magia Vodun para matar a esos Nigromantes? —le preguntó a Ashzar.

—No —dijo éste con esfuerzo—. Y de hecho por lo que dicen muchos elfos ahí abajo, se ha asegurado de que no sufrían al morir. Eyrien, por el amor de los dioses, no los compares. Esigion

ha hecho mucho mal como para perdonarlo sin más a estas alturas. No se lo merece porque no se arrepiente de nada.

—Ya es suficiente, vampiro —le dijo Esigion mirándolo, pues la elfa estaba dudando demasiado—. Deja de engañarla, eres tú el que quiere sobrevivir para matar a la Dama de Siarta y quien sabe qué hacer después con todo ese poder.

Eyrien le vio desenvainar su sable. El polen le impedía pensar, y tenía que decidir cuál de sus enemigos le despertaba más compasión, de cuál de los dos se podía fiar.

Esigion sentía la victoria en sus manos. La Dama de Siarta era más cándida de lo que había llegado a creer. Era una poderosa guerrera, pero en el fondo no era más que una niña. Sí, disfrutaría manteniéndola a su lado. Pero a ella no la dejaría sufrir tanto como para que quisiera morir. Tan linda, luminosa y oscura al mismo tiempo, la quería para sí hasta su muerte.

—Eyrien —le dijo Ashzar incapaz de moverse—. No permitas que haga esto. Luego vendrán cosas peores, y te pasarás la vida sufriendo por lo que dejaste que pasara sin hacer nada para evitarlo. Pelea luego conmigo por tu vida, si así lo deseas. Pero no le dejes ganar a él, porque perderás el mundo entero. Y a todos los que quieres. No te lo digo como vampiro, te lo aconsejo como amigo.

Como amigo. Eso la hizo reaccionar. Pero el Nigromante no era un humano normal, era un hijo de los Elfos de la Niebla y llevaba centurias preparándose para enfrentarse a los inmortales y presintió su cambio de actitud. Le lanzó a Eyrien un conjuro para congelarle la sangre que ella recibió de pleno. Esigion la miró mientras ella caía de rodillas.

—No deberías haber intervenido —la avisó mientras alzaba el sable hacia el cuello de Ashzar. A Eyrien le dolía el cuerpo por culpa del hielo en que se estaba convirtiendo su sangre cálida. Cayó al suelo, donde la cercanía del polen le impidió apenas moverse. No pudo evitar que el polen entrara en su garganta cuando jadeó, tratando de oponerse a la magia fría con que Esigion la atacaba. Verlo alzar el sable sobre la cabeza de Ashzar la ayudó a centrarse. Pero no era capaz de lanzar un conjuro y tampoco tuvo fuerzas para sacar su espada. Entonces recordó el látigo feérico que le diera Jayden.

—¡Libérale! —dijo pensando tan sólo en darle a Ashzar una oportunidad de vivir.

El látigo cobró vida mientras ella yacía en el suelo. Con un movimiento decidido la obedeció, y arrancó de las manos de Esigion el extremo de la red con que inmovilizaba a Ashzar. Éste se la quitó de encima con esfuerzo y se puso en pie. En el mismo movimiento, veloz y letal, hizo un gesto de barrido para dispersar el polvo de la Flor del Sueño y clavó la mano desnuda en el pecho de Esigion. El Nigromante miró a Eyrien mientras sentía que un ardor se extendía por su pecho, antes de que el cuerpo se le entumeciera y la vista se le nublara. Aunque esta niebla era diferente. Era oscura, aterradora, y no la controlaba.

—Vive sabiendo que has sentenciado a una víctima del destino a una muerte inmerecida, Eyrien de Siarta —musitó—. Si es que el vampiro no te desangra. Te lo merecerías.

Eyrien, sintiéndose un poco más despierta gracias a que ya no había tanto polen a su alrededor, se levantó apoyándose en la pared. Luchó por respirar aire más puro, que limpiara sus pulmones. Pero seguía sintiéndose aturdida. Estaba exhausta. Miró a Esigion mientras Ashzar sacaba la mano

de su pecho y lo dejaba caer al suelo, que se empezó a teñir de carmesí. Y así murió Esigion, el terror de los pueblos libres durante siglos, pues por poderoso que fuera entre los mortales al final nada había podido hacer contra los inmortales. Pero así eran los humanos, capaces de imaginar lo imposible. De soñar, dejándose llevar por la temeridad. De ansiar el mundo, y querer ponerlo a sus pies

Luego miró a Ashzar. El vampiro ahora ya podía considerar que había cumplido su parte del trato y que tenía el derecho de matarla. Mientras la niebla se empezaba a disipar en todo el castillo, se preguntó si los hermosos ojos del vampiro eran lo último que iba a ver en vida.



En el Estrecho la lucha continuaba, ardua y sangrienta, ignorantes de lo que sucedía en el Sur. Tampoco importaba. Pues hubiese ganado o perdido el ejército de la Cuarta Alianza frente a Esigion de Maelvania, si ellos caían, los Nigromantes, los gólems, los chupasangres, los kapres y los trasgos podrían hacer mucho daño en el oeste del Continente antes de que otros pudieran detenerlos en su lugar. Así que no cejaban en su empeño pese a que llevaban horas y días luchando. No habían avanzado mucho, pero tampoco habían retrocedido, que era lo importante. Ian, exhausto, tuvo que apoyarse en su espada para recuperar el aliento. La reina Calisto desvió un mandoble que iba dirigido a su cabeza y clavó su daga en el cuello del maelvaniense que había tratado de matarla. Luego lo miró con los ojos entrecerrados. La Amazona iba a decir algo pero de pronto, a su lado, apareció una nube dorada. Se preparó para luchar, por si era un nuevo siervo del enemigo, pero se convirtió en una Elfa de la Noche, alta y antigua.

—¡Mamá! —exclamó Asier acercándose con Fereya.

—Esigion de Maelvania ha muerto —le dijo Elhania de Siarta—. Tu padre y yo podemos enfrentarnos al fin a la guerra.

—¿Y Eyrien? —preguntó Fereya.

—Sigue en el Sur —dijo la elfa—. Vuestro padre irá allí en cuanto contengamos la lucha aquí.

Oyeron gritos en lo alto de la meseta donde luchaban los Magos contra los Nigromantes, decían que Subinion de Siarta estaba entre los Aliados.

—Gracias a la Diosa —murmuró Calista, convencida de que los Nigromantes pronto serían historia.

Allí abajo, sin embargo, la lucha continuaba. Aunque los gólems se habían detenido, todavía debían ser destruidos antes de que ningún Nigromante los reanimase. Y los soldados maelvanienses y los kapres seguían luchando sin cuartel. Ian hizo el gesto de alzar la espada pero el aguijón de dolor que sintió en el costado lo hizo tambalearse. Le costaba respirar. Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Elhania de Siarta lo sujetaba por el brazo para evitar que se cayera. Lo miraba intensamente con sus profundos ojos azules, como si lo sondeara.

—Hay que sacarlo de aquí —dijo la elfa—. Asier, hazte cargo del ejército.

Asier miró a Ian con pesar, antes de asentir. Entonces el rey supo que se estaba muriendo. La herida provocada por los kapres dorados no iba a curarse nunca. Pero aquella certeza no lo

sorprendió, pues en cuanto lo habían herido sabía que ése podía ser su final. Pero moriría orgulloso de haber permanecido al frente de su ejército hasta saber que iba a salir victorioso. Ahora que podía relajarse, su cuerpo se rindió al dolor y la vista se le nubló. Oyó a Elhania hablar con aquella voz tan hermosa con la reina Calista, y luego tuvo la sensación de que lo colocaban sobre una camilla hecha por la magia de los Elfos de Quersia.

Cuando despertó, refrescado por la humedad de una toalla sobre la frente, Ian se encontró dentro de su tienda en el campamento de Quersia. Le costaba respirar. Intentó erguirse pero una mano cálida se lo impidió. Vio a Elhania de Siarta a su lado, resplandeciente su piel en la penumbra de la tienda. Al otro lado estaba Calista, y le sorprendió verla. La Amazona debió percibir su sorpresa porque adelantó el mentón.

—Has demostrado ser un gran luchador —le dijo Calista—. Si hubieses dicho que estabas herido, podríamos haberte sacado antes de la contienda y los elfos podrían haberte salvado.

—Dífcilmente habrían podido —dijo Elhania con tristeza—. Los kapres del desierto sabían lo que hacían. Cuando te hirieron, Ian, introdujeron arena conjurada en tu sangre, y se ha estado extendiendo por tu pecho. Ahora está en tus pulmones.

—No importa —dijo Ian—. He tenido una vida suficientemente larga y agotadora como para poder morir en paz si al menos sé que he dejado mis cabos atados. Ahora que sé que vamos a vencer, sólo me importa una cosa. ¿Están bien mis chicos?

—Killian y River están bien —lo tranquilizó la Señora de Siarta—. Te echarán de menos, Ian de Arsilon. Eras un padre para ellos.

—Lo superarán —dijo Ian con la voz pastosa—. Serán felices, o eso espero.

Pensó en River, que amaba a una elfa, y en Killian, que estaba enamorado de una Amazona. Pero quizás todavía podía ayudar a uno de ellos.

—Reina Calista —la llamó. La Amazona dirigió hacia los suyos los ojos azul-dorados—. ¿Puedes hacer algo por mí?

—Has demostrado respetar a las Amazonas, así que escucharé tu petición —accedió.

—Si Alana quisiera permanecer en Arsilon —dijo Ian con esfuerzo—, por favor no te opongas. Calista apretó los labios.

—¿Estás diciendo que mi nieta desea abandonar a su pueblo?

Ian trató de explicarse, pero le quemaba la garganta. Elhania le puso una mano en el hombro.

—Te está diciendo que tu nieta ha empezado a apreciar a Killian como tú has valorado a Ian, e incluso más —le dijo con suavidad la elfa a la Amazona—. Porque Killian de Arsilon es una gran persona, y Alana es lista. Ian insinúa que quizás la felicidad de ambos radique en la posibilidad de seguir juntos, aunque no sea la guerra lo que los una. No seas reacia sólo por orgullo, Calista. Si Alana permaneciera en Arsilon, no perderías a una nieta, sino que ganarías influencia en el mundo. Al fin y al cabo, si eso sucediese, la próxima heredera de Arsilon sería una Amazona.

Calista alzó la mirada hacia el techo de la tienda, pensando, antes de volver a mirar a Ian.

—Si es lo que Alana desea, no me opondré —accedió.

—Gracias —dijo incapaz de añadir ya nada más.

La reina Amazona le estrechó la mano e Ian se sintió en paz. Miró a Elhania y se demoró en su

contemplación. Pese a que no la había visto nunca antes de aquel momento, sentía que era una amiga. Y le recordaba a Eyrien, a quien añoraría.

—Dile a mis chicos que estoy orgulloso de ellos, por favor. Y a Eyrien que no sufra por mí. Que siempre la consideré la mejor de las amigas, y moriré feliz recordando ese honor.

Con eso cerró los ojos, y no los volvió a abrir. Elhania pasó una mano por su brazo, triste porque un hombre tan honorable y bueno hubiese dejado el mundo. Los elfos jamás se acostumbraban a contemplar la muerte de aquellos que no permanecían en el mundo ni siquiera como una alegría para la tierra. Su pensamiento voló hacia el Sur, donde estaban aquellos que tenían que suceder a Ian en el futuro de Arsilon. Eyrien todavía tenía que enfrentarse a su propia batalla final.

XVIII

Final



En el campo de batalla, los Aliados vieron cómo la niebla empezaba a disiparse, dejando que el castillo de Maelvania fuera visible de nuevo. Pero eso pareció ser todo para la mayoría, pocos comprendían lo que eso significaba. Lo único que les importaba era que los rocs habían sido sometidos, y que los guls empezaban a alejarse hacia la costa. Sin los Nigromantes que yacían muertos tras las líneas de gólems ya casi destruidas por completo, los simples Bajos humanos de Maelvania no era rivales para ellos. Si los Elfos Ígneos mantenían alejados a los kapres del desierto en la retaguardia, ganarían esa batalla.

Pero algunos, a lo largo de la llanura de arena dorada, se detenían a mirar hacia la fortaleza. Porque ellos habían sabido todo el tiempo que su victoria sería vana si Eyrien no vencía también.

—Esigion ha muerto —oyeron la voz de Ashzar en sus mentes.

—Esigion ha muerto —repitió River para sí.

Los hombres que tenía alrededor escucharon su murmullo, y lo repitieron a voz en grito. Pese a que no sabían lo importante que era aquello, servía para atemorizar al enemigo. Ante la disyuntiva de rendirse o morir, la mayor parte de los maelvanienses, Altos o Bajos, se dejaron prender. Cuando creyó que ya no era necesario, River se detuvo y miró a su alrededor entre los cada vez más escasos combatientes. No alcanzaba a ver a ninguno de sus amigos. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Reuníos conmigo frente a las puertas! —llamó mentalmente a todos sus amigos.

Y esperó, con el corazón en un puño, sabiendo ya que al menos Jayden no acudiría a su llamada. Se esforzó por no girarse hacia la fortaleza, para ver si Eyrien aparecía entre los escombros que habían provocado los Elfos de las Rocas tras conseguir cruzar las puertas. Pero no distinguió a ninguna elfa de vestido negro y largos cabellos azules entre los que corrían.



Mientras todavía miraba a Ashzar, preguntándole si iba a atacarla, Eyrien recibió el mensaje telepático de River convocándolos a todos a reunirse con él. Se alegró de oír su mente, aunque fuera quizás la última vez. Sonrió antes de concentrarse de nuevo en Ashzar. Haciendo un esfuerzo, sabiendo que no vencería, llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—¿Tenemos que pelearnos ahora?

Ashzar suspiró.

—Podemos descansar un rato. Yo tampoco estoy en mi mejor momento, ¿sabes?

Eyrien asintió. Ashzar hizo un nuevo gesto de barrido con el brazo y la red feérica de Esigion y el polen de la Flor del Sueño se alejaron un poco más. También el cuerpo del Nigromante fue arrastrado por el suelo, alejándose de ellos. Al ver que Ashzar se sentaba apoyándose en la pared,

Eyrien hizo lo mismo. No, ninguno de los dos estaba en su mejor momento. Pero así estaban; a ella le costaba mantenerse en pie, su mente estaba exhausta, y Ashzar tenía teñida de sangre la camisa blanca y respiraba con dificultad, cuando en circunstancias normales ni siquiera le haría falta el aire. El vampiro la miró, fijando los hermosos ojos grises en ella con un brillo curioso.

—¿Por qué me has salvado si creías que luego podía matarte? —le preguntó—. Eres una elfa demasiado buena, es imposible que lo hayas hecho sólo para que asesinase a Esigion.

Eyrien suspiró, anticipando una nueva discusión.

—Leí en las estrellas que lamentaría la muerte de un amigo —dijo.

Hubo un breve silencio.

—¿Y creíste que era yo? —le preguntó Ashzar con un leve tono de reproche y burla en la voz—. Dulce Eyrien, qué inocente eres.

—A quien considere yo mi amigo es cosa mía, Ashzar. Era lo que me pedía el corazón, y yo soy fiel a mi naturaleza. Tú puedes seguir viéndome como una simple conocida si quieres.

—También podrías decidir venir conmigo —dijo Ashzar.

Era muy hermoso, protector y divertido, pero Eyrien ya no podía pensar en él de esa forma.

—No.

Ashzar soltó una carcajada, y fue consciente del profundo cariño que sentía por ella. Demasiado ya. Él solo se había abocado a aquel fracaso, permitiendo que el encanto y la confianza de Eyrien despertaran su instinto protector. Se parecía demasiado a Lilith, y echaba de menos a su hermana. Eyrien era demasiado buena y demasiado inocente para matarla sin más. Además, si tenía que ser sincero, había bebido suficiente sangre de la Dama como para ser más poderoso que ningún otro vampiro en la tierra.

—Supongo que era así como estaba escrito que tenía que suceder todo —murmuró pensativo—. Pero me pregunto cómo habría acabado esta guerra si no hubieses leído ese mensaje en las estrellas. Esigion habría sobrevivido y los tuyos habrían caído.

—Sí, eso creo —susurró Eyrien—. Quizás todo estaba escrito así. Pero no quiero saberlo. Ya no deseo adivinar nada más del futuro, no miraré a las estrellas.

—Ésa es una decisión sabia —le dijo Ashzar—. Hubo un tiempo en que los Sabios advertían que era peligroso leer en las estrellas.

Eyrien le miró, preguntándose cómo lo sabía Ashzar. Pero claro, él era muy antiguo.

—¿Crees que Mordecai, en el fondo, quería cambiar?

Ashzar se encogió de hombros.

—Quizás en el fondo se sentía solo y amargado de verdad. Nunca lo sabremos, y no me importa.

Eyrien recogió las piernas frente al cuerpo.

—¿Crees... crees realmente que fueron los Sabios los que dejaron morir a tu hermana?

—Nunca lo sabremos —dijo Ashzar con voz dura—. Hay dudas que no desaparecen nunca. Por eso me gusta olvidar.

Eyrien no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro, pues ella no tenía esa facilidad. Ahora que había cumplido su misión, sentía que la tristeza y el horror la invadían. Todo

lo que había pasado, todos los que habían muerto, el esfuerzo que tendrían que hacer para borrar el efecto del paso de Esigion por el mundo... En ese momento, se sentía demasiado frágil para enfrentarse a ello. Ashzar se levantó y se sentó a su lado. Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Si te sirve de consuelo, a Esigion lo maté yo, no tú. No le hagas caso, su muerte no debe pesar en tu conciencia —le dijo acariciándole los largos cabellos azules—. Lilith también tenía un corazón demasiado bueno, sobre todo para ser una súcubo. Creo que eso lo sacó de la elfa que nos dio a luz porque Islandis es igual. Cuando hice aquel trato con los acólitos, lo hice por Lilith. Ella quería un mundo en el que todos pudieran ser tan felices como ella lo era con Brandon.

—Lo has conseguido. Siarta mantendrá el trato que los acólitos hicieron contigo, Asier se encargará de ello. Ningún elfo matará a un vampiro, si ningún vampiro rompe la tregua.

—Ningún vampiro dará muerte a un elfo, bajo pena de muerte. A partir de ahora, cualquier relación entre los nuestros será consentida, o no será —le aseguró Ashzar.

—Lilith estaría orgullosa —dijo Eyrien.

—Nunca va a saberlo —dijo Ashzar con doloroso realismo—. Pero tú me recuerdas a ella. Demasiado.

Eyrien le miró al intuir el fastidio en su voz. Ashzar estaba apretando los labios.

—No voy a pelear contigo, Eyrien —dijo—. Me temo que prefiero que sobrevivamos los dos. Pero piensa que podría haberte vencido. Así que no seas estúpida y aprovecha que tienes una vida por delante. Vívela como te apetezca, y sé feliz de una vez por todas.

Eyrien tardó unos segundos en entender lo que Ashzar le decía. ¿Sería capaz de dejar atrás todo lo que había averiguado y vivido? ¿De hacer lo que quisiera? Pero Ashzar tenía razón; si había alguna forma de encontrar su propia paz, ahora que llegaba el final de aquella era del mundo y empezaba otra que se presentaba esperanzadora, era aceptando lo que quería de verdad. Y se daba cuenta de que podía ser feliz muy fácilmente, tan sólo necesitaba que una persona estuviera a su lado. Para siempre.

Descubriéndose viva, dándose cuenta de hasta qué punto había dejado de lado sus sentimientos preocupada por proteger a los demás, sintió un amago de auténtica alegría.

—Gracias —le susurró a Ashzar acurrucándose contra él—. Al fin y al cabo sí hice bien en confiar en ti. Igual que hice bien en confiar en Tharen y en Jayden.

—Sí, bueno —le respondió Ashzar a regañadientes—. Eres una trampa mortal para cualquier depredador. Por eso es mejor matar a las presas antes de cogerles cariño. Al menos me regodearé en el hecho de haber oído la palabra «gracias» de labios de la soberbia Dama de Siarta.

Eyrien sonrió, pero la mención de los depredadores le hizo sentir un escalofrío. Sintió la necesidad de acudir ya junto a sus amigos, para saber si realmente era Ashzar el amigo que iba a morir y ella lo había evitado, o si aquélla sería otra profecía que se habría cumplido y tendría que lamentar la pérdida de algún otro ser querido. Se levantaron y se miraron en aquel pasillo cada vez más oscuro con el avance de la tarde. Eyrien no quería despedirse de él.

—¿Estarás bien?

—Me recuperaré —dijo Ashzar con una sonrisa—. Al fin y al cabo he bebido mucha de tu

sangre.

—Volveré a verte, ¿verdad? —le preguntó Eyrien.

—Claro —le contestó Ashzar—. Somos amigos, mal que me pese.

Eyrien asintió y le besó en la mejilla antes de que Ashzar le dedicara una sonrisa y se convirtiera en polvo para desaparecer de allí. Eyrien se quedó sola, en el pasillo, poniendo en orden sus pensamientos antes de regresar junto a los que la esperaban con angustia.



—¡River!

River casi se sintió desfallecer cuando al fin oyó la voz de Killian elevarse entre los gritos y los cánticos de victoria de los hombres que lo rodeaban.

—¡No os ensañéis! —advirtió el príncipe a los hombres mientras corría, pues algunos soldados trataban con excesiva brusquedad a los enemigos que ya se habían rendido.

River lo recibió con un abrazo cuando llegó a su lado, ensangrentado pero vivo y lúcido. Cómo se alegraba de verlo; por un momento olvidó todas las demás preocupaciones. También abrazó a Alana, aliviado y feliz de verla, que había llegado cojeando junto al príncipe. Tenía una fea herida en la pierna, pero era una guerrera y lo soportaba con estoicismo. Incluso le devolvió el abrazo con cariño. Freyn, tan rápido como podían serlo los enanos, se acercaba también lanzando vítores. Eriesh no tardó en estar junto a ellos, impecable como siempre pese a que había dirigido la destrucción de los gólems durante las seis horas que había durado la batalla. Cuando un hombre les trajo unos odres de agua y savia curativa, fueron totalmente conscientes de que realmente había acabado todo. Se miraron unos a otros, contentos de verse.

—Jayden ha muerto —dijo River cuando empezaron a darse cuenta de quién faltaba a su lado—. Me defendió de un Nigromante.

—Tharen el Rojo también —se lamentó Killian—. Cayó frente a los guls.

—También ha caído Kedran de Casa del Mar —dijo Eriesh con tristeza—. Y Tirenia e Iskander. Se sacrificaron para salvar a toda una facción del ejército de los guls. Al menos se reunieron una última vez y se han ido juntos.

A Alana se le escaparon las lágrimas, igual que a Freyn.

—Alguien ha destruido a los kapres de la retaguardia —dijo Freyn—. Espero que haya sido Phyros.

—Ha sido el Señor Subinion —intervino Eriesh—. Muerto Esigion, ha podido acudir al fin a la batalla. Ahora ayuda a los Elfos Ígneos a asegurarse de que no nos atacará ningún enemigo más.

River se alegró y se sorprendió como los demás, pero era un sentimiento superficial. No podía dejar de pensar, supuso que como todos aunque ninguno se atreviera a decirlo, que Eyrien no estaba junto a ellos. Se giró una vez más hacia la fortaleza, y le dio un vuelco el corazón cuando la vio acercarse veloz hacia ellos. El deseo de correr a abrazarla lo embargó con una fuerza arrolladora, pero se obligó a esperar junto a los demás mientras éstos gritaban con alegría. Eyrien parecía agotada, exhausta, pero estaba con ellos al fin. Dejó que todos la abrazaran, y parecía

sinceramente aliviada de verles.

—¡Has matado a Esigion! —aulló Freyn.

—No he sido yo, ha sido Ashzar.

Miró fugazmente a River. Éste adivinó que, al final, no había sido capaz de acabar con el Nigromante con sus propias manos. En el fondo se alegraba, porque esa muerte no tendría que pesar sobre la conciencia de Eyrien.

—Pero lo importante es que ha muerto, y un nuevo orden del mundo comienza —dijo la elfa—. Un mundo en el que tendremos muchas menos cosas que temer. Los guls seguirán acechando el Sur que vosotros repoblaréis con nuestra ayuda, y los trasgos, los kapres y los chupasangres seguirán atacando a los viajeros en los bosques. Los pocos Nigromantes que escapen lucharán contra los nuevos maelvanienses y los corsarios seguirán atacando a los barcos, pese a su promesa de respetar a la Alianza. —Sonrió—. Pero todo eso está bien según las leyes de la naturaleza; siempre habrá depredadores y presas. El equilibrio está ahora a salvo.

No todos la entendieron, pero se sintieron contagiados por su tranquilidad.

—¿Y Ashzar? —preguntó Alana.

—No lucharemos entre nosotros. Se ha ido.

El alivio invadió a los demás, pues de pronto descubrían que se sentían como si les hubiesen quitado una gran losa de encima. La preocupación por Eyrien se había enquistado en sus corazones desde el primer momento en que había aparecido Ashzar, y ahora, de repente, desaparecía. A Freyn se le volvieron a humedecer los ojos.

—¿No te atacará nunca? —preguntó River, sintiéndose incapaz de albergar esa esperanza—. ¿Se ha ido... para siempre?

—Mantendremos el trato que hizo con los acólitos, así que será el primero en tener que dar ejemplo —contestó ella dirigiéndole una sonrisa—. Y respecto a si se ha ido para siempre, no estaría mal que viniera a visitarnos a nuestra casa de vez en cuando, ¿no?

—Sí que estaría mal —rezongó, aunque ahora que estaba tranquilo creía poder llegar a añorar al condescendiente y extrañamente paternal vampiro.

Entonces se dio cuenta de que todos lo miraban fijamente.

—No seas idiota, River —le aconsejó Alana en un susurro.

Entonces recapacitó sobre las palabras de Eyrien, que le miraba todavía con intensidad. Y cayó en la cuenta de lo que había dicho.

—Visitarnos a nuestra casa... ¿a los dos? —dijo—. ¿Juntos?

—Sí —dijo Eyrien—. Mientras estuviésemos en Arsilon, claro, si a Killian no le importa.

—No me importará —dijo el príncipe—. Incluso me alegraré de verle.

River observó a Eyrien fijamente, mientras los demás se dirigían miradas entre ellos.

—Perdonadnos un momento —dijo cogiéndola de la mano.

Se la llevó zigzagueando entre los cadáveres y los cuerpos inconscientes; los aliados se iban reuniendo en grupo en muchas zonas de la explanada. Los Cazadores Elfos se internaban en la fortaleza para buscar a los prisioneros aliados que pudieran estar allí encerrados. Cuando estuvieron a unos cien metros de los demás, River se detuvo y se giró hacia Eyrien que estaba

sería de nuevo. Ambos sabían que aquél era el momento que decidiría cómo serían sus vidas en adelante. Ahora, en aquel atardecer en las tierras cálidas de Suria, llegaba la hora de decidir qué eran el uno para el otro.

Y Eyrien parecía haberlo decidido ya.

—Te dije que nunca temí que tú fueras el amigo que podía morir, porque nunca, desde el principio, has sido sólo un amigo. Pese a que yo tratara de negarlo, siempre has sido mucho más —le explicó—. Tú tampoco deberías haber sufrido por mí, porque la Profecía decía que sentiría la pérdida de un amigo hasta el fin de mis días. Y todavía no sé quién era ese amigo, así que todavía no podía morir. En realidad ni siquiera me preocupaba que Ashzar me fuera a matar. Lo siento —dijo cuando River frunció el ceño—. Pero no podía decírtelo porque si no hubieses sufrido por llegar a mi lado y no habrías luchado como lo has hecho.

River se sintió dolido igualmente, al saber que había estado muriéndose de preocupación sin necesidad. Pero el enfado se le pasó rápido. Porque él sabía cuál era el amigo de Eyrien que había muerto, de hecho varios de ellos. La miró con compasión.

—Jayden ha muerto —dijo—. Se interpuso para que no me mataran a mí cuando trataba de detener las flechas de los Nigromantes. Es él quien ha ganado esta batalla por nosotros.

Eyrien le miró y parpadeó para contener las lágrimas.

—También han muerto Tharen, Kedran, Tirenia e Iskander. —Suspiró—. Por lo que sabemos.

Eyrien bajó la vista al suelo. River, aun sin ser un elfo, pudo sentir la turbulencia de sus emociones, la intensidad de su dolor. La estaba matando por dentro. Pero cuando volvió a alzar la vista, Eyrien se esforzó por sonreír. Así soportaban la pena los elfos, honrando a los muertos en su memoria y tratando de ser felices en nombre de los que ya no estaban.

Apoyó la palma de la mano en la mejilla de River, que la miraba tan intensamente que sus ojos brillaban de un modo extraño, incluso en él.

—Te quiero, River —le susurró.

Él sintió un escalofrío.

—Me quieres, ¿pero?

—Pero nada —dijo Eyrien alzando las cejas azules—, es así de simple. Creo que ya he hecho mucho por el mundo y que merezco hacer lo que quiero aunque sólo sea por una vez. Creo que ha llegado el momento de que sea un poco egoísta y piense en mi propia vida... Nada va a impedirme ya que esté contigo si es lo que quiero.

—¿Entonces por qué parece que esa idea te da angustia? —le preguntó River acariciándole un mechón de cabellos que revoloteaba con la brisa.

—Porque ahora que al fin puedo pasar mi vida contigo, me da miedo que tú no desees lo mismo. Jamás había sentido un temor semejante.

River se la quedó mirando, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—No me puedo creer lo que estás diciendo —murmuró enternecido, sin pensar demasiado.

—¿Es que puedo mentir? —ironizó Eyrien—. Así es, River. Incluso yo, la Dama de Siarta, puedo sentir temor a no ser correspondida. Te quiero a mi lado y te quiero para siempre. Mi larga vida no será lo mismo si tú no estás conmigo, y eso me asusta. Porque sé cómo de leal es el

corazón de un elfo, pero sé poco de los corazones humanos. Necesito saber qué va a pasar ahora — su voz se convirtió en un débil susurro y en sus ojos había temor—. Necesito saber si ahora que nuestras vidas empiezan de nuevo, me quieres a tu lado.

River tan sólo se demoró unos segundos para poder observar aquella mirada eterna, antigua y joven a un tiempo, que esperaba su respuesta con ansiedad. Entonces la alegría lo desbordó, dándose cuenta de que los deseos más imposibles podían cumplirse, y sonrió. Cogió la mano de Eyrien y se llevó sus dedos a la sien, para que leyera ella misma en su mente todo lo que no era capaz de expresar con palabras.

Eyrien sonrió, y por una vez no hubo en ella rastros de preocupación, de temor, de inseguridad. Parecía feliz de verdad, y su expresión era radiante, tan hermosa que dolía. Tomándola por la cintura, River la alzó del suelo y la besó, abrazándola con fuerza. Por los dioses que la quería, la amaba más de lo que ella podía imaginar. Lo había hecho el ser más feliz de la tierra. Y de pronto tenía la sensación de que se sentía completo en alma, mente y cuerpo.



Alana lloraba mientras veía a Eyrien y a River abrazarse, liberada ya toda aquella carga de sentimientos y dudas que había estado ocultando desde que ella los viera juntos por primera vez. Eriesh, a su lado, había apoyado una mano en el hombro de Freyn, que se restregaba los ojos sin vergüenza ninguna. Ellos, que habían compartido tantos años con la Dama, sabían hasta qué punto había cambiado en aquellos meses, y cómo sólo ahora parecía relajada otra vez.

—Si se puede ser más feliz, que vengan y me expliquen cómo —exclamó Killian.

Alana le miró. Quizás a ella se le ocurría alguna manera, pero no iba a revelarla todavía. Vieron a River y a Eyrien separarse y cogerse de la mano antes de volver junto a ellos.

—¡Papá! —exclamó Eyrien de pronto.

Se giraron para ver que por detrás de ellos, un Elfo de la Noche antiguo, muy parecido a Eyrien y vestido con ropas grises, se acercaba a ellos. Era Subinion de Siarta, Señor de todos los Elfos, un ser increíblemente hermoso y poderoso del que todos habían oído hablar y muy pocos habían visto antes. Y se acercaba caminando por el campo de batalla como un simple guerrero más. River soltó tan rápido a Eyrien que hubiesen podido creer que se estaba quemando con su contacto. Ella le dedicó una mirada de burla antes de correr a refugiarse entre los brazos de su padre, que le besó los cabellos mientras la estrechaba contra sí.

—Mi niña —murmuró Subinion.

Y lo que hablaran entre ellos, ninguno de los demás lo supo. Sin embargo, y después de transmitirse su alivio por estar juntos de nuevo, Subinion le explicó a Eyrien cuanto había sucedido en el Norte a la vez que ella le contaba la verdad sobre Esigion. Eyrien recibió la noticia de la muerte de Ian con tristeza, sintiendo que se le rompía el corazón. La Profecía le había hablado de un amigo perdido pero, como los elfos, las estrellas también sabían decir verdades imprecisas. Porque no había perdido solamente a uno. Ian, Jayden, Tirenía, Iskander, Kedran, Tharen... los añoraría muchísimo a todos.

Pero la noticia de la muerte de Ian había sido desgarradora. Se sintió más cansada que antes, y ocultó el rostro en el pecho de su padre. Se notaba el cuerpo frío. Y es que parecía que toda la alegría era amarga en parte, añoraría a todos los que quedaban atrás hasta el fin de sus días.

—No les digas que Ian ha muerto —le pidió Eyrien mentalmente—. Deja que esta noche, que están todavía demasiado cansados y felices para acordarse del Norte, no sientan pena.

—Claro, cariño —dijo Subinion, y luego habló en voz alta—. Ahí viene Phyros.

Se giraron para ver que el heredero de Vulcania se acercaba hacia ellos con las ropas anaranjadas llenas de polvo. Aster le acompañaba, con aspecto débil y apoyándose en él. Pero la dulce elfa vulcaniana alzaba la barbilla con orgullo.

—Aster ha demostrado un gran poder —dijo Subinion cuando llegaron junto a ellos—. Ha protegido a centenares de humanos de los kapres del desierto.

—Creo que deberíamos invitarla a Siarta a conocer a la familia —dijo Eyrien, mirando con una sonrisa a Phyros, que se la devolvió.

—Por supuesto —dijo Subinion—. Aster será bienvenida en casa siempre que quiera.

Aster les sonrió agradecida, pero apenas pudo decir nada sobre aquel honor porque, agotada, se desmayó. Phyros la cogió en brazos, abrazándola con ternura.

—Será una magnífica Señora para los Elfos Ígneos —dijo Eyrien.

—Lo será —dijo Phyros mirando a Aster y rozándole la frente con los labios— Ahora será mejor que la lleve a algún lugar tranquilo.

—Los Elfos del Agua han preparado un campamento cerca del mar —le dijo Subinion—. Que descanse. Tú también, Phyros.

—Sí —dijo el Elfo Ígneo, besando a Eyrien en la sien—. Nos vemos mañana.

Eyrien los observó alejarse, feliz. Pocos habían comprendido en todos aquellos años que ella y Phyros jamás se unirían, porque ya era suficiente peso ser heredero de una Casa Élfica, como para ser Señores de dos. Después miró a su alrededor, a los grupos de soldados que se reunían aquí y allá. Suspiró, cansada. Pues cuando acababa una batalla empezaba el verdadero trabajo para aquellos que no habían muerto en ella.

—Deberíamos dar órdenes para que se reagrupen y se atiendan a los heridos —dijo—. Encerrar a los prisioneros y tratar de explicarles que podrán ser libres si se someten a Arsilon y ayudan a enmendar los errores cometidos...

Se tambaleó sin darse cuenta, pero su padre la sujetó.

—Tú ya has hecho suficiente, hija —le dijo—. Igual que tú, River. Has demostrado ser el Más Alto de todos los humanos, en el mejor sentido del término. Acompaña a Eyrien al campamento y asegúrate de que descansa.

River se sorprendió, pero asintió con la cabeza y pasando un brazo por los hombros de Eyrien, hizo ademán de llevársela palmeando el brazo de Killian antes de alejarse.

—River —le dijo Subinion mentalmente—. Kenyon me ha pedido que te dé la bienvenida a la familia de su parte. Elhania y Asier también están deseosos de verte. Y yo me alegro de la decisión de Eyrien. Me alegrará tenerte en casa.

En casa. River se detuvo y se giró a mirarle, descubriendo que Subinion le miraba con cariño.

—Gracias —dijo River, profundamente agradecido.

Subinion asintió, y River se alejó estrechando a Eyrien contra sí, ya sin temor. Todavía frente a las murallas de la fortaleza, Killian estaba atendiendo a sus soldados y organizándolos para ponerlos bajo las órdenes de los Elfos de Greisan. Los hombres lo seguían con respeto y lealtad, y él se comportaba como un líder benévolo y seguro de sí mismo sin saber que en realidad ya era rey tras la muerte de Ian. Alana no se separaba de su lado.

Cuando llegaron al campamento y les asignaron una hermosa tienda hecha de algas que olía agradablemente a brisa marina, River abrazó a Eyrien y la besó con suavidad, tranquilo, sabiendo que aquélla sería la primera noche de muchas que compartirían juntos. Muchísimas noches a lo largo de los siglos.

—Te quiero —le susurró mientras la acostaba en el lecho de algas.

—Yo también —contestó Eyrien esbozando una amplia sonrisa y atrayéndolo hacia sí.

Por fin, contra toda esperanza y por primera vez en su vida, Eyrien se sentía tranquila.

Pocos días más tarde, Killian celebraría para Alana el solsticio de verano en aquel mismo campamento. La fiesta les ayudaría a recordar a todos que pese a las penas, seguían vivos y debían loar la felicidad que tanto les había costado conseguir. El nuevo orden del mundo comenzaba, y se juraron disfrutarlo tanto como habían sufrido para conseguir la paz.

XIX

Las estrellas eternas



Ahora, veinte años después, River recordaba aquel primero de junio, el del final de la guerra y del principio del nuevo mundo, con alegría y tristeza a la vez. Aquel día habían vencido, pero habían perdido a gente a quien jamás olvidarían. Sin embargo, tal como Subinion le augurara, el mundo había seguido su curso reponiéndose pronto de las heridas, olvidando los malos momentos para abrirse al futuro. En algunos lugares remotos, incluso, la guerra tan sólo había sido un rumor lejano que apenas había despertado interés.

Y mucho de lo que había sucedido entonces se había convertido ya en leyenda, y sólo los miembros de la Casa de Siarta y de la Casa de Arsilon supieron quién había sido Esigion de Maelvania en realidad, además de Ashzar. Guardaron las memorias de todo lo ocurrido en la Biblioteca de Siarta, para que no volviera a olvidarse jamás. Mordecai fue enterrado en su propia fortaleza, que en pocos años fue reconvertida en la ciudad principal de Nueva Suria, donde Killian proclamó vicerregente a Ravin, el antiguo compañero de clase de River. Había sido una decisión sorprendente, que había despertado recelo en muchos, pero con el tiempo se demostró que había sido una gran decisión del nuevo rey. Ravin había demostrado un temple y una lealtad inquebrantables en la defensa de Arsilon, y después mantuvo una estrecha amistad con la Casa de Arsilon, y mano férrea a la hora de defender la Maelvania Libre de los pocos Nigromantes que todavía deseaban guerrear. Obiun se mudó al Sur siguiendo a Ravin, pero cuando éste no dio muestras de querer desligarse de la lealtad a Arsilon, acabó por perder el ímpetu de su lucha y envejeció en paz. Con la ayuda de los elfos, Suria le estaba ganando terreno a la Llanura Áurea y lo que antes habían sido esclavos maelvanienses, eran ahora felices pueblerinos de un nuevo reino donde apenas existían ya el temor y la maldad. Boreanas tardaría más en recuperarse, puesto que los elfos tenían ciclos de vida más largos, pero los feéricos siempre eran capaces de seguir apreciando la vida. Maialen de Boreanas, que había perdido a sus padres y a su hermano Beleren, cuidó siempre de los suyos.

Recordando eso, ahora que se cumplían veinte años de aquel día en que vencieran en una guerra que nadie había previsto de esa manera. River alzó la mirada de los documentos que corregía para mirar a sus alumnos. Los chicos, a los que daba clase de Ética Mágica en el Centro Umbanda de Arsilon, eran los hijos de los que habían sido sus compañeros en otro tiempo. Y él seguía siendo tan joven como lo había sido entonces. Muchos no sabían todavía por qué, y las leyendas lo perseguían. Killian decía que así la gente siempre tendría algo de lo que hablar en las tabernas. Alana opinaba que los hombres eran unos simples y punto, aunque últimamente se reía cuando lo decía, y uno casi podía jurar que lo que hacía era bromear. Después de dieciocho años siendo Reina de Arsilon, la Amazona era mucho más tolerante con sus nuevos súbditos, y éstos la respetaban y la querían como habían querido a Syana, la madre de Killian, tiempo atrás.



Algunos niños alzaron la vista al sentir que su Maestro alzaba el rostro bruscamente, y sonreía.

—Hanah —le dijo River a la hija de Lance de las Minas y Arla de Udrian, que aquel año estudiaba en Arsilon—, vigila la clase por mí un momento, por favor.

—Sí, Maestro River —dijo la chica de ojos azules como su madre y cabellos un poco plateados como su padre, levantándose y poniéndose al frente de la clase; los demás niños solían respetarla por ser hija de la simpática Gobernadora de Udrian.

Aun así, Hanah fue la primera que se acercó corriendo a la ventana para mirar al patio. Vieron llegar a una hermosa joven de cabellos negros montada en un gran caballo grisáceo de patas peludas, mientras el Maestro la esperaba en las escaleras de entrada.

—Yo oí decir un día que espiaba a mis padres sin que lo supieran, que el Maestro está casado con una elfa —dijo un chico, hijo de la Maestra Ennia.

—¡Pero qué dices! —le recriminó otro—. Los elfos viven muy lejos, en sitios secretos. Y nunca vienen aquí.

Hanah se rió por lo bajo. Y es que Arsilon prácticamente había vuelto a la normalidad de los viejos tiempos, cuando los Magos sólo podían fantasear con ver alguna vez a los elfos.

Abajo, River esperó a que Eyrien, ilusionada para parecer humana, detuviera a Elhara a su lado. La ayudó a desmontar, abrazándola. Le acarició el rostro, cuidándose de no dejar a la vista sus orejas puntiagudas para que no las vieran los chicos que los espiaban desde las ventanas.

—Te he echado de menos —le dijo.

Eyrien sonrió abiertamente, antes de besarle.

—Todavía piensas en términos mortales; sólo he estado fuera dos meses —se burló mientras se dirigían hacia las puertas—. Islandis y Eriesh te envían sus saludos, y esperan que la próxima vez vayas a verlos tú también. Su pequeño Jayden está precioso.

River todavía se sorprendía de que dos poderosos Señores de los Elfos como eran Islandis y Eriesh le hubieran puesto a su hijo el nombre de un Nigromante. Pero así eran los elfos, habían asegurado que siempre recordarían y honrarían a Jayden, y lo estaban haciendo.

—Os olvidáis de que como director del Centro yo también tengo obligaciones —dijo River—. No puedo pasarme la vida yendo de un lado a otro del Continente.

Aun así la verdad era que pasaban todos los veranos en Siarta, y se escapaban a ver a sus amigos siempre que querían.

—¿No venía Eyalen contigo? —le preguntó; la sobrina de Eyrien, hija de Kenyon y Laierne, se había convertido en su segunda sobrina favorita.

—Sí, pero se ha retrasado un poco —dijo Eyrien—. Nos hemos encontrado a Ashzar por el camino.

—Fantástico —murmuró River, aunque en realidad se alegraría de ver a Ashzar en cuanto apareciera por la puerta.

Sobre todo si Ynia de Casa del Mar, que pasaba mucho tiempo con el vampiro, venía con él. La muerte de su primo Kedran había afectado mucho a la elfa, y pasar largas temporadas lejos del

mar la ayudaba a sobreponerse.

—¡E...!

Eyrien fue rápida. Se apresuró a girarse y lanzar un conjuro de afonía a la chica que venía corriendo por el pasillo, antes de que gritara su nombre dentro del Centro Umbanda repleto de Magos. La multitud se abrió para dejar paso a la princesa de Arsilon, Syana. La hija de Killian y Alana, de dieciséis años, tenía los cabellos color avellana de su padre y los tatuajes y la piel dorada de su madre. Tal como lo habría querido Ian. La princesa se acercó corriendo para abrazar a Eyrien, a quien adoraba, mientras su paso hacía que la mayoría de los chicos se arreglasen las ropas, para diversión y una cierta irritación paternal de River.

—Me alegro de verte, Syana —le dijo Eyrien, devolviéndole la voz—. Has estado mucho tiempo en Refugio Amazona.

—Mamá quería pasar bastante tiempo con la abuela Calista, que ya está muy mayor. Y hasta yo me canso a veces de tanto hombre —susurró la chica con un gesto de la mano y una mirada pícara.

Era hermosísima, y sería la perdición de muchos hombres. River estaba seguro de ello. Y también Killian, que adoraba a su hija como pocos padres lo hacían.

—Prima, cada vez que vienes interrumpes mis clases.

Eyrien se giró hacia Lyra, la prima de River, y la besó en la mejilla. Liana había regresado poco después del fin de la guerra a las Minas, junto a su esposo y su hijo, donde a veces, cuando River y Eyrien iban de visita, trataba a la elfa con tímida ternura. Pero Lyra no había querido abandonar Arsilon. Se había casado con Willen de Selbast y ambos habían adoptado a Enora, la hija huérfana de Nathaniel el Ideólogo, que ese mismo año se había graduado en el Centro Umbanda con altos honores.

Al cabo de un rato los murmullos volvieron a alzarse, cuando hicieron acto de presencia en el Centro un apuesto joven de cabellos negros y ojos grises como la luna llena y una niña pequeña tan hermosa y parecida a Eyrien que muchos aventuraban que en realidad era la hija del Maestro River y su misteriosa y maravillosa esposa.

River abrazó a Eyalen con tanto cariño como si en verdad fuera sobrina suya. La joven elfa estaba encantada de ver a su tío humano, y emocionada después de haberse ilusionado para parecer humana por primera vez. Pronto, en unos cien años, seguro que Asier y Fereya le daban un primito con quien jugar. Y cuando Phyros y Aster tuvieran un hijo, tendría además a algún amiguito al que congelarle los dedos, como había hecho Eyrien con Phyros tiempo atrás.

La Dama de Siarta miró a Ashzar, que le sonrió con cordialidad. Ynia no venía con él, pero no se preocupaba.

—¿Cuándo vais a animaros a tener un chiquillo? —le preguntó el vampiro.

Eyrien le sonrió con tranquilidad. Ya no temía a Ashzar, jamás.

—Sabes perfectamente que somos muy jóvenes para pensar en eso —contestó; Freyn, que ya se había casado y tenía un par de chiquillos, le recriminaba que no quería morir sin haber visto a sus hijos—. ¿E Ynia y tú?

Ashzar metió las manos en los bolsillos con aquella elegancia sugerente e innata.

—Bueno, a diferencia de ti, Ynia ya no es demasiado joven. Y piensa en ello.

Eyrien asintió. Y sonrió.

Aunque los recuerdos les pesaban a todos y jamás olvidarían a Ian, a Konogan, a Jayden, a Kedran y a Freyo, a Tirenia y a Iskander, a Lilith, a los boreanianos y niarandenianos... a todos los que ya no estarían más con ellos, la vida continuaba. Días como aquél, en los que era imposible evitar que los recuerdos regresaran con intensidad, se sentían más tristes, más cansados. Y acostumbraban a reunirse todos en Arsilon, donde vivían Killian y Alana, y Eyrien y River la mayor parte del tiempo. Aunque la melancolía nunca lo abandonara, aunque la alegría no fuera total, estaban felices de estar juntos. Y de vivir para recordar y honrar a los que ya no estaban, y saber que habían construido un mundo en paz para la posteridad.



Eyrien fue feliz durante el resto de sus longevos días, con River a su lado, como sólo podía serlo una elfa que sabía valorar la vida en toda su hermosura. Y aunque siguió luchando por la paz, aunque nuevas batallas y conflictos vendrían, nunca más se sintió incompleta, o insegura, y River tampoco pudo pedir nada más a la vida. Fueron felices junto a sus amigos, y con los hijos de éstos y sus descendientes a través de las centurias y hasta que el recuerdo de las Guerras contra Maelvania fue tan sólo una leyenda más que ya casi nadie entre los mortales recordaba.

Pero Eyrien ya nunca más volvió a mirar al cielo de noche, nunca volvió a levantar sus azulados ojos felinos hacia la bóveda celeste que le daba su esencia.

Tal como le había asegurado Ashzar, nunca más quiso leer mensajes en las estrellas. Y no volvió a alzar la profunda mirada azul hacia el cielo nocturno jamás.

Diario de los dos Continentes

Personajes

ALANA: Amazona. Primera de las muchas nietas de la reina amazona Calista, tiene diecinueve años. Es una embajadora: una de las pocas amazonas que alguna vez sale de su reino escondido de Amazonia Interior y se relaciona con los otros pueblos. Amiga de Eyrien, sus apuros y sus opiniones serán cruciales para el desarrollo de la guerra.

ARODION: Heredero de los Elfos Olvidados de Isla Bruma.

ASHZAR: Vampiro. Poco se sabe de él salvo que siente una atracción voraz por Eyrien y que la considera un premio para él.

ASTER: Elfa Ígnea, de la alta nobleza de Vulcania, amiga de Eyrien y Phyros.

ASIER DE SIARTA: Hermano mediano de Eyrien, tiene trescientos veinte años. Consagrado a la guerra, se dedica a defender Nórdica de los enemigos que tratan de penetrar en ella. Siendo el más jovial de los Hijos de Siarta, es muy comprensivo con las acciones de su hermana pequeña.

ASTON: Bajo humano. Capitán de la guardia de la ciudad neutral de Selbast, nunca ha estado de acuerdo con la ocupación maelvaniense de la ciudad. Es uno de los que desean un cambio, siempre al borde de la insurrección.

BELEREN DE BOREANAS: Elfo del Aire. Heredero de los Elfos del Aire junto con su hermana gemela Maialen.

ELAZAR: Maestro Nigromante de alto nivel, es el hombre de mayor confianza de Esigion de Maelvania.

ELHANIA DE SIARTA: Elfa de la Noche. Señora de Siarta y de todo el pueblo elfo. Es la madre de Eyrien, aunque por motivos políticos habita desde hace años en Quersis.

ELHARA: Nombre del pegaso de Eyrien. Tiene el pelaje plateado y las crines largas y sedosas en su forma natural. Cuando se ilusiona tiene el aspecto de un caballo grande y gris.

ERIESH: Elfo de las Rocas, Hijo del zafiro. Trescientos veinticinco años. Embajador de Greisan y compañero de Eyrien.

ESIGION DE MAELVANIA: Alto humano. Nombre del hechicero gobernador de los reinos cáusticos de Maelvania, descendiente de una estirpe de soberanos con el mismo nombre. De él se conocen pocas cosas, salvo que puede usar la Nigromancia para crear gólems.

EYRIEN DE SIARTA: Elfa de la Noche, doscientos veintiún años. Heredera de Siarta, legada de la Alianza y Cazadora de Profecías.

FEREYA: Elfa mestiza Noche-Fuego. Doscientos noventa y ocho años. Antigua Cazadora, es la mejor amiga de Eyrien y novia de su hermano Asier. Actualmente vive en Siarta aunque se considera vulcaniana.

FREYN: Enano de Riskaben. Ciento ochenta años. Guerrero y compañero de Eyrien. Es sobrino del rey Trenzor.

IAN DE ARSILON: Bajo humano, cuarenta y cinco años. Rey de Arsilon y jefe humano de la Triple Alianza. Tío de Killian y tutor de River, ha sido amigo íntimo de Eyrien durante muchos

años.

ISLANDIS DE GREISAN: Elfa de las Rocas (del Diamante). Señora de los Elfos de las Rocas. Trescientos sesenta y ocho años. Acude desde Greisan en ayuda de Sentríst.

JAYDEN: Nigromante, Rastreador de Feéricos. Importante miembro de las milicias de Maelvania, se decía que había traicionado a los suyos por Eyrien y fue entregado a los guls por ello.

KENYON DE SIARTA: Elfo de la Noche. Con quinientos veintisiete años, es el mayor de los Hijos de Siarta. Heredero del gobierno de Siarta, se dedica a la política y nunca ha salido de Nórdica. Es el menos transigente con la actividad liberal de su hermana Eyrien.

KILLIAN DE ARSILON: Bajo humano. Veinticinco años. Príncipe de Arsilon y sobrino de Ian.

KONOGAN: Elfo de la Noche. Era el mejor amigo de Eyrien en Siarta. Cazador y acólito del Sabio Imran como ella, es el único de los Cazadores que se ha ido con los Sabios. Eso puede suponer un problema, ya que podría significar que cree que River, Killian y ahora también Eyrien son objetivos que se deben neutralizar.

LANCE: Alto humano. Miembro espía de la Alianza en Amazonia, será uno de los pocos de aquella zona a los que se pueda pedir ayuda.

LIANA DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS: Alta humana. Hermana de Lander, es la tía de River. Aunque estuvo muy ligada a la regencia de la Alianza, tras la muerte de su hermano y Robin se alejó de ella y no quiso saber nada más de elfos ni de guerras. Le guarda un especial rencor a Eyrien de Siarta.

LYRA DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS: Alta humana. Hija de Liana, es la prima de River. Aunque desea fervientemente unirse a la Triple Alianza, su madre se lo ha impedido hasta este momento.

NEGANDER DE QUERSIS: Elfo de los Bosques. Doscientos veinticinco años. Heredero de Quersis, es uno de esos elfos que jamás ha salido de territorios feéricos y desconoce la pena y el dolor.

PHYROS DE VULCANIA: Elfo Ígneo. Trescientos treinta años. Heredero de Vulcania, ha sido durante bastante tiempo un amigo bastante especial de Eyrien. Actualmente suele pasar largas temporadas con los Centauros de Équida, en Amazonia Interior.

PROCYON: Pegaso. Hermano de Elarha, es otro de los pocos pegasos que se han unido a la lucha de la Alianza. Será un compañero fiel para River, a partir de ahora.

RAVIN: Alto humano. Ex compañero de River en el Centro Umbanda de Arsilon, perteneciente a la sección crítica contra los elfos.

RIVER DE LA CASA DE LOS TRES ELFOS: Alto humano. Veinticuatro años. Hechicero de la Casa de los Tres Elfos, y ahijado de Ian.

SALMA: Súcubo de Alta Estirpe. Fue ella quien liberó a Erandor de Greisan, padre de Islandis, de los Nigromantes.

SHERIDAN: Elfo de Agua Dulce. Heredero de la Casa de Lago Plata.

SUBINION: Elfo de la Noche. Señor de Siarta y de todo el Pueblo Elfo. Es el padre de Eyrien y el jefe máximo de la Triple Alianza.

THAREN EL ROJO: Alto humano. Pirata de gran poder, a quien Eyrien ya conocía.

YNIA DE LA CASA DEL MAR: Elfa del Agua. Heredera de los Elfos del Mar, está muy unida a Eyrien y a la lucha de la Alianza. Es la elfa que desapareció con Eyrien durante dos años tras la muerte de Robin y Lander.

Pueblos

LAS CUATRO ESPECIES:

ELFOS: Los humanos les llamarán Hijos de los Dioses porque son los único que se comunican con éstos y obtienen su favor a través de la magia. Son inmortales, mayores de edad a los 100 años, aunque emocionalmente no maduran completamente hasta los 250 años. Los hay de diversas razas:

—**Elfos de la Noche:** Elfos siartanos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los azules y pueden convertirse en sombras. Son de magia cálida y obtienen su energía feérica de la Luna y las estrellas, a los que consideran sus esencias. Son los más poderosos en el uso de la magia y los únicos con capacidad de clarividencia, de lo que se ocupan los Sabios Videntes.

—**Elfos de las Rocas:** Elfos greisianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los grises y pueden convertirse en piedra. Son de magia fría y obtienen su energía feérica de los minerales preciosos.

—**Elfos del Fuego (Elfos Ígneos):** Elfos vulcanianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los naranjas y pueden convertirse en energía eléctrica (los más poderosos). Son de magia cálida y obtienen su energía feérica del fuego y las tormentas, a los que consideran su esencias.

—**Elfos de los Bosques:** Elfos quersianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los verdes y pueden mimetizarse con los elementos de los bosques, así como controlarlos. Son de magia neutra, ni fría ni cálida, y obtienen su energía feérica de las plantas. Existe una subespecie en los bosques leñosos que rodean las Grandes Selvas, y que poseen rasgos marrones.

—**Elfos del Aire:** Elfos boreanianos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama de los azules claros. Tienen alas, que pueden hacer invisibles a placer, y vuelan. Son de magia neutra y obtienen su energía feérica de los vientos. Son los más serenos y pacíficos de todos los elfos.

—**Elfos del Agua:** Elfos marinos. Sus cabellos, ojos y labios poseen los colores de la gama del azul verdoso y tienen cola de pez cuando están en el agua. Son de magia fría y obtienen su energía feérica del agua y las corrientes. Existe una variedad del agua dulce, de rasgos más plateados, que actualmente vive únicamente en el Lago Plata de Quersia.

—**Elfos de la Niebla:** Elfos extintos o míticos, que tenían la habilidad de producir niebla e influir sobre las mentes y los recuerdos de los demás.

HUMANOS: Antiguamente los humanos eran una sola raza, mortal. Sin embargo, la unión de algunos de ellos con los Elfos en su época de amistad, los separó en dos razas:

—**Bajos humanos:** Los que son puramente humanos. No pueden usar magia y no son inmunes a ella. Antiguamente vivían en el Continente Sur (Reinos de Suria), pero las guerras y los pueblos de Maelvania los obligaron a trasladarse al Norte y desplegarse en él, haciendo retroceder a los

seres feéricos. Durante este proceso de migración, perdieron su esplendor y la mayoría de sus valores, que se conservan aún todavía en Arsilon. Aun así son los más numerosos y los habitantes principales del mundo conocido.

—**Altos humanos:** Los que descienden de uniones mixtas entre elfos y humanos y practican magia. Acostumbran a tener rasgos más delicados, son más altos, y dependiendo de la antigüedad de su ancestro elfo, pueden tener signos físicos más o menos evidentes de este legado élfico; generalmente un color de ojos o cabellos inusual. También suelen vivir unos pocos años más, llegando a la vejez un poco más tarde. La mayoría residen en Udrian, a donde se trasladaron durante la época de amistad con los feéricos para estar cerca de los Elfos de Siarta, aunque los hay en ambos continentes. Los **Nigromantes** son los Altos humanos del Reino de Maelvania, cuyas enseñanzas mágicas se centran en los poderes Vodun, es decir oscuros, y pueden crear los golems de Maelvania. Su educación se basa en el miedo y la violencia, para hacer de ellos guerreros sin compasión ni sentimientos.

—**Amazonas:** Ésta es una raza especial entre los humanos, ya que es un pueblo formado únicamente por mujeres, que si bien no son claramente Bajas humanas, tampoco pertenecen a los Magos. Habitan en Amazonia, y están dotadas de una magia especial, sensual y en concordancia con la naturaleza. Fueron los Elfos del Agua, con quienes tuvieron una larga amistad, quienes las hicieron como son ahora.

De piel dorada y cabellos rubios o castaño claro, las mujeres son hermosas. Recubren su cuerpo con tatuajes de color azul, en forma de hermosas y cuidadas filigranas de finos trazos que recorren sus curvas y adornan sus rasgos. Pero son peligrosas. Son grandes guerreras, y mujeres de carácter. No aman a los humanos, ni a ningún miembro del sexo masculino, excepto a los elfos a los que respetan y toleran, y sólo se unen a los hombres de su especie cuando desean tener descendencia, que siempre es femenina.

ENANOS: De la mitad de la talla de un humano, es la especie más antigua de las cuatro principales. Viven unos cuatrocientos años y son mayores de edad a los 150. Son muy joviales, aunque de ira viva. Son buenos guerreros y grandes artesanos, capaces de producir las más poderosas armas. Por lo general son inmunes a la magia, aunque pueden sufrirla si el hechicero es muy poderoso. Pertenecen a la Alianza y tras abandonar las Fortalezas de Piedra, su primer hogar, se concentran en dos regiones, Riskaben y Enadar.

ÍNCUBOS: (Súcubos las hembras). Vampiros. Se alimentan de sangre y tienen predilección por los elfos, tanto para alimentarse como para tener descendencia con ellos (Vampiros de Alta Estirpe). Por lo general son elegantes y atractivos, de ojos grises o negros y tienen aspecto de Altos humanos aunque no respiran y no están ni vivos ni muertos. Pueden usar la telepatía como los elfos y tienen una cierta capacidad de control mental sobre sus víctimas. No consideran tener edad ni memoria histórica, por lo que el tiempo no se acumula en ellos como en los elfos. Se desconoce cuándo aparecieron y a partir de qué especie.

Geografía

AMAZONIA: Región del noroeste, poco habitada, donde residen las últimas amazonas. Se divide en Amazonia Exterior, donde aún viven colonias humanas, y Amazonia Interior, donde viven las amazonas y donde se encuentra Équida.

ANTIGUA SURIA: Región que comprende Niaranden y Boreanas, últimos territorios libres del Continente Sur.

ARSILON: (Nombre clave astronómico: Albireo, de la Estrella de Verano). Ciudad principal del pueblo humano, situada en Dreisar. Centro de la Triple Alianza.

BOREANAS: Territorio de los Elfos del Aire, que junto con Niaranden forman la antigua región de Suria. Limitada al sur por la Llanura Áurea.

CENTRIA: Región que comprende a Gevinen, Sentríst, Fernost y Enadar.

CORALIA: Ciudad portuaria pirata y comercial.

DREISAR: Región boscosa que rodea Arsilon.

ENADAR: Principal ciudad de los Enanos del Valle, en Centria.

ÉQUIDA: Región independiente dentro de Amazonia, que pertenece de forma natural a Pegasos y Centauros.

ESTRECHOS DEL ABISMO: Región del noroeste, la única que conecta ambos continentes por tierra. Ahora habitado por las Colonias Femorianas.

FERNOST: Ciudad principal del Reino Libre de Fernost. Se encuentra cerca del valle de Enadar, en la región de Centria.

FORTALEZAS DE PIEDRA: Situadas en Karstia, son el antiguo hogar de los Enanos.

GEVINEN: Ciudad Neutral situada entre Arsilon y Sentríst.

GRAN ABISMO: Sima del noroeste donde se acaba el mundo.

GRANDES SELVAS: Región poco conocida del noroeste donde habitan los Elfos de los Bosques Leñosos. Delimitan el mundo por el Este.

GREISAN: (La Flecha) Ciudad principal de los Elfos de las Rocas.

HERMAS: Ciudad Neutral, situada entre Arsilon y Nórdica.

HIDRIA: Isla que se encuentra frente al Estrecho del Abismo. Está inexplorada porque se la considera un nido de hidras y basiliscos.

HIELOS PERPETUOS: Por encima de Siarta, delimitan el mundo por el Norte.

ISLA BRUMA: Misteriosa isla que se encuentra entre Sentríst y Niaranden.

ISLA ROJA: Isla del centro este donde habitan los piratas independientes.

KARSTIA: Región del noroeste, limitada por Amazonia y el Gran Abismo, donde se hallan las Fortalezas de Piedra.

LAGO PLATA: Hogar de los Elfos del Agua Dulce, situado en Quersia.

LLANURA ÁUREA: Desierto en que limitan Boreanas y los reinos de Maelvania, y que se extiende por todo el resto del Continente Sur. Delimita el mundo por el Continente Sur.

LLANURA QUEBRADA: Zona volcánica situada en el camino de Arsilon a Gevinen, situada debajo de las Arboledas exteriores del Bosque de Dreisar.

MAELVANIA: Ciudad principal de los Reinos Cáusticos.

NIARANDEN : Ciudad principal del Reino Libre de Antigua Suria, que se encuentra en la costa norte, en el límite de Centria.

NÓRDICA: Región que comprende las tierras de Siarta y Udrian.

QUERSIA: Gran bosque del oeste. Engloba Quersis y uno de los Centros Umbanda.

QUERSIS: (El Delfín) Ciudad principal de los Elfos de los Bosques.

RISKABEN: (Altaïr, de El Águila) Principal territorio de los enanos del Oeste.

SELBAST: Ciudad Neutral situada entre Centria y Amazonia.

SENTRIST: Ciudad principal del reino libre de Sentrism, que se encuentra en la costa que está enfrente de Niaranden.

SIARTA: (Deneb, de El Cisne) Principal ciudad de la región de Nórdica, antiguas Tierras Altas. Allí viven los Elfos de la Noche.

UDRIAN: (Vega, de La Lira) Ciudad humana principal de la región de Nórdica.

Cronología

- 0: River es secuestrado y sometido a terribles experimentos.
Eyrien es perseguida por un Vampiro y marcada como traidora por los Sabios de Siarta.
Eyrien conoce a River y a Killian, y decide protegerlos por el momento.
Profecía que tiene como protagonistas a River y a Killian.
- 1: Entrada en el último curso de River en el Centro Umbanda de Arsilon.
- 2: Última estancia de Eyrien en Arsilon antes de la Profecía.
- 5: Última estancia de Eyrien en Arsilon y en Siarta antes de la Profecía.
- 15: Traslado de Killian desde Arsilon a las tierras paternas.
Eyrien reaparece tras tres años de ausencia.
- 16: Acceso al trono de Ian de Arsilon.
- 18: Alianza Negra, ataque de chupasangres y kapres.
Muerte de los padres de River y adopción de éste por Ian.
Eyrien desaparece con Ynia de Casa del Mar.
- 20: Asesinato de la madre de Killian.
- 24: Nacimiento de River de la Casa de los Tres Elfos.
- 25: Nacimiento de Killian de Arsilon.
- 32: Segundo enfrentamiento de Eyrien con los guls de Niaranden.
- 50: Incursión en las tierras de los femorianos y desencadenamiento de la enemistad con éstos.
- 100: Primera invasión gul.
Eyrien visita las Minas de Fuego y a las Amazonas por vez primera.
- 110: Primeros gólems de Maelvania en el Continente Norte.
- 221: Nacimiento de Eyrien de Siarta.
- 250: Desaparece el Señor de Greisan, padre de Islandis, en Maelvania.
- 800: Ruptura de las relaciones entre elfos y humanos.
- 1000: Última muerte de un Sabio Vidente de Siarta.
- 1200: Primera noticia sobre la saga de los Esigion de Maelvania.
Incendio de la Biblioteca de Siarta.
- 1300: Guerras de Magia que enfrentaron a elfos y Altos humanos.
- 1500: Subinion, nuevo señor de Siarta.
- 1800: Nacimiento del vampiro Ashzar.
- 2400: Guerras Sangrientas entre elfos y enanos.
- 2500: Primeros humanos en el Continente Norte.
- 3500: Guerras Feéricas de los elfos.

Para más información sobre Las Sendas de la Profecía visita:

www.carolinalozano.com



CAROLINA LOZANO nació en un pueblo de Barcelona, Badalona, el 14 de agosto de 1981. Más tarde, se trasladaría a El Masnou, donde reside actualmente, a diez minutos en tren de Barcelona. En su biografía personal, hace mención a la playa y las montañas que han influenciado en sus escritos, proveyéndola de la paz necesaria para crear historias llenas de elementos fantásticos con toques humorísticos y románticos que definen su estilo.

Al terminar el instituto con buenas cualificaciones, decidió ingresar en la Universidad Autónoma de Biología de Barcelona, donde se licenció. Desde pequeña fue una gran admiradora de la naturaleza, especialmente de la botánica y la zoología. Tanto era así, que se marchó un verano con una amiga a Venezuela en sus últimos años de carrera para trabajar en una ONG dedicada a la protección de los cetáceos (delfines y ballenas) del Mar Caribe. No obstante, debido a las pocas salidas de la carrera, a día de hoy, no trabaja en nada relacionado con la Biología.

Acostumbrada a ver a sus padres sentados en el balcón de su casa leyendo un libro desde pequeña, fue bastante fácil su introducción en el mundo de la literatura. Por sus manos han pasado desde los clásicos universales de Homero y las novelas de época de Austen y Flaubert, hasta *Harry Potter* y *El Código da Vinci*. Aunque siempre ha preferido *El señor de los anillos*, libro cuya temática se ha hecho notar en *La Cazadora de Profecías*, su primera novela publicada por la editorial Vía Magna tras cosechar varios premios universitarios durante su etapa estudiantil.

Comenzó a escribir en serio tres años antes de lograr publicar. A ello contribuyeron la película *El Reino de los Cielos* y unas palabras dichas por su mejor amigo: «¿Por qué no escribes todo eso que se te ocurre y escribes una novela?». Por el momento, en el 2008 comparte su tiempo libre (las salidas con las amigas, baile de lambada, jugar al mahjong, estar con su gato, viajar...) con su

trabajo en la biblioteca de un instituto y su ilusión, escribir.